

MIGUEL FIGUEROA Y MIRANDA

HISTORIA
DE LA

AGRUPACION
CATOLICA
UNIVERSITARIA
1931 - 1956



La vida de Miguel Figueroa y Miranda cobró un giro muy particular a partir de 1934. En ese año entró en contacto con el sacerdote Jesuita Felipe Rey de Castro, quien había sido uno de los gestores principales en la fundación de la Agrupación Católica Universitaria (ACU), una de las instituciones laicas más importantes que organizó la Iglesia Católica en Cuba durante el siglo XX. De aquel encuentro salió la resolución de Figueroa y Miranda de hacer los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola y, posteriormente, de ingresar a la "Agrupación". La importancia de todas estas

decisiones reside en que ellas se convertirán en un referente principal en la vida de Miguel Figueroa y Miranda. Más tarde, cuando está redactando las memorias sobre su estancia en Roma y el Vaticano, hará público reconocimiento del fenómeno al afirmar que



él había sido educado en las "Reglas para sentir con la Iglesia" y que su "ortodoxia" estaba formada en los "Ejercicios Espirituales". La mirada de Miguel Figueroa y Miranda sobre el mundo y su realidad pasa, antes que nada, por el prisma de su formación católica, la que a su vez quedará condicionada por su vínculo con la ACU.



AGRUPACION
CATOLICA
UNIVERSITARIA



HISTORIA DE LA

AGRUPACION
CATOLICA
UNIVERSITARIA
1931 - 1956

Copyright © 2020 Agrupación Católica Universitaria

por Miguel Figueroa

Primera Edición en los Estados Unidos

AGRUPACION CATOLICA UNIVERSITARIA

12805 SW 6 Street

Miami FL 33184

eMail: acuinfo@estovir.org

<http://www.estovir.org>

Library of Congress

1-8800557403

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma alguna, incluyendo fotocopiar, grabar, u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin permiso por escrito de la editora, excepto en caso de una breve cita incluida en

crítica y para otros usos comerciales por las leyes de derechos de autor. Para pedir permiso, escriba a la editora, dirigiéndose a: Atención: Gerente de Permisos”, a la dirección anterior.

MIGUEL FIGUEROA Y MIRANDA

HISTORIA
DE LA

AGRUPACION
CATOLICA
UNIVERSITARIA
1931 - 1956





R. P. FELIPE REY DE CASTRO, S.J.

Fundador de la Agrupación Católica Universitaria

1889-1952

"Es semejante el reino de los cielos a un grano de mostaza que toma uno y lo siembra en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas".

MT 13, 31-32

ÍNDICE

DEDICATORIA

LA GÉNESIS DE LA A.C.U.

por Juan Antonio Padilla

I

LA FUNDACIÓN

Orígenes del estado religioso cubano antes de 1930. Concepto de la Agrupación Católica Universitaria. Regreso del P. Rey y fundación de la Agrupación. La "Promoción de la Anunciata". Primera tanda de Ejercicios Espirituales.

II

EL PENSAMIENTO DEL P. REY SOBRE LA AGRUPACIÓN

Congregación Mariana. Orientación peculiar. El "Agrupado". Carácter formativo de la Agrupación. Ideal patriótico. Sentido Sobrenatural. Apostolicidad.

III

FUNDACIÓN ESPIRITUAL

Selección. Pruebas. Disciplina. Vida espiritual. "Intimidad de Vida". Oración mental. Instrucción religiosa. Cursillos. Círculo Ascético. Misa dominical. Guardia. Ejercicios Espirituales. Dirección espiritual.

Comunión frecuente. Retiros Mensuales. Piedad. Ambiente. Convivencia. Deportes.

IV

FUNDACIÓN INTELECTUAL

Obligatoriedad del estudio. Círculos. Círculo de Estudios. Academia de Lenguas y Comercio. Academia Literaria. Biblioteca. Círculo Social. Círculo Médico. Círculo Jurídico. Seminario de Investigaciones Históricas. Círculos de Ciencia. Círculos de Ciencias Comerciales. Círculo de Profesionales. Círculo de Estudiantes. Centro Católico de Estudios Cubanos. "*Esto Vir.*"

V

FORMACIÓN APOSTOLICA

Propósito formativo de la obras de caridad. Autoapostolado. Apostolado Universitario. Escuelas Obreras. Visitas al Rincón. Catequesis. Las Yaguas. Vendedores de periódico.

VI

1931 — 1939

La Agrupación en el local de la Anunciata. Aprobación del Arzobispo Ruiz. Inicio de las actividades. Primer Consejo Directivo. Primer Presidente. Primera consagración de aspirantes. Viaje del P. Rey a Puerto Rico. "Alianza Católica Universitaria de las Antillas". Relaciones de la Agrupación con organizaciones católicas extranjeras. Primeras vocaciones religiosas. Traslado del P. Rey. Adopción de la Inmaculada por patrona y solicitud de erección en Congregación Mariana. La casa de Mazón y San Miguel. Instalación del Santísimo en la Agrupación. Fiestas de Cristo Rey. Primera bandera. Academia de Estudios Médicos. Relaciones con las organizaciones católicas cubanas. Caballeros Católicos. La Virgen de

la Agrupación. Guía Moral del Cine. Misas de Velaciones. La casa de la calle 25.

VII

LA AGRUPACIÓN Y EL MATRIMONIO

VIII

1939 — 1952

San Miguel 1111. Acción Católica. "Democracia Social Cristiana". Catedráticos. "Pro Patria y Reafirmación Nacional". Por la Patria y la Escuela. Campaña contra la enseñanza laica en las escuelas privadas. Federación de los Colegios Católicos. Periodismo. "*Esto Vir*". "*Futuro*". "*Amanecer*". "*Sin Trabajo*". "*Pa'lante*". "*Siempre*". "*Lumen*". "*Lumen Médico*". "*Esto Ver*". "*Esto Viirito*". "*El Debate*". Mayor disciplina. Principio de la expansión de la Agrupación. Altar del segundo piso. Maestros en la Agrupación. Política. "Acción Cubana". "Pro dignidad estudiantil". Viaje del P. Rey a España. Patronato Pro Casa de Ejercicios. Conferencias Vocacionales. Ampliación del Edificio. Viaje del P. Rey a Roma. Conferencias del P. Lombardi. Reunión de Bogotá. Muerte del P. Rey. Consejo de Elección. Designación del P. Llorente.

IX

1952 — 1956

Reformas del edificio. Instituto Católico de Psiquiatría. Via-Crucis. Encuesta sobre el protestantismo. El P. Barbeito Subdirector. Colegio Dispensario P. Rey de Castro. Compra de las casas de Mazón. B.I.P. Viaje del P. Llorente a Roma. Lasaga Presidente de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas. Primera Piedra de la Casa de Ejercicios. "El Hombre y Dios". Centro de Estudios Matemáticos. Inauguración de la Casa de Ejercicios Pio

SOBRE EL AUTOR, MIGUEL FIGUEROA Y MIRANDA

DEDICATORIA

Durante veinticinco años, incesantemente, sin reposo ni desmayos, centenares de hombres empeñados en alcanzar un ideal, han empleado lo mejor de su inteligencia, su energía, sus esperanzas y su amor en construir esta Agrupación, que el que ahora llega a ella en completa y terminada, lista a iniciar el período más brillante de su historia. Pero como esa obra es un organismo vivo, en pleno desarrollo, en constante evolución, el recién venido necesita, si quiere pertenecer a ella, fundirse en el torrente de trabajo y sacrificios que desde sus orígenes fluye cada vez más potente y caudaloso en dirección a la meta que Dios le ha señalado, uniendo su esfuerzo al de los otros hasta convertirlos en uno solo, que desde el presente toque con sus raíces el pasado y proyecte sus ramas al futuro:

Para esos nuevos que aún no la conocen suficientemente, que pudieron todavía no darse cuenta plena de que una de las mayores gracias que han recibido del Señor es haber sido llamados a la Agrupación Católica Universitaria, y por ello no aquilataran debidamente el valor inapreciable del regalo que han recibido de la Divina Providencia, se escribió esta historia, concebida como instrumento de formación, con ánimo de incitarlos a llevar a cabo la misión que les ha sido encomendada, y con el propósito de que lleguen a compenetrarse con todo lo de ella, de modo, que de acuerdo con San Ignacio cuando dice que "amor es comunicación, al conocerla la amen, y haciéndolo no puedan resistir el impulso a poner su amor en obras".

Por eso, a todos sus miembros, pero muy en especial a los postulantes y aspirantes de la Agrupación, está dedicado este libro, con el deseo de impregnarlos del espíritu que la anima, hasta que,

lLENOS DE él se entreguen por completo a la tarea de realizar sus fines y emprendan la conquista de Cuba para Cristo, tratando, en orden a conseguirlo, de influir en tal forma sobre el pensamiento de nuestro pueblo que logren al fin dirigirlo hacia Dios.

M. F. M.

LA GÉNESIS DE LA ACU

Dr. Juan A. Rubio Padilla

En los primeros días de septiembre de 1925 el nuevo Colegio de Belén abrió sus puertas por primera vez. Para los que habíamos vivido durante años en la vieja casona de Compostela todo aquello parecía un sueño. El aire, la luz, los grandes espacios abiertos, la majestuosidad de los enormes claustros y la hermosura de sus campos nos tenían maravillados.

Entre las novedades estaba el Prefecto: R. P. Felipe Rey de Castro. Su cara afable y la franqueza de su trato nos ganó desde el primer momento. Pero una pregunta surge de nuestros labios mecánicamente: ¿Serviría como Prefecto un hombre tan joven, tan sonriente y tan sencillo?

Acostumbrados a confundir la disciplina con el rigor coercitivo, crecidos en el régimen de la vigilancia desconfiada y del reglamentismo mecanizado, no concebíamos la autoridad sino como cosa seria y pronta a descargar sobre nosotros reproches y castigos.

La antítesis del Prefecto clásico era aquel curita gallego, simpático, alegre, sencillo.

¡Qué pocos días bastaron para cambiar nuestro juicio! Antes de la semana de empezar las clases ya el P. Rey inició una serie de entrevistas conmigo que jamás se borrarán de mi memoria, ni de mi corazón. La primera de todas fue en el Salón de Música y duró más de dos horas. ¡Ya tenía su plan para nosotros! Me habló de nuestros problemas como jóvenes y de nuestros fallos educacionales, de los

cuales el más grave era el raquitismo de la voluntad como consecuencia de una disciplina basada en el exceso de vigilancia y la coerción y no en el cumplimiento libre del deber claramente conocido. Para cumplir un deber por huirle al garrotazo no hace falta voluntad sino miedo. Y la voluntad como los músculos se desarrolla con el ejercicio.

Quería educarnos la voluntad enseñándonos a ejercitarlas con nuestras decisiones libres para cumplir nuestro deber. Pero el deber ideal a servir, el programa a desarrollar, la línea de conducta a seguir tenía que venirnos dada por Cristo y el fuego de las calderas de la voluntad no podía venirnos sino de la Gracia.

Con qué sencillez tan impresionante redujo el rompecabezas de nuestras vidas, confusas, intrascendentes y a la deriva, a un simple esquema: FORTALECIMIENTO DE LA VOLUNTAD CON LA ASISTENCIA DE LA GRACIA PARA EL CUMPLIMIENTO LIBRE DE NUESTROS DEBERES PROPIOS.

A mi juicio, en estas breves palabras está el sencillo plan del P. Rey con todos nosotros, en todos los momentos de nuestras relaciones con él.

Y ¿cuáles eran nuestros deberes propios entonces? Estudiar. Y empezó por darnos la oportunidad de estudiar, no por la fuerza, sino por voluntad libre y por fidelidad a nuestro deber, suprimiendo toda vigilancia en el estudio.

¿Cómo lograr que a nuestra voluntad de estudiar la asistiera la Gracia? Ejercitándola en la lucha contra nuestros pecados propios. Y así, casi insensiblemente, en estas primeras conversaciones con el P. Rey ya surgieron clarísimos los ideales de nuestra juventud: la castidad y el estudio.

Esta fue la gran primera piedra del apostolado del P. Rey en Cuba: definir los ideales capaces de llenar la juventud de varias

generaciones de cubanos. Pero era solo la primera. Las demás fueron viniendo en seguida.

¡Con qué fuerza persuasiva, con qué ímpetu arrollador, con qué luz tan celestial se nos descubría aquel Apóstol de Cristo! Se apoderaba de nuestras almas con la rápida y sencilla técnica con que en los tiempos evangélicos Cristo tomaba a sus discípulos. Lo demás fue cosa de días. Yo fui entre los de 4to. año. Y uno a uno todos fuimos formando en las filas del pequeño ejército con el cual dio las primeras batallas de una guerra triunfal, que tuvo su más duro revés al mediodía del 12 de febrero de 1952, pero que seguirá hasta el final de los tiempos.

Con aquel memorable cuarto año de 1925 a 1926 se hizo el primer ensayo de un plan que, en estricto rigor no se diferencia esencialmente en nada del plan de la A.C.U.: Educarnos la voluntad a la manera de San Ignacio; enseñarnos a estudiar como hombres; meternos dentro del corazón el ideal heroico de la castidad y enseñarnos en Ejercicios Espirituales, las normas ascéticas y las técnicas del espíritu que mejor nos podían poner en condiciones de vencer. ¡Qué Ejercicios aquellos, sus primeros en Cuba! ¡Con qué santa envidia nos debieron de mirar todos a los que tuvimos el privilegio, la gracia de recibir las primicias de aquel Apóstol de Dios! Esta fue la segunda gran piedra del cimiento agrupacional: Los Ejercicios Espirituales.

Nos graduamos en Belén henchidos de ideal y de espíritu de lucha cristiana. Pero hasta ese momento todo era preparatorio. Ahora empezaría la parte más difícil. Ahora empezaría a tratar por primera vez con universitarios católicos cubanos. Ahora empezaba el gran duelo del P. Rey de Castro con el mundo cubano de su época. Los campos estaban delimitados bajo las dos banderas de la meditación clásica.

En este nuestro primer curso en la Universidad, el de 1926-27, fue cuando el plan del P. Rey sufrió el bautismo de fuego de una

realidad beligerantemente hostil que nos rodeaba por todas partes menos por una que era el cielo. Todo se conjuraba contra nosotros. Los enemigos de Cristo ¡claro está! Pero no eran ellos solo. ¡Era todo! La incomprensión, la indiferencia y el vacío más hostil llegaban a zonas que no me atrevo ni a mencionar. Y aquel Cura glorioso, impasible, se abrazó como San Ignacio a la bandera de Cristo, y se entregó ciegamente a su obra, a su apostolado y a su lucha.

Esta fue la época más difícil de la gestación de la A.C.U. sin duda alguna. Fue año de prueba no solo del plan en sí, sino también del personaje más importante de la Agrupación naciente: el propio P. Rey que contra viento y marea se mantuvo imperturbable en el timón, seguro de que el Señor dormía confiado en la cubierta de su nave.

Durante este curso, el primero nuestro en la Universidad, nos habíamos mantenido asistiendo todos los domingos a una Misa que nos decía el propio Padre Rey a las 9 a.m. en la Capilla de Belén. Lo ayudábamos Rouco y yo. Asistíamos casi todos los del célebre cuarto año que nos habíamos graduado meses antes. Comulgábamos y después desayunábamos juntos con el mismo espíritu de los desayunos dominicales de la A.C.U. y al llegar Semana Santa de 1927 se operó el primer milagro público: nos encerramos libremente en Belén tres días para hacer los primeros Ejercicios de Universitarios que se hicieran en Cuba.

Algunos padres de Belén le habían pronosticado al P. Rey un rotundo fracaso. Habíamos organizado la tanda y 25 se habían comprometido a asistir. El día que estaba señalada la entrada por la noche, el P. Rey que dirigía entusiasmado todos los preparativos de la Capilla, los cuartos, el comedor, etc., recibió prudentes advertencias de que se preparara para lo peor, porque "eso" ya se había intentado algunas veces y siempre fracasaba. Lo previnieron hasta contra la posibilidad de que no fuera nadie. Fue una guerra de nervios capaz de romper a cualquiera.

Yo era el encargado de no fiarlo todo a la iniciativa individual, y para ayudar a evitar las flaquezas, dudas y demoras, me encargué de recoger a casi todos en sus casas respectivas y cuando llegó la hora de rezar el Padrenuestro en la comida inaugural éramos 22 de 25, solo habían fallado 3. ¡La batalla estaba ganada en toda la línea!



Primeros Ejercicios del Grupo de Universitarios Católicos, bajo la dirección del P. Rey, durante la Semana Santa de 1927. De todo el grupo quedan actualmente en la A.C.U. solo tres, J. M. Rouco y J. A. Rubio y el actual P. Chisholm.

Lo demás fue obra del verbo inspiradísimo en aquel Apóstol. Los Ejercicios fueron un exitazo fantástico.

Era el último eslabón que faltaba para completar el esquema y ya estaba logrado. Los universitarios no solo éramos capaces de ir a Misa los Domingos, de mantener vivos los caminos de la Gracia con la práctica de los sacramentos y de mantenernos agrupados

alrededor de nuestro Padre Espiritual, sino que ya sabíamos sujetarnos obedientemente en todo al plan que él había trazado para nosotros. Y de este plan la parte más difícil era establecer como cosa esencial del grupo la obligación de hacer Ejercicios Espirituales todos los años.

El esfuerzo cotidiano de año y medio de dificultades y tropiezos se convertía en realidad. La A.C.U. había dejado de ser un deseo, un proyecto y un ideal. Como un recién nacido pobre no teníamos nombre, ni casa, ni propiedades, ni nos daba la bienvenida ningún cronista social, pero existíamos y lo demás vendría por añadidura.

Lo fundamental y lo grande estaba logrado. La casa propia cerca de la Universidad, ya desde entonces claramente planeada, el himno, la bandera, el acta notarial de su constitución legal, y todo lo demás era importante, pero no esencial, Lo esencial se consideraba logrado. Ya el P. Rey tenía su agrupación de católicos universitarios.

Pero la alegría duró solo unos meses. Trasladado el P. Rey a España por designios verdaderamente inescrutables de la Providencia en el verano de 1927 a mí me pareció que todo se hundía definitivamente. Él no pensaba igual. Tan grande consideraba la victoria lograda en aquellos Ejercicios históricos, que a pesar de las realidades tan duras que nos traía su viaje, tenía una fe ciega en la supervivencia de la obra.

Días después, cuando fui al muelle de San Francisco a decirle adiós al P. Rey que se iba "definitivamente" al parecer, al recibir de sus labios la orden de cuidar su grupo, de mantenerlo unido, de seguir sus reglas fundamentales, de mantener la pelea por los ideales que él nos había enseñado y de no rendir la bandera agrupacional, ya viva y palpitante en nuestras almas, me sentí agobiado y me declaré incapaz e impotente para ello.

El P. Rey con la sencillez evangélica tan propia de los que tratan con Jesucristo me dijo: Yo seguiré siendo vuestro Director desde España,

y mis oraciones serán todas para vosotros, pero el Jefe verdadero y el Maestro permanece entre vosotros y no puede fallar. ¡No falles tú, no fallen ustedes y no fallará El!

¡Qué torrente de Fe y de Esperanza sabía infiltrarnos el P. Rey! Del muelle de San Francisco salí desolado con su ausencia, pero también de allí salí con el coraje y la fe que me permitió luchar y cumplir la orden del P. Rey. No fallamos y El no falló.

Durante tres años y medio que duró la ausencia del P. Rey pesó sobre mis hombros y sobre mi sueño la orden recibida en el muelle de San Francisco. El grupo se mantuvo unido. Humanos al fin, y ausente el Apóstol, muchos fallaron, pero otros de las nuevas promociones vinieron a ocupar sus puestos. Los primeros Ejercicios en su ausencia los hicimos no ya 22, como la primera vez, sino 35 y no fallamos después un solo año.

No puedo sustraerme al deseo de reproducir algunos párrafos de algunas de las cartas con que periódicamente le informaba yo al P. Rey de cómo andaba su obra por aquí.

Después de terminados los primeros Ejercicios que hicimos en su ausencia le informamos, y uno de los párrafos decía así:

“Aquí estamos nosotros, cimientos que usted hizo para el bello edificio, que proyectó, abandonados. Y los materiales que van saliendo cada año, que estaban destinados a levantar la obra, se van disgregando, desorientados, o más bien ahuyentados por una disciplina mal entendida en el último año del Colegio. Ya una vez fuera, sin dirección para no caer, y sin quien les tienda la mano una vez caídos, siguen cada vez menos unidos, habiendo disponibles lazos tan fuertes de unión como aquellos con que nos unió usted en el 4to. año y en los primeros Ejercicios para Universitarios.

Quizá Dios le ponga en su camino huecos muy grandes que pueda usted llenar: pero más grande que el vacío que llenaría aquí en La Habana, me parece que es muy difícil. Y sin embargo quizás no

venga. Más vale ni pensar en eso y quire Dios que venga usted muy pronto.”

Refiriéndome a otros Ejercicios: “Así que hubo llegado marzo empezamos el P. Maturino y yo a pensar en los Ejercicios Espirituales y en las dificultades que tendríamos que vencer.

La recolección fue difícilísima por la época tan adelantada del curso en que tenía que ser (13 de abril) por los elementos indisciplinados que tuvimos que rechazar, por lo limitado del número de habitaciones, que no eran más que 35 y sobre todo por lo mal que anda alguna gente, etc., etc. Aquí agregue todas las dificultades que usted crea capaz de poner a ese elemento que hay todavía enemigo del acercamiento al Colegio de los elementos universitarios. Ya cuando todo estaba preparado, la lista definitiva hecha y empezaba yo a dar gracias a Dios por haberme ayudado a lograr los Ejercicios, me llama el P. Maturino y me dice que...”

Otro párrafo: “Cada vez que me hablan de esto les digo lo mismo: Mientras no haya un Padre capaz de trabajar en “eso” no se obtendrá nada. Aquí el capaz significa muchas cosas que usted conoce y tiene, como son aptitudes y deseos. Los deseos podrán tenerlos muchos, pero las aptitudes no se las he visto nada más que a usted.

Aquí algunos han expuesto proyectos para traerlo de todos modos. Hay uno que, si usted no ordena lo contrario, pronto llevaremos a cabo y es escribirle al P. General pidiéndole su traslado a La Habana, carta que firmaríamos 200 o más antiguos alumnos. Yo me comprometería a recoger las firmas.

Fui a hablarle de este asunto al P. Carvajal y aunque comprendió o por lo menos dijo comprenderme, me dijo que eran imposibles por entonces nuestras aspiraciones de traerlo a Cuba, pues ya estaba usted en la Prefectura de Gijón y eran muy difíciles esos cambios dentro del tiempo del Curso. Prometió ocuparse de nosotros y hacer,

cuando le fuera posible, todo lo que pudiera por nosotros en ese sentido.”

No crea que no germinó la semilla sembrada por usted en Cuba, pues no es a mí solo a quien su paso por nuestras almas dejó su huella, sino a muchos. Y a mí, particularmente, puedo asegurarle que fue la huella más trascendental de mi vida, pues su guía durante mi cuarto año en el Colegio y el primero en la carrera, trazó el derrotero definitivo de mi vida por una senda que creo es la única que nos lleva al fin verdadero.”

En la Semana Santa de 1930 se hicieron los últimos ejercicios antes del regreso del P. Rey. La conversación con el P. Carvajal, que a mí me había dejado poco entusiasmado, resultó providencial.

No obstante, el trastorno que ocasionaba el cambio del Prefecto de Gijón ya empezado el curso, el mismo día que este P. Provincial llegó a España le ordenó al P. Rey que regresara a Cuba para ponerse al frente de su obra con los universitarios. Visitar antes instituciones similares de Francia, Alemania, etc., lo demoraron unos meses en llegar a Cuba.

En octubre de 1930, al propio tiempo que nuestro Director recibía la orden de regresar a Cuba a ponerse al frente de nosotros, deberes que estimé insoslayables me llevaron a la persecución, a la cárcel y más tarde al destierro.

Cuando regresó el P. Rey, no pude recibirlo en el muelle de San Francisco, porque ya estaba preso. Al día siguiente me visitó en el Castillo del Príncipe. Fue la mañana del 11 de abril de 1931.

Hecho cargo de su obra recomenzó sus tareas inmediatamente con la primera tanda de Ejercicios en cuya organización no intervenía yo. Lo demás es historia contemporánea cien veces repetida y conocida. ¡La A.C.U. estaba salvada!

¡Cómo recordaba yo la tarde del 13 de febrero, de pie sobre la lápida de mármol que se interpuso “definitivamente”, al parecer, entre él y nosotros, aquel diálogo luminoso del muelle de San Francisco entre el Apóstol más grande que ha vivido entre los cubanos, y el adolescente que destrozado el corazón creía que todo había terminado para siempre! Y me parecía que desde el cielo caían como gotas de una lluvia divina las mismas palabras de aquella otra despedida, que como ésta parecía también definitiva: Yo seguiré siendo vuestro Director desde el cielo y mis oraciones serán todas para vosotros, pero el Jefe verdadero y el Maestro permanecerá entre ustedes y no puede fallar. No falles tú, no fallen ustedes y no fallará El.

Ahora, sin embargo, no me tocaba a mí asumir la misma responsabilidad que me tocó entonces. Ahora ya son muchos y muy altos los valores y los hombres que han echado sobre sí la responsabilidad de cuidar la A.C.U. La propia Compañía de Jesús, ausente en el muelle de San Francisco aquella mañana tan triste, se erguía ahora como una leona para defender sus cachorros, por boca del P. Calvo.

Destrozado el corazón por la ausencia “definitiva”, al parecer, me siento a veces como en la mañana del muelle de San Francisco. La tempestad se ha desatado y gravísimos conflictos rompen furiosamente contra los costados de mi débil barco. La carne me flaquea a veces bajo el aguijón de la adversidad, pero, como siempre, cuando más arrecia el torbellino y más miserable es la tendencia de mis sentidos a rendirse, más me agarro a la regla de oro que me enseñó el P. Rey en una hora muy difícil y que en tantos días de desolación ha sido mi fortaleza y mi victoria: No falles tú y no fallará El.

¡Y no falla nunca!

I

LA FUNDACIÓN

La radical transformación operada en el catolicismo cubano y la brevedad del plazo en que ésta se produjo, hacen difícil para el nacido después de 1930 concebir la situación religiosa del país antes de esa fecha.

Los orígenes de aquel estado de cosas parten de 1802, cuando el Obispo Espada, al comenzar su desastrosa administración de la Diócesis de la Habana, que entonces abarcaba la mitad occidental de la Isla, barrió como uno de nuestros ciclones tropicales con toda la tradición católica creada por trescientos años de práctica constante, y fue situando durante el largo período de su episcopado en las posiciones claves de la curia hombres como él, que informados por la Enciclopedia y las doctrinas de Pistoia infiltraron en la sangre de nuestra Iglesia el veneno frío del regalismo laicista capaz de convertir al sacerdote en funcionario del Estado y de vaciar de contenido espiritual a la religión del pueblo. Hombres que tuvieron la terrible responsabilidad de haber facilitado con su credo y contribuido desde los puestos que ocupaban, a la rigurosa aplicación en Cuba de las leyes de excomunión decretadas por los gobiernos liberales de España, dando con ello un golpe gravísimo al catolicismo cubano, del que pudieron escapar el resto de los países hispanoamericanos por ser ya entonces independientes.

Todas estas circunstancias, y el auge creciente de las doctrinas liberales, de que ellos participaban por tanto no combatieron, y que fue poco a poco eliminando de la conciencia los motivos sobrenaturales, produjeron, como consecuencia natural de la

destrucción del ambiente propicio, una alarmante disminución de las vocaciones religiosas cubanas, y crearon la necesidad de sustituirlas con sacerdotes españoles, lo que a la larga habituó al pueblo a la idea de que el cura no debería salir de él, sino venir del extranjero, y a contemplarlo como ser aparte, sin nexo alguno con la familia ni la sociedad, desvinculado de las costumbres, la mentalidad y los intereses del país, confinado dentro de las paredes de la iglesia parroquial, sin otros contactos con sus feligreses, que solo le administra los sacramentos cuando es solicitada.

Esto que en cualquier país hubiera sido una desgracia enorme, en Cuba resultaba más doloroso aún por haber tenido hasta principios del siglo XIX un camino propio, que desde las parroquias y las órdenes escribió páginas brillantes de la beneficencia, la enseñanza, la oratoria, la ciencia y la piedad, y fue un poderoso factor de nuestra nacionalidad en nuestra cultura.

Las guerras de Independencia aumentaron aún más la distancia entre el clero español y el pueblo cubano, y por último, cuando estas terminaron, vino a poner de manifiesto los inconvenientes del sistema, la torpe conducta de los Obispos de Cuba, quienes cegados por un erróneo concepto de lealtad emanado de la institución del Patronato, decidieron retirarse seguidos por gran parte de los párrocos, junto con las autoridades coloniales que regresaban a la Península, dejando acéfala y abandonada la Iglesia de Cuba que Dios les había encomendado para que le dieran cuenta de ella a Él, y no al gobierno que los presentara para sus dignidades.

Los enemigos de la Iglesia han querido vincular al imperio colonial español y contraponer a ella el espíritu separatista de los países americanos, ignorando, o maliciosamente pasando por alto, el hecho de que debido al patronato, que Roma sufría de muy mala gana, el credo español del Siglo XIX no representaba fuera de la Península los verdaderos intereses de la Iglesia Universal; y que fue precisamente la independencia de esos países, hecho que se quiere presentar también como emancipación de lo que llaman poder

papal, la que restableció en toda su pureza los nexos que debía existir entre ellos y el Centro de la Iglesia, nexos que el Patronato confiscaba en favor de la Corona española.

Prueba de ello es el famoso nombramiento de los obispos venezolanos hecho a solicitud de Bolívar, a raíz de haberse producido la liberación de ese territorio, que provocó que España rompiera relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

De aquí que resultara la independencia, el derecho más beneficioso que pudo suceder al catolicismo cubano, pues al anular la acción del Patronato en nuestro país, restituyó a su Iglesia la posición que le correspondía frente al Pontífice, permitiéndole así recibir la savia directamente del tronco sin filtros ni trámites que la debilitaran, y dejó el futuro libre para crear un nuevo clear, sin otros compromisos que los que le impone su sagrado ministerio.

Por desgracia para nosotros el golpe asestado contra el sentimiento religioso cubano por el regalismo laicista del Patronato fue tan fuerte, que a la Iglesia no le fue posible recuperarse inmediatamente; y como para colmo de males el Seminario de San Carlos estuvo cerrado desde 1895 hasta 1905, y el número de los sacerdotes cubanos que había entonces era muy escaso, no quedó otro recurso que continuar importando clero, que si bien ahora venía libre de compromisos con su gobierno, salvo brillantes excepciones, su incomprensión, y a veces incompetencia, lejos de remediar la calamidad la acentuó en los primeros años de la República, acrecentando el aislamiento en que vivía; lo que, con el transcurso del tiempo llegó a tomar el carácter de cosa establecida, pacíficamente aceptada por una y otra parte.

En esta situación la enseñanza religiosa se refugió en los colegios católicos, que por ser privados eran necesariamente de paga, circunstancia que, no obstante, las escuelas gratuitas mantenidas por casi todo ellos, hacía que aquella no llegara suficientemente al pueblo prácticamente abandonado en ese sentido, siendo esa la

causa de que hasta hoy se dé el fenómeno en Cuba de que el fervor por la práctica católica esté en relación directa con el nivel cultural, económico y social de los individuos.

En tales condiciones es obvio que fuese muy débil la propagación de la doctrina, y se hiciera inadecuado el clima necesario a la vida espiritual, lo que al producir como consecuencia el relajamiento en las costumbres, impidiera a su vez el nacimiento de nuevas vocaciones, cerrándose así el círculo vicioso.

Es en este estado de indigencia espiritual donde hay que buscar la explicación del feroz egoísmo, del grosero materialismo, y de la ausencia de sentido moral que había ido invadiendo y transformando nuestros criterios.

Desde luego que, aprovechando las circunstancias propicias, otros factores cooperaron al logro de tan lamentable serie de efectos.

Como es de suponer, el catolicismo débil, superficial y sin prestigio, no podía contrarrestar los efectos de las ideas liberales, verdadero origen de todos esos males, las que después de haber inspirado el pensamiento de nuestros intelectuales en la centuria anterior, habían pasado ahora, cuanto en el plano científico comenzaba a perder el crédito, a informar todas las actividades en nuestra sociedad, a lo que se unía, para completar el cuadro, la tendencia, cada vez más alejada del sentido espiritual y trascendente de la vida, que nos llegaba de los Estados Unidos.

No es de extrañar pues que la actitud general ante la religión fuese de absoluta indiferencia, con raros casos de abierta hostilidad, debida esta escasez, más que otra cosa, al encogimiento de la Iglesia y al poco influjo que ejercía en la sociedad de entonces.

Eso explica que la ley del divorcio, que en todas partes donde se ha implantado debió vencer poderosas resistencias, fuese aprobada en Cuba en 1918 tras solo una protesta de las autoridades eclesiásticas.

Si bien, como se ha dicho, los hombres de las clases acomodadas eran educados generalmente en colegios católicos, después de graduados su práctica iba debilitándose hasta desaparecer por completo por falta de un ambiente propicio, que por otra parte no proporcionaban tampoco las asociaciones religiosas, las que, salvo rarísimas excepciones, estaban dedicadas a una piedad ñoña y almibarada, sin el menor asomo de actividad apostólica, refugio de "beatos", que si bien es posible que estuviesen ganando para sí la gloria eterna, también es cierto que lejos de hacer algo por salvar al prójimo, contribuían no poco a alejar de la iglesia a los hombres de temperamento más enérgico.

En resumen, la práctica religiosa había sido dejada exclusivamente a la mujer, como si el hombre no tuviese un alma que salvar, o no le obligaran los mismos mandamientos que a ella: y sin tener en cuenta que, si bien es la mujer el centro de la moral de la familia, son los hombres los que marcan el nivel espiritual de los pueblos. La conducta del católico cubano podía describirse parodiando la frase de San Agustín, diciendo que respetaba a la Iglesia y hacía lo que quería.

En semejantes condiciones, es lógico que la obra formativa de las mujeres de la familia y del colegio católico se esfumara precisamente en la edad más plástica, en la que más necesidad hay de dirección, ayuda y consejo, en la que se decide la orientación que ha de tomarse en la vida, y lo que es mucho más grave: la salvación eterna. Para ellos, lo único que podía esperarse era que la Misericordia Divina les hiciera la gracia de confesar a la hora de la muerte. Y esa hora la aguardaba pasivamente el Sacerdote, impotente y de salir entrado, desprovisto de medios económicos, de iniciativas, de respaldo; arrinconado en la sacristía como esas imágenes polvorientas que solo salen a la luz en Semana Santa.

En realidad, no podía ser más alarmante el porvenir de la Iglesia en Cuba, carente de clero propio, de seglares debidamente formados,

sin acción ni orientación, perdiendo terreno a diario y deshaciéndose en medio de la apatía, la frialdad y la indiferencia de todos.

Se imponía una reacción para salvar aquel cuerpo moribundo. Algo que impidiera radicalmente el avance de la descomposición, que tonificara, iluminara, guiara y en definitiva, salvara nuestro catolicismo, algo planeado con inteligencia y lógica, llevado a cabo con energía y tesón, algo que exigía enormes sacrificios, fe inquebrantable, abnegación absoluta, y una fuerza verdaderamente ciclópea para sacudir aquella sociedad aburguesada y materialista, hacerla despertar de su modorra y obligarla a emprender la conquista del reino de Dios.

Y fue un sacerdote español, precisamente de aquel clérigo importado, en el que en las órdenes religiosas hubo y hay muchos verdaderamente eminentes, que del todo compenetrado con el sublime carácter de su ministerio, prestaron y prestan grandes servicios a Cuba, porque no estaban mal en ellas, sino en el Patronato que debilitó nuestro clero secular hasta casi extinguirlo, quien vio con claridad la solución, y dedicó su vida, su cultura, sus dotes excepcionales, cada uno de sus pensamientos, y todos los latidos de su corazón, a reconstruir desde los cimientos el edificio del catolicismo cubano, a formar hombres católicos preparados, firmes, y activos; a rehacer el ambiente necesario para que Cuba tenga un día un clero nacional, apoyado por seglares conscientes, que sepan dónde van y como lograrlo, capaces de desarrollar una eficiente labor apostólica. Un hombre providencial: el Padre Felipe Rey de Castro, S.J., quien en definitiva vino a cerrar el ciclo que abriera España ciento veintinueve años antes.

Esta es la verdadera posición histórica y la importancia el Padre Rey, y de su obra la Agrupación Católica Universitaria.

El problema a resolver era de tal magnitud y la meta que se fijó tan alta, que solo un hombre de su valor, espiritualidad, energía y confianza en Dios podía pensar en afrontarlo.

La idea la había dado Pío XI en la "*Quadragesimo Anno*": "Si va a devolver a Cristo esa clase de hombres que le han negado, desviados por la paganización del medio ambiente, es necesario escoger de entre ellos mismos y formar los soldados auxiliares de la Iglesia, que los conozcan bien, entiendan sus pensamientos y deseos, y puedan penetrar en sus corazones suavemente con caridad fraternal".

El Padre Rey con certera visión descubrió en esas palabras el remedio para los males de Cuba, y la forma exacta en que éste debía ser aplicado.

El origen de la enfermedad estaba en que el pensamiento y el corazón de los cubanos se habían apartado de Dios, era preciso, pues, crear un grupo selecto de hombres perfectamente formados religiosa y culturalmente, que inspirados en motivos sobrenaturales se propusieran influir de tal modo en los criterios del país, que este fuese rectificando el camino hasta tomar el que lo devolviera a El.

Grupo semejante, que pudiera llegar a tener tan gran ascendiente sobre el medio, era preciso buscarlo entre intelectuales, capaces de propagar con éxito sus ideas por medio de la palabra, el libro o el artículo, desde el periódico, el púlpito, la cátedra o el escaño; pero dado el estado de cosas, para encontrar los aptos era preciso remontar la corriente, y del profesional pasar al universitario; pero como entonces ya este habría absorbido el veneno, necesito llegar hasta la misma fuente donde todavía las aguas no estaban contaminadas, y comenzar su trabajo con unos cuantos estudiantes de bachillerato, resignándose a la labor paciente e ingrata, de iniciar su formación en el último año del colegio, para continuarla a lo largo de los cursos universitarios, y poder tener un primer núcleo con qué empezar actuar después que se doctorasen.

Este enfoque que tomó el P. Rey obligado por las circunstancias se ha mantenido siempre en la Agrupación, imprimiéndole características especiales y dando origen a su actividad formativa en

torno a los estudiantes, llamados una vez graduados a poner en práctica los propósitos de la institución.

Como el salvador de la parábola del grano de mostaza, que tantas veces citara el P. Rey aplicándola a su fundación, escogió la más pequeña de las semillas, unos pocos estudiantes de cuarto año de bachillerato, para con ellos llevar a cabo, según su frase, "unos planes grandiosos para hombres que tendrían la enorme responsabilidad de hacer grandes obras apostólicas".

Es posible que muy pocas personas conocieran entonces sus proyectos, y más posible aún que de entre ellos poquísimas creyeran que con aquellos adolescentes se pudiera un día hacer fermentar la masa religiosa cubana.

Pero él no dudo jamás, y cuando en el año 1925 se acercó a los alumnos de cuarto año de bachillerato del Colegio de Belén, para comenzar con ellos la obra que abandonaría solamente al momento de morir veintisiete años más tarde, ya había trazado sus planes, y al menos en sus características fundamentales, lo que les propuso en el primer momento es lo que ha sido después la Agrupación Católica Universitaria, y los ideales de entonces son los mismos que ella mantiene hoy en día.

Entre los del grupo escogido, Juan Antonio Rubio Padilla captó completamente la concepción del P. Rey, y fue el que de manera más íntima se compenetró con él, llegando a asimilar de tal modo sus ideales, que cuando la incomprensión estuvo a punto de hacer fracasar los planes, y el Padre si vio obligado a regresar a España, Rubio pudo sustituirlo y además de mantener encendida durante cuatro años la llama que él había prendido, luchar solo, sin reposo ni desaliento, por obtener su regreso.

Persistente hasta el fastidio, Rubio no cesaba de visitar al Rector y al Prefecto del Colegio de Belén para pedirles y aún exigirles la vuelta del P. Rey hasta que por fin, en 1930, después de una larga

conversación con el P. Enrique Carvajal, entonces Viceprovincial, de la que salió como de tantas otras sin esperanzas de haber obtenido nada, el P. Carvajal, ganado por ese poder de persuasión tan propio de Rubio, y al que pocos son capaces de resistir, ordenó al P. Rey dejar inmediatamente el Colegio de Gijón y estudiar las principales organizaciones universitarias en Europa antes de regresar a Cuba a continuar su obra.

Esa fe, esa constancia, esa energía de Rubio que permitieron la fundación de la Agrupación Católica Universitaria, le hacen, después del P. Rey, acreedor al agradecimiento y la admiración de todos sus agrupados, también a la admiración y al agradecimiento del catolicismo cubano, el cual debe en parte a sus esfuerzos el riguroso renacer de nuestros días.

Hasta el 3 de marzo de 1931 no pudo llegar a La Habana el P. Rey. Entonces ya traía en la mente la Agrupación perfectamente estudiada en sus mínimos detalles, desde el nombre que habría de llevar hasta el tipo de influjo que en el futuro deberá ejercer en nuestra sociedad. Tan completo fue el proyecto, que, en la visita de despedida que hiciera antes de embarcar a su tía la Abadesa de Cuntis, le describió la futura obra con la precisión que tuviese si ya existiera.

Eso explica que a poco de fundada dé la sensación de cosa madura, y que al terminar el año 1931, cuando no tenía más que 10 meses de vida, la encontremos tal cual es hoy, más pobre, más reducida, todavía sin local propio, pero ya activa y completa en todos sus aspectos, y es que, como Minerva de la cabeza de Júpiter, nació la Agrupación en la mente del P. Rey adulta y cubierta de todas sus armas.

Su primer cuidado al desembarcar fue reanudar el contacto personal con "los de cuarto", que nunca se rompió espiritualmente gracias a la constante correspondencia que durante todo el tiempo de su ausencia mantuvo con Rubio y el día 4 pudo reunirse con un grupo

de sus fieles, entre los que faltaba éste, entonces perseguido por la policía de Machado que al fin logró capturarlo el día 19 de ese mes.

Esa primera reunión del 4 de marzo en 1931 fue considerada por el P. Rey como la fundación de la Agrupación Católica Universitaria, y así lo hizo constar oficialmente en la sesión del Consejo Directivo celebrada el 15 de diciembre de 1940.

Encabeza el Libro de la Agrupación, la llamada "Promoción de la Anunciata", con los nombres de aquellos primeros agrupados consagrados anteriormente en esa Congregación Mariana, quienes, con la ausencia de su Director el P. Esteban Rivas, S.J., se desprendieron del viejo tronco para crear la nueva planta: Juan Antonio Rubio Padilla, Ricardo Chisholm Fernández, Ataulfo Fernández Llano, Angelberto Coro del Pozo, César y Roberto Incera Soriano y César Rey Rodríguez.

Pero esta "Promoción de la Anunciata" es convencional, y fue creada por el P. Rey años después, cuando inscribió los nombres de todos los consagrados en el Libro de la Agrupación. Los que formaron el núcleo primitivo no fueron siete, sino seis, y no se reunieron todos el día 4, sino fueron agregándose en el transcurso del mes de marzo. De ellos, Chisholm no pertenecía a la Anunciata, pero estando en el extranjero cuando el P. Rey inscribió su nombre, no pudo disuadirlo de hacerlo. El de Luis Blanco no aparece entre ellos, aunque es del grupo de los primeros, pero la omisión es muy explicable, ya que fue agrupado apenas un mes, pues murió el 5 de abril del 1931. En cambio, en justo reconocimiento de la labor desarrollada en su ausencia, agregó el nombre de Rubio, a pesar de no haber estado este en la primera reunión ni participado de las actividades sucesivas, poniéndolo a la cabeza de la lista, donde figura con todo derecho el primer grupo. También colocó en la famosa "Promoción" a Ataulfo Fernández Llano, uno de sus más valiosos auxiliares en los primeros años de la Agrupación, quien si es verdad que cooperó con ella desde el primer día, era en esa época Presidente de los Jóvenes

Universitarios de la Anunciata, no pasó a la nueva institución hasta un tiempo después.

Desde un punto de vista meramente humano, no se pudo escoger en toda nuestra historia momento peor para iniciar aquella obra. Año de pasiones exacerbadas, de dura lucha, la situación política y económica como no las había conocido antes Cuba, la Universidad cerrada, las autoridades recelosas de cualquier actividad estudiantil, la atención de todos polarizada hacia una solución violenta: no parecía que fuese posible encontrar a nadie capaz de interesarse en renacimientos espirituales, ni con calma suficiente para pensar en una lenta formación con efectos a largo plazo, ni que hubiera posibilidad de captación de nuevos candidatos, ni campos donde ejercer apostolados de ninguna clase.

Para colmo, Rubio, si había sido el único capaz de aunar tantas voluntades, disertar graves obstáculos y mantener viable a la Agrupación en gestación, y que ahora hubiera sido un auxilio inapreciable, preso en el castillo del Príncipe no podía prestar una ayuda. Diríase que todas las circunstancias se habían conjurado para hacer abortar el empeño.

Ese fue un momento preciso escogido por Dios, el de la tormenta en pleno furor, el del caos, la confusión y el escepticismo, cuando fallaban todos los recursos humanos, para demostrar su poder, infundir en la Agrupación fe en los designios que tiene sobre ella e inculcarle una confianza ciega en su Divina Providencia. Como los apóstoles, la mandó sin oro, sin plata, ni cobre, ni alforjas para el camino, ni sandalias, ni bastón para que nunca pudiera creer que eran de ella las victorias que El iba alcanzar en el futuro.

La situación que encontró el P. Rey a su regreso a La Habana era bien distinta de la que dejara en el año 27, pero la conciencia que tenía de estar obedeciendo la voluntad divina lo defendió del desaliento y le hizo adaptarse a la realidad del momento.

Falto de la ayuda de Rubio, se apoyó en Arnaldo Coro, alma de estos primeros tiempos de la Agrupación, quien lleno de entusiasmo fue reuniendo a los que integraron el núcleo primitivo. Ya con ellos como punto de partida, el 17 de marzo, dirigió el P. Rey una circular a sus ex-alumnos, anunciándoles su "nuevo arribo a estas queridas playas cubanas" y "la tanda de Ejercicios que proyectamos en Belén para la próxima Semana Santa", "a pesar de las múltiples dificultades con que al presente tropezamos", para con ella renovar "al mismo tiempo que el espíritu, objetivo principal de estos Ejercicios, aquellas nuestras reuniones en extremo agradables, que tanto contribuyeron en nuestros primeros años de universidad, a la mutua unión, fraternidad y sana alegría que los caracterizaba".

Y terminaba informándoles que "el hecho de haber sido destinado por mis superiores, no solo a La Habana, sino precisamente a ocupar todas mis actividades con vosotros, me proporcionará el consuelo de poder ofrecerme ENTERAMENTE desde esta primera comunicación con vosotros, para ponerme por completo a vuestra disposición".

Nadie creyó posible en aquellos críticos momentos unos Ejercicios Espirituales en retiro para hombres. Pero el P. Rey estaba resuelto a que la Agrupación, si había de existir, surgiera y se formará en torno a ellos, de modo que absorbiera su espíritu en tal forma que este llegara a ser el de la nueva institución.

Por eso, cuando en el año 1925, en su primer intento de crearla se había dirigido a los alumnos del cuarto año de bachillerato del Colegio de Belén, comenzó por reunirnos en Ejercicios Espirituales en retiro. Y es esa la razón por la que durante su ausencia los esfuerzos de Rubio se concentraron en recoger a las ovejas dispersas en tandas anuales, gracias a las cuales era posible ahora comenzar a trabajar sobre terreno sólido.

Quería el Padre que los Ejercicios Espirituales fuesen la columna vertebral de la Agrupación, el espejo ante el cual cada uno aprendiera a conocerse, la fragua donde se forjaran las almas de los

futuros dirigentes del país, el crisol que las limpiase de escorias, la piedra angular sobre la que se levantara el edificio de la nueva espiritualidad y el venero que proveyese de móviles heroicos las voluntades de los hombres destinados a conducir el pueblo de Dios.

Y como la suya era inquebrantable, estaba sostenida por la Gracia, la primera tanda de Ejercicios de la Agrupación Católica Universitaria empezó el 29 de marzo de 1931, a pesar de todos los pesares, y contra viento y marea; y como si no quedara satisfecho de aquella proeza realizada a los veintitrés días de haber desembarcado, organizó en ese mismo año otras tres tandas más para la Agrupación: el 2 de abril, el 9 de octubre y el 4 de diciembre, demostrando a las claras cuáles eran los cimientos sobre los que quería construir.

II

EL PENSAMIENTO DEL P. REY SOBRE LA AGRUPACIÓN

De acuerdo con el pensamiento del P. Rey la Agrupación Católica Universitaria debía fraguar dentro de los moldes de la Compañía de Jesús concreta y convenientemente plasmados a los fines de la naciente asociación en las Reglas Comunes de las Congregaciones Marianas, y a ellas quiso adherirse de tal forma, que su fundación no fuese otra cosa que la realización llevada hasta las últimas consecuencias, de cuanto éstas disponen.

Desgraciadamente en aquella época, esas organizaciones, apartándose de los fines para los que fueron creadas, estaban, quizás con la sola excepción de la Anunciata, y alguna otra que hacía una débil labor catequística, exclusivamente dedicadas a la piedad.

No podía esto satisfacer al Padre Rey, quien aspiraba a dar a la Agrupación el verdadero sentido de las Congregaciones Marianas, el de brigadas de combate, avanzadas del más acendrado catolicismo, transidas de los ideales ignacianos esencialmente medievales y caballerescos, opuestos radicalmente al materialismo egoísta del renacimiento tan semejante al de nuestra época.

Para ello, y en orden a lograr el fin primordial del congregante, que es el mismo del jesuita, la propia santificación y la salvación de los demás, un ideal que se concreta en la frase: "ser santo y ser apóstol"; quiso que la Agrupación tuviese las características que

debían distinguir a las Congregaciones Marianas, y son orden, equilibrio, disciplina, sacrificio, abnegación, el espíritu del deber y del servicio, audacia y cortesía, caridad de acción, entonces olvidadas en el aburrido aburguesamiento de las reuniones mensuales y las comuniones generales.

Por eso desde el primer instante tuvo siempre a la vista el patrón a seguir, recogiendo su propósito el artículo primero de las Advertencias Generales del Reglamento de la Junta Directiva de los Universitarios, donde se declara expresamente que, sin el conocimiento de las Reglas Comunes de las Congregaciones Marianas, y lo que sobre ellas ha dicho la Suprema Autoridad de la Iglesia, se está imposibilitado para cumplir con los deberes de agrupado y más aún de Directivo.

Tan firme estaba en su idea que, en los principios de la Agrupación, cuando esta contaba con poquísimos miembros, no dudó en sacrificar a varios de ellos que se oponían a constituir la en Congregación Mariana. Y constante en esa dirección, veinte años después de fundada, todavía insistía sobre ella proponiendo al Consejo Directivo, que lo acordó el 7 de marzo de 1951, que dos veces al año, antes de empezar la misa del domingo, se leyera públicamente las Reglas Comunes para que los agrupados nunca las olvidasen.

Esa firmeza dio por resultado que de tal modo lograra realizar su intento, que cuando Pío XII describe la Congregación y el Congregante ideal en la "*Bis Saeculari*", o en la alocución a los Congregantes el 21 de enero de 1945, o en la carta que dirigió al General de la Compañía en 1950, parece como si se hubiese inspirado para ello en la Agrupación Católica Universitaria de La Habana, y en cada uno de sus postulados no hace sino confirmar lo que el P. Rey había querido que fuese, y era ya entonces una realidad que se actuaba a diario.

Tan es así, que el padre Juan Bautista Jansen, General de la Compañía de Jesús, propuso a la Agrupación como modelo, primero a los jesuitas franceses directores de organizaciones similares, y después a todas las Congregaciones Marianas del mundo.

No obstante esto, la Agrupación constituye dentro de ellas una variante enteramente nueva, debido a que, al tratar de encontrar una solución a nuestros problemas, el Padre Rey comprendió que le era preciso, si quería alcanzarla, dar a la institución que pretendía fundar una orientación peculiar, que sin apartarse un ápice del espíritu ni la letra de las Reglas Comunes, resultase, por estar en perfecta consonancia con las necesidades y el medio ambiente cubano, la más eficaz en la persecución del objetivo que se había señalado consistiendo ésta en el propósito, que fijó como norte de las intenciones de la Agrupación, de lograr que la doctrina evangélica, comprendida y aceptada en los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, fuese llevada a la práctica, buscando al hacerlo cumplir el fin del hombre por medio de la perfección individual concebida en función de la acción apostólica ejercida por intelectuales debidamente formados para ello y ejecutada con los instrumentos que les son propios, de modo de poder ocupar una posición influyente de verdadera jefatura espiritual capaz de salvar al país.

En síntesis, este era el pensamiento del fundador de la Agrupación Católica Universitaria, el que imprimió a su obra la fisonomía que la distingue, y originó en sus miembros un estilo de vida uniforme, con su escala de valores, normas de conducta, criterios e ideales.

En la práctica, la realización de este concepto encierra la consecución de dos objetos que son como los polos de la conducta agrupacional: uno el último, servir a Dios en la forma más perfecta que sea dable alcanzar, teniendo a Cuba como meta de todos los esfuerzos por considerar que es ese el camino que le indica la voluntad divina para llegar a su fin; otro, el inmediato, la preparación para ese servicio perfeccionando la naturaleza individual en todos los órdenes de la vida.

Ambos objetos convergen en la necesidad de crear un nuevo tipo humano capaz de llevar a cabo la concepción del Fundador, quien consciente de ello se propuso conseguirlo "para Cristo y para Cuba" ideando al "agrupado" abierto, franco, sincero, generoso, valiente, espiritual y abnegado, en quien la piedad, el estudio y la acción estuvieran en perfecto equilibrio; tan distinto del hombre de nuestro tiempo: falso, egoísta, rapaz, mezquino, sensual, tarado de respeto humano y convencionalismos, que como él decía no cree en Dios "para creer en el dinero, y no ama a su patria para poder amarse a sí mismo".

Esta imagen que había forjado claro, y a cuya conversión en una realidad dedicó toda la vida, se refleja en el lema "*Confortare et esto vir*" que dio a la Agrupación, donde resume al mismo tiempo su concepto del prototipo del futuro ciudadano de una nueva Cuba, y el programa que permitiría a los que aspiraban a encarrilarlo desarrollar hasta el máximo las posibilidades de su espíritu y alcanzar la plenitud de su personalidad para conseguirlo.

A tal extremo se ajusta ese lema a su pensamiento que si no se conservaran otros testimonios él solo bastaría para descubrirlo, y mostrar que según el Fundador el ser agrupado exige una postura y una actitud de milicia propia de hombres dedicados al servicio de una causa, que viven en tensión para la acción, animados del espíritu cristiano, que es espíritu de sacrificio donde alienta la más auténtica esencia de heroísmo, sin el motor del cual todo se afloja, falla y en definitiva muere.

Ese individuo con que soñaba, y que según el P. Busutill, debe ser un hombre profundamente convencido de estar "consagrado" a la renovación de la sociedad, a transformarla y conducirla a la razón, y a la educación cristiana y civil; es la levadura con que el P. Rey quería fermentar al pueblo de Cuba, para catolizar sus instituciones y restaurar el ambiente desecho por los enemigos de la Iglesia, el destinado por él para influir en el pensamiento cubano hasta llegar a dirigirlo, y así poder devolvérselo a Cristo.

Imprescindible a semejante orientación es el carácter formativo que la Agrupación debe tener en alto grado, y que Padre Rey le impuso como fundamento necesario de toda su actividad, interesado a crear, mediante un intenso cultivo durante los años universitarios, profesionales católicos que puedan, de acuerdo con la indicación pontificia, llevar a Dios "con la palabra, la pluma y la prensa" a todos los rincones de la Isla; dirigido, para decirlo en términos más precisos, a suscitar jefes capaces de influir y dirigir, y por tanto de llevar a cabo el ideal del Fundador, quien por esta razón solo estaba interesado en ellos y no en las masas, cuya conversión dejaba a la futura acción de los agrupados. Pero como el Padre Rey estaba persuadido de que si bien la jefatura exige determinadas condiciones naturales sin las cuales no puede darse, éstas no bastan por sí solas y necesitan someterse a un cuidadoso proceso formativo para que a su debido tiempo produzcan los frutos apetecidos, dio una importancia capital a este aspecto de su obra, y jamás economizó esfuerzos de ninguna clase porque fuese lo más completo posible. Este criterio lo muestra su frase dicha en cierta ocasión en que se trataba de hacer un desembolso considerable para enviar a uno de los agrupados a realizar estudios en el extranjero, contestando a alguien que vacilaba ante el sacrificio económico que eso representaba: "Daría con gusto el dinero que me pidiesen por cada agrupado, si al darlo éste quedara bien formado católicamente. Eso no tiene precio".

Y en otra oportunidad visitando una Congregación Mariana en un país vecino, cuando su Director hubo terminado de mostrarle una imponente instalación de comedores populares, aulas para obreros, salas de recreo, teatro, etc., imperturbable, y sin dejarse impresionar por todo aquello, le preguntó: "Dígame Padre, ¿en qué condiciones está la formación de los congregantes? Y como el otro le respondiera: "Es nuestro punto flojo. A la verdad no es muy sólida que digamos", le ripostó el P. Rey con esa sinceridad tan suya: "Pues entonces Padre, lo que usted tiene son obras de caridad, pero no tiene congregantes".

Desde el principio se preocupó por poner bien de manifiesto este carácter de la Agrupación, expresado claramente en el primer aviso que se fijó en su tablilla en 1931: "La A.C.U. es una institución de catolicismo práctico y apostólico fundada para la más completa formación moral e intelectual de sus miembros".

"Su objeto" — escribe el Padre Rey, también en 1931 — "es agrupar estudiantes católicos de Cuba para su más completa formación religiosa y social, y para la propaganda católica".

La idea se repite hasta la saciedad en todos los documentos oficiales. "La Agrupación es una Congregación Mariana especializada", dice el "*Esto Vir*" de noviembre de 1946, "que trata de formar profesionales católicos de verdadera talla que sean eficaces cooperadores en la propagación del reino de Jesucristo". "Es" — para citar una más — "una congregación Mariana de estudiantes y profesionales, que, de estudiantes se formaron en ella".

En la mente del fundador estaba el propósito de que la actividad formativa de su obra, trasunto de la etapa de formación que ocupa largos años en el principio de la carrera de los miembros de la Compañía de Jesús, diese a los agrupados un elevado nivel espiritual parejo en todo lo posible, y creara manantial de intelectualidad católica de cuyos senos brotaran los hombres destinados a imprimir un verdadero sentido cristiano en los criterios de la sociedad cubana.

Es lógico que semejante aspiración a formar una intelectualidad pujante y vigorosa, preocupada por su país con verdadero sentido cristiano y claro concepto del deber, originara una institución medularmente patriótica, que impulsada por su necesidad de acción tendiera a preparar a sus hombres para servir a Cuba con la pureza y perfección soñada por los padres de nuestra nacionalidad.

En efecto, no tuvo solo desde su inicio esa proyección provocada por la orientación que el P. Rey le había impuesto, sino que éste se

empeñó en robustecerla con todos los medios haciendo cuanto estaba a su alcance para que nunca se olvidase que además de la perfección individual, se buscaba allí la salvación del país, y para conseguir que cada agrupado llegara a considerar a la Agrupación en general y a sí mismo en particular, como instrumentos usados por la Divina Providencia en el logro de ese propósito, tratando para ello de fijar en sus conciencias — hasta el punto de convertirla en el eje de todas sus actividades — la idea de que tenían una misión señalada por Dios al llamarlos a aquella institución, que entraba en ellos la obligación ineludible de llevarla a cabo en la mejor manera que les fuere posible; de donde deducía la consecuencia de que del mejor o peor cumplimiento de los deberes agrupacionales de cada cual dependía proporcionalmente su valor real en la renovación moral de Cuba y también su adelanto individual en el terreno espiritual.

En orden a esto, veía la precisión de insistirles sin cesar que nunca debían perder de vista los motivos sobrenaturales para impartir al trabajo por la patria el sentido de obediencia a la voluntad de Dios y de cooperación al plan divino que anima el propósito de la Agrupación, sumisión consciente y libre que en definitiva es el medio más directo de procurar la santificación propia.

En esta forma el P. Rey vinculaba, al punto de convertirlos en un solo ideal, el fin último del hombre, la aspiración de las Congregaciones Marianas, y su concepto del objetivo particular de la Agrupación.

Consecuencia natural de todo esto es una institución fundamentalmente apostólica, cuya actividad debe estar siempre enderezada hacia la consecución de sus fines específicos, que no podrán considerarse alcanzados a plenitud hasta el día en que cada uno de los cubanos piense y actúe en todo como católico.

De aquí su pretensión a que agrupado fuese sinónimo de apóstol, y su empeño en formarlos de manera, que como diría años más tarde Pío XII en su discurso al Primer Congreso de las Congregaciones Marianas, estuviesen siempre decididos "a responder generosamente

a los atractivos de la gracia, a buscar y practicar según su estado de vida toda la voluntad divina”, sin detenerse, si para ellos fuese necesario, ante el sacrificio de posibilidades más halagüeñas a la naturaleza humana.

Porque de acuerdo con la orientación que había dado a la Agrupación, y con la contextura moral e intelectual que deseaba para el agrupado, éste debía estar poseído del celo apostólico, y convencido de que la simple vida honesta que puede ser excelente en otros, destinados en el plan de Dios a ser unos tranquilos burgueses, buenos padres de familia, en ellos, escogidos para una labor más ardua, sería un egoísmo imperdonable, una verdadera traición que nos convertiría en seres fracasados, hombres frustrados, incapaces de encontrarse a sí mismos, y por lo tanto de hallar a Dios.

Por eso quería que el apostolado de los agrupados, que impuso a todos como estricta obligación, no fuera esporádico ni circunstancial, sino continuo, a todas horas, sobre todos los temas, desde todas las posiciones, que brotara incesante del corazón de cada cual como la expresión irreprimible de su espíritu; pero en forma orgánica, para canalizar sus impulsos en la misma dirección y sistematizar la labor, porque el fin del apostolado agrupacional según lo concibió el P. Rey, no está en la mera acción apostólica ejercida anárquicamente con el propósito de conseguir la salvación de un número más o menos grande de individuos, sino en la consecución de un objetivo concreto que es ganar a Cuba para Cristo, y que no se obtendrá jamás sin un plan cuidadosamente estudiado y rigurosamente obedecido.

III

FORMACIÓN ESPIRITUAL

El primer paso indispensable en el camino hacia la realización del ideal apostólico de la Agrupación, en perfecta consonancia con su carácter formativo, es una rigurosa selección de los candidatos que aspiren a ingresar en ella.

En una tarjeta sin fecha, pero escrita por el P. Rey en los mismos inicios de su obra, donde apuntó el esquema de toda la organización, la primera palabra que aparece bajo las iniciales A.C.U. que la encabeza es: "Elite".

Resulta muy significativa esta precedencia que descubre el pensamiento de su autor, quién en vez de tomar como punto de partida cualquier otro aspecto fundamental de la Agrupación, arranca de un estricto concepto selectivo, ordenando todo lo demás en torno suyo. Semejante desprecio del número en pro de la calidad es uno de los rasgos más acusados de la mentalidad del P. Rey, cuya constante preocupación fue la formación de jefes capaces de conducir, no de gregarios que siguieran. Sin los primeros no creía en la posibilidad de convencer a los últimos. "Es absurdo", decía con frecuencia, "tratar de convertir la masa con la masa, hay que ir a ella con selectos. Buen ejemplo de esto nos lo dio Jesucristo, quien, para conquistar a toda la humanidad, escogió y formó a solo doce hombres que le bastaron para fundar la Iglesia Universal".

Imbuido de este principio, al confrontar el problema cubano y buscar la manera de cristianizar de nuevo a nuestra sociedad, vio como única solución posible la orientación que dio a la Agrupación,

dedicándose con empeño a la formación católica y cultural de aquellos que por su posición están destinados a dirigir el futuro del país, para que en lugar de continuar llevándolo por el camino que cada vez se aleja más de Dios, lo conduzca nuevamente a El.

Concorde con este pensamiento, un informe titulado "Breve reseña del desarrollo y actividades de la A.C.U. en los dos años que lleva de fundada" escrito en mayo de 1933, se mantiene que "la idea que ha presidido siempre el desenvolvimiento de la A.C.U. ha sido la cuidadosa selección con probación larga".

"Como trasunto de la escuela jesuítica en el campo sealar", comentaba años más tarde el P. Alberto Castro, S.J., "la A.C.U. es primeramente una asociación de calidad, no precisamente de número. La exigencia con que se lleva a cabo el proceso selectivo ha sido tachada de exagerada, y aún de preciosista. Pero el resultado a ojos vistos ha sido esa pequeña y colosal masa de fuerzas unidas y encauzadas, que asombra y entusiasma a cuantos estudian acerca de su misión y estilo".

La primera condición de esta estricta selección es que el candidato esté cursando los primeros años de su carrera universitaria al momento de solicitar su ingreso.

En los comienzos de la Agrupación, el P. Rey admitió de mala gana a algunos que no eran estudiantes, pero estos no perseveraron largo tiempo, y desde entonces ha sido práctica constante el aceptar a universitarios. La razón es obvia, pues es más fácil voltear y darle el espíritu característico de la institución a jóvenes que comienzan sus estudios superiores, que no a hombres con criterios y puntos de vista ya consolidados.

Raras veces, y a pesar de las dotes extraordinarias de los individuos que han constituido las escasísimas excepciones a esta regla, han logrado éstos una total compenetración con los ideales agrupacionales. Y es que el espíritu de la Agrupación ha sido tan

uniformemente asimilado por sus miembros en la única edad en que es posible hacerlo, que para el que no lo tiene existe la casi imposibilidad de ponerse a tono con ellos en su concepción general de la vida.

Dentro del terreno universitario son varias las cualidades que se exigen al que aspira a ingresar. En primer término, debe ser un buen estudiante, para que de acuerdo con las indicaciones de Pío XII pueda más tarde encontrarse entre "los mejores profesores, los mejores juristas, literatos, médicos, ingenieros, naturalistas, fisiólogos, investigadores de la materia y del espíritu, de la verdad y del bien individual y social", y ser capaz, en fin, de cumplir aquella aspiración tantas veces repetida: "En cada primer puesto, un agrupado". Debe de tener talento suficiente para imponerse a sus compañeros y saberlos dirigir; ser religioso, pero de una piedad viril, sin el menor asomo de "beatería" que le cerraría instantáneamente las puertas de la Agrupación; con virtudes humanas, voluntad de apostolado, entereza de carácter, admiración y aspecto varonil; dotado para la acción y la organización; poseedor de esa indefinible aptitud para amoldarse a la Agrupación, que si quiere se puede llamar vocación para ella y simpatía, cualidad importantísima por la valorización que puede dar en su proyección externa a las demás prendas de que esté revestido el agrupado.

Al estudiar el criterio selectivo de la Agrupación, es necesario tener presente, además de las razones dadas, que las Congregaciones Marianas no han sido instruidas por la Iglesia para el común de los fieles, sino para aquellos que como dijo Pío XII en la Constitución Apostólica "*Bis Saeculari*" se sienten llamados a "seguir a Cristo en una forma perfecta y absoluta", estando por lo tanto obligados a escoger cuidadosamente a sus miembros para poder cumplir sus fines e impedir que se adultere su verdadero carácter.

En la misma Constitución el Romano Pontífice confirma esta exposición de las Reglas Comunes ordenando de manera clara y terminante a las Congregaciones Marianas a practicar la más severa

selección: "En la admisión de los congregantes", dice Pío XII, "escójase diligentemente a los que no se contenten con seguir un género de vida cristiana común y vulgar", sino que ansíen "preparar su corazón para ulteriores ascensiones en el espíritu", aún las más arduas, según las normas acéticas y los ejercicios de piedad que les propongan las Reglas".

"Una mayor selección", escribe el mismo Pío XII al R.P. Luis Paulussen, SJ, Presidente del Secretariado Central de las Congregaciones Marianas, "es la fuente de toda renovación, y por lo tanto debe hacerse con decisión, sobre todo donde el genuino espíritu haya caído. A la consagración perpetua solo se debe admitir a los que quieran y puedan vivir observando las Reglas Comunes, una vida católica más ferviente, más apostólica, más militante".

La selección, dice el pontífice en su discurso al Primer Congreso de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas, "es esencial para asegurar la renovación deseada. Las congregaciones no son simples asociaciones de piedad, sino escuelas de perfección y apostolado".

Reiterando la misma idea en octubre de 1950 escribe al General de la Compañía de Jesús sobre el encargo que ha hecho a las Congregaciones Marianas de "formar y conducir grupos selectísimos de apóstoles, que se mostrarán como sal de la tierra y cual celestial levadura de virtud entre los hombres". Y a continuación le recomienda "en primer lugar procurad una severa selección de los candidatos, escogiendo solo a aquellos que aspiren de veras a ideales más altos y deseen empaparse del espíritu apostólico".

En fin, para no citar más, el primero de los asuntos a tratar en el Primer Consejo de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas, celebrado en Roma en 1954, cuyo temario había sido previamente aprobado por el Papa, es "La Mayor Gloria de Dios por medio de una mayor selección".

Con el transcurso del tiempo, a medida que la Agrupación fue creciendo en número, el Consejo Directivo ha ido restringiendo cada vez más la entrada, haciendo más exigente la selección y más duras las pruebas.

Ya el 15 de febrero de 1935 acuerda que ninguna solicitud de ingreso será válida sin llevar al pie la firma de un agrupado que presente al postulante y ser ratificada por la Mesa Directiva.

El 2 de junio del mismo año se dispuso prolongar el Postulantado hasta probar el cumplimiento de los solicitantes. Este primer período se alarga a cinco semanas, y para enterar debidamente al postulante de los fines, actividades y orientaciones fundamentales de la Agrupación, se le da, por medio del Instructor de Aspirantes, una serie de conferencias, mientras que por su parte la Agrupación trata de informarse con la mayor amplitud que le sea posible sobre su personalidad, aptitudes y conducta. El aspirantado dura unos nueve meses durante los cuales el candidato debe cumplir perfectamente con todos sus deberes de agrupado, incluyendo entre ellos el de participar en alguna actividad de tipo apostólico de acuerdo con sus preferencias y capacidad, y recibe instrucciones especiales como lo hiciera en el período anterior. "Estas instrucciones", escribe el P. Rey en 1950, "en las que ponemos un extraordinario interés, no solo serán estrictamente obligatorias, de tal manera que sin ellas ningún aspirante pueda ser admitido a congregante, sino que también se buscará el modo apto de hacer patente el fruto que ya hayan sacado de ellas".

Si el cumplimiento del aspirante no es satisfactorio, o siéndolo, deja desear en algo, bien en su personalidad o en su conducta fuera de la Agrupación, no puede ser consagrado congregante. Tampoco podrán serlo los individuos que se encuentren en circunstancias extraordinarias, consideradas y aceptadas por el Director, permaneciendo estos últimos como aspirantes, hasta que, si las circunstancias no cambian, pierdan la posibilidad de su consagración, y pasen a la categoría de protectores.

Todavía en 1950 se alargó la aprobación. Sobre esto escribe el P. Rey: "Terminando el periodo del Aspirantado, los aspirantes aprobados por el Consejo Directivo harán su consagración a la Santísima Virgen, como hasta ahora; y por parte de ellos esta consagración debe ser perfecta; pero la A.C.U., por su parte, no los anotará definitivamente en el "Libro de la Congregación", hasta que, pasado otro período mínimo de dos años, hayan demostrado la efectividad de su consagración".

"En este período se denominarán "Congregantes Nuevos" y formarán el "Círculo Junior".

"Terminando este período, los que fuesen aprobados por el Consejo Directivo, mediante una promesa de fidelidad, serán anotados definitivamente en el "Libro de la Congregación".

"El Consejo Directivo, con muy buen acuerdo no quiere que se estampe allí la firma de ningún congregante, por antiguo y benemérito que sea, que sin causa que lo justifique, no está cumpliendo o está cumpliendo mal sus deberes agrupacionales".

En la misma carta circular dirigida a los Agrupados, dice el P. Rey: "En la A.C.U. tal vez como en ninguna otra sociedad, no solo se prueba al individuo, dándole tiempo abundante para que piense y se dé cuenta de lo que hace y promete; sino que al aspirante se le insiste constantemente en que cada paso que da, es libre; pero que, si da el definitivo, ese es para toda la vida, empeñando en él su "palabra de hombre"; y pertenece a cada cual después medir y apreciar lo que su palabra vale y significa".

Esta es la razón de la solemnidad con que se reviste el acto en que, durante la vigilia de la Inmaculada, momentos antes de la comunión y en presencia de Jesús Sacramentado, en una ceremonia inspirada en las renovaciones de votos de la Compañía de Jesús, los que van a pasar a congregantes repiten a coro la fórmula de la consagración.

La Agrupación tiene características tan precisas y objetivos tan concretos que, para ingresar, y sobre todo permanecer en ella, se necesita una verdadera vocación.

Es indudable que Dios llama a algunos individuos a la Agrupación y quiere que se entreguen a Él en ella y no en otro lugar, y que de la medida de la entrega depende la medida de la perfección que lleguen a alcanzar y la realización del plan divino sobre ellos y sobre la sociedad en que viven; de aquí la necesidad de la rigurosa exigencia del cumplimiento del deber y la prohibición a todos los agrupados de pertenecer a otras organizaciones religiosas, de modo que concentren todos sus esfuerzos y desvelos en seguir su vocación.

Por eso también, pasada la prueba no se afloja el rigor, y el agrupado debe continuar observando las obligaciones que libremente se comprometió a cumplir, y que son como las cuerdas que hay en el haz, sin las cuales pronto desaparecería la cohesión, la disciplina y el espíritu, y en definitiva se habría perdido tiempo miserablemente.

La Agrupación es como una orden religiosa de seculares, con sus fines, su espiritualidad y una fisionomía suya muy marcada, a la que no están obligados a ajustarse todos los que aspiran a una vida de mayor perfección, sino solo los que han sido llamados a ella; como no están todos los que aspiran a la perfección dentro del sacerdocio a ingresar en una orden determinada, sino en aquella en cuyas reglas su propia idiosincrasia encuentre el ambiente más favorable para lograr su salvación.

Y precisamente por esa libertad con que Dios llama a los hombres por distintos caminos, y por las consecuencias que para ellos puede tener la frustración de esa llamada, se está en el deber gravísimo, no solo de no estorbarla, sino defenderla, garantizarla y facilitarla.

Estas cosas no las comprenden los que, desconociendo la esencia íntima de la Agrupación y el espíritu propio de las Congregaciones Marianas, la tildan de exclusivista y disciplinaria.

Las anteriores razones explican las medidas tomadas por el Consejo Directivo en su sección el 7 de marzo de 1936 donde acordó que los congregantes que sin justificación dejen de asistir durante tres meses a la Agrupación sean suspendidos, y si después de esto pasarán seis más sin reintegrarse, separados definitivamente. A partir de esa fecha fue aumentando el rigor la disciplina, sobre todo entre los años 1942 y 1946, y se amonestan, separan temporalmente, o dan de baja a numerosos agrupados según su grado de incumplimiento.

Tan firme está la Agrupación en no aspirar a un gran número de miembros, sino a pocos, pero selectos y efectivos, que hasta el 8 de diciembre de 1955 solo ha consagrado a seiscientos veinticuatro congregantes de los cuales ha dado de baja ciento cincuenta y cinco. Pero gracias a esta selección tan estricta, a la rigurosa disciplina y a la intensa formación que moldea a sus miembros, se ha logrado hacer de ella un conjunto compacto, una verdadera unidad, en la que existen mucho más miembros cumplidores, activos, empeñados realmente en la consecución de sus objetivos, que en la mayoría de las asociaciones de masas.

Para llegar a la meta que se había propuesto, el P. Rey concibió tres períodos en la vida del agrupado antes de lanzarlo a cumplir los fines propios de la Agrupación. El primero de formación moral, luego el de formación intelectual, y por último el período de formación apostólica, ordenados en forma de hacer coincidir su término con la graduación del estudiante, de modo que estuviera perfectamente preparado al comenzar su vida pública para emprender el rescate de todas las instituciones de la patria con el fin de devolverlas a Jesucristo.

Concatenados y subordinados los tres períodos unos a los otros, el primero es desde luego el fundamental. "En la obra de la A.C.U," escribe el padre Eduardo Boza Masvidal en el "*Esto Vir*" de diciembre de 1942, "la formación espiritual de los agrupados ocupa lugar primordial. La A.C.U. sabe perfectamente que si esto falta son vanas sus esperanzas de trabajo para un porvenir más cristiano y una patria mejor". Sin ella existe el peligro avisado por Pío XII "del exclusivismo del elemento externo, de un trabajo superficial y naturalista", que llama en otro lugar "herejía de la acción".

Sin vida interior rica no hay obra fecunda. Las Constituciones de la Compañía de Jesús lo expresan diciendo que: "aquellas (obras) interiores han de dar eficacia a estas exteriores para el fin que se pretende", y el P. Rey glosa este pensamiento en 1945 al escribir que "si ha de haber acción social efectiva tiene que estar estimulada por una vida intensamente católica de sus jefes", agregando en otra ocasión que "el apostolado que no sale del amor a Dios suele ser vanidoso".

Sin duda veía claramente que la dinámica certera y exacta radica en el alma, que no puede dar sin antes tener; de aquí que para enriquecerla sea necesario, como apuntará años más tarde el P. Llorente, "una formación espiritual y religiosa sólida para un apostolado de acción de veras eficaz".

"Considerad como de la mayor importancia", escribe Pío XII al General de la Compañía en 1950, "la formación interior de las almas, sin la cual toda actividad puramente externa debe ser tenida por vosotros estéril y aun sospechosa".

Es preciso pues, que el alma del agrupado se impregne de los principios e ideales que informan la fe católica, que la vida de éste sea la realización práctica de sus normas, con un anhelo siempre creciente de mayor perfección, y arda en el deseo del reino de Dios, para que esta aspiración, sentida al unísono con la Voluntad Divina, impulse y dé contenidos sobrenatural a su acción apostólica, y

también para que convertida en oración sea como un imán que lo atraiga, y apresure su establecimiento entre los hombres.

Por eso se insiste tanto en que al agrupado le es indispensable una vida espiritual intensa mantenida por una voluntad inquebrantable, basada sobre sólidos fundamentos teológicos, y caracterizada por un íntimo conocimiento de Cristo, su fiel imitación y absoluta confianza en la Divina Providencia; que ha de exteriorizarse en caridad, renuncia propia, sacrificio y toda aceptación de la voluntad de Dios; de modo que su apostolado sea la proyección de su espiritualidad, brote natural y espontáneamente de él, y tenga tal calor y tanta sinceridad que no pueda resistírsele y arrastre tras sí a cuantos le rodean.

Sin esto no pueden existir los jefes que el P. Rey quería formar, porque es preciso que la palabra de Cristo termine en nuestras almas antes de que podamos servir de vehículos para hacerla terminar en las de los demás, que transforme nuestra vida antes de que podamos transformar a los otros; ya que solo a los que se entregan por completo a Dios les es posible conquistar los hombres para El.

“Si somos como Dios quiere que seamos”, dice el P. Ricardo Lombardi, S.J., “el mundo se restaurará en Cristo”, y como se nos ha dicho “sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial”, el ideal que se propone el agrupado en orden de alcanzar la conversión de Cuba, es nada menos que la propia santificación. Quien piense que sin aspirar a esto con todas sus fuerzas podrá realizar grandes empresas por la gloria de Dios y la salvación de las almas, se asemeja al “necio que edificó su casa sobre la arena”.

Entre quien pretenda alcanzar ese ideal del perfecto agrupado, y el buen padre de familia, hay un abismo, y también un número casi infinito de grados.

Estos desniveles son los que en 1948 hacían escribir al P. Rey: “La gran diferencia que hay de agrupado a agrupado: los que van con Cristo y los que van sin Cristo solos y jadeantes”.

“Van con Cristo los que aprenden a hacer sus visitas al Sagrario conscientes e íntimas; los que tienen empeño en perfeccionar su comunión diaria o casi diaria; los que estudian a Jesucristo en sus ratos de meditación; los que... esos comparten el yugo con El, y de esos nos da la experiencia que nunca se cansan”.

“A los solitarios, en cambio, no se les puede ajustar al yugo, que se hizo para dos, y van con su carga a rastras, aunque sean Salomones en la Universidad y Pablos en la Iglesia capaces de dar lecciones de apostolado al Pontífice de Roma, pero la carga... la carga, acaban por soltarla”.

Esto es también la explicación de los ciento cincuenta y cinco congregantes que la Agrupación ha dado de baja en sus veinticinco años de existencia. Sin vida espiritual no hay agrupados, sin ella la Agrupación carece de sentido y sería inútil pedirles a sus miembros la aspiración a “lo más alto en lo sobrenatural y en lo humano”.

Pero el P. Rey que nunca perdía de vista el objetivo apostólico, y que pretendía un perfecto equilibrio entre la vida interna y la exterior; del mismo modo que ponía por condición indispensable para un eficaz apostolado una intensa vida espiritual, no se contentaba con esta última por subida que fuese, y enseñaba que para completarla era preciso la acción, sobre todo de tipo social.

Una de las características principales de la mentalidad del P. Rey era la estructuración lógica de sus ideas. Su pensamiento tenía la claridad del silogismo y la solidez racional de la obra arquitectónica. En él todo era armónico, ordenado y útil. Adoptaba una idea inicial, al instante comenzaba a poner en ejecución los medios más adecuados para lograr su realización, y con esa eficacia tan suya,

todo cuanto hacía en relación con ella estaba perfectamente enderezado al fin que perseguía.

Por eso al comprender que la solución del problema de Cuba estaba en que los criterios, las costumbres, las iniciativas y en fin, la actuación de todos los cubanos, volvieran a regirse por las normas que enseñó Jesucristo, propuso a los que habían de dirigir el cambio acercarse a Él lo más íntimamente posible y empaparse de sus enseñanzas.

Quería que en todos los momentos de la vida el agrupado sintiera la amistad de Jesucristo, y se acostumbrara a acudir a Él en sus problemas, en los disgustos, los reverses, las tristezas, y también en las alegrías y las prosperidades, que pueden ser tan peligrosas.

A esto llamaba el P. Rey en la tarjeta ya citada sobre el esquema de la Agrupación: "Intimidad de Vida".

Para lograrla y obtener un conocimiento profundo de la persona de Jesucristo, que dé un ejemplo vivo al que moldea el espíritu y la conducta, que haga posible tenerlo realmente por Maestro y por guía en la vida diaria; para penetrar su manera de ser, sus sentimientos, su carácter, comprenderlo y aprender a confiar en Él, y alcanzar al fin esa vida de verdadera intimidad; insistía que no basta la familiaridad con lo externo de su historia, y que es preciso habituarse a la adoración mental, que no cesaba de recomendar y es una de las características más notables de la vida espiritual de los agrupados.

En orden a propiciar el gusto a la meditación que diera como fruto el conocimiento íntimo de Jesucristo, y para dar las pautas que encaminaran a los agrupados para esa vía, así como también para imprimir a su oración una orientación apostólica, concedió siempre gran importancia a la segunda semana de Ejercicios, deteniéndose largamente sobre la vida del Redentor y la vocación de los Apóstoles. Con extraordinaria penetración psicológica estudiaba

como el Señor había ido reuniéndolos en torno suyo. Para acercarlo a sus oyentes, comparaba el Colegio de los Apóstoles a la Agrupación, y como un antecedente de aquella promoción de la Anunciata, presentaba a San Juan Bautista, primer instrumento de la obra que estaba por emprender, cediéndole a dos de sus discípulos unidos por la amistad e idénticos ideales. Luego examinaba la manera como Jesucristo tomándolos a ellos como base, poco a poco, sin prisas, iba escogiendo a los demás, adaptándose, valido de su profundo conocimiento del alma humana, a los distintos caracteres para llamar a cada cual en la forma más ajustada a su temperamento. Lo presentaba ofreciendo a la vehemencia de Pedro la perspectiva de grandes empresas; aceptando el espíritu crítico de Natanael; alagando con una invitación breve y directa al publicano rechazado por la santidad oficial; o sirviéndose de amistad anterior o del parentesco que existía entre ellos para atraer a unos por medios de los otros.

Ante los ojos de los agrupados la figura de Cristo iba concretándose, tomando forma, siendo casi tangible, lo veían moverse entre los hombres, tratándolos con afecto, con delicadeza y naturalidad. Como si el tiempo y el espacio hubieran desaparecido, los ejercitantes se sentían cerca de Él cuando escribía en la arena del suelo, o lloraba la muerte de Lázaro. Les parecía descubrirlo por primera vez, y al experimentar su atractivo se rendían ganados por su amor. Entonces se daban cuenta que cuando hace veinte siglos formaba su Agrupación, también estaba formado ésta, la Agrupación Católica Universitaria, y que al ir llamando los Apóstoles, iba llamando a los agrupados, porque cada cual se reconocía en uno de los doce, y se oía invitado como ellos a la intimidad con El, a integrar su familia, a convertirse en su compañero de trabajo y de gloria, a tratar de alcanzar la más alta santidad y a cumplir el precepto de enseñar a todas las gentes.

Poco a poco los agrupados se fueron habituando a la oración mental hasta hacerse cosa general entre ellos, consistiendo el mayor triunfo alcanzado por el P. Rey como Director Espiritual en haber logrado

ponerlos en contacto diario con Jesucristo por medio de la meditación.

Conseguido esto, la aplicación a la práctica vendrá naturalmente, y cuando se trate de emprender una obra, al concebir una idea, al momento de actuar, se consultarán con Jesucristo los proyectos, y se tratará de actuar como lo hubiera hecho El, con espíritu sobrenatural, valor, justicia, energía y amor al prójimo.

“No falles tú y no fallará El” le había dicho el P. Rey a Rubio al despedirse para ir a España en 1927, condensando en esas palabras la confianza, la fidelidad y el amor que encierra su fórmula “Intimidad de Vida”, ideal de la espiritualidad agrupacional.

Pero este amor a Dios y al prójimo, que debía fundir con su calor el hielo del egoísmo materialista y desarrollar al máximo los verdaderos valores de los futuros obreros de la nueva Cuba, quería el P. Rey que fuese crecidísimo, y en su ya varias veces citada tarjeta sobre el esquema de la Agrupación escribe esta frase que encierra todo el programa de su obra formativa: “Amor-Exigir mucho”.

Pedía nada menos que el perfecto amor a Dios, y al prójimo porque El lo ama, de manera que, uniendo nuestro amor al Suo, viviéramos para Dios y no para nosotros mismos.

Semejante amor implica la necesidad de aceptar íntegramente el concepto de sacrificio, sin el cual es imposible tomar la cruz y seguir a Cristo, única manera de comprenderlo, invitarlo, acercarse a Él, alcanzar la “Intimidad de Vida”, y poder ejercer una eficaz acción apostólica, a la que cualquier rastro de egoísmo puede entorpecer y hasta anular completamente.

De aquí que el P. Rey insistiera tanto en el carácter sobrenatural que se debía dar hasta al más insignificante de los actos, repitiendo que el buscar la voluntad de Dios debía ser la única preocupación del agrupado, y el ponerla en práctica su único deseo.

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando” había dicho Jesucristo, y también “quien quiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”. De nada serviría pues llegar a comprender perfectamente la personalidad del Redentor, si no se hiciera caso de sus ejemplos y sus palabras. Al conocimiento profundo debe seguir el amor que engendra el deseo de servir, la entrega y la obediencia, que son como las gradas de la escalera que conduce a Dios.

Pero como no se logra fácilmente este estado de ánimo si no se tiene la vista fija en El, y por amor suyo un completo dominio de sí mismo, para obtener estas cosas hizo girar la vida espiritual de la Agrupación a los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.

Entre los muchos medios de que se valió el P. Rey para orientar la conciencia y formar los criterios de la Agrupación está el “*Esto Vir*”, su órgano oficial, que a lo largo de los veinticinco años que ya lleva de vida, no ha cesado nunca de aleccionar y guiar a los agrupados por medio de artículos que, o bien escribe el propio Director, o bien provienen de su inspiración directa, de modo que se puede considerar cuanto allí aparece como la versión oficial de la institución, y atribuirles una intención formativa.

A propósito del dominio de sí mismo dice el número de agosto de 1955: “Las CC.MM. fundadas por la Compañía de Jesús, dirigidas principalmente por ellas, impregnadas desde sus cimientos de su Santo espíritu, constituyen un verdadero éxito de ideología “jesuítica”.

“Tanto más perfecto es un congregante Mariano cuanto más se ajusta al espíritu de San Ignacio”.

“Nota característica de San Ignacio es el completo dominio que tuvo sobre sí mismo, sobre sus apetitos humanos”.

“Sus ‘Ejercicios Espirituales para vencerse a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea’ son

un himno al dominio voluntario de nuestras propias pasiones, apetitos y afectos humanos, son todo un sistema de vida ofrecido a Dios Nuestro Señor”.

“Esta virtud ordenada hacia una mayor gloria de Dios, debe constituir la base fundamental de nuestra vida de congregante mariano”.

“En el camino a Dios de cada hombre, la única forma de progresar es ir avanzando constantemente, sin detenerse un solo instante, porque en la vida espiritual un estancamiento es un retroceso y la sola manera de avanzar sin cesar es teniendo cada vez en mayor sujeción nuestras pasiones y apetitos, es teniendo cada vez un más perfecto y total vencimiento de nuestra humana naturaleza”.

En definitiva, el agrupado ideal concebido por el P. Rey debía ser la encarnación del “Principio y fundamento” de los Ejercicios Espirituales, ajeno a los motivos humanos, movidos solamente por el deseo de la mayor gloria y servicio de Dios, siempre alerta y dispuesto a rechazar cualquier intención menos recta, o a corregir la más leve desviación que observara hacia la propia complacencia.

Pero un hombre así no se produce espontáneamente, ni basta para encontrarlo la selección por estricta que sea. Para que alcance esa altura se necesita una cuidadosa formación, y para lo que es más importante y difícil aún: para que se mantenga en el nivel deseado, es preciso proveerlo de un complejo sistema de ayudas y soportes interiores, que a la par que contribuyan a moldearlo, le sirvan, terminada la obra, de sostén durante toda su vida.

Con este fin San Ignacio de Loyola construyó un formidable andamiaje de la estructura interior, que el P. Rey aplicó en sus menores detalles a la vida espiritual de los agrupados.

Pío XII hace el elogio del sistema en la “*Bis Saeculari*” donde alaba “las normas y reglas de las CC.MM. que conducen al congregante a una tal excelencia de vida espiritual que le permite llegar a las cimas

de la santidad, gracias sobre todo a aquellas medidas tan útiles para seguir a Jesucristo: los Ejercicios Espirituales, la meditación y el examen de conciencia cotidianos, la frecuencia de sacramentos, el trato frecuente y la docilidad filial con un director espiritual fijo; en fin la entrega total y consagración de sí mismo a la Madre de Dios, y la firme promesa de trabajar en la propia perfección y la de los demás”.

El Papa expone en síntesis en este párrafo el programa que desde los inicios de la Agrupación se aplicó en ella para formar y mantener la vida espiritual de los agrupados.

En la práctica, lo primero que recibe el postulante es instrucción religiosa, cada vez más amplia, más profunda, más razonada y particularizada.

“No hemos de olvidar — decía el P. Rey en una homilía sobre el primer mandamiento — que estamos obligados a instruirnos religiosamente, sabiendo y entendiendo las principales verdades de la religión. Esa es la razón de estas explicaciones en la misa. Nos podía suceder que, en determinados puntos, a veces no esenciales, supiéramos mucho, y que ignoráramos lo obligatorio en conciencia”.

A este fin aprovechó todos los medios y momentos oportunos, y no solo explicaba cursillos sobre temas apologéticos, morales y dogmáticos, sino que en los Ejercicios Espirituales, la misa dominical, la plática de la Guardia sabatina, y los retiros mensuales, incansable y tenazmente iba sembrando día tras día las enseñanzas religiosas que habrían de hacer del agrupado un católico en el sentido más pleno.

Para comprender el alcance de este empeño basta examinar la actividad desplegada en la Agrupación en el solo Capítulo de los cursillos.

En fecha tan temprana como junio de 1931, “por considerar de una necesidad imprescindible en el momento actual, el conocimiento y

alcance de estas materias”, comienza el P. Rey sus clases sobre comunismo y socialismo. A fines del mismo año trata de apologética; en 1932 da un cursillo sobre Psicología Racional; el año siguiente su serie de conferencias apologéticas tienen carácter obligatorio para todos los agrupados; en 1934 empiezan los comentarios al Evangelio en la misa del domingo. El P. Román Galán, S.J., explica dos cursillos de liturgia, y el P. Javier Ascensio, S. J., otro sobre ética. En 1935 el P. Ascensio continúa hablando sobre ética, y el P. Rey ofrece cursillos de religión y metafísica. En 1936 explica el cursillo sobre “La Iglesia de Jesucristo Históricamente Considerada”, que califica el “*Esto Vir*” de la época como: “aporte valioso para el aumento, cada día más notorio, del nivel cultural de nuestra A.C.U.”; y a fines del mismo año se encarga de otro sobre metafísica. En 1934 da un cursillo de Apologética; en diciembre de 1941 pronuncia tres conferencias de Adviento: “Las revelaciones de Jesús en el Génesis desde la época primitiva del mundo hasta 1050 antes de Jesucristo”, “Las revelaciones de Jesús en el período profético de 970 A.C. hasta la plenitud de los tiempos. En 1943 desarrolla ciclos de clases sobre los Evangelios, Psicología, e Historia de la Iglesia; y el P. Foyaca sobre la cuestión social. En septiembre de 1944 se introdujo la costumbre de subir a la capilla los domingos a las 8:25 AM para que el P. Gustavo Amigó, S.J., diera cinco minutos de explicación litúrgica antes de la misa. En el ‘45 estuvieron a cargo del Dr. José Ignacio Lasaga las conferencias de cuaresma sobre “Existencia del alma humana”, “Su esencia y espiritualidad”, “Libre Albedrío”, “Inmortalidad del alma humana” y “Los fenómenos metafísicos”. En 1948 el P. Rey explicó un cursillo de Metafísica, y el año siguiente uno sobre Evangelios y otro sobre moral médica, mientras Lasaga hablaba sobre la Encíclica “*Casti Connubi*”. En 1950 se dieron cursillos sobre el Pontificado, y las Encíclicas, y en el ‘51 sobre los “Santos Padres de la Iglesia”. En 1952 el P. Llorente introdujo los Cursos de Formación, ciclo de cuatro cursillos, uno por año, destinados a repetirse indefinidamente de modo que por ellos pasen todos los estudiantes y que comprenden los tratados de Ecclesia, la Gracias, los Sacramentos, y la Revelación.

Año tras año, desde la fundación hasta nuestros días, es como la corriente constante de un río que fluye sin cesar y va fertilizando los campos que atraviesa.

A partir de 1934 esta instrucción se acentuó y profundizó en el Círculo Ascético para un grupo escogido que fue aumentando en número de curso en curso, al extremo de ser necesario en 1944 dividirlo en dos, uno para estudiantes y otro para profesionales. El éxito creciente de los Círculos Ascéticos hizo que siete años más tarde, con el intento de perfeccionarlos se ensayará en ellos un nuevo sistema dirigido a crear, escribe el P. Rey, "el alma que anime la A.C.U. en su vida interna y en su vida apostólica. Lo llamaremos "Acies Ordinata" y estará formado por un número apretado de "Amigos de Jesucristo", bajo la dirección y protección de la que es para nosotros, Reina y Madre de nuestra Congregación".

"Por consiguiente el fin principal del Círculo es la conquista de una amistad íntima, generosa y activa con Jesucristo, buscando con sinceridad los medios prácticos más adecuados que nos lleven a ella".

Se colocó este Círculo en el centro mismo de la Agrupación, como una especie de fermento de fermentos, en el que se daba a la ascética una decidida orientación apostólica destinada a servir de motor que impulsará la acción de los circulistás, y a través de estos, la de todos los agrupados.

El sistema funcionó a la perfección, y gracias a los miembros del Círculo nunca han faltado apóstoles que mantengan vivo el interés en las obras en cada una de las actividades de la Agrupación.

La misa del domingo tiene también una gran importancia en la formación de los agrupados. Dialogada, para que éstos tomen parte activa en ella, siempre ha sido obligatoria la asistencia, por considerarse que constituye el acto central y oficial de la congregación, y que con los Ejercicios Espirituales en retiro es la

base de su vida espiritual, habiéndose hecha constar en el acta de la sesión del Consejo 1ro. de octubre de 1944, que sin ambos es "evidente que ni el espíritu de la A.C.U. puede formarse, y una vez formado conservarse".

El valor que se da a la asistencia dominical responde en gran parte a que es la misa ocasión de que todos los agrupados reciban regular y uniformemente la instrucción religiosa que se imparte desde el púlpito.

En los primeros años, el P. Rey la interrumpía después del Credo para pronunciar la homilía, pero a partir de enero de 1934 en que comenzó a contar con otros sacerdotes para officiar, introdujo el sistema, que subsiste hasta hoy, de dar la instrucción del Credo a la Comunión, mientras continúa el Santo Sacrificio.

Otro motivo para la asistencia es que ésta da lugar a la reunión frecuente de todos los agrupados, lo que fomenta y mantiene amistad entre ellos, y es factor primordial en la creación del ambiente a que tanta importancia atribuye el Fundador y que se estudiará más adelante detenidamente.

También se aprovecha para dar instrucción religiosa la plática de la Guardia de Honor Sabatina, una de las más antiguas tradiciones agrupacionales.

Fue creada ésta en la sesión del Consejo del 28 de enero de 1932, donde se acordó: "Fundar una Guardia de Honor Sabatina en honra a la Madre de Dios, para implorar por su intercesión, gracias especiales en las necesidades morales y materiales de los agrupados".

En un principio la Guardia se desarrolla en turnos de media hora ante el altar de la Inmaculada de la Iglesia de Reina. La inauguraron ocho agrupados que, a partir de las cinco de la tarde, de cuatro en cuatro, meditaban durante el tiempo establecido ante el Santísimo en exposición menor.

El número de los que concurrieron fue siempre en aumento, a pesar de no ser obligatoria la asistencia, llegando a unos 20 por término medio a fines del primer año sin contar Guardias extraordinarias de 37 y aún 45 agrupados.

A principios de 1933, debido a la gran cantidad de los que concurrieron a ella, fue preciso cambiar los turnos de oración mental por el rosario con un cuarto de hora de plática a cargo del P. Director, forma que se conserva hasta hoy.

El éxito de las Guardias fue tal que, a solicitud de algunos agrupados, a partir del 9 de marzo de 1936 se iniciaron unas matutinas a las 7 AM para aquellos a quienes su trabajo les impedía asistir a la de por la tarde.

Sin embargo, en 1941 decayeron tanto, que después del 4 de octubre, última vez que se celebró por la tarde, las Guardias fueron solo por la mañana, manteniéndose así durante diez años, hasta el 2 de febrero de 1952 en que comenzaron de nuevo por la tarde a las 6:30 en la capilla de la Agrupación. Desde entonces la asistencia es cada vez mayor, alcanzando hoy en día un promedio que pasa ampliamente la centena.

El P. Rey que escribía en 1932: "La Guardia de Honor Sabatina de la que yo tanto espero para la Agrupación", luchó tenazmente por propagarla entre los agrupados. Tras él el P. Llorente ha continuado esta labor con gran empeño, siendo en la actualidad la Guardia uno de los actos más característicos de la Institución.

Sin la frecuencia de las pláticas o los círculos, pero de una importancia mayor por la sacudida moral que representan y por los resultados que dan, los Ejercicios Espirituales en retiro de San Ignacio de Loyola son sin duda alguna la piedra angular de este sistema de formación religiosa.

En realidad, los Ejercicios son el eje de la espiritualidad de la Agrupación. La potente vitalidad que la anima se debe casi por

entero a ellos, así como su afán de perfección y su concepto del sacrificio y del deber. En ellos es preciso buscar el origen de su calidad, y también el secreto de su unión, su disciplina y su fuerza.

“Fuente principal de nuestro bienestar espiritual” los llamó el P. Rey. De ellos ha de salir no solo la reforma de la vida, si no lo que es mucho más, las energías para llevarla a la práctica. De aquí que el Consejo acordara en enero 13 de 1932 que para pasar a congregantes todos los aspirantes deben hacer Ejercicios Espirituales, repitiéndolos después cada año como obligación estricta, de modo que periódicamente pueden hacer un alto en el tráfago de la vida para estudiarse a sí mismos, determinar en que deben enmendarse o mejorar, y nutrir sus almas en el venero de la oración mental. Esta repetición periódica, que hace que la vida de los agrupados se desenvuelva en los ciclos anuales determinados por las correspondientes tandas de Ejercicios, es la causa de que, al vigorizarse la voluntad para seguir la lucha en los próximos doce meses, se mantenga el nivel espiritual de la Agrupación a la altura apetecida.

Gracias a esa práctica, que jamás ha decaído, y que en el año 1938 llegó casi a la perfección, pues de los 111 agrupados que había 109 hicieron ejercicios, se ha logrado el equilibrio y madurez en el juicio sobre la verdad de los conceptos, y en el conocimiento propio, que con el deseo de perfección y la voluntad de apostolado son las notas más salientes de la Agrupación Católica Universitaria.

Desde el principio las tandas se diferenciaron entre las destinadas a los Ejercicios por primera vez, y las de los que las repetían. En 1938 se comenzó a dar los de intensa espiritualidad para profesionales, y de tipo más suave para estudiantes. Luego la especialización ha ido en aumento: para los que los han hecho pocas veces, y para los que los han repetido muchas; para médicos; profesores, etc.

Precursora en Cuba de las tandas de Ejercicios Espirituales en retiro para hombres, la Agrupación ha escrito la página más brillante de su

apostolado al hacerlos conocer, propagarlos, y lograr que tomen carta de naturaleza en el catolicismo cubano.

Primero con el ejemplo de la propaganda directa, posteriormente con la colaboración activa al patronato Pro-Casa de Ejercicios, concebido y animado, se plasmó en la magnífica Casa del Calvario; ha conseguido que otras organizaciones se den también a intensificar este apostolado admirable, al punto de que no bastando ya en La Habana el Calvario ni el Colegio de Belén para mantener el número de hombres que hacen Ejercicios anualmente, ha sido preciso construir otra casa, que lleva el nombre de Pío XII, para uso de los agrupados, pues ya estos no encontraban cabida en las otras dos.

A la Agrupación no puede negársele el legítimo orgullo de haber sentado las bases de este apostolado, de haber trabajado hasta levantarlo a un nivel insospechado en sus comienzos, y de ser todavía su agente principal.

De mayo de 1931 a mayo de 1933, a pesar de ser una novedad en nuestro ambiente y de lo crítico de la época, la Agrupación organizó en La Habana, en el Colegio de Belén, 16 tandas de Ejercicios, y el P. Rey fue varias veces a darlos a Camagüey, no habiendo decrecido un solo instante en veinticinco años la asombrosa pujanza de este inicio.

Ha sido esta labor principalmente la que ha transformado el catolicismo de Cuba, la que ha deshelado la indiferencia en que estaba sumido, infundiendo en aquel cuerpo moribundo un espíritu vigoroso, sólida instrucción, y la conciencia de la necesidad de una enérgica acción apostólica. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola son los verdaderos responsables de las iglesias llenas de hombres, de las comuniones frecuentes, de las innumerables obras de caridad y apostolado que marcan el inicio de nuestro renacimiento religioso. Su propaganda hoy se hace desde la fábrica a la Universidad, desde la Cofradía hasta la barra del Club. Obreros,

jóvenes, profesionales, hombres de gobierno, periodistas, hacen Ejercicios todos los años, y la espiritualidad y energía que sacan de allí ha ido reconstruyendo lentamente aquel ambiente que se hizo a principios del siglo XIX y que el P. Rey se propuso restaurar por medio de la Agrupación.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que sea ella la única que ha hecho toda la obra realizada hasta ahora en la recristianización del pueblo de Cuba, pero sí, y esto de manera absoluta e indiscutible, que fue la primera en emprender la marcha, en mostrar el camino, y en usar el motor efficacísimo de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, verdadero renovador de nuestro ambiente y causa última de todos los efectos que palpamos. Ella fue la primera, y también durante un largo tiempo la única en emplearlos, y siempre su más decidida propagandista; de modo que en justicia es preciso reconocerle que fue el germen y el impulso inicial de lo que ha de ser el catolicismo cubano del futuro.

El resultado que ha dado en nuestro país la obra de los Ejercicios Espirituales, comenzando en forma regular y sistemática con tres agrupados en marzo de 1931, es la demostración práctica y evidente del poder del fermento del que hablan los Evangelios, y es también en lo que más se ha acercado la Agrupación al fin para el cual fue creada.

Excelente director espiritual, agudo psicólogo, conocedor profundo de la naturaleza humana, el P. Rey sabía que no bastaba que los agrupados hicieran Ejercicios una vez al año, y organizó una eficaz estrategia espiritual, defensiva y a la vez formativa, para mantenerlos en la debida atención y evitar que las energías acumuladas en cuatro días del retiro se esfumaran en la monotonía y los peligros de los trescientos sesenta y uno restantes. Para eso puso a su disposición los medios más adecuados y que mejores resultados podrían producir: la dirección espiritual, la comunión frecuente, los retiros mensuales, y se afaná por crear en la

Agrupación el ambiente apropiado para que en él germinara, creciera y diese frutos la semilla sembrada en Ejercicios.

El instructor de aspirantes tiene a su disposición una serie de tarjetas con los temas que ha de ir tratando en el ciclo de conferencias que, con el fin de infundirles el espíritu de la Agrupación, debe dar a los que pretenden llegar a congregantes. La tercera de estas tarjetas se titula "Dirección Espiritual" y dice: "Toda la fuerza de la A.C.U. dimana de ahí, 2 padres con el único propósito de aconsejarnos, en los días más difíciles y en los años en que nuestra mente se nos oscurece por las pasiones, y sin embargo, es el período de nuestra vida en que nuestras decisiones van a tener más trascendencia y sus resultados pesarán para siempre sobre nosotros".

Es imposible alcanzar una verdadera formación espiritual sin dirección ajena, como es difícilísimo mantener los propósitos hechos en Ejercicios sin una mano enérgica que brinde apoyo y guía, sin director espiritual que conserve siempre encaminada la voluntad del dirigido hacia el buen fin dentro de los límites de la prudencia y la razón y a la vez le anime a proseguir en ascenso; o éste pasaría el tiempo dando tumbos espirituales sin avanzar un paso, o abandonaría por completo las cosas de Dios, o se lanzaría como caballo por la senda del error, o caería en todas las extravagancias que hacen tan repulsivo el tipo de "beato".

"Cuanto más inteligente y más espiritual sea un sujeto, más expuesto está a su deformación, si no tiene quien lo guíe", dice el Padre Ayala en su libro *"Formación de Selectos"*.

Esto lo vio claramente el Padre Rey, quien desde el principio se entregó por entero a las labores de la dirección, siendo esa actividad desde entonces la columna vertebral de la Agrupación.

Gracias a eso los agrupados han tenido siempre a su disposición, primero un hombre y después dos, de experiencia y preparación,

absolutamente dedicados a ellos, a quienes pueden consultar las cosas más íntimas y los problemas más angustiosos, seguros de que, en sus respuestas, dadas a la luz de las verdades eternas, no habrá acción ni interés alguno, a no ser el de su bien último: su salvación eterna, que en definitiva es lo único que importa.

Pero esa tarea que lleva consigo una enorme responsabilidad y que tiene el estímulo de comprobar los excelentes resultados logrados, exige la absoluta y total consagración de los PP. Director y Subdirector a sus dirigidos. Sin ella, sin el sacrificio constante que implica estar de la mañana a la noche dedicados por completo a ellos, no se conseguiría nunca estabilizar el efecto de los Ejercicios en los agrupados, ni infundirles el espíritu conveniente, ni moldearlos de manera uniforme, ni mucho menos darles la cohesión que los distingue.

La presencia constante de estos hombres garantiza a la Agrupación contra todo peligro de descomposición, asegura sus criterios católicos y es fuente de su actividad intelectual y apostólica. Además, la permanencia estable del Director mantiene el principio de la continuidad a través de las distintas directivas a lo largo de los años, y permiten el desarrollo de un plan, que para ser efectivo requiere mucho tiempo, y que un cambio frecuente de titulares del cargo haría imposible ejecutar.

Que el Padre Rey comprendió perfectamente bien estas cosas lo demuestran las cuestiones que sobre la Agrupación sometió al Viceprovincial P. Carvajal y que éste contestó al margen el 18 de abril de 1931.

La primera de ellas pregunta: "¿Cuál es mi oficio?", y el P. Carvajal contesta: "Director de jóvenes universitarios. Atender a estos en PRIMER LUGAR, después lo que pueda". Y en la séptima pide: "Quisiera que quedará consignado por V. R. lo que repetidas veces me indicó, de no ocuparme de otras cosas mientras tenga trabajo con la Congregación, siendo su "deseo que ese trabajo me ocupe

todo el día". A lo que responde el Viceprovincial: "Así es, siempre que con los jóvenes tenga ocupación fructuosa".

Según el P. Ayala en el libro citado, el director de una organización como la agrupación debe ser joven, libre, hombre de oración y celoso de la obra de Dios, activo, amable y comprensivo, bien orientado, estable, con gran espíritu de sacrificio y vocación natural y sobrenatural para dirigirla.

De estas cualidades ha gozado siempre la Agrupación en sus directores, gracias a las cuales ha podido ir desarrollándose hasta alcanzar la madurez de hoy, y ellos ejercer un poderoso influjo sobre los agrupados sin el cual sería imposible mantener la disciplina y la obediencia, "esa afectuosa fidelidad con que siempre han atendido mis indicaciones", como las llama el P. Rey en una carta de 1936, que son indispensables para la buena marcha de una institución tan compleja.

La Agrupación sería el caos si cada cual pretendiera ser distinto por su modo de actuar y entender la vida. De aquí que se fomente con afán la unidad entre los agrupados, buscándola por medio de la dirección, la formación, el trato continuo y las obras colectivas; habiéndose obtenido en virtud de ellos el resultado apetecido, pues son precisamente la disciplina y la obediencia, reflejos del espíritu de la Compañía, lo que ha hecho que jamás se produzcan divisiones internas, y se cree una cohesión, que si hasta ahora ha sido absolutamente necesaria, lo será mucho más cuando se inicie una campaña apostólica en grandes proporciones.

En relación con esto dice el Reglamento-Sumario de la Agrupación Católica Universitaria: "En el orden moral y cívico, siendo la misión primordial del Director el servir de guía y consejero particularmente a los agrupados, procurando en ellos el mejoramiento individual y colectivo, es deber de cada uno: Recibir de buena voluntad, buscando su aprovechamiento, los avisos y recomendaciones de un modo amistoso que estimase hacerle sobre cualquier falta o modales

que estorbaran en él su propia formación o el buen aprecio de los demás". Y los nuevos congregantes prometen: "Que para mejor acomodarme al espíritu de esta Congregación, atenderé gustoso las indicaciones que, de manera amistosa, debidamente se me hicieren, con el fin de ajustar mi vida a sus ideales".

Esto, que Pío XI define: "plasmear las almas de los asociados... en los modelos cristianos, mayormente las de aquellos que han de ser algún día dirigentes", es la ardua e incesante tarea que toca al Director de la Agrupación, gracias a la cual se mantiene el impulso inicial de los Ejercicios Espirituales, que se confirma en la frecuencia de los sacramentos, y se renueva periódicamente durante muchos años en los Retiros Mensuales.

La confesión semanal y la comunión frecuente diaria o casi diaria en la inmensa mayoría de los casos, son habituales en la Agrupación y explica la razón de su elevada espiritualidad y esa "Intimidad de Vida" que solo la comunión y la meditación cotidiana logran alcanzar, y que ha hecho que la palabra "Maestro" escrita en la puerta del Sagrario de su capilla responda a una realidad en la vida de cada uno de los agrupados.

Desde la fundación comenzó el P. Rey a predicar las excelencias de la comunión diaria, y en aquella época, en que eran contados los hombres que algún que otro año se decidían a cumplir con el precepto Pascual, se formó un grupo, que con el transcurso del tiempo ha crecido prodigiosamente, que se acercaba todos los días a recibir a Jesús Sacramentado.

Otro de los medios ideados por el P. Rey para asegurar y conservar el fruto de los Ejercicios fueron los Retiros Mensuales, una como breve repetición de aquellos que se celebraban todos los meses en la noche del jueves al primer viernes del mes desde las 9 PM hasta las 2 de la mañana, y consistían en una conferencia apologética, exposición menor, rosario, examen práctico, meditación, reserva y misa de comunión.

Se inauguraron el 1ro de mayo de 1931. Por orden del Gobierno, que temía las reuniones de estudiantes a deshora, fueron suspendidos desde enero de 1932 hasta fines del '33. En 1938 se modificaron al introducirseles una conferencia de carácter religioso o de interés general a cargo de los miembros del Círculo Social, y el año siguiente, a causa de las dificultades que representaban para los estudiantes que tenían que asistir a las primeras clases de la mañana, se mitigó la distribución a partir del mes de mayo, terminándolos a las once de la noche, y dejando la misa para que cada cual la oyese por la mañana donde le fuese más cómodo. Pero en el mes de diciembre, llegó de la Santa Sede el privilegio para celebrar a las 12 de la noche, en virtud de lo cual desde enero de 1943 los retiros fueron de 11 a 12:30 PM.

La historia de ese privilegio es la siguiente: En los primeros tiempos de la Agrupación el P. Rey solía, al hablar de sus proyectos, decir que cuando su fundación tuviese un edificio propio quería que la capilla fuese construida según la planta de las basílicas cristianas primitivas, porque ese tipo arquitectónico es el que mejor encarna el ideal de la catolicidad de la Iglesia y su unidad jerárquica, además de ser el más conveniente a las necesidades litúrgicas, y en mayor consonancia con el espíritu de la Agrupación. En esa capilla, desde luego, el altar estaría colocado en el centro del crucero bajo un ciborium, y la misa se diría de frente al público. Pero como para poder celebrar en esta forma la Agrupación necesitaba un privilegio especial, el P. Rey decía que al momento oportuno lo pediría, como otro para decir la misa a medianoche en los retiros mensuales y facilitar con ello a los estudiantes el acostarse temprano, y que también solicitaría poder tener en ella exposición mayor sin cantos, de modo de no molestar a los vecinos a esas horas.

Aquello que los agrupados oían como sueño vago, muy lejano y difícil de llevar a cabo, comenzó a cobrar alguna posibilidad de realización cuando uno de ellos, en 1937, fue destinado a ocupar el cargo de Tercer Secretario en la Legación de Cuba en Italia. Antes de partir se ofreció al P. Rey para gestionar los tres privilegios, pero

éste le dijo que como la construcción de la capilla estaba aún en un futuro remoto, se concretaría al conseguir los otros dos de aplicación inmediata.

Los privilegios se pidieron en 1937 por medio de la Legación de Cuba ante la Santa Sede; en 1938 a través del Provisor de la Diócesis de La Habana, de paso en Roma; y en 1939 por conducto del Procurador de la Compañía de Jesús, sin que ninguna de las tres gestiones obtuviese éxito alguno. Por fin en 1942, siendo el mismo ocupado Encargado de Negocios de Cuba ante la Santa Sede, siguiendo los consejos del P. Romualdo Galdóz, sabio jesuita que había sido profesor del P. Rey, lo pidió personalmente al Santo Padre en una audiencia privada en la que después de explicarle la obra de la Agrupación y la necesidad de los privilegios, le entregó un detallado memorándum sobre el asunto. La respuesta no se hizo esperar, y el 22 de octubre el Cardenal Maglione, Secretario de Estado de su Santidad, se dirigió a la Legación de Cuba diciéndole que "Su Santidad se ha dignado examinar personalmente esta demanda y siguiendo sus órdenes han sido dadas instrucciones al Nuncio Apostólico en Cuba para que él aconseje en el lugar la posibilidad de satisfacer ese piadoso deseo". Por su parte Monseñor Giovanni Battista Montini, Substituto de la Secretaría de Estado de su Santidad, explicó al Encargado de Negocios de Cuba que la petición estaba concedida en principio, pero que para satisfacer a la Sagrada Congregación de Ritos se había dado traslado al Nuncio para una mera formalidad, agregando que además de la concesión del privilegio de la Santa Sede quería tener alguna atención especial con la Agrupación para lo cual pidió que le enviaran una relación de sus actividades, y añadió que si aquella deseaba alguna otra gracia especial del Santo Padre, éste estaba dispuesto a complacerla.

Hasta enero 5 de 1954 continuaron los retiros mensuales en la última forma, con la sola novedad de un retiro trimestral de 3 a 6 de la tarde, introducido en 1944, que se repitió pocas veces.

A partir de 1955, aprovechando las nuevas normas dadas por Pío XII sobre la celebración de la misa y la comunión, el retiro mensual comenzó a celebrarse a las 6:30 de la tarde para terminar una hora después, costumbre abolida en la actualidad, en que la misa del primer viernes se celebra por la mañana y es obligatoria solamente para los estudiantes.

Gracias a estas prácticas, la Agrupación ha mantenido siempre la tensión conveniente, producto del equilibrio entre la acción apostólica y la vida interior que aconsejaba Pío XII a las Congregaciones Marianas cuando les previene que al intensificar su ardor deben huir de "una excesiva y tímida invitación a la piedad, que se compagina poco con aquellas palabras del Señor: "Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué queréis, sino que prenda?""

De acuerdo con esto quería el P. Rey que la vida espiritual de la Agrupación se exteriorizara en el culto vigoroso y varonil, sobrio, sereno, constante, humilde y preciso, perfectamente asimilable y grato al inquieto temperamento del intelectual joven.

Nada de devoción sentimental, sino la unión a Dios por la fe, la esperanza, y la caridad, en el amor de Jesucristo, y la imitación de su vida y sus ejemplos.

Hombre eminentemente práctico, recogido en todos sus actos por la razón y la más sólida doctrina, enemigo acérrimo de la falta de equilibrio que se muestra en la exageración, el P. Rey terminaba con mano firme cualquier salida de tono y arrancó de manera radical toda manifestación de sensibilidad en la piedad de la Agrupación, no existiendo nada que le produjera más horror que la "beatería".

Así leemos en la primera tarjeta de la instrucción de aspirantes que la Agrupación fracasaría si preparase "beatos", y la séptima, la que trata de las cualidades que han de tener los candidatos, está encabezada por la frase: "que no sea beato".

La vida espiritual del agrupado, no importa a la intensidad a que logre llegar, no ha de tener nada de excéntrico ni de extraordinario: oración, y ejercicios de devoción poco complicados; sobrios y escuetos en sus manifestaciones externas; frecuencia de los sacramentos, lucha contra las pasiones, dominio de sí mismo y renunciamiento practicados dentro de la alegría y la naturalidad.

No por esto ha de haber, y de hecho no hay, frialdad en la piedad de los agrupados, a quienes enseñaba el P. Rey: que sin ella "no hay apostolado verdadero".

Pero él, que en el esquema de la Agrupación había escrito "Amor-Exigir mucho", pretendía que el calor de aquel fuego no se perdiera en humaredas, sino que encerrado, fuese el impulso que procurase el "fortalecimiento de la voluntad con asistencia de la Gracia para el cumplimiento libre de los deberes propios"; y que en virtud de esa presión interna se llegase, consciente, esforzada e indefectiblemente, a hacer de todo un medio para alcanzar a Dios.

En la carta que Pío XII escribió al General de la Compañía el 15 de abril de 1950, al hablar de las Congregaciones Marianas presenta otro aspecto característico de la piedad de la Agrupación que no podía faltarle dada su especial naturaleza: la "sólida formación espiritual y la actividad apostólica que de ella brota, deben ostentar el carácter íntegramente mariano, ya que esa piadosa inclinación del alma a honrar y amar a la Virgen Santísima, tal cual la profesa siempre vuestras Congregaciones, se ha considerado siempre en todas partes como sello y distintivo peculiar de la verdadera fe y de la verdadera doctrina".

En efecto la Virgen ocupa un puesto importantísimo en la formación espiritual del agrupado en la que su devoción, con la "Intimidad de Vida", la fidelidad absoluta a la Sede Apostólica, recalcada con las "Reglas para sentir con la Iglesia", y la convicción de haber recibido de Dios la misión de devolverle a Cuba, son constantemente

inculcadas para hacer de ellas las características de la espiritualidad agrupacional.

En todo momento, en cada asunto, los Directores de la Agrupación han unido a los consejos de conducta la exhortación a imitar las virtudes y buscar la intercesión de la Santísima Virgen, y con el objeto de honrarla especialmente, y no solo es rezado a diario el rosario en la capilla, sino que se instituyó la Guardia de Honor Sabatina, acto central a la Reina del Cielo y de la Agrupación.

El P. Rey, que siempre estuvo en contacto con la realidad, y que jamás pretendió hacer agrupados teóricos, sino prácticos, sabía muy bien que conocer excelentes y eficacísimas todas estas cosas, en más de una ocasión no bastan para asegurar la perseverancia, y que con frecuencia los individuos mejor intencionados fallan si no se mueven en el ambiente adecuado.

Por eso, para facilitarles el clima necesario se dio a crearlo dentro de la Agrupación, pretendiendo que ella no fuese solo el lugar material donde los agrupados recibieran su formación espiritual e intelectual, sino el centro de la vida de todos ellos, donde además de estudiar, se reunieran, hicieran amistades, encontrarán compañeros de trabajo y diversión, con afinidad de gustos e intereses, de iguales ideales, del mismo nivel cultural, con idénticos criterios, a quienes se pudiera tratar con la confianza que nace de comprender y sentirse comprendido, con la tranquilidad que da la garantía de una honradez y una santidad espiritual a toda prueba.

Un lugar, en fin, donde gracias al contacto continuo de los agrupados con los ideales de la Agrupación pueda ésta lograr su aspiración de informar todas las actividades de aquellos, imprimiéndoles el sello inconfundible que distingue su espiritualidad, forjada en los Ejercicios y orientada cada vez más hacia la oración mental; proyectada en la escueta exteriorización de su piedad; en el sentido eminentemente católico de las manifestaciones de su

cultura; en la forma de ejercer su apostolado individual o colectivo, y en su concepto de la vida familiar y social.

Pero para alcanzar esa meta, es la primera e indispensable condición la activa convivencia dentro del ambiente apropiado de los individuos que se quiere formar. Sin esto no es posible adquirir el espíritu propio de la institución, único modo por el que la Agrupación se hace consustancial con el agrupado y puede extenderse fuera de las paredes de su edificio social.

Nunca se repetirá lo bastante que la Agrupación tiene características e ideales muy concretos, y que solo los que logran asimilarlos en todo son útiles a sus propósitos. Por eso no se puede ser agrupado nominal, unido a ella por simpatía más o menos grande mientras se está ausente física y espiritualmente, absorbido por otras necesidades o deberes. Los propósitos de la Agrupación exigen una postura de militancia activa que implica presencia, dedicación y disciplina; quien no puede aceptar esto no puede pertenecer a ella, no importa la excelencia de sus cualidades o el mérito de sus obras; simplemente sirve para otra cosa, pero no para la Agrupación.

Allí no se busca formar buenos padres de familia, ni aun católicos ejemplares, aunque ambas cosas deben ser el agrupado. Su objeto, se ha dicho una y otra vez, es formar jefes capaces de llevar el país hacia Dios. Jefes que puedan dirigir, y también que sepan actuar disciplinada, armónica y coordinadamente sin individualismos que saben a soberbia, y esto no se logra sin una larga y trabajosa preparación, y sin una constante convivencia para que a la par que se formen los individuos y se vayan impregnando del espíritu de la Agrupación, se conozcan, se aprecien y se compenetren entre sí, de modo de lograr lo que en los Actos de los Apóstoles se describe cómo "UN mismo corazón y una misma alma".

Para recordar eso está mandado que el Presidente lea en las sesiones del Consejo el Capítulo IV, versículos 1 al 7, de la epístola

de San Pablo a los Efesios, que por expresar tan bien el ambiente que se quiere para la Agrupación conviene transcribir aquí.

“1. Yo, pues, estoy en cadenas por el Señor, os conjuro a todos que os portéis de una manera que sea digna del estado a que habéis sido llamados.

“2. Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros con caridad.

“3. Solícitos en conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz,

“4. siendo un solo cuerpo en un solo espíritu, así como fuisteis llamados a una sola esperanza de vuestra vocación.

“5. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo,

“6. uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas y habita en todos nosotros,

“7. si bien a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia a medida de la donación de Cristo”.

Eco de estos versículos es la estrofa del himno de la Agrupación que dice: “Uno solo es el Jefe y Maestro, uno solo el pensar y el sentir, uno solo el esfuerzo y la meta, nuestro lema uno solo: Esto vir”.

Es evidente que para conseguir un ideal tan alto y tan difícil no basta con pagar puntualmente el recibo mensual y aparecer en la lista de los asociados. Quien se contente con esto, ni se prepara para ocupar la jefatura a que ha sido llamado, ni tiene conciencia de sus deberes ni manera para desempeñar tales funciones. Para llegar al puesto que le espera es necesario, imprescindible, la asistencia constante, pues sin ella no puede darse la convivencia, y sin convivencia es imposible adquirir el espíritu de la Agrupación.

En 1950 escribió el P. Rey a los agrupados: "Para todos, pero de un modo especialísimo para los estudiantes, uno de los modos más eficaces de ser agrupado de veras, es frecuentando nuestra casa social, tanto para el estudio y recreo, como para el resto de las actividades. Solo los que frecuentan mucho la Agrupación llegan a comprenderla perfectamente y amarla de veras".

La instrucción de aspirantes se cuida mucho de poner de manifiesto la importancia de este punto y a él está dedicada la 8a. de sus tarjetas.

Apenas fundada la Agrupación, el P. Rey se preocupó de fomentar un aspecto tan importante de su obra, estudiándolo desde todos los ángulos para quitar cuantos obstáculos pudieran entorpecerlo y limar en él cualquier aspereza que lo hiciera menos agradable. Su afán, que no descuida los mejores detalles, nos lo revela el aviso que hizo fijar en la Tablilla el 14 de noviembre de 1931, donde dice que: "Los agrupados no habrán de olvidarse en ningún momento del trato y normas que corresponden a la más elevada educación".

El domingo 14 de julio del mismo año pronunció una homilía sobre la verdadera amistad que debía unir a los agrupados; y el 14 de octubre siguiente, el primer acuerdo del Consejo Directivo en su primera reunión fue: "Fomentar un alto espíritu de unión y amistad dentro de la Agrupación".

"La unión más bella que Dios puso en la tierra después de la familia, la de la amistad", escribe el P. Rey a la Agrupación desde Puerto Rico el 5 de julio de 1932, y en la misma carta exhorta a que "Por las fijas e inquebrantables leyes de la amistad para las almas nobles, nos reuniremos teniendo interés mucho los unos por los otros, y ayudándonos en lo posible con noble desinterés".

"Si hubiera de preguntaros" dice el "*Esto Vir*" de 1936, "que hay de más atrayente en nuestra Agrupación, probablemente me responderéis que ese edificante fraternal compañerismo que de tan

diversas maneras en ella se manifiesta. Esa compenetración íntima que va uniendo cada día con nuevos e insensibles lazos a los que comparten trabajos, alegrías e ideales, hasta formar un grupo de verdaderos hermanos espirituales. Hermanos en Cristo”.

“Una de las notas más típicas de la Agrupación”, comenta un impreso de 1938, “es el espíritu de onda y sana amistad que alienta entre sus miembros. El primero de sus frutos es el estímulo decisivo del ejemplo. Pero además, los agrupados se prestan ayuda mutua en todas las esferas de la vida, pudiendo decirse con toda exactitud que en nuestra casa y fuera de ella, los miembros de la Agrupación hacen verdadera vida de familia”. Gracias a eso es posible y agradable la convivencia, y el espíritu de la Institución puede ir infiltrándose insensiblemente en los nuevos al tratar con los agrupados más maduros.

Hablando de este tema dice el “*Esto Vir*” de enero de 1949 que “la Agrupación tiene más de hermandad que de otra cosa y por eso se puede hablar de un espíritu que califique e informe por igual todas nuestras actividades”. Más adelante el mismo artículo da la tónica que la caracteriza y es la esencia misma de la convivencia agrupacional: “La hermandad de tipo sobrenatural que existe entre los agrupados, es de tal índole, que debe estar por encima de toda simpatía o antipatía humana”.

“La caridad cristiana practicada entre agrupados, debe alcanzar su nivel más alto y sus mejores exquisiteces”.

Por eso el nuevo congregante promete: “Que no me alejaré nunca de la Agrupación por antipatías o disgustos personales con alguno o algunos de mis compañeros, ni con la Directiva misma, sino que miraré a la Congregación como superior a todas estas pequeñeces humanas, que por mi parte trataré de evitar”.

Solo así es posible concebir la certeza del triunfo, con una firme orientación sobrenatural y un absoluto dominio de las propias

pasiones que, al destruir todo rastro de egoísmo, permitan la unidad que ha de conquistar la amorfa desorganización.

“Nuestra grandeza de ánimo y nuestro espíritu” escribe el P. Rey a la Agrupación el 20 de marzo en 1936, refiriéndose a las opiniones políticas de los agrupados, “está precisamente en que, dejando a cada uno en estas cuestiones seguir su parecer, aunque contradigan el propio, sepamos mantenernos uno, y que la diversidad de conductas no sea parte para amenguar en nada la unión íntima, el interés mutuo, la amistad sincera, la bellísima fraternidad cristiana, que fue siempre, como Cristo lo deseaba de sus discípulos, el encanto más agradable de nuestra por tantos títulos querida Agrupación Católica Universitaria”.

“Yo les recuerdo a los agrupados... que se apresuren a no hacer distinguos en sus aprecios y en sus muestras de afecto entre los que marchan por uno u otro lado los caminos”.

Para ello, “en todo lo que no toque al dogma o la moral”, deja a cada uno “libertad plena, dentro de los límites de la justicia y la caridad de opinar y obrar” y aconseja para mantener la armonía “evitar cuidadosamente los apasionamientos y el empeñarse a todo trance en arrastrar a otros a su propio parecer”.

Semejante cuidado y la vigilancia constante del Fundador permitieron el nacimiento, desarrollo y establecimiento definitivo en la Agrupación de su ambiente característico, que tiene tan fuerte sabor de apostolado, y que hizo viable la comunidad de principios, de aspiraciones y de forma de vida de los agrupados, llena de posibilidades para la Iglesia y para Cuba.

En la meticulosa atención que prestó el P. Rey a la estructuración del ambiente, donde previó desde los resquemores que pueden dejar una discusión política, hasta la mortificación que cause un apodo molesto, olvidó deliberadamente el capítulo de los deportes.

A pesar de tratarse de un centro donde abunda la juventud, mucho más al momento de la fundación en que era el único elemento con que se podía contar, no les dio ninguna importancia porque para los fines que se proponía primaba en mucho la formación moral e intelectual sobre la física.

No quiere esto decir que estuviesen desterrados los deportes de las actividades de la Agrupación, por el contrario, ella entiende que los ejercicios físicos son convenientes al desarrollo del cuerpo, que debe de buscar la perfección como templo destinado por Dios a ser su tabernáculo, pero en ningún modo convertirse el santuario en objeto de culto, por eso, precisamente, a los ejercicios físicos se anteponen en mucho los espirituales.

Además, la Agrupación entiende el ejercicio como encaminado al mejoramiento físico, no como un esfuerzo para imponer nuevas marcas, criterio del deporte actual. De aquí que no le da énfasis a los que practican como una distracción de la labor intelectual, y mucho menos pretenda alcanzar ninguna victoria en ese campo.

IV

FORMACIÓN INTELECTUAL

Tras el período de formación moral viene el de formación intelectual, al que se da tanta importancia como el primero, y con el que se relaciona íntimamente, ya que para el logro de los propósitos de la Agrupación es necesario, según las palabras de Pío XII, la "obtención del máximo grado de valor intelectual y social para emprender con éxito la defensa de la moral católica desde el punto de vista científico".

"Dios nuestro Señor — escribe el P. Rey — se ha encargado de ponernos delante de los ojos con tanta claridad, los frutos que de una formación sólida y sin prisa pueden esperarse, que sería tentarlo el no querer reconocerlo".

La responsabilidad que de ello se deriva la estudia ampliamente "*Esto Vir*" en agosto de 1943: "Dios, sin haber hecho nosotros nada por merecerlo, nos ha dado un alma y un cuerpo, con propiedad, para que los administremos".

"Por lo tanto, es evidente que, en su día, nos ha de pedir estrecha cuenta de cómo hemos administrado para su servicio esos elementos que nos ha dado".

"También es evidente que a los estudiantes se les ha de pedir más en la parte anímica, intelectual, porque el intelecto es el material que Dios da a los estudiantes para luchar por El y por su reino".

“Ese material intelectual, forjado y aguzado en la Universidad y en nuestros Círculos, se convertirá en arma poderosa para luchar por lo que es nuestro ideal más caro y precioso: Cuba para Cristo”.

“La carrera del estudiante, es factor importantísimo de su futuro trabajo por la Iglesia: es el que le ha encomendado Dios, pero si no fue bien hecha será el punto flaco de un frente intelectual que es clave y centro de toda una lucha por Cristo, por la Iglesia y por la Patria”.

“Si no se aprovecha el período de formación para administrar bien el elemento intelectual, no sólo se está dilapidando algo que no es nuestro, sino que estamos volviendo contra Dios el arma que nos dio para combatir por El, porque en su Providencia Divina quiso que fueras estudiante, como quiso que otros fueran sacerdotes y otros albañiles, y si no eres, teniendo faltades para serlo, eres traidor a la Providencia, a Dios, a tu fe, y a tu Patria”.

En 1949 vuelve sobre el tema: “El fin secundario, cualitativamente subordinado al primero (la propia perfección) pero de importancia capital y de cumplimiento ineludible a todos los miembros de la A.C.U. es de orden intelectual” y consiste en “complementar y afianzar el conocimiento de las materias propias de cada carrera. A este fin los miembros de la Agrupación, PRINCIPALMENTE LOS ESTUDIANTES, tendrán sus círculos por Escuelas Universitarias y dentro de estas reuniones por cursos o años, donde los estudiantes de Medicina, de Ingeniería, de Derecho, etc., comprendan claramente el verdadero sentido y el valor real de lo que aprenden, y se confirmen en su vocación profesional que les ha de acompañar toda la vida. Es intención decidida de la Agrupación que sus estudiantes y profesionales sean verdaderos MODELOS en sus respectivas carreras”.

“Los profesionales reunidos por afinidad de gustos o de carreras, deben estudiar, en seminarios de investigación, los problemas nacionales y extranjeros, para que la Agrupación pueda tener UN

CRITERIO FIRME, UNIFORME Y AUTORIZADO sobre economía, política nacional e internacional, trabajo, educación, corrientes filosóficas modernas, etc.”

“Es obligación sagrada de los profesionales el mantener en alto el gallardete de la Agrupación como el CENTRO DE CULTURA CATÓLICA DE MÁS CALIDAD DE CUBA. Toca a los profesionales la organización de todos los cursillos ordinarios y extraordinarios que se ofrezcan a los estudiantes; las conferencias que se dicten para el público general; y como actividad regular, la continuación de la formación propia, iniciada en los Círculos recibidos como estudiantes”.

La obligación de dedicarse al estudio como un medio para aprovechar a las almas, es la consecuencia lógica de los fines apostólicos de la Agrupación y el medio más apto para conseguir el objeto concreto que se propone, y muestra claramente el carácter intelectual y combativo que quiso darle su fundador.

Pero como el tipo de las ideas en boga al momento de iniciarse la obra, lejos de ser el conveniente para conseguir lo que ésta buscaba, era precisamente uno de los primeros obstáculos que había que remover, para lograrlo fue adoptado un sistema educativo más armónico, más organizado, más humanístico que el que se empleaba, y desgraciadamente se emplea todavía en la formación de nuestra juventud. Sin eso, bien poca cosa podría hacerse en un medio más necesitado de guías y criterios que de catecismos y roperos, donde la nave de la Iglesia se hundiría por la brecha de la ignorancia, y en el que hay sofismas, prejuicios, lugares comunes, falsedades, y faltas en materias religiosas, sin base científica en que fundar las críticas o las actitudes. Para combatir estas deficiencias se estructuró un programa pacientemente elaborado, un complicado engranaje de Círculos, conferencias y cursillos, en que las materias cuidadosamente seleccionadas y ordenadas fueran dejando año tras año un sedimento de principios fundamentales en la mente de los agrupados.

Como todas las modalidades de la Agrupación, su actividad intelectual comenzó con su fundación. Desde el principio se trató que la formación cultural de los agrupados tuviese la profundidad y la disciplina que son como el sello que distingue el pensamiento europeo, y se dio énfasis deliberadamente a las particulares características de la cultura hispana con el fin de robustecer cuanto de tradicional hay en la nuestra, pretendiéndose con eso afirmar nuestras propias fuerzas, destacar nuestra fisionomía espiritual, y dar nuevo vigor a nuestra personalidad para permitirle coexistir sin peligros con las demás corrientes culturales ajenas a nosotros que amenazaban absorbernos.

Dentro de esta orientación, animaba los propósitos de la Agrupación el deseo de rescatar los valores intelectuales para el catolicismo frente a la tendencia que imperaba en Cuba de afiliar la cultura al bando del ateísmo, cosa indispensable para el logro de los fines concretos que persigue.

La portada del "*Esto Vir*" de 1936, diseñada por Gabriel González Regalado, expresaba a la perfección aquel ideal: un estudiante, que llevando en la mano una antorcha, asciende por una escalera cuyos peldaños son libros al fin de la cual está una cruz resplandeciente. Es el agrupado que, alumbrado con la luz de la razón, sube por el estudio hacia Dios que se definió como la Verdad y la Luz, y tiene la conciencia al hacerlo que de su progreso intelectual y espiritual depende en buena parte el progreso intelectual y espiritual cubano.

El P. Rey tuvo el acierto de imprimir a esta preparación un ritmo vivo, entusiasta, alerta, "una corriente", como dijo Ignacio Warner en la Asamblea Apostólica de 1943, "de alta tensión intelectual, patriótica y religiosa... para mover a Cuba", de darle el sentido de adiestramiento para una lucha futura y despertar en el agrupado la clara visión de su responsabilidad, con lo que consiguió impartir al estudio un sabor entre marcial y deportivo que se ajusta tan bien a los años juveniles.

Era su ideal que en el terreno cultural fuese la Agrupación una palestra donde se adiestraran los atletas que habrían de vencer en el futuro, y que junto a la intensa vida espiritual se hiciera también una intensa vida intelectual. Por eso la Agrupación no es solo católica, sino también universitaria, por eso se ha dicho y repetido tantas veces, que los dos pilares donde se asienta son los Ejercicios Espirituales y los Círculos de Estudio. Solo así se consigue crear un tipo de hombre que, al menos en teoría, deba ser un verdadero gigante capaz de enfrentarse con toda una sociedad para conquistarla.

Es vital para la vida de la Agrupación que no fallen ninguno de estos dos pilares. Si eso sucediera se rompería su equilibrio y no podría en modo alguno cumplir los fines para los que fue fundada, pues tan inútil le es una poderosa intelectualidad carente de calor humano y sentido sobrenatural, como una legión de anacoretas encerrados dentro de una espiritualidad impotente para imponer sus principios al medio hostil o indiferente. Los primeros no lograrían convencer, a los otros les faltaría los medios con qué hacerlo. Ese día la Agrupación dejaría de existir para convertirse en otra cosa distinta de lo que proyectaba ser.

Aquí vuelve otra vez la necesidad de la aceptación del concepto del sacrificio que hace tan potente la mutua dependencia entre la vida espiritual y la intelectual de la Agrupación. Sin él, sin dominio propio, sin motivos sobrenaturales, es difícil la inmolación de tantos atractivos, distracciones e intereses que se atraviesan en el camino del estricto cumplimiento del deber. Por eso ambas actividades tienen que estar íntimamente unidas en la formación de un futuro jefe, y en ambas alentar el espíritu de sacrificio sin el cual sería inútil intentar el trabajo, pues no se lograría adelantar mucho en ninguno de los dos caminos.

En la práctica el medio principal de que se vale la Agrupación para completar la formación intelectual de sus miembros es el de los Círculos, donde se adquieren aquellos conocimientos sin los cuales la

acción sería nula por desorientada y carente de información. En sus sesiones semanales se procura dar criterios justos y razonados, con firmes bases filosóficas y sociológicas que permitan enfocar correctamente los estudios que se hace en la Universidad, e ir estructurando una escala de valores en relación con las verdades fundamentales. Para esto los estudiantes, reunidos por carreras, y dentro de ellas por cursos, amplían las asignaturas de sus programas académicos, tomando de allí como temas para cursillos de conferencias aquellas materias que revistan especial interés.

A la par que en los Círculos se va moldeando intelectualmente al agrupado, se complementa y afianza su formación espiritual, lo que hace de ellos órganos importantísimos en el trabajo de acoplar el individuo a la Agrupación, así como de prepararlo para el logro de los objetivos que ésta se propone, de aquí que sean parte esencial de ella sin los cuales no podría existir.

De todo lo anterior se desprende que en los Círculos se persigue un objetivo práctico, y que en ellos los conceptos teóricos son usados como pautas para orientar la acción futura, nunca como el objetivo de un estudio meramente especulativo de cuestiones abstractas.

Para que no se perdiera de vista esta dirección, el P. Rey recomendó en 1936 que se aplicaran los conocimientos adquiridos en los Círculos al gran campo de experimentación que podría ser el barrio de las Yaguas, participando para ellos sus miembros en las obras que allí estaba realizando la Agrupación; y se acordó en 1938 dedicar parte del tiempo de las sesiones semanales a comentar noticias de actualidad relacionadas con las materias que se estuviesen tratando en ese momento. De esta manera, orientado el estudio hacia la acción, se mantiene constantemente presente el propósito apostólico, que es el orden de todas las aspiraciones y actividades agrupacionales.

El ideal del P. Rey era que la Agrupación en todo lo que concierne el aspecto formativo llegara a ser a modo de una Universidad Católica

donde los agrupados adquirieren la cultura que conviene a su naturaleza de hombres de estudio, y que es indispensable para el apostolado que han de llevar a cabo como profesionales.

Para animarlos les hablaba frecuentemente de la significación del trabajo, de su valor inmenso y del inagotable tesoro de bienes que de él se derivan, contraponiéndolo a lo inútil de la inacción y lo estéril y perjudicial del ocio.

“El sello que Dios ha grabado en nosotros con caracteres indestructibles”, dice “*Esto Vir*” en agosto de 1943, “es el estudio. Y estudiar sin distinguir edades ni carreras es nuestro servicio divino; nuestra misión sagrada, nuestro apostolado por Cristo”.

“Si no te sientes con ánimo para este sacerdocio del estudio, es que no has nacido para la Agrupación, y no serás nunca un profesional de Cristo”.

Durante todo el periodo universitario intensificaba el estímulo y la exigencia para echar los sólidos fundamentos donde quería que descansara la acción futura, dando gran importancia a las notas de los agrupados, e insistiendo mucho en el deber que tenían de ser los primeros en cada clase. Gracias a esto se logró en el año 1934 que en una asignatura que tomaban doscientos alumnos, donde hubo solo cuatro sobresalientes, dos de ellos fueron ganados por los dos únicos agrupados de la clase. Y en 1937, que los mejores expedientes del 1er. año de Derecho, 1er. y 3ro. de Medicina, 1er. de Ingeniería Civil, y 1er. de Filosofía y Letras, correspondieran a miembros de la Agrupación. Que ese mismo año en Filosofía y Letras de 19 exámenes los agrupados obtuvieran 10 premios, 18 sobresalientes y 1 notable. Igual en Ingeniería, Derecho, Ciencias Comerciales, y Medicina y Farmacia, logrando sobre un total de 369 exámenes, 66 premios, 234 sobresaliente, 67 notables, 40 aprovechados, y 28 aprobados.

Es verdad que en los años que van de 1934 a 1938 la Agrupación atraviesa su "edad de oro" en lo que toca a la formación cultural, y que en esa época el P. Rey está aguijoneado por el deseo de hacer de los agrupados no solo hombres muy católicos, sino también muy cultos, lo que produce una efervescencia intelectual en la Agrupación nunca más igualada. Pero también es cierto, que si aquella actividad, favorecida por las circunstancias del momento, bajó de tono después del año '38, ha mantenido desde entonces un altísimo nivel promedio muy de acuerdo con los propósitos del fundador, y que aunque el agrupado posterior a ese período no esté poseído de aquella fiebre, sigue siendo "para el trabajo un espíritu dispuesto y una voluntad inquebrantable". "Para la ciencia, un tenaz investigador, un afán de superación y un constante alumno", sin lo cual no servirá a los fines de la Institución.

"No quieres colaborar donde no sirves, pero si sirves por que vas a quedarte con los brazos cruzados?" Es ese el espíritu que infundía el P. Rey y que logró desde el primer instante despertar la mente de sus jóvenes, ponerlas en movimiento y llenarlas de las más nobles ambiciones.

La primera actividad formativa iniciada en la Agrupación en el camino intelectual fue el cursillo que comenzó el P. Rey el 1 de julio de 1931 sobre comunismo y socialismo, con el fin de ir preparando a los agrupados para la actuación social católica. Es curioso observar como esta preocupación por lo social que embarga al P. Rey al principio de la Agrupación se reaviva al final de su vida, al extremo de constituir el pensamiento dominante de sus últimos días en que estudiaba la manera de darle mayor importancia en la vida de la Institución.

Terminado el cursillo comenzó en el acto a organizar lo que habría de ser el nervio de la futura acción de la Agrupación, el primero de sus Círculos, el más importante, el verdaderamente fundamental: el Círculo de Estudios.

El "*Esto Vir*" del 1ro. de agosto de 1931 nos da de una manera clara y precisa la orientación que quería imprimirle "todo trabajo de hombre debe ser trabajo consciente... Es menester analizar el campo de nuestra acción y pare ello trazarnos delante el mapa del mundo católico en nuestro país; es menester no menos conocer el campo no católico... en una palabra es menester conocer la historia contemporánea desde el punto de vista católico-social. Sólo por este medio lograremos situarnos convenientemente para lograr verdadera eficacia en nuestra acción".

`...es necesario además un estudio serio de las sapientísimas normas emanadas de la Sede de Roma para dirigir la Acción Católica y esas normas examinarlas dentro del marco de nuestras circunstancias particulares y de las posibilidades de nuestra naciente Agrupación. Solo así lograremos insertar los brotes de nuestra incipiente acción en el árbol secular de la Iglesia".

"...es para nosotros imprescindible que nuestro estudio lo hagamos en común. Sólo estudiando juntos podremos llegar a aquel gran ideal católico de que tengamos todos un solo criterio consciente y único... un mismo sentir... y un mismo querer... y así obtener... el postrero y ambicionado fruto que esperamos cosechar de la escondida y callada labor de nuestro Círculo de Estudio: un mismo obrar".

A pesar de los deseos del P. Rey, el escaso número de agrupados que haba en los primeros meses impidió que el Círculo comenzara a funcionar regularmente, y no se puede considerar fundado hasta el 10 de noviembre del año siguiente, celebrando su primera sesión el 24 de ese mes presidida por Luis Delgado.

Desde entonces la actividad del Círculo continuó con un ritmo regular hasta el año 1947. Para captar el tono que se le dio desde sus primeras sesiones hasta leer el informe que rindió Ataulfo Fernández Llano sobre las labores de los primeros cursos en el que se abordaron cuestiones de Psicología y Ética de tanta importancia

como la naturaleza del hombre, su espiritualidad, su libertad, su fin trascendental; la existencia de la ley natural, sus cualidades esenciales, sus relaciones con la ley positiva, la consciencia moral y la norma para distinguir lo bueno y lo malo; la naturaleza y el fin del hombre a través de las principales escuelas filosóficas; así como el pensamiento de algunos próceres cubanos como Félix Varela, Gaspar Betancourt y José Antonio Saco.

También se ocupó el Círculo de la cuestión social. Después de una introducción sobre su existencia y carácter, y sobre el Individualismo y su remedio, se entró a considerar, como una fase de solución católica la descentralización de las funciones gubernativas y las condiciones en que debiera organizarse la autonomía municipal en Cuba dados sus antecedentes históricos y sus circunstancias geográficas, políticas, económicas y sociales. Por último, el Lcdo. René Capistrán Garza, en aquellos años exilado de México por razones políticas, trató en el Círculo sobre la naturaleza y características de la acción católica, la acción cívica, y la acción política.

Impulsores principales del Círculo de Estudios fueron Ataulfo Fernández Llano, y José M. Lázaro, hombres de sólida cultura filosófica y sociológica, quienes fueron una ayuda verdaderamente providencial en la tarea formativa emprendida por el P. Rey.

En el año 1935 se distinguen las actividades del Círculo por el curso de Historia de la Filosofía explicado por Lázaro, y por la serie de conferencias de Fernández Llano sobre el "Ideario de José Antonio Saco" y "El Corporativismo". En el '36 se introducen las disputas escolásticas que periódicamente rompen la secuencia de las conferencias y dan gran animación a la vida del Círculo; el año 1939 lo señala el curso de Psicología explicado por José Ignacio Lasaga, y en 1942, buscando perfeccionar la formación, se adopta un plan de materia fijas que abarca tres años consecutivos.

Luego el Círculo de Estudios, obligado por el número creciente de agrupados, comienza a dividirse y subdividirse en otros tantos Círculos, de modo que en 1945 había ocho semanales. De ellos tres eran Círculos de profesionales divididos entre las carreras principales: Derecho, Medicina e Ingeniería, tratando en todos ellos además de los problemas propios de cada profesión, cuestiones morales y ascéticas. Los Círculos de Estudiantes eran: uno filosófico formado por los alumnos de las carreras de letras aunque no exclusivamente; otro de Medicina y dos ascéticos.

Todavía se continúa hablando del Círculo de Estudios hasta 1947 en el que se explicó un cursillo titulado "Catolicismo contra liberalismo", aunque ya realmente había dejado de existir diluido en los otros Círculos cada vez más encaminados a la especialización.

Es verdad que en cada uno de ellos se le da una orientación filosófica y sociológica a las materias examinadas de modo que sus miembros no carezcan por completo de los elementos que se adquirirían en el Círculo de Estudios. Sin embargo convendría restaurar este Círculo en su forma primitiva de modo de dar a los agrupados conocimientos más amplios sobre esas disciplinas fundamentales que deben ser comunes a todos, no importa la carrera que sigan, pues desde cualquier posición que ocupen en el futuro su apostolado debe descansar sobre ellas, necesítandolas más aquellos que se dedican a las profesiones técnicas precisamente por estar ausentes de los planes de estudios de sus carreras.

La desesperada situación económica del año 1931 hizo nacer una actividad que, ajena en parte a los fines de la Agrupación y a la procedencia de sus miembros, se creó "con el fin de proporcionar a los agrupados una mayor posibilidad de defensa económica, conforme a las circunstancias críticas de los tiempos presentes", y que a pesar del éxito que tuvo durante los dos primeros años, desapareció tan pronto como cambió el estado de cosas: La Academia de Lenguas y Comercio.

Se inauguró con clases de alemán el 19 de noviembre de 1931, el 11 de diciembre comenzó el curso de taquigrafía y correspondencia comercial, y el 4 de febrero siguiente los de inglés y contabilidad, pero ese mismo año murieron las actividades comerciales, sobreviviéndoles hasta 1940 los idiomas, a los que se agregó el francés.

Mucho más en consonancia con el espíritu de la Agrupación, y respondiendo a una verdadera necesidad suya, se creó la Academia Literaria para formar plumas católicas y oradores que sepan defender con dignidad las verdades de nuestra fe y probar la doctrina de Cristo.

Si el Círculo de Estudios es indispensable para la sólida estructuración de las ideas, la Academia literaria es imprescindible para su exteriorización, por eso en la formación de todo agrupado no debían faltar ninguno de esos dos elementos esenciales, pues si la acción de la Agrupación está encaminada a dirigir el pensamiento cubano, el joven que se prepara para ello necesita del contenido y la forma, de la idea correcta y la expresión adecuada, en otras palabras, del Círculo y la Academia.

Tan claramente lo vio el P. Rey que en su plan original es a estas dos actividades culturales de la Agrupación a las que da su mayor atención, y ya en 1931, a la par que pretende iniciar el Círculo de Estudios, trata de comenzar la Academia Literaria.

Razones semejantes a las del Círculo demoraron a la Academia que quedó constituida solemnemente el 28 de Enero de 1932 en el salón de la "Academia Literaria Avellaneda" del Colegio de Belén. Fue su primer presidente Carlos Martínez Arango, quien tomó posesión de su cargo el 4 de febrero en el local de la Agrupación. En esa sesión se acordó, a propuesta del Presidente, dar a la Academia el nombre de Heredia y encargarse su dirección al P. José Rubinos, SJ.

Además de los trabajos prácticos que se hacían en la Academia, el P. Rubinos daba lecciones de estilo, y gracias a sus extraordinarias dotes literarias, a su bondad, su paciencia y sus grandes condiciones pedagógicas, pronto logró entusiasmar un buen número de agrupados, siendo durante un largo período la Academia Heredia una de las actividades más brillantes de la Agrupación.

1936 marca en la Academia, como en general en todas las labores que correspondían a la formación intelectual, la fecha de su más alto nivel. En ese año el P. Rubinos explica su cursillo sobre el epíteto, y hablan en sesiones públicas Lázaro sobre Henri Bergson, y Guy Perez Cisneros sobre "Arte Moderno" y "Contenido de la poesía Afro-Cubana", conferencias magistrales, todavía recordadas, que dan el índice de la inquietud cultural de los agrupados de la época.

En 1937 se dividió la Academia en dos secciones, una para los viejos académicos, ya más tomados literariamente, que ese año estudiaron con P. Rubinos la Oratoria en la Antigüedad, y el siguiente hicieron investigaciones sobre el periodismo; y otra, mucho más numerosa, que se reunió con el objeto de aprender a escribir literariamente y tenía más el carácter de una clase, en la que predominaba mucho el ejercicio sobre la teoría.

Pero quizás debido a esta misma división, y a la creación en 1935 del Círculo Periodístico, dirigido también por el P. Rubinos, que restó a la Academia el apoyo de algunos de sus más entusiastas colaboradores, ésta comenzó a languidecer en el año 1939.

Alarmado el P. Rey ante ese síntoma le dio plenos poderes a José Sus para que en su calidad de Presidente de la Academia procediera a su reorganización. Los esfuerzos de Sust sirvieron para reanimarla temporalmente, pero terminado su período comenzó a decaer de nuevo. En 1943, ya casi disuelta, el P. Rey convocó varias reuniones con el propósito de darle nueva vida, y parcialmente los consiguió aunque no de una manera estable. En 1944 celebró un concurso de oratoria, y en el '45 tuvo una sesión tormentosa alrededor de una conferencia de Octavio Smith sobre poesía moderna. En el '49

parece que va a volver a la actividad con el cursillo de literatura y oratoria dado por el P. Gamazo profesor del Calvario, pero en 1950 ya había desaparecido por completo.

Dos años más tarde hace una aparición fugaz en la forma de cursillo de oratoria explicado por el P. Juan López Pedraz, SJ, y por último en 1955 parece haber resucitado en la doble forma del Círculo de Oratoria y Círculo de Redacción dirigidos respectivamente por P. Pedraz y por René de la Huerta.

Complemento natural de los Círculos y la Academia es la Biblioteca. Ya en 1931, dice el informe anual de las actividades que "la Agrupación espera proporcionar a sus estudiantes, el salón de estudios más ventajoso a que pueda aspirar un universitario, fresco, limpio y cómodo, con los libros de consulta que el necesite a mano, con mimeógrafo para reproducirles las conferencias de la Universidad y con directores especializados que puedan resolverles sus dificultades y dirigirles en sus estudios".

Este ideal era ya una incipiente realidad en 1933, y desde entonces ha ido desarrollándose incesantemente gracias a generosas donaciones, como la hecha en 1935 por la Sra. Rosalía Fernández Quevedo Vda. de Bidegaray que regaló la biblioteca jurídica de su esposo el Lcdo. Cristobal Bidegaray y Erbite; y a compras constantes de obras donde están representadas todas las ramas del pensamiento católico.

Actualmente la Biblioteca está organizada por secciones según las distintas carreras, contando cada una con un amplio salón, a más de veinte cuartos de estudio donde los agrupados pueden estudiar a su gusto sin ser molestados ni molestar a los demás.

El año 1935, en plena "edad de oro", la extraordinaria actividad intelectual de la Agrupación da lugar al nacimiento de tres Círculos. El primero es un desprendimiento del de Estudios: el Círculo Social, que tomó como objeto el examen de temas sociológicos, adaptando

como texto de su primer curso la "Sociología Cristiana" del Pbro. José María Llovera, y del segundo el tratado sobre Derecho Natural del P. Victor Cathrein, SJ, traducido del latín especial mete para el Círculo por el P. Alfredo Pérez de Río, SJ, del Colegio de Belén, texto que se imprimió en mimeógrafo para uso de los circuilistas.

En 1938 el Círculo Social, como veremos que también lo hicieron a la vez el Médico y el Jurídico se dividió en dos: uno para los más antiguos que se dedicaron a estudiar puntos sueltos de Filosofía y Sociología Clásica, y el de los nuevos que recorrió la "Sociología" de Llovera.

1941 trae otra novedad, la semana de estudios dirigida por el P. Manuel Foyaca, SJ, que trata sobre la economía en su aspecto sociológico. De este evento nació un nuevo Círculo de Económico-Social que dirigió el P. Foyaca, y surgió el movimiento Pro Democracia Social Cristiana que veremos más tarde y que es entre las actividades que ha tenido la Agrupación una de las más propias de su espíritu.

En el '49, Claudio Escarpenter explica un cursillo de Economía, y en el '51, Angel Fernández Varela otro sobre Encíclicas Sociales, teniendo el último como texto las "Direcciones Pontificias" y la "Sociología" de Llovera.

Por último en 1955 el Círculo Social ha sido reorganizado y puesto bajo la dirección del P. Salvador de Cistierna, Capuchino, formado en el "Instituto de Asuntos Sociales León XIII" de Madrid. De este Círculo, que atraviesa una fase de nuevo vigor y animación, han salido ya varios conferencistas por el interior de la República con el fin de extender la doctrina social de la Iglesia.

El Círculo Médico, que a iniciativa de Ovidio de la Osa se fundó el 27 de junio de 1935 y comenzó a funcionar el 30 de octubre de ese año, es uno de los más activos y que mayores frutos ha dado en la Agrupación.

El impulso inicial, que lejos de perderse ha ido tomando cada día mayor fuerza, se mostró pujante desde el primer curso en que se desarrollaron temas de Fisiología y Patología; Gabriel González Regalado ofreció un cursillo de Osteología especialmente dedicado a los bachilleres que empezaban a estudiar Medicina y a los que estaban en el primer año de la carrera; y el Padre Román Galán, SJ, Ingeniero Químico de la Universidad de Oviedo, y Químico graduado del Instituto de Sarria de Barcelona, dio otro de 22 clases teóricas y 89 prácticas en el laboratorio del Colegio de Belén, sobre Introducción a la Bioquímica, dedicado a los estudiantes de Medicina e Ingeniería Agronómica.

Ese año el P. Rey propuso al Círculo Médico vincularlo al de las Yaguas, y se estudió la posibilidad de crear un pequeño salón con cuatro o cinco camas para enfermos, acordándose ir formando un depósito de medicinas para los indigentes de ese barrio, génesis del actual "Dispensario Padre Rey de Casto".

1937 continuó en el mismo estilo: Conferencias de Higiene en las Yaguas; Cursillos de Introducción a la Bioquímica y Química General del P. Galán; sobre el sistema nervioso por Sergio Alvarez Mena; y de Anatomía e Histología para alumnos del 1er. año.

En 1938 el Círculo se dividió en tres, pero lejos de debilitarse cobró nuevas energías. Uno para alumnos de primer año y otro para los de segundo dirigidos por estudiantes de tercero, que tienen por objeto guiar a los que comienzan la carrera de medicina en el estudio de las asignaturas céntricas de sus cursos. El tercer Círculo para los alumnos de los últimos años es el más importante, ese dedica principalmente al estudio y discusión de casos clínicos particulares.

Además de esto, el Círculo Médico tuvo ese año numerosas actividades extraordinarias: Cursillos, Charlas Médicas, Consultorio, etc., logrando en las Yaguas un éxito superior a todas las esperanzas al examinar en los tres primeros meses de su actuación en este barrio a 108 enfermos, mucho de los cuales ingresaron en los

distintos Hospitales de la Ciudad gracias a las gestiones de los circulistas.

En 1941, en su afán de constante superación el Círculo creó la Biblioteca de Estudios Médicos formada por las revistas más útiles de la literatura médica mundial. Transitoriamente se le dio un carácter semicirculante, disponiendo cada asociado de una revista distinta cada semana y facilitándosele además, con solo el pago del franqueo, copia de cualquier artículo aparecido en publicaciones de los Estados Unidos. También se introdujeron reuniones semanales, donde los circulistas leían trabajos resúmenes hechos por ellos de obras médicas recientes, produciendo este intercambio más provecho que la labor individual, pues no sólo facilita la comunicación de experiencias en casos vividos, sino que es un estímulo para mantenerse al tanto del movimiento científico en el extranjero, cosa tan importante en la medicina.

Otra novedad introducida fueron los Congresos Médicos, celebrado el primero los días 28 y 29 de enero de 1945, donde se acordó crear premios entre los estudiantes de medicina, impulsar los Círculos Ascéticos para médicos donde se tratan los principales problemas de Moral Médica, explicar y hacer cursar la materia de Moral Medica a los estudiantes de medicina exigiéndoles su aprobación para el pase a congregantes, calorizar como obras apostólicas de la Agrupación la Academia de Estudios Médicos y la revista "*Lumen*", recordar a los agrupados médicos el compromiso de estudiar determinado número de horas semanales en la Biblioteca Médica de la Agrupación para alcanzar su mejor preparación, y recomendar a cada medico agrupado que publique en una revista científica un trabajo anual.

Es preciso reconocer que el Círculo Médico es el más fuerte y activo contingente de la Agrupación. Su entusiasmo se mantiene constante mediante cursillos, "Staff Meetings", conferencias, etc., a cargo de profesionales competentes, que también dirigen la visita cotidiana en varias salas del Hospital Universitario y de otros centros, lo que constituye un formidable ejercicio, donde el médico responsable

trasmite sus conocimientos al alumno en una forma que alcanza el máximo de eficacia didáctica.

El último de los Círculos creados en 1935 es el Jurídico que tuvo un antecedente el año anterior en el curso de Derecho Político explicado por el Dr. Ataulfo Fernández Llano, quien en el periodo académico 1935-36 explicó los cursos de "Teoría General del Estado" e "Introducción al Estudio del Derecho", más un cursillo sobre Derecho Político. También ese año se pronunciaron varias conferencias sobre Derecho Romano, además de sostenerse nueve disputas escolásticas sobre temas de metafísica.

Como el Círculo Médico, el Jurídico se dividió en 1938 en tres secciones, dándosele a cada cual una orientación semejante a la que se dio a las del primero.

Una cuarta sección surgió en 1939 dedicada a Derecho Penal en la que se siguió las pautas de la obra del P. Catherin, y por último en 1942 los novatos, que se mostraron muy activos ese año, crearon la Academia de Derecho donde se les explicó un cursillo de Orientación Jurídica.

También en el fecundo curso de 1935-36, pero ya en el segundo año, nació el Seminario de Investigaciones Históricas, que tanto prometió y que ha tenido tan triste destino.

Fue su primera reunión el 13 de abril de 1936 y se propuso "toda clase de investigaciones históricas que arroje luz sobre el origen, construcción, objeto, arquitectura, etc., de todo edificio, monumento o lugar público histórico que se considere digno de atención".

Su primer tema de estudio fue el Convento de Santo Domingo sobre el cual se recogieron gran cantidad de datos, fotografías, etc., pero el traslado al extranjero de su director terminó con sus actividades.

A instancias del P. Rey, que tenía gran interés en el funcionamiento del Seminario, el Consejo acordó restaurarlo en junio de 1947 y

orientarlo esta vez hacia la investigación documental de los hechos de nuestra historia. Pero un mes y medio después de este acuerdo, también tuvo que ausentarse de Cuba la persona designada para dirigirlo, sin que el Seminario pudiera comenzar sus labores.

Por fin en 1953 logró reunirse un número de agrupados con el propósito de publicar cada año un trabajo original sobre historia de Cuba, y escogiendo como objeto para iniciar las investigaciones el pontificado de Trespalacios, primer Obispo de la Habana, divididos en grupos de dos, comenzaron buscar documentos relativos al Prelado en el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional y la de la Sociedad de Amigos del País, proyectando hacerlo después en el Archivo del Obispado, así como pedir datos a los de Sevilla y el Vaticano. El trabajo está muy adelantado, y los frutos obtenidos promedian una obra que hubiera dado gran prestigio científico a la Agrupación, pero también esta vez como las otras, acontecimientos ajenos a la voluntad de todos cortó en seco las actividades del Seminario que no ha vuelto a reunirse.

Otros dos Círculos más, el de Ciencias y el de Ciencias Comerciales nacieron en 1938.

El primero para los alumnos de todas las carreras de Ciencias fue creado a instancias de Marcelo Alonso quien comenzó con un curso de matemáticas para alumnos de primer año, mientras José Sust daba clases diarias de matemática superiores para los de Ingeniería.

De estos primeros tiempos es un cursillo de Marcelo Alonso sobre las nuevas teorías de la constitución del átomo, que luego al ser publicado en folleto mereció muchas alabanzas. Al referido cursillo de Alonso explicaba siendo aun estudiante, concurren, en calidad de oyentes, el Dr. Gran, Catedrático titular de la materia en la Universidad de La Habana, y el P. Maturino Castro, SJ, profesor de Física del Colegio de Belén.

La Asamblea Apostólica de 1944 sobre la catolización de las masas obreras hizo brotar en el Círculo de Ciencias la idea de reunir en un Congresillo anual a todos los Ingenieros agrupados repartidos por la Isla y en contacto con los obreros, para estudiar cual pudiera ser la labor que se desarrollase con ellos; logrando en estas reuniones, que han tenido éxito, proposiciones muy practicas, y la colaboración a su labor apostólica de los miembros del Círculo Médico cuyos congresos se celebran alrededor de la mismas fechas que la de los Ingenieros.

El Círculo de Ciencias Comerciales, gemelo del anterior, se creó en el mes de octubre de 1938, presidido por Bartolomé Monserrat para los estudiantes que cursen estudios en la Escuela de Ciencias Comerciales en la Universidad de la Habana.

Mientras tanto la Agrupación se acercaba al momento en que debería empezar a actuar de acuerdo con los fines para los que la fue creada.

El año 1938 es de crisis para ella por ser la fecha en que se gradúa el primer grupo de sus miembros, grupo reducidísimo que aun no tiene la fuerza numérica suficiente para llevar a cabo la conquista, pero que es como la cabeza de puente, como la primera avanzada que ha de ir aumentando curso tras curso hasta formar un poderoso ejercito. Por eso el P. Rey, que desde los tiempos del Colegio de Belén estaba esperando ese momento, comenzó a tomar medidas que a la par que sirvieran para satisfacer las nuevas necesidades, asegurara también para el futuro a los que debían de constituir la verdadera Agrupación. Más adelante veremos como en el acto se reconoció al acontecimiento su enorme transcendencia, pero ahora nos interesa examinar solo sus consecuencias en el campo formativo donde produjo una nueva estructuración de los Círculos.

En primer lugar se crea en 1939 el Círculo de Profesionales dividido en tres sesiones, una de Derecho, Filosofía y Letras y Pedagogía; otra de Medicina, Farmacia y Cirugía Dental; y la tercera de

Ingeniería, Comercio y Ciencias; que dedicadas a estudios superiores, estaban abiertas a todos los movimientos intelectuales modernos, ocupando con frecuencia su tribuna, además de sus miembros, cuando de representativo de la cultura católica pasaba por Cuba.

Los profesionales agrupados, que ese año de 1939 eran solo 26, de los cuales 8 estaban fuera de La Habana, a pesar de su número exiguo, dándose cuenta de su deber, empezaron a trabajar desde el primer momento en la medida de sus fuerzas.

Al propio tiempo se creó el Círculo de Estudiantes que comprendía todos los ya existentes, ahora dividido no solo por carreras, sino por años, que dando aprobado en el Consejo dedicar a cada una de las actividades de la Agrupación un día de la semana. También se acordó crear una Junta dentro de cada Círculo para tratar asuntos propios del mismo integradas por un Presidente, un Secretario, los miembros del Consejo Directivo pertenecientes al Círculo y los Jefes de Sección de cada año, a excepción del primero.

En el Círculo de Profesionales ofreció el P. Foyaca en el año 1944 un cursillo sobre Constituciones Comparadas, y otro el P. Amigó sobre Acción Católica, siendo su última actividad la serie de conferencias sobre la Revolución Francesa ofrecida por Marino Pérez Durán en febrero de 1952. Desde entonces los Círculos funcionan dentro del sistema de formación intelectual actual independientemente unos de otros, como sucedía antes de 1938, y pertenecen a ellos por igual estudiantes y profesionales.

El último nacido es el titulado "Centro Católico de Estudios Cubanos", dedicado a estudiar los problemas de nuestro país y las posibles soluciones que pudieran brindarse a los mismos con un criterio católico.

Los temas tratados en el curso de 1954-55 fueron de gran interés y demuestran por sí solos la madurez alcanzada en el pensamiento de

la Agrupación: el latifundio de Cuba; la alfabetización de adultos; problemas universitarios; la reforma de nuestro bachillerato; el desempleo en Cuba; la tuberculosis en Cuba; el parasitismo, enfermedades del individuo y de la sociedad cubana; el problema social; el ejército de Cuba; el problema del tabaco; la cuestión azucarera; la prensa en Cuba; los sindicatos en Cuba; la reforma tributaria; comunicaciones y transporte; el vicio y el juego y la prostitución; posibilidades de la instrucción religiosa en Cuba; el divorcio; y la cuestión racial.

Como complemento de los Círculos se valió el P. Rey en su tarea de formar a los agrupados tanto espiritual como intelectualmente, e infundirles el espíritu que quería darles, del "*Esto Vir*" órgano oficial de la Agrupación, unas veces quincenal, otras mensual, decana de sus actividades, que vio la luz por primera vez el 1ro. de junio de 1931.

"No obstante su pequeñez", dice el informe de las actividades del curso 1931-1932, "se le ha dado mucha importancia a esta publicación, pues se trata en ellas de formar buenos escritores católicos y darles a los agrupados, en medio de un ambiente íntimo de cordialidad familiar, criterios católicos sobre aquellas cuestiones principales que en cada mes ocupan de modo especial la opinión pública".

Su propósito original lo encierra la frase "verdad, verdad que ilumine, verdad que guíe", que eligió como programa en el caos de pasiones y de ideas en que se movía la sociedad cubana de la época.

Su primera etapa, que termina el 1ro. de agosto del '31, fue de alta calidad, sobre todo el número que lleva la última fecha; luego razones económicas los interrumpieron hasta el 10 de enero de 1932 en que se nota un descenso notable, siendo sus primeras apariciones menos de mediocres.

De nuevo dejó de publicarse del 22 de octubre de 1933 hasta el 3 de junio de '34. A partir de entonces, elevando de nuevo su nivel, da constantemente a la luz artículos de orientación sobre cuestiones del momento. No sólo el editorial, casi concretado a la formación espiritual de los agrupados en sus aspectos más fundamentales, sino numerosos artículos ocasionales, y sobre todo la columna de José Ignacio Lasaga: "Desde nuestro Observatorio", van examinando según el pensamiento de la Iglesia los acontecimientos más notables que ocurrían en Cuba y el extranjero, para dar a los agrupados normas y elementos de juicio que les permitieran enfocar correctamente los problemas más discutidos, y lo que es de mayor importancia, adoptar en el futuro una posición basada sobre sólidos principios católicos.

Desde esa época "*Esto Vir*" ha continuado normalmente su vida con una sola interrupción: del 21 de julio de 1935 al 31 de enero de 1936.

Andando los años la publicación comenzó a dejar de interesarse en los asuntos exteriores y a concentrar su atención en los de la casa, llegando a perder casi por completo el carácter original. Afortunadamente, en el Congreso de Pax Romana celebrado en España en 1946, el P. Rey se dio cuenta de que ya "*Esto Vir*" no reflejaba todo lo que entonces era la Agrupación, y que estaba dejando de ser un instrumento de formación para convertirse en una crónica íntima. Escribe que varias personas le dijeron que: "leyendo sus páginas uno se forma la idea de una asociación de universitarios muy simpática, muy católica, y hasta muy típica e interesante, pero a uno se le pasa por alto mucho de lo que tiene de seriedad, de profundidad y de provecho hacia el exterior y hacia el futuro".

Estas cosas las admitió el P. Rey en el editorial de Octubre de 1946, que por primera vez aparece con su firma, y a partir de ese momento le imprime un sesgo enteramente nuevo, aparta un poco la vista de la Agrupación y comienza a observar y juzgar los problemas de fuera de ella: los universitarios, los nacionales, los

mundiales, y sobre todo los movimientos católicos del extranjero. Es ésta, con los primeros tiempos, su era mas brillante, en la que cumple a la perfección sus fines formativos, pero desde 1949 vuelve de nuevo a ocuparse solamente de los acontecimientos internos, y adquiere otra vez el carácter que tuvo antes del viaje del P. Rey a España. Siempre continúa siendo un gran factor en la formación espiritual de los agrupados, pero se ha desinteresado casi por completo del aspecto cultural que tuvo en su inicio y que sería de desear que recuperara.

V

FORMACIÓN APOSTÓLICA

A la par que moldear espiritual e intelectualmente a los agrupados, está en los planes de la Agrupación para completar la obra y dejarlos perfectamente preparados, la fase de formación apostólica por la que desea que pasen todos sus miembros.

Con ese fin ha organizado una serie de actividades que, aunque excelentes para afianzar el carácter y fomentar el espíritu de sacrificio, debido al propósito a que obedecen – adiestrar en la práctica a los futuros hombres de acción – no son las suficientes para alcanzar los objetivos que se propone, con los que no debe confundírselas de ningún modo, como tampoco lo son por sí solas para satisfacer las necesidades del momento actual.

Las Reglas de las Congregaciones Marianas insisten en que sus miembros conozcan de cerca la parte amarga de la vida para que la elevación del espíritu no cree soldados utópicos de una batalla irreal, pero no se contenta con el ejercicio de la caridad como único propósito, y su primera regla establece que su fin es, con la propia perfección y la salvación y santificación ajena, “defender contra los ataques de la impiedad la Iglesia de Jesucristo”.

Este concepto lo confirma y aclara Pío XII cuando en una alocución a 300 congregantes les dice en 1946 que el ejercicio de las obras de caridad “es complemento de vuestra misma formación científica, ya que madura vuestro juicio, dándoos a la vez, experiencia de la vida y abriéndoos el camino al corazón del pueblo para que en él podáis penetrar con mayor seguridad y naturalidad. Estos beneficios no los

podrías ciertamente obtener con el solo estudio de los libros, o la mera asistencia a las clases, en las Universidades o Institutos”.

En otras palabras, si bien la Agrupación debe mantener a toda costa sus obras de caridad como medio informativo y para conformarse al espíritu de la Iglesia, no puede esperar que solo a través de ellas llegue a influir en el pensamiento del país, para lo que es preciso emprender otros caminos.

Enfocada la cuestión en esta forma, “el primer apostolado del agrupado”, dice un artículo de “*Esto Vir*” firmado por E. S. R., “es el de sí mismo, su religión, su estudio, su profesión, su formación. Es el primero en orden y en importancia para poder ejercer los otros, en él se basa toda la obra de la Agrupación, por eso dura tanto y se tiene tanto cuidado con él”. Es decir, hacer lo posible por absorber la formación que se le pretende dar y que cuando es perfecta da lugar por sí sola a un excelente apostolado, el poderosísimo del ejemplo, gracias a la vida intachable y la conducta siempre ordenada de acuerdo con el criterio católico más ortodoxo.

Pudiera llamarse autoapostolado, y mientras dure el período formativo debe tener primacía sobre toda otra actividad externa por buena que ella sea, lo que hace que las obras apostólicas en que participen los estudiantes han de ser necesariamente pocas.

En eso fue determinante el P. Rey, quien mantuvo siempre que “las normas del actual Pontífice y el espíritu de nuestra Agrupación exigen como algo esencial que en modo alguno se encarguen a los estudiantes de trabajos o propagandas con detrimento de su formación espiritual o intelectual por considerar que más vale una buena preparación que una acción prematura”. Es ésta la razón por la que, sin vacilar nunca al respecto, prefirió que los agrupados no comenzaran a trabajar oficialmente, hasta que ya profesionales estuvieran completamente formados.

Precisando conceptos, en 1951, le escribe a Manuel Artime: "El apostolado que Dios quiere de uno es el que solo podemos hacer por nuestras condiciones y no pueden hacer los demás. Por eso la A.C.U. debe dedicarse al apostolado universitario, porque un catecismo lo da cualquiera, pero una conquista universitaria solo un universitario o profesional pueda hacerla".

Es lógico, por lo tanto, que tendiendo la acción de la Agrupación a crear una intelectualidad católica, equivaldría a desnaturalizar su esencia íntima el vivir ajena a las actividades universitarias, por eso el campo que parece más natural para ejercer el apostolado propio del estudiante agrupado sea el de la Universidad, donde puede lograrse frutos abundantísimos.

"La movilización de un núcleo de centenares de apóstoles", dice a este respecto el folleto "*¿Qué es la A.C.U.?*", "formado íntegramente en lo religioso y en lo intelectual en un centro de irradiación cultural como es una universidad con casi veinte mil alumnos, representa una fuerza motriz de efectos incalculables cuando de la propagación de una doctrina se trata".

En la práctica, además de seleccionar entre los compañeros a los posibles candidatos para la Agrupación, este apostolado se realiza contribuyendo a enriquecer el "récord" agrupacional de buenos expedientes para lograr así una mejor preparación y acrecentar el prestigio de la institución; dando ejemplo firme de conducta moral; llevando a Ejercicios Espirituales el mayor número posible de estudiantes; propagando las ideas católicas por medio de conferencias, publicaciones, etc.; difundiendo a través de la conversación los criterios correctos en cualquier tema que se presente; creando, en fin, un ambiente católico que sirva para contrarrestar la ola de materialismo que amenaza envolver a los jóvenes en esos años críticos.

Últimamente, en mayo de 1955, este apostolado, enderezado a los estudiantes que no pertenecen ni van a pertenecer a la Agrupación

ni a ninguna otra organización católica universitaria, ha tomado la forma de una asociación con el nombre de "Fraternidad de Universitarios Católicos" (F.U.C.), que ya cuenta con la autorización de la jerarquía, y en la que se han depositado grandes esperanzas para el futuro.

El P. Gustavo Amigó, S.J., sintetiza muy acertadamente en el "*Esto Vir*" de septiembre de 1942 los propósitos formativos de la Agrupación a este respecto: "El apostolado de la juventud por la misma juventud requiere organización, piedad, estudio y acción".

"Ante todos cuerpos organizados, jerarquías y mandos con transmisiones y ejecución, la voz de los superiores de la Iglesia no puede perderse en el vocerío de las discusiones, sino que deben recibirse con respeto y cumplirse con obediencia, aún en aquello que aconseje sin mandarlo. Conciencia cristiana de que, si mandar es servir los intereses *de* la colectividad, obedecer y cumplir es beneficio propio además de obligación sustantiva".

"Piedad que levante el alma a Dios en la oración, es el respeto a sus mandamientos y a su Iglesia, en el amor a Jesucristo y cuanto con su divina persona está relacionado. No sentimentalismos sino afecto razonado, capaz de resistir embates y de poder iluminar y confortar a otros".

"Por eso ha de juntarse con el estudio, tanto el preparatorio o filosófico, como el más directamente religioso en su aspecto dogmático, apologético, moral y cultural. Los Círculos de Estudio, los cursillos de formación religiosa, las lecturas apropiadas, las instrucciones acomodadas, son elementos de primera fuerza y necesidad para que los jóvenes puedan sostenerse, defenderse y avanzar".

"Solamente así será factible una acción apostólica verdadera".

Para llegar a ella, hacen sus primeras armas los estudiantes en la Universidad a manera de ejercicio que prepare para el apostolado

propio de los profesionales, participando también con el mismo objeto en la serie de obras que desde los primeros días de su fundación creó la Agrupación para después desarrollar y mantener con invariable empeño.

La más antigua de todas, comenzada a raíz de las tandas de Ejercicios Espirituales de marzo y abril de 1931, fue la transformación de la escuela de niños pobres de la Iglesia de Reina en escuela de obreros más de acuerdo con los ideales de la nueva institución.

Comenzaron con cuarenta alumnos que en ese mismo año aumentaron a noventa, la mayor parte muchachos que trabajaban de día y aprovechaban la noche para estudiar.

Con verdadero espíritu de abnegación que supone la constancia de dar clases diarias, se ofrecieron dos profesores de matemáticas, dos de inglés, uno de gramática castellana, uno de instrucción cívica, dos de taquigrafía y uno de dibujo. Con ellos, y en los locales que cedió la Anunciata, se pudo trabajar regularmente a pesar de que los medios económicos de que se disponía eran escasísimos por no decir nulos.

Desde luego que la labor de catolización no fue descuidada. Tres veces por semana se les daba una conferencia de religión, y se les preparó para que el domingo 28 de junio cumplieran con el precepto pascual.

El segundo curso inaugurado el 19 de octubre de 1932 comenzó con 123 matriculados, que andando los días subió a 130, la más satisfactoria demostración del éxito alcanzado el año anterior.

A pesar de la tormenta de 1933 siguieron las clases, mereciendo los profesores que la prensa los calificara de "verdaderos héroes en nuestro tiempo".

En fecha tan temprana como el '34 comienzan los gérmenes de lo que hoy es la Escuela Electromecánica de Belén, y se empieza a trabajar en un programa de "Escuelas Electro Industriales que promete ser por la técnica y práctica una magnífica evangelización de Jefe Obreros".

Esa orientación se acentúa con el tiempo y en 1938, ya instalada la Escuela en el nuevo edificio de la Agrupación, se propone hacer de sus alumnos peritos en montajes eléctricos, radiotelefonía y otros trabajos similares.

En 1945 la Agrupación mantenía tres escuelas obreras en La Habana y tres más en el interior de la República.

Con los años esta obra ha ido evolucionando, y adaptándose a las necesidades del momento para mejor cooperar con las nuevas instituciones surgidas: la J.O.C., que con tanto entusiasmo fue recibida por la Agrupación, y la Escuela Electromecánica de Belén que sirven de preparación, la Escuela Obrera de las Yaguas, la nocturna de San Lorenzo y la del barrio de "La Lisa" a cargo estas tres últimas de la Agrupación.

También en 1931, el 18 de octubre, se inauguró una obra mantenida hasta hoy, que por el sacrificio que representa, y el consuelo y ayuda espiritual que proporciona a los que la reciben, decía el P. Rey que era una de las fuentes principales de las gracias abundantísimas que el Señor ha dispensado siempre a la Agrupación: las visitas mensuales al Hospital de Leprosos del Rincón. Para la primera se dieron cita con el P. Rey en el Paradero de la Víbora tres agrupados: Ricardo Chisholm, Enrique Oslé y Juan Suárez, los tres sacerdotes en el día de hoy.

En noviembre el grupo aumentó a 7 y en diciembre a 19, manteniéndose así poco más o menos hasta la fecha.

Lo más culminante de la época, a más de varios actos en los que se procuraba dar algún entretenimiento a los enfermos, fue la fiesta de

Nuestra Señora de Lourdes, celebrada el 14 de febrero de 1932, que se preparó como una novena-misión, y a la que asistió la Agrupación en pleno a comulgar con los leprosos, y a desfilar por la explanada del Hospital, en la emocionante procesión, en que se bendijo con el Santísimo a cada enfermo mientras se recitaban las preces de Lourdes.

Temporalmente, desde principios de 1933, hasta estallar la revolución, disminuyeron las visitas al Rincón, en parte porque así lo aconsejaban los acontecimientos políticos, y "en parte también por la situación económica de los agrupados, pues la leprosería dista mucho de La Habana, y el costo del viaje es algo caro". Este dato que nos lo da el informe de 1932-33 nos demuestra la gravedad de la crisis económica que atravesaba el país, pues el viaje de ida y vuelta del Paradero de la Víbora al Rincón no costaba más que veinte centavos, a lo que, si se le añade los diez del precio del pasaje para ir y regresar del lugar de la cita, resulta una cantidad de solo treinta centavos mensuales.

Contemporánea con las obras anteriores es la de las catequesis que en una forma u en otra siempre ha mantenido la Agrupación.

Comenzaron colaborando con los catecismos de la Iglesia de Reina y las misiones en el asilo de chinos "Chung Vah", y se intentó varias veces, sin éxito, empezarlas entre los penados del Castillo del Príncipe. En 1944 se daban en la Casa de Beneficencia, y a los alumnos de bachillerato de los Colegios Baldor, las Américas y San Antonio.

Aparte de las que se explicaban en las Yaguas, primero de los apostolados sociales de la Agrupación, y de la obra de los "Vendedores de Periódicos", que veremos en seguida, la catequesis más importante y de mayor trascendencia social que ha tenido la Institución fue la del reformatorio de menores de Torrens comenzada en septiembre de 1944.

Desde el primer momento, la dirección de Torrens dio a los agrupados toda suerte de facilidades para poder trabajar, atendiendo inmediatamente cualquier indicación que se les hiciera, y muchas veces adelantando ideas para hacer más prácticas las clases.

Varios directores se interesaron personalmente en el adelanto de los muchachos a cargo de los agrupados, que en un principio tenían a su cuidado sólo los del Centro Agrícola, ocupándose de los del Industrial los Hermanos de La Salle, quienes con el método que les es propio, y una constancia admirable, lograron éxitos notables.

Al vender los Hermanos en 1951 su finca vecina a Torrens, dejaron de ir al reformatorio y la Agrupación se hizo cargo de ambos Centros, pero a fines de 1952, la Dirección, sin prohibirlo abiertamente, comenzó a poner tal cantidad de obstáculos que semana tras semana los agrupados tenían que volver a La Habana sin haber podido dar las clases impedidos por los pretextos más insignificantes. Durante algún tiempo continuaron asistiendo puntualmente, hasta que convencidos de la inutilidad del esfuerzo tuvieron que abandonar una labor que llevaban con gran entusiasmo y que hubiera podido dar resultados muy beneficiosos a nuestra sociedad.

En el curso de 1951-52 se explicaron clases de religión moral en el Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua; en el '54 se inició una catequesis en la iglesia de Santa Bárbara, y la Agrupación aceptó el local de la Escuela "Sagrado Corazón" de la Lisa, a cuya obra se ha unido en 1955 las gestiones para implantar una Cooperativa de ahorro que sin duda alguna ha de contribuir a elevar el nivel de vida de los obreros de ese barrio.

La obra de las Yaguas podría considerarse como parte de las Escuelas Obreras, pero debido a su gran desarrollo y a los distintos aspectos que abarca, es preferible examinar aisladamente esta actividad que desde muy temprano fue adoptada por la Agrupación como su principal apostolado formativo.

Por mandato expreso del Arzobispo de La Habana, Monseñor Manuel Ruiz, comenzó la Agrupación a trabajar en el barrio de indigentes de las Yaguas, conglomerado de unas novecientas casas levantadas en el reducido espacio de tres manzanas, donde, según un censo hecho por los agrupados, vivían 4.773 personas.

Anteriormente los comunistas tenían allí una escuela, si es que puede llamarse así a unas cuantas clases dadas bajo los árboles, pero acusados de hacer propaganda sediciosa durante la huelga general revolucionaria de marzo de 1935, se vieron obligados a abandonarla.

La antigua conserje de la escuela, la famosa Manuela, que tantos servicios prestó después a la Agrupación, entregó a los nuevos maestros los lápices y bloques de papel que habían dejado los comunistas, y con ellos se comenzó a trabajar.

Poco a poco se fueron reuniendo fondos para construir un aula, y el 18 de octubre de 1936 se inauguró la Capilla-Escuela bajo el patronazgo de la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre. Era este edificio en su estructura y materiales igual a las demás casas del barrio, sólo que más grande, con un espacio cerrado alrededor suyo como para poder construir cinco aulas más con sus correspondientes terrenos para juegos o siembras, y fue levantado por José Ignacio Lasaga y los obreros de la finca de su padre.

Las clases de instrucción general a los niños se encargaron primero a las Madres Salesianas, y más tarde a las Siervas del Sagrado Corazón y de los Pobres, al frente de las cuales ha estado durante veinte años la heroica y admirable Madre Magdalena, uno de los más sólidos pilares de la obra, a quien ha ayudado siempre sin escatimar sacrificios Clementina Coello, plenamente identificada con los ideales de la Agrupación. Un grupo de cuatro o cinco señoritas las auxiliaban en las tareas de la escuela, que ese año contó 150 alumnos y 155 alumnas.

De las clases a los adultos, 49 matriculados, se ocuparon los agrupados, quienes también visitaban una a una las casas del barrio para conocer las necesidades de cada familia y remediarlas en lo posible. Con este último fin organizaron un ropero, se instituyeron visitas por miembros del Círculo Médico, y comenzó a crearse un depósito de medicinas que se surtió con regalos de laboratorios y droguerías de la ciudad.

Al mismo tiempo empezaron las clases de catecismo una vez a la semana, que explicaban por la mañana las monjas y por la tarde los agrupados, terminando las de éstos con programas de cinematógrafos.

Demostración elocuente de la seriedad del empeño de la Agrupación fue la delegación hecha por el Arzobispo de La Habana en el Padre Rey para la asistencia de matrimonios, dispensas de amonestaciones, dispensas matrimoniales y aprobación de expedientes extradiocesanos, no solo en las Yaguas, sino también en los barrios de indigentes de Cueva del Humo e Isla de Pinos.

En 1937 se construyó el primer dispensario, edificio modestísimo, sostenido por postes que regaló la Cuban Telephone Company, en uso hasta 1941 en que fue sustituido por un local de mampostería que alojaba además el consultorio y el salón-capilla.

Ya en 1943 junto a la escuela de niños, a la que asistieron 300, funcionaba la escuela nocturna para adultos, escuelas especializadas de corte y costura, servicio doméstico, modelado, etc., y se preparaban jóvenes para cursar estudios superiores de electromecánica.

Además, la Agrupación daba catecismos semanales y misiones anuales, el P. Rey celebraba regularmente la misa todos los domingos y días de precepto, y los agrupados organizaban veladas en las fiestas patrióticas. Ya en esa fecha se habían dado tres tandas de Ejercicios Espirituales en el Colegio de Belén para hombres del

barrio, existía una asociación de matrimonios que desde entonces se reúne mensualmente para recibir instrucción religiosa, estaban organizados cuatro grupos de Acción Católica, de hombres, mujeres y jóvenes de ambos sexos.

Como si fuese poco tanto adelanto, el dispensario contaba en aquel año con un clínico, dos especialistas de niños, un especialista en garganta, nariz y oídos, un especialista de la piel, dos dentistas y un laboratorista. De octubre de 1938 a octubre de 1943 se habían hecho 1750 consultas, sin contar las visitas a domicilio, y se habían ingresado un buen número de enfermos en distintos hospitales. Por su parte, los agrupados estudiantes de medicina contribuían a esta labor asistiendo en grupos de tres, tres veces por semana para inyectar a los que lo necesitasen.

El ciclón del año 1944 destruyó totalmente el barrio, siendo la Capilla-Escuela, único edificio sólido del lugar, el refugio de todos aquellos desgraciados quienes, para colmo de angustias, después del desastre, se vieron amenazados, "por temor a las epidemias y por escrúpulo de promiscuidad de familias", de ser dispersados enviando los hombres a una parte, las mujeres a otra y los niños a la Beneficencia.

La Agrupación protestó enérgicamente contra aquella medida inhumana, logrando gracias a sus gestiones, conjurar el peligro, y una vez pasado este reedificó las casas derribadas.

A pesar de los trastornos que trajo consigo el ciclón, se continuó trabajando con empeño y a fines de ese año las actividades se habían multiplicado en tal forma que asombra ver los resultados conseguidos en circunstancias tan adversas. Funcionaba ya en aquella época, además de cuánto hemos visto, un taller, una Academia Literaria Obrera, Círculos de Estudios Obreros para jóvenes y mayores, la Hermandad de Trabajadores, la Juventud Obrera Mariana, una Cruzada Eucarística, Congregaciones Marianas

de mujeres y hombres, y al Dispensario se había agregado un servicio de radioscopia y una enfermería para curas menores.



Por último, como homenaje al Padre Rey, se ideó después de su muerte la construcción del "Colegio-Dispensario Padre Rey de Castro" que se inauguró el domingo 8 de febrero de 1954, edificio de tres alas construido alrededor de un patio, donde están cómodamente instaladas todas las actividades que la Agrupación desarrolla en el barrio de las Yaguas, a las que se han agregado clases de economía doméstica a cargo de 16 señoritas, de la Congregación Mariana Corte de María Reparadora, presidida por Josefina Gelats, que enseñan costura, bordado, tejido, cocina, mecanografía, taquigrafía e inglés. Con el tiempo el dispensario ha ido ampliándose y desarrollándose hasta contar hoy con once médicos, un oculista, tres dentistas, veintisiete estudiantes y veintiuna señoritas auxiliares.

Gran parte de estos progresos se deben a la abnegación y constancia de Alvaro Ledón, Director de la obra de las Yaguas desde hace 15 años y verdadera alma de todo cuanto allí se hace, cuya labor nunca podrá elogiarse suficientemente y es ejemplo vivo de cómo entiende la Agrupación el concepto del deber.

En octubre de 1937, los agrupados se encargaron de la obra de los Vendedores de Periódicos fundada por el Padre Laburo a semejanza de la dirigida por él en Buenos Aires. Provisionalmente fue instalada en la antigua casa de Raimundo Cabrera, frente a la Universidad, cedida por sus hijos Raúl y Ramiro, trasladándose al nuevo local de la Agrupación en 1938.

Los agrupados tomaron a su cargo el darles instrucción primaria y religiosa, y preparar a los más aptos para ingresar en la Escuela de Artes y Oficios del Estado. Al mismo tiempo el Círculo Médico les suministró atención y medicinas. Desde 1940 se les dio almuerzo y merienda, y en 1941 fueron trasladados a la Capilla-Escuela recién construida en las Yaguas, fundiéndose ambas obras a partir de esa fecha.

VI

1931 — 1939

Cuando todavía el P. Rey era prefecto de Belén, poco tiempo antes de su traslado a España, pensando en la Agrupación Católica Universitaria que se proponía fundar, buscó un local donde instalarla, y al recibir la orden de embarcar, ya estaba casi decidido alquilar un apartamento por el que pedían \$35 mensuales, en la calle 21 entre B y C, en el Vedado, con habitaciones suficientes para dar cabida a la capilla, salón de actos, cuartos para residentes, etc. Pero a su regreso encontró que la situación económica había empeorado notablemente durante su ausencia, y que por el momento no era posible pensar en poder pagar alquileres, lo que le hizo pedir al P. Esteban Rivas, S.J., Director de la Congregación de la Anunciata, que le permitiera, mientras las cosas no variaban, el disfrute del salón y algunas habitaciones que usaba, y usa todavía, esa congregación en el segundo piso de la parte de la residencia de los padres jesuitas que da a la calle de Estrella.

El P. Rivas generosamente puso esos locales a la disposición de los agrupados todos los días de 3 a 11 p.m. y los domingos después de misa.

La instalación la describe el informe de 1931-32 como "un salón de juegos y recreo, que contenía exclusivamente una mesa de pin-pon, dos mesas de dominó y cuatro butacas". A más de esto había un cuarto destinado a secretaría, y otro, al final de un largo pasillo, donde recibía el P. Rey.

En aquella época toda la Agrupación ocupaba los domingos solo un banco de la Iglesia de Reina, y la cuota mensual era de veinte centavos. Sin embargo, a pesar de su pequeñez, de su pobreza, y lo desfavorable del ambiente en que nacía son tan extraordinarios los progresos que hizo en pocos meses, que el informe citado, probablemente escrito por el propio P. Rey, no puede menos que comentar: "No dudamos en absoluto que hemos tenido en esta labor una Providencia y particular asistencia de Dios, pues los mismos agrupados se admiran como en circunstancias tan difíciles se han podido conseguir frutos tan exuberantes".

El P. Rey conocía el secreto de aquel éxito, por eso su confianza inquebrantable en la ayuda que Dios daría a una obra que se hacía en obediencia de su divina voluntad no le permitió desanimarse un solo instante, ni vacilar en la seguridad que aquel grano de mostaza llegaría a ser un árbol frondoso; por eso también actuó siempre como si ya tuviese a su disposición todos los medios necesarios, de aquí que al someter al P. Carvajal su fundación le preguntara: "si puede adquirirse o comprarse una casa al lado de la universidad para los estudiantes, que tuviese a) Capilla con el Santísimo para cultivar su piedad; b) un despacho para el director donde pueda recibir a los estudiantes y trabajar durante el día; c) salas de estudio para que prepare sus clases; d) una cantina escolar donde se puedan servir almuerzos inclusive; e) sala de juegos y gimnasio donde puedan descansar".

Dos años y nueve meses, tiempo sorprendentemente corto, habían de pasar antes de que pudiera realizarse en parte este ideal, pero ya en ese documento escrito cuando todavía la Agrupación no tiene un mes de vida, en una época en que al confrontar la realidad parecía locura, no solo el confiarlo al papel, sino aun el imaginar el proyecto —encontramos delineada la casa actual de la Agrupación Católica Universitaria que viene a ser por eso el monumento más elocuente que pudiera levantarse a la confianza en la Divina Providencia.

Esta comenzó a mostrar sus efectos en esos primeros días cuando, junto con la aprobación impartida a la fundación por el Arzobispo de La Habana, Monseñor Manuel Ruiz, vino también la protección decidida y entusiasta del Prelado, quien desde entonces puso todos sus poderes episcopales a disposición de la Agrupación, y ya intercediendo ante la Santa Sede para lograr una serie de privilegios que facilitaron grandemente la formación espiritual de los agrupados, ya contribuyendo económicamente a sostenerla cuando no podía hacer otra cosa, la animó y estimuló constantemente, siendo siempre para ella, además de padre pastor, un amigo afectuoso e invariable.

Al considerar lo incipiente de la obra asombra ver los testimonios de reconocimiento que comienza a recibir la Agrupación desde las fechas más tempranas. Después del Monseñor Ruiz, el primero en llegar es un acuerdo del 15 de abril de 1931 nombrando al P. Rey Consejero de la Federación de la Juventud Católica Cubana, fundada tres años antes, "testimoniándole una vez más la simpatía y afecto que le profesan todos los federados". Y es que la recia personalidad del fundador, su inteligencia, calidad, vastísima cultura, la fuerza de su carácter y su profunda comprensión para los más intrincados problemas del alma, le daban tanta autoridad moral, y ejercían tan poderoso ascendiente sobre los que lo trataban que pocos podían escapar a su influencia.

En los primeros meses, en que realmente la Agrupación es solo el P. Rey, sus excepcionales cualidades sirven para dar a su obra consistencia y vitalidad a los ojos de los demás, e inspirar en ellos, que reconocen en la idea de la nueva institución la ansiada solución a los problemas cubanos, la fe inconmovible que él tiene en sus destinos.

Eso explica que cuando todavía los agrupados podían contarse con los dedos de las manos, y no son más que pobres elementos que van a ser formados y organizados, la Agrupación aparezca al exterior firme y segura de sí misma, y a ella acudan presurosos muchos que

anhelaban encontrar un puerto de salvación donde escapar de la confusión que los rodeaba.

De éstos fue Juan Suárez, uno de los más fieles y útiles colaboradores con que contó el P. Rey.

Después de unos Ejercicios Espirituales para caballeros dados por éste en la Iglesia de Reina en el mes de mayo, Juan Suárez se determinó a ir a hablarle, decidiéndose en esa entrevista a ingresar en la nueva organización.

Verdadero pilar de la Agrupación fue de aquellos primeros agrupados que, como Chisholm, Ataulfo Fernández, Lasaga, Lázaro, y Luis Delgado, ayudaron al moldearla, robustecerla, pulirla y afianzarla, imprimiéndole cada uno de ellos algo de su propia personalidad.

Cuando la ordenación sacerdotal de Juan Suárez en 1944, José Ignacio Lasaga lo describe recordando "aquella abnegada renuncia de sí mismo con que Juan se entregó al servicio de la naciente obra, como en una consagración ignaciana: con todo su haber y poseer, con toda su voluntad y entendimiento, con todas las energías de su cuerpo y todas las potencias de su alma".

"Donde quiera que había un enfermo que visitar, un equivocado a quien convencer, un desorientado a quién dirigir, un alma atribulada a quien consolar, un pecador a quien convertir, un tibio a quien enfervorizar, allí estaba Juan al lado suyo, con su palabra cordial y con sus brazos generosos, como queriendo convertirse en un remediador universal de todos los problemas humanos".

"A la hora del trabajo, antes de que asome en los labios de los peticionarios la demanda de ayuda, ya ha salido de la boca de Juan la palabra de ofrecimiento; y, lo que es más todavía, sin que nunca se supiera cómo, cuando llegaba la ocasión de distribuir las labores a realizar para cualquier acto, siempre venían a tocarle las más humildes y las más duras, y Juan nos recibía con la sonrisa maliciosa de quien sabe que ha hecho trampa en la ruleta de la vida, una de

esas trampas en contra propia que en el lenguaje de los ascetas se llama sacrificio”.

Todo el trabajo material de la Agrupación y buena parte del espiritual pesaba sobre sus espaldas, pero él se multiplicaba infatigable para atender los innumerables deberes que había asumido e igual preparaba el desayuno, que instruía los aspirantes, vigilaba a la limpieza, que recorría todos los barrios de La Habana a casa de candidatos para nutrir las numerosas tandas de Ejercicios Espirituales que organizaba. A su eficaz ayuda en estos campos, como a la de Ataulfo Fernández, Lázaro y Lasaga en el intelectual, se debe que el P. Rey pudiera tener la libertad de acción necesaria para poder entregarse por completo a formar y dirigir a los agrupados.

Terminada las dos primeras tandas de Ejercicios, la poderosa voluntad del P. Rey puso en marcha la actividad de la Agrupación. En el acto comenzaron las escuelas obreras; el 1ro. de mayo se inauguran los Retiros Mensuales en la capilla privada de la Anunciata: el 1ro. de junio aparece el primer número de “*Esto Vir*”, llevando en la portada un nuevo amanecer lleno de esperanzas; enseguida se forma un conjunto dramático que el 12 de julio representa en el salón de actos del Colegio de Belén “Lances de Honor” de Tamayo y Baus, repitiéndolo el 1ro. de agosto en el Colegio de las Salesianas en honor de Monseñor Arteaga.

En el mismo mes de julio, el día 15, queriendo el P. Rey fomentar un verdadero sentido de hermandad y una firme unidad entre los agrupados, los convocó para la primera asamblea oficial de la Agrupación, reuniéndonos en un banquete celebrado en el salón de recreo de la Anunciata donde expresó de manera brillante y explícita “los fieles que han de alentar a nuestra asociación, para que en un futuro no muy lejano llene en todo la aspiración que la ha hecho nacer”. Insistiendo en la homilía del último domingo de ese mes en la verdadera amistad como la base sobre la que se a de asentar el engrandecimiento de la Agrupación.

Ya antes de la primera asamblea existía un embrión de directiva formado por los Jefes de las Secciones de Escuelas, Revistas, y Fiestas y Cultos, que más tarde, el 14 de octubre se transformó en Consejo Directivo al agregárseles un Secretario General, cargo para el que fue designado Juan Suárez, un Tesorero, un Prefecto de Cultos, un Jefe de Visitas a Hospitales, y un Delegado al Salón de Juegos. En esta forma transitoria duró poco el Consejo, pues ya en su primera reunión celebrada el 14 de noviembre, en la que se crearon los avisos, se acordó "ir pensando en la designación del primer Presidente y Vice-presidente". En ella puso de relieve el P. Rey la importancia que tenía para la Agrupación tales nombramientos, por cuánto significaban que la obra iba a entrar en un período de mayor desenvolvimiento y responsabilidad, y habló de las cualidades que deben tener las personas elegibles para esos cargos: congregantes modelos por su espíritu y cumplimiento; con verdadero amor a la Agrupación mostrado en obras; con un juicio recto, sentido común y prudencia, "todo según nuestro espíritu"; con suficiente humildad para atender las observaciones del Consejo y el Director; con ascendiente entre los miembros de la Agrupación de modo que puedan tener autoridad; y con personalidad fuera de la Agrupación. Advirtiéndoles al mismo tiempo que el congregante más bueno, más santo y cumplidor puede ser inútil como Presidente, así como también lo sería uno que tuviese mucha personalidad, pero fuese mal congregante.

Teniendo en cuenta estas normas, el 30 de noviembre se fijó en la tablilla el siguiente aviso acordado por el Consejo:

"Siendo ya conveniente para la A.C.U. la elección de Presidente y Vice-Presidente, consultado el parecer de los agrupados que forman el Consejo Directivo, proponen como candidato a la Presidencia al Sr. Ricardo Chisholm Fernández, y para la Vice-Presidencia al Señor Rafael Buigas Sanz".

"Si alguno de los agrupados fuere de distinto parecer y creyera que a dichos cargos puede ser elevados otros con ventajas para la A.C.U.

se le ruega lo exponga con toda libertad al P. Director, para conocimiento y resolución del actual Consejo Directivo”.

“La toma de posesión será el 8 de diciembre próximo, y cesarán en dichos cargos, junto con los demás miembros del Consejo, en igual fecha de 1932”.

Es, pues, esta elección para el presente curso de 1931-1932”.

“Los Directivos se elegirán conforme al reglamento de las Congregaciones Marianas”.

En la fecha señalada, después de escuchar la lectura hecha por el P. Rey, de los deberes propios de los Consejeros, se consagró a los nuevos Directivos ante la imagen de la Inmaculada Concepción. Fueron éstos además de Chisholm y Buigas; Secretario General, Juan Suárez; Tesorero, Julio Andino; Jefe de Catecismos, Enrique Oslé; de Cultos, Ángelberto Coro; de Escuela Obreras, José M. Mariñas; de “*Esto Vir*” José Ignacio Lasaga; de Fiestas, Enrique Rodríguez; y de Hospitales, Esteban Beltrán Cuesta.

En noviembre se había encargado a la casa Heinrich Kissing, en Alemania, las primeras medallas de la Agrupación con la imagen de la Purísima Concepción en el averso, igual a la que se usa hoy en día, pero con el reverso en blanco.

En fin, además de las actividades que acabamos de ver, completan la lista de las de ese año, otras de las que ya antes se ha hablado detenidamente: el cursillo sobre comunismo, las clases de alemán, y de taquigrafía y correspondencia comercial, la Academia de Declamación, y las visitas al Rincón, así como el que, invitada por el Arzobispo Ruiz, designara la Agrupación sus dos primeros representantes a un Congreso Internacional.

Al cabo de diez meses la idea del P. Rey era una realidad con tal vitalidad y con propósitos tan definidos que al que en ese momento

se pusiera por primera vez en contacto con la Agrupación le daba la sensación de una obra con muchos años de experiencia.

Es realmente pasmoso este período inicial en el que, a pesar de los tantos obstáculos y dificultades con que tropezó en sus comienzos, encontramos, al menos en germen, todas las actividades que se han de desarrollar más adelante, y ya perfectamente delineamos los ideales, la manera peculiar de ser, y la orientación que habrá de seguir la Agrupación.

Antes de cumplir su primer año de vida había logrado ya fraguar en una pieza sólida, con las mismas características que tiene hoy, y con algo de esa indestructible estabilidad con que el Señor prometió a su Iglesia.

1932 empieza con la primera consagración de agrupados pasando a congregantes el día 3 de enero en la Iglesia de Reina, 19 de los aspirantes que se habían agregado al núcleo primitivo. Aunque a causa de la acogida que se dio a la Agrupación no debía asombrarnos, no deja reproducir cierta sorpresa la importancia que al reseñar el acto da el "Diario de la Marina" a una modesta asociación casi desconocida; que sin embargo no debió haberlo sido tanto juzgar por las cartas anónimas recibidas por el P. Rey y Chisholm amenazándolos de muerte si no abandonaban la obra emprendida. Esto último viene a demostrar que no solo en el campo católico se percataron de la importancia que tenía la Agrupación, sino que también en el contrario se dieron cuenta de ella, y vieron con temor el auge que pudiera tomar en el futuro.

En ese año 1932 de duras pruebas para una organización que humanamente considerado tenía que ser débil e inconsistente, pero al que la Divina Providencia, mostrando con claridad que tiene para él grandes designios, dio vigor y madurez suficiente para superarlas y salir de ellas incólume y con la conciencia adquirida de la propia fuerza.

La primera fue el viaje que hizo el P. Rey con objeto de dar Ejercicios Espirituales en Santiago de Cuba, en Puerto Rico y en Santo Domingo, partiendo el 7 de junio para no regresar hasta el 21 de agosto, lapso de tiempo enorme si se considera lo que él representaba para la Agrupación en esos momentos en que ésta tenía pocos meses de fundada.

Sin embargo la seriedad de los propósitos de los agrupados, quienes a pesar del corto tiempo pasado junto al P. Rey estaban ya influido por su personalidad plenamente compenetrados con sus ideales, hizo que las cosas marcharan como si el Director hubiese estado presente, de modo que a su vuelta pudo exponer, según consta en las actas del Consejo Directivo, "la gran satisfacción que había sentido al saber el interés especial que todos los miembros del Consejo pusieron en sostener y engrandecer la Agrupación, y la prudencia y actividad desplegada desde la presidencia por Ricardo Chisholm duró su ausencia".

De este viaje surgió una de las empresas más curiosas en que ha estado empeñada la Agrupación, y que, a pesar de sus esfuerzos, fracasó por completo debido a la falta de interés de los organismos que se invitó a participar en ella, y tal vez también al desnivel espiritual que existía entre una y otros, o quizás porque la Voluntad de Dios era que la Agrupación se concentrase en formar a sus miembros cabalmente, sin pensar en aventuras de más amplio radio mientras no haya cumplido sus fines en Cuba.

Es posible que influyera en el proyecto la presencia de Lázaro, ex-catedrático de la Universidad de Puerto Rico, y la de Capistrán Arza, Jefe del movimiento católico mexicano, ambos en La Habana por razones políticas, quienes indudablemente dieron a la Agrupación en sus inicios gran interés por los asuntos de fuera de Cuba, y contribuyeron a crear en ella una cierta mentalidad internacional; o tal vez fuera una idea original del P. Rey la de crear una organización que se designó como "Alianza Católica Universitaria de las Antillas", y

otras con el nombre, que recientemente hubiera despertado suspicacias generales, de "Federación del Caribe".

"Tenía por objeto esta alianza la unión de los estudiantes católicos de las Antillas para estrechar lazos espirituales e intelectuales.

El P. Rey habla de ella por primera vez en una carta que dirige a la Agrupación desde Puerto Rico el 1ro. de julio: "Estoy planeando con estos estudiantes una Alianza Católica Universitaria de las Antillas: la alianza quedará establecida entre la Agrupación, el Centro Católico Universitario de aquí, y lo que encuentre católico en Santo Domingo. Los días 7 y 8 son los de mi asamblea con los universitarios". Pero la asamblea se suspendió, primero por la ausencia de varios de los principales que querían asistir, y después por razones nimias que el P. Rey no podía comprender, posponiéndose de día en día, hasta que éste tuvo que dejar el país sin lograr acercarse al famoso Centro Católico.

Peor suerte tuvo en Santo Domingo donde no pudo ver aún a los estudiantes aislados que entrevistó en Puerto Rico, y que aquí parecía que su presencia volatilizaba.

Todo el año '33 se pasó en un constante y afanoso escribir cartas a Puerto Rico y Santo Domingo donde inclusive se interesó al Arzobispo, quien contestó. Además se invitó también a la Asociación Finlay de Camagüey, algunos de cuyos miembros habían hecho Ejercicios con los agrupados, y con quien se mantenía relaciones muy cordiales; pero lo más que se logró, después de muchos pretextos y dilataciones, fue un semi-consentimiento de Puerto Rico, subordinado a la aceptación de Santo Domingo, que invariablemente mantuvo el más discreto silencio; y la adhesión casi arrancada a la fuerza, de la asociación Finlay, también condicionada a la respuesta afirmativa de Puerto Rico.

Por fin en noviembre de ese año el P. Rey comprendió que era completamente inútil insistir y no se volvió hablar más de la

“alianza”, pero no se renunció por eso a otras actividades de tipo internacional iniciadas meses antes de comenzar la aventura antillana.

De la Convención de Estudiantes Católicos, celebrada en México el año anterior, y en la que estuvo representada la Agrupación por los estudiantes de ingeniería Eusebio Azcue y Juan Magraner, nació el Secretariado Ibero-Americano de México que designó Vocal Consejero de Cuba al agrupado Armando Reyes, cuyo nombramiento fue aprobado por el consejo el 3 de mayo de 1933 con un acuerdo que revela la clara conciencia que ya entonces tenía la Agrupación de su propia personalidad y responsabilidad: “Que siendo la Agrupación, actualmente el único conjunto organizado de Estudiantes católicos universitarios (de Cuba), corresponde a ella facilitar la representación de los mismos, lo cual dejará de tener lugar, el día que se organice la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (de Cuba)”.

En mayo y noviembre de 1933 visitaron la Agrupación estudiantes mexicanos miembros del Secretariado, delegados de su país los últimos al primer Consejo Iberoamericano de Estudiantes Católicos que se celebró en Roma en el mes de diciembre, y a los que se dio también la representación de la Agrupación Católica Universitaria, y quienes, a nombre de ella, durante el Congreso hicieron gestiones cerca de las delegaciones de Puerto Rico y Santo Domingo en favor de la proyectada “Alianza”, pero con idénticos resultados que los que se habían hecho directamente desde la Habana.

También en el año '33 el Secretariado General de Estudiantes Católicos de Uruguay, ocupado en organizar todas las asociaciones estudiantiles católicas de ese país para insertarlas en el marco de la Acción Católica que proyectaron sus Obispos, pidió a la Agrupación, que ya comenzaba a ser casi más conocida en el extranjero que en Cuba, datos que pudieran orientarla en esa tarea.

Mientras tanto el Secretariado Iberoamericano de Estudiantes Católicos se convirtió en Confederación (C.I.D.E.C.) que celebró congresos en 1938, 1940 y 1950, no pudiendo asistir la Agrupación a los dos primeros por razones económicas, y sí al último, celebrado en Roma, donde la representó Valentín Arenas, Jr.

También en 1940 la Agrupación estableció relaciones con la Juventud Masculina del Perú a solicitud del Presidente Nacional de ésta.

Más reacia se mostró en adherirse a un movimiento internacional tan importante como "Pax Romana". Desde febrero de 1935 en que el Consejo trató el asunto por primera vez, comenzaron larguísimas negociaciones que no culminaron hasta 1941, que gracias a la visita a La Habana de Rudy Salat, Secretario Internacional de la organización, la Agrupación decidió su incorporación.

En 1946 es el propio P. Rey el que asiste al Congreso de "Pax Romana" que se celebra en España, y en 1947, como de costumbre cuando la Agrupación no puede asistir, México llevó su representación en la Asamblea Interfederal que se efectuó en Roma.

Desde entonces la Agrupación ha participado directamente en todas las reuniones de este organismo: en El Salvador en 1954, a la que asistieron el P. Barbeito, Manuel Artime y Celso Miguel González Falla; a la segunda reunión para México, Centroamérica y el Caribe en 1955, donde llevó su representación Julián Gómez, que fue elegido Secretario; y por último al Congreso de Nottingham en el que René de la Huerta presentó los resultados de la encuesta hecha en la Universidad de La Habana sobre las opiniones religiosas de los estudiantes.

A más de esto, la Agrupación, siguiendo una tradición que en ella es tan antigua como su propia existencia, pues como se ha visto data de 1931, se ha hecho representar en Congresos y Conferencias de diversa índole. En 1945 Marino Pérez Durán, entonces Presidente de

la Agrupación, y Secretario de la Confederación de Colegios Católicos de Cuba, asistió al Segundo Congreso Interamericano de Educación Católica; el año siguiente Claudio Escarpenter lleva su delegación al Congreso Internacional Mariano que se celebra en Barcelona; en 1949 José Ignacio Lasaga y Marino Pérez Durán asisten a la Segunda Semana Internacional de Acción Católica; el P. Llorente y Lasaga concurren en 1954 al Primer Congreso de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas, donde Lasaga es elegido Presidente Mundial de la Federación; y en 1955 Lasaga va al Congreso Eucarístico del Brasil, y Jorge Rodríguez Bezos, Ramón Domínguez y Julián Gómez asisten al Congreso de Congregaciones Marianas Mexicanas, visitando después El Salvador y Guatemala donde pronuncian conferencias sobre la Agrupación.

Y para terminar el capítulo de las relaciones de la Agrupación con el extranjero es preciso recoger las pequeñas agrupaciones fundadas por agrupados en el "Massachusetts Institute of Technology" y en Nueva Orleans en 1938, habiendo ambas desaparecido antes de 1940, y también la creada en Williams College en 1945 con el nombre de "*Esto Vir*".

Volviendo a lo ocurrido en 1932, en el mes de septiembre dos acontecimientos conmovieron a la Agrupación causando una de las peores crisis de su historia. El día 15 embarcaron con destino a Bélgica para ingresar en el noviciado de la Compañía de Jesús, Chisholm, Oslé y Beltrán.

Las tres primeras vocaciones sacerdotales de la Agrupación causaron una impresión difícil de comprender hoy en día, más por lo inusitado del caso en el ambiente de la época, que porque entonces pudiera sospecharse la enorme trascendencia que aquél primer paso tendría en el futuro espiritual de Cuba.

En un principio se pensó iniciar con ellos un noviciado de la Compañía en nuestro país, pero luego se vio en aquel momento no era posible traer el número suficiente de profesores para instruirlos,

y antes de que su formación quedases deficiente se prefirió mandarlos a Europa; pero en todo caso arranca de estas vocaciones de agrupados, y de las otras que la Agrupación ha ido produciendo en el transcurso del tiempo, la idea, hecha una realidad, del noviciado de San Estanislao en el Calvario, dirigido en la actualidad por un agrupado: el P. Fernando Azcárate.

Hasta hoy la Agrupación ha producido treinta y una vocaciones religiosas, de las cuales veintisiete han ingresado en la Compañía de Jesús, y cuatro en el clero secular. En relación con otros países esta cifra puede parecer insignificante, sin embargo, hay que recordar que hace veinticinco años no solo apenas había clero cubano, sino que se consideraba utópico el que un día hubiese. Pero afortunadamente, gracias al impulso inicial de aquellos tres primeros, al ambiente favorable que sin duda alguna ha contribuido a crear la Agrupación, sobre todo por medio de los Ejercicios Espirituales, y al auge de las instituciones de Acción Católica, a más de las vocaciones de agrupados son muchas las que hoy llenan los Seminarios noviciados de la Isla.

La noticia del viaje, no por conocida de antemano dejó de causar preocupaciones, pues los tres eran miembros del Consejo, y Chisholm y Oslé dos de los principales apoyos con que contaba el P. Rey en aquellos momentos. El primero, desde la presidencia que abandonaba, y en la que le sustituía provisionalmente Juan Suárez, había contribuido en gran medida a imprimir a la Agrupación el tipo de espiritualidad particular que P. Rey quería que tuviese. Sin duda alguna que con su partida a éste se le doblaba el trabajo en ese sentido, pero sobre todo perdía un eficaz colaborador a quien era posible actuar en muchísimas circunstancias en que él se hubiese sentido impedido de hacerlo.

Sin embargo, este mal que el Director hubiera podido conjugar sin grandes esfuerzos, y con el que ya contaba, pareció hacerse irreparable ese mismo día al conocer los agrupados reunidos para

despedir a los viajeros que P. Rey había sido trasladado a Camagüey designado Superior de la Residencia de esa Ciudad.

Por segunda vez en el año se privada de él a la Agrupación que en aquella época no hubiera podido resistir su ausencia definitiva.

Dice una de las cartas que en esos días escribió Juan Suárez que "una oleada de decepción" invadió a los agrupados.

En el acto surgió la idea de mandar un cable al P. Carvajal, entonces Provincial, residente en Hendaya, pero un padre de la Compañía aconsejó que no era prudente hacerlo en esos momentos, y en su lugar Juan Suárez escribió al Viceprovincial, P. Camilo García, exponiéndole el daño que causaría a la Agrupación el traslado del P. Rey, sobre todo cuando partían tres del Consejo Directivo, y solo veinte días después de haber regresado de un viajes de tres meses; lo que eso representaba para la formación de los nuevos agrupados, para la dirección de sus hijos espirituales, para los Ejercicios, y para la buena marcha de todas las actividades; haciendo notar que "desde los principios de la fundación de la Agrupación, hemos vivido en la plena confianza de que el P. Rey de Castro, por habernos modificado así el mismo para estímulo del esfuerzo nuestro, no sería propuesto para ningún otro ministerio por deseo expreso del entonces Vice-Provincial, R. P. Carvajal, mientras unos universitarios necesitásemos constantemente de su dirección activa para la mejor formación de nuestra juventud católica universitaria".

El mismo día 15 contestó el P. García diciendo que la "exposición de ustedes tendrá su efecto reduciendo el tiempo (de la ausencia del P. Rey) a un mínimo", y designaba al P. Rivas para atender a los agrupados.

No contento Juan Suárez con la gestión realizada, el día siguiente envió a Monseñor Enrique Pérez Serante, Obispo de Camagüey, en esos días en La Habana, copia de la carta mandada al P. García acompañada por otra en la que invocando "el alto espíritu que anima

a usted por la causa católica en nuestra patria”, le rogaba que hiciera cuanto pudiera para “tener resultados favorables que tanto bien produciría a nuestra juventud universitaria, tan necesitada de una constante dirección”. E impaciente al ver pasar los días sin que se vislumbrara la fecha del regreso del P. Rey, se decidió el 20 a escribir al P. Provincial enviándole otra copia de la carta al P. García, y diciéndole que: “estas dos ausencias tan seguidas podrían perjudicar seriamente la labor hecha con tanto sacrificio”, pues, “interrumpen el cultivo de los menos formados que requieren una dirección espiritual activa, para despertar en ellos el espíritu de sacrificio que necesitan nuestras actividades”, y añadía: “Hemos decidido hacerle a usted esta respetuosa carta, al recordar la promesa suya de que el P. Rey de Castro, S.J., no sería dedicado a otros menesteres, mientras la formación de nuestra juventud universitaria necesite de sus desvelos”.

Pero antes de que la carta llegase a su destino ya Chisholm había puesto en Hendaya al P. Carvajal, que consciente de la importancia que tenía aquel pequeño grupo en formación, envió un cable al P. García que el P. Rey debería regresar a la Agrupación, y que si no quería usarlo aquí, que se lo devolvieran, pues él lo necesitaba en Europa para fundar una obra semejante a la que el Padre había dirigido en La Habana hasta hacía pocos días. Y al recibir la carta de Juan Suárez le contestó expresándole que “los datos que la compasión me comunica son ya de presente consoladores y de muchas esperanzas para el porvenir; por lo cual merece la pena que se le atienda con preferencias a nuestras otras obras”, prometiendo escribir al Viceprovincial para que la ausencia del P. Rey “se reduzca efectivamente a un mínimo”. Cosa que no fue necesaria, pues el cable había surtido efecto, y cuando se recibió en La Habana esta carta del P. Provincial, ya el P. Rey estaba de nuevo en la Agrupación donde regresó el día 26 de septiembre.

Como Juan Antonio Rubio Padilla cuando el primer traslado del P. Rey, ahora Juan Suárez había conseguido, gracias a su actividad y constancia, salvar a la Agrupación, cuya vida se debe en gran parte

a los esfuerzos de ellos dos y a la fe del P. Enrique Carvajal en los altos destinos para los que la reserva la Divina Providencia.

Todavía a mediados de octubre hizo el P. Rey otro viaje a Camagüey para dar una tanda de ejercicios espirituales, siendo el último acontecimiento del año la toma de posesión el 10 de diciembre, de Luis Delgado, elegido Presidente para el curso 1932-1933.

Característica de estos tiempos era la alegre camaradería que imperaba en la Agrupación, donde el promedio de edad de los agrupados no pasaba en muchos meses de los veinte años. Desde Puerto Rico el P. Rey había escrito felicitándose por "la animación diaria", que además de surgir espontánea de los años mozos, era cuidadosamente cultivada, sirviendo para ellos de pretexto cualquier acontecimiento, ya fuese consagración de congregantes, conmemoración de fechas, o santo de algún agrupado, para reunirlos a todos alrededor de una mesa con cakes y helados, y facilitar con la informalidad del acto el estrechar los lazos de amistad y fomentar la confianza familiar.

Con ese mismo fin se ofrecerían almuerzos a las distintas secciones, excursiones a la finca "Baraguá" de los Lasaga, y campeonatos de ajedrez y de pin-pon, echando con ello las bases de esa unión y fraternidad que hasta hoy es uno de los rasgos más acusados de la Agrupación.

Lo más curioso en esta fusión de voluntades, era que en ella se mezclaron, en proporción notable para el número total de agrupados de la época, al núcleo central procedente de Belén, buen número de antiguos alumnos de su rival el Colegio de la Salle, que hasta entonces jamás habían podido actuar de acuerdo. Muchos de estos llegaron a la Agrupación a través de los Ejercicios Espirituales donde fueron enviados por los propios Hermanos, y otros atraídos por sus condiscípulos y amigos. Así encontramos desde los primeros tiempos a Oslé, Julio Andino, Calixto García, Miguel Pichardo, Luis Delgado, etc., habiendo dado hasta ahora la Salle a la Agrupación cinco de sus

11 presidentes, siendo los restantes cuatro, de Belén, uno de los Escolapios y uno de los Maristas.

El deseo de los colegios católicos de cooperar con la Agrupación fue general en esa época, en que los directores de los planteles disponían cada año que el último curso de Bachillerato la visitará un domingo para que los futuros universitarios la conocieran y se animaran a ingresar en ella. Comenzaron estas visitas el 12 de febrero de 1933 con los alumnos de cuarto año del Colegio Champanat, en los Hermanos Maristas; siguiendo en mayo 14 los de la Salle; y el 21 los del Colegio de Belén; esta costumbre, que desgraciadamente se perdió debido al nacimiento de nuevas organizaciones, sería por todos conceptos deseable que se restableciese, sin que por ello se perjudicaran aquellas, pues el gran número de alumnos que se gradúan anualmente en cada colegio, y la vocación especial que se necesita para desear pertenecer a la Agrupación, garantizan plenamente las afiliaciones que a cada cual conviene.

En el mes de mayo de ese año de 1933, el día 6, se celebró en la Capilla del Colegio de Belén el primer matrimonio de agrupado, el de Dania Padilla con Juan Antonio Rubio Padilla quien preso desde el 19 de marzo de 1931, había sido puesto en libertad la noche anterior y salió esa misma tarde para el exilio.

La situación política se había ido haciendo cada vez más grave hasta culminar en la huelga general que precedió la caída de Machado el 12 de agosto. Durante todo el mes de huelga general que precedió a aquella, disminuyó muchísimo la asistencia a las actividades de la Agrupación, no obstante, ninguna se interrumpió, concurriendo siempre los que vivían cerca y podrían venir a pie. Solo el Consejo Directivo, que para funcionar necesita la presencia de un cierto número de Consejeros, no celebró sesiones del 9 de julio al 8 de septiembre.

La agitación que embarcaba los ánimos llegó hasta la Agrupación y un viento bélico sopló sobre sus miembros. Por primera y única vez en su historia las armas aparecieron dentro de su recinto, Y ante la amenaza, que afortunadamente no llegó a realizarse, de asaltos a iglesias y conventos, se organizaron grupos de defensa que bajo la dirección de José M. Rouco, durante muchos días y noches hicieron guardias en esos edificios.

No obstante esto el ritmo de la vida de la Agrupación no se alteró en lo más mínimo, ni las incidencias del momento, a las que no podía sustraerse, afectaron su vida espiritual. Prueba de ello es la sesión del Consejo efectuada el 22 de octubre, en plena tormenta revolucionaria, en que con la serenidad que hubiera podido tenerse en la época de mayor calma, se acordó adoptar por patrona a la Inmaculada Concepción, y solicitar de Roma, en vista del desarrollo de la Institución que ya contaba con ochenta agrupados, su separación de la Congregación de la Anunciata.

El decreto implorado, erigiéndola en Congregación Universitaria de la Inmaculada y San Pedro Canisio, y su agregación a la Prima Primaria, se firmó el 19 de julio de 1934, y fue leída solemnemente en la capilla, que ya entonces tenía la Agrupación, el 8 de diciembre de ese año. Los consagrados en esa fecha son los últimos que se consideran como fundadores de la Agrupación.

La solicitud de la erección, hecha a raíz de la caída de Machado, cuando ya se podía pensar que estaban a punto de reanudarse las actividades universitarias interrumpidas desde el 30 de septiembre de 1930, tiene una íntima relación con la gestiones que se hacían al mismo tiempo para encontrar un alojamiento cerca de la Universidad e indican la intención del P. Rey, al querer separar espiritual y físicamente su fundación de la Anunciata, de encaminar a la Agrupación por la senda normal deberías seguir en el futuro.

Es curioso observar la firmeza de propósitos del P. Rey, quien va derecho hacia la meta que persigue sin que la fuerza de los

acontecimientos pueda desviarlo un ápice de la dirección adoptada de antemano, y la certera visión con que actúa en el momento preciso sin arredrarse ante la violencia de las pasiones desencadenadas en derredor suyo.

No fue difícil encontrar el local adecuado junto a la Universidad, en Masón y San Miguel, en la esquina diagonal a la sede actual de la Agrupación.

La casa, que todavía se conserva en excelentes condiciones, había sido construida por el Conde de Lersundi, y parecía hecha a medida de las necesidades entonces tenía la Agrupación.

En un primer piso elevado, que bajo él dejaba amplio espacio para garaje, depósitos y cuartos de criados, había dos salones, uno al frente y otro al fondo, prolongado el primero por un aposento donde se instaló la capilla, que abriendo sus puertas permitía, con la pieza adjunta, la cómoda asistencia a misa de todos los agrupados. Comunicaba los salones, en el centro de la casa, un ancho corredor de dos puntuales rodeado a la altura del segundo piso de un balcón sostenidos por columnas con habitaciones a los lados que en los bajos se destinaron a despacho del P. Rey, Secretaría, aulas para los Círculos, etc., y arriba a residencia del director y de estudiantes del interior. A más de esto, la señorial escalera con su hermosa balaustrada de mármol, a la que la leyenda atribuye haber costado una suma fabulosa, desembocaba en una gran sala emplazaba a lo largo de toda la fachada de la calle Mazón, que servía a la vez de comedor y salón de actos.

Hasta ese momento, pese el agobio económico, se había podido subsistir gracias a la hospitalidad ofrecida por la Anunciata, pero al instalarse aparte la Agrupación tuvo que confrontar el problema del mantenimiento de la nueva casa.

No se asustó el P. Rey ante ese inconveniente, como no lo hizo nunca ante los obstáculos que se interpusieron en el camino de las

cosas que entendió que era necesario hacer, y para intentar una solución le pidió al Arzobispo que le confiara una Capellanía cuyo producto íntegro destinaba al mantenimiento de su obra.

Pero Monseñor Ruiz, siempre generoso y preocupado por la buena marcha de la Agrupación, contestó asignándole la cantidad de \$50 mensuales, sin otra obligación que rendirle un informe anual de sus actividades.

Con esa ayuda inapreciable, que nunca será agradecida bastante, pudo alquilarse la primera casa que tuvo la Agrupación, y a ella se mudó el 1ro. de diciembre de 1933, disponiendo entonces sólo de los muebles que le prestó la Asociación de Antiguos Alumnos de Belén procedentes de su antiguo local social en Almendares.

Terminada la sucinta instalación, el P. Rey bendijo el 16 la capilla, el salón de estudios y la biblioteca, celebrando la primera misa el día siguiente domingo 17.

El sueño acariciado durante tantos años comenzaba a tomar formas tangibles y lo hacía precisamente en los momentos en que menos podía esperarse como si el Señor se hubiese complacido en hacer patente que aquello se debía exclusivamente a su voluntad, y quisiera enseñar a la Agrupación a confiar ciegamente en su Divina Providencia, prometiéndole con los resultados que palpaba, el más brillante futuro si permanecía fiel al fin para el que había sido fundada.

Con la nueva casa comienza un período imborrable en la memoria de cuantos la conocieron. Si la Anunciata es la niñez de la Agrupación, Mazón y San Miguel es su primera juventud, alegre, vigorosa, activa, pletórica de ambiciones y generosidad, capaz de acariciar las ilusiones más gloriosas, y de sacrificar por amor a Cristo la diversión al estudio árido, o a la caridad difícil; como también de darse a la broma y a la risa a carcajadas, tan frecuente en aquella época que hasta el P. Rey sufrió su contagio, teniendo en cierta ocasión que

interrumpir una ceremonia en la capilla por no poder contener la hilaridad que le sacudía. La misma capilla, porque de esos contrastes estaba hecha el alma de la Agrupación, donde algunos de aquellos agrupados meditaron una hora entera el Jueves Santo 111 de 1936, enviando después al P. Rey que ese día daba Ejercicios en Belén, y que los había desafiado diciéndoles que si ellos fuesen capaces de hacerlo se repetiría el fenómeno del Castillo de Loyola, un telegrama que decía: "16 meditan hora capilla Agrupación - Paredes rajadas".

Era una extraña mezcla de profunda espiritualidad, buen humor, seriedad, y capacidad sin límites para soñar sin perder por ello el sentido de la realidad, llevada con un tono a la vez heroico y despreocupado, disciplinado y retozón. Período único de semibohemia estudiantil en el que la clausura de la Universidad propició la creación de una íntima camaradería entre todos los agrupados, quien a falta de otra cosa que hacer pasaban el día entero en la Agrupación.

Admira considerar la intervención de la Divina Providencia en las cosas de ésta, y ver como tomando la calamidad que representaba un estudiantado ocioso la transformó en medio para unir estrechamente entre sí a los agrupados y permitirles absorber de tal modo el espíritu de la institución que llegara a constituir en ellos una segunda naturaleza; así como el que hiciese que en esas circunstancias su número fuese relativamente corto para facilitarles el trato constante con el Director, y a éste la labor de someterlos a un intenso proceso de formación espiritual y cultural, que hizo de ellos, como dice Maza en un artículo publicado en "*Esto Vir*" en 1946, las "columnas de esta Agrupación de hoy", y que fue el origen de aquella edad de oro cultural que durará en pleno vigor hasta 1938.

Era aquella la época de "las santas mujeres", de esas generosas protectoras Herminia Huergo, y María Luisa del Pozo, a las que más tarde se unió Conchita Soto, siempre dispuestas a socorrer las necesidades de la Agrupación, ya fuese reparando los ornamentos,

arreglando el altar, o dando a manos llenas el dinero necesario para atender los 1000 gastos que se presentaban, y que sin ellas no se sabe cómo hubieran podido ser afrontados.

Y para que nada falte en aquel cuadro inolvidable, hay que recordar la figura pintoresca y sui-generis de Manuel, "portero, cocinero, mecánico, sacristán y todo lo que se ofreciera", más agrupado que el que más, que con su gato y su radio constituía un trio digno de figurar en una antología de cosas singulares.

Primera consecuencia de las comodidades que ofrecía la nueva casa fue el cambio de hora de la misa dominical, que desde el 7 de enero de 1934 se ha venido celebrando a las 8:30 A.M.

En ese mes, el día 14, tomó posesión de la presidencia José María Rouco, mientras en la vecina Universidad se efectuaba la ansiada apertura de curso. No faltaba más a las aspiraciones del P. Rey. El más sonrosado optimismo reinaba en la Agrupación que se dio a trabajar con empeño.

Ataúlfo Fernández Llano y José Lázaro tenían en ese momento la jefatura del movimiento intelectual que en los años anteriores había dirigido Luis Delgado. Ahora, a su concepto estático de la cultura se oponía el dinámico de los otros dos, expuesto con más fuerza y mucho más impregnado del dogma que el enciclopedismo de Delgado. No es de extrañar pues, que las nuevas doctrinas, más en consonancia con los agitados tiempos de revolución que se vivían fuera n preferidas por los jóvenes a la tranquila cultura de su antiguo "leader". El P. Rey, que al principio vio este cambio con simpatía, no dejaba sin embargo de observarlo atentamente y con una creciente aprensión, teniendo en 1935 que usar de toda su autoridad para frenar el impulso que provocara, pues las cosas llegaron a un punto en que, sobreexcitado el deseo de acción, algunos pretendieron lanzase a ella antes de haber adquirido la formación necesaria y en circunstancias en que hubiera sido desastroso para la Agrupación.

El 28 de octubre de 1934, día de Cristo Rey, señala la fecha más memorable de la historia de la Agrupación Católica Universitaria: la instalación permanente en su capilla del Santísimo Sacramento. Para solemnizar su entrada, comenzando en la misa de 8:30 del domingo para terminar en la de igual hora del día siguiente. Desde entonces el Santísimo no ha abandonado nunca a la Agrupación, constituyendo el centro de la Institución, la sangre de sus venas y la vida de su alma.

El mismo día 28 surgió la costumbre, mantenida a través del tiempo, de que cada ocupado rinda al Santísimo el homenaje de una visita siempre que entre o salga de la casa.

También de igual fecha arranca otra tradición agrupacional, y es la conmemoración de esa instalación, que se celebra todos los años con la típica fiesta de Cristo Rey en la que después que el Presidente consagra el Consejo directivo a Jesús Sacramentado, se hace la consagración de la Agrupación y de cada una de sus actividades. En los primeros años estas ceremonias comenzaban a las diez de la noche de la víspera para terminar a las ocho de la mañana siguiente, pero pronto se acortó su duración, acabando primero a la una de la madrugada, y en los últimos tiempos a las doce y media.

Otra vez cambió la directiva y el 9 de diciembre asumió la presidencia Carlos Martínez Arango cuya ponderación, serenidad y rectitud de criterios sirvieron de gran ayuda al P. Rey en aquellos difíciles tiempos y a la Agrupación en todo momento.

Las esperanzas fundadas en la relativa normalidad académica de 1934 se esfumaron el año siguiente en que solo hubo veinticinco días de clase en todo el curso. Consecuencia del cierre de la Universidad en marzo fue el éxodo de los agrupados hacia el interior, concentrándose la labor del Director sobre los estudiantes que residían en La Habana. Con todo en 1935 se consagraron 28 congregantes e ingresaron 29 aspirantes, ascendiendo el total de los agrupados a 125, de modo que tal parece que en los planes de Dios

estaba el emplear las dificultades y contratiempos para ir fortaleciendo a la Agrupación, en la que en ese año asombra ver la seriedad y el vigor de su actividad intelectual.

Se trabaja mañana, tarde y noche repasando y ampliando las materias de las distintas carreras, al extremo de que, según las palabras del informe de 1935-36, la Agrupación se había convertido en una "pequeña Universidad", siendo el estudio febril la característica de estos meses que pasaron rápidos y uniformes.

Por acuerdo del Consejo tomado el 30 de octubre se dispuso prorrogar el periodo presidencial a dos años a partir del nuevo presidente, que fue José Ignacio Lasaga, quien tomó posesión el 15 de diciembre en una ceremonia solemne a la que asistieron varios catedráticos de la Universidad e Institutos, y delegados de los Colegios de Belén y la Salle, y de los Caballeros Católicos.

En ese acto se bendijo la primera bandera de la Agrupación, que entonces era solo el gallardete que desde 1943 aparece incluido dentro de un rectángulo. Tanto la primera, como la segunda bandera fueron diseñadas y donadas por el Dr. Virgilio Lasaga y Castellanos.

En época tan temprana como 1935 se inició una de las actividades de la Agrupación que por estar perfectamente de acuerdo con el fin ésta se propone y ser uno de los medios más adecuados para conquistarlo se puede considerar entre sus frutos mejor logrados.

Es preciso tener siempre presente que la Agrupación busca por medio de sus profesionales, formados en ella de estudiantes, orientar y guiar el pensamiento cubano, y a eso están ordenados los Círculos y actividades de su período de formación espiritual e intelectual, y las obras de la fase de formación apostólica; meros trámites preparatorios para una acción externa posterior, que es la única y verdadera acción de la Agrupación, y su única posible realización del fin para el que fue creada.

Examinada desde ese punto de vista, la Academia de Estudios Médicos, la obra máxima de la Agrupación en material docente, reúne todas las características que quiso el P. Rey que tuvieran los organismos por medio de los cuales está debería manifestarse al exterior.

Fundada por Armando Ruiz Leiro y Juan Simón, independiente de la Agrupación, pero íntimamente ligada a ella, conserva intacto su espíritu, lo que le da una decidida orientación apostólica.

Institución privada de enseñanza, de nivel universitario, tiene como meta afianzar y ampliar los conocimientos científicos de los alumnos que cursan la carrera de medicina en la Universidad de La Habana, facilitándoles profundizar el estudio de sus asignaturas gracias a la atención individual que se les presta.

Tras unos comienzos difíciles, la Academia empezó a prosperar en forma tal que llegó a tener quinientos sesenta y cinco alumnos, y ya hasta ciento cuarenta y tres en alguna materia. A partir de entonces se resolvió seleccionar su calidad, resultando de ese sistema el que los primeros expedientes y la mayor parte de los premios de la facultad de medicina sea de alumnos del Centro de Estudios Médicos.

Pronto fue preciso alquilar un local mayor, y últimamente ha sido necesario agregarle una de las casas adquiridas por la Agrupación en la calle de San Rafael, donde se han extendido los cursos a la Escuela de Farmacia, y además se dan anualmente cuatro series de cursillos de postgraduados.

Durante todo este primer período de su historia, que va hasta 1941, la Agrupación mantuvo muy estrechas relaciones con las demás organizaciones católicas cubanas y con frecuencia colaboró con ellas en las mismas labores.

Como se ha visto ya, en abril de 1931 el P. Rey había sido nombrado Consejero de la Federación de la Juventud Católica

Cubana; el año siguiente los Caballeros de Colón piden su ayuda a la Agrupación para los actos que debían celebrarse en Cienfuegos los días 9 y 10 de octubre; en 1935 tomó parte en la Jornada Eucarística celebrada en Camagüey; siendo aún más importante su actuación en el Congreso Catequístico del año 1937 en el que se encargó de la comisión de orden, además de la magnífica clase pública de Catecismo dada por Lasaga en el salón de actos del Centro Asturiano, del folleto de éste titulado "¿Cómo enseñar el Catecismo?" repartido entre los miembros del Congreso, y de las memorias presentadas por Fernández Llano, Chils y Boza Masvidal.

En 1941, treinta y un agrupados asisten al Congreso Eucarístico de Camagüey donde Ángel Fernández Varela presenta un trabajo, y el P. Rey da siete retiros de un día cada uno, a albañiles, universitarios congregantes no-agrupados, choferes, militares, antiguos ejercitantes, estudiantes del Instituto, y ferroviarios.

En fechas más recientes, ha intervenido en el Primer Congreso Eucarístico Nacional en 1947, y en el Congreso Eucarístico de Matanzas en 1951.

Pero de todos los contactos de la Agrupación con las demás Asociaciones Católicas, el más íntimo y que mejores resultados ha dado, es con los Caballeros Católicos de Cuba. En diciembre de 1935, José Ignacio Lasaga, en su carácter de Presidente de la Agrupación, se dirigió al de los Caballeros Católicos, Dr. Valentín Arenas, proponiéndole un pacto de cooperación en el sentido de que los agrupados que fuesen a residir en el interior pudieran cumplir sus deberes agrupacionales dentro de la Asociación de los Caballeros Católicos; y a la inversa, los Caballeros Católicos que viniesen a La Habana y fuesen admitidos por la Agrupación, cumpliesen sus obligaciones en ella.

El pacto fue aceptado en la VII Convención de los Caballeros Católicos, celebrada en La Habana los días 3 y 4 de enero de 1936.

Desde entonces la Agrupación ha enviado delegados a todos sus concentraciones provinciales y Convenciones.

En la VIII Convención, celebrada en Santiago de Cuba el 17 de diciembre de 1936, se tomó un acuerdo que habla elocuentemente del nivel espiritual e intelectual que ya había alcanzado la Agrupación, y es uno de los más valiosos reconocimientos que ha recibido: "Todos los Hermanos comprendidos entre los quince y los veinticinco años de edad podrán recibir mediante el pago de \$15 y bajo la dirección de la A.C.U., y en el Colegio de Belén un cursillo de cultura católica y social, estudiándose: Apologética, Sociología, Historia de la Civilización, Composición Literaria y Declamación".

Además, el Directorio Nacional de los Caballeros Católicos de Cuba, convencido de la necesidad absoluta de formar hombres capaces de "traducir sus propósitos y robustecer sus principios", acordó seleccionar cuidadosamente aquellos Hermanos que por sus inclinaciones, entusiasmo y arrestos se perfilasen como posibles directores de las futuras campañas, sufragándoles los gastos que originara el cursillo. Porque, comenta el Dr. Arenas, "si se logra entre las Uniones treinta posible hombres de acción católica, y del resultado del cursillo se obtuvieran quince hombres efectivos para las propias Uniones ¿conciben éstas el beneficio que ese resultado significaría?"

El acuerdo citado y la carta del Presidente de los Caballeros Católicos son el mejor testimonio y la prueba más convincente del éxito del sistema formativo implantado por el P. Rey.

En 1939 los tres únicos profesionales que tenía la Agrupación en el interior de la República fueron elegidos presidentes de los Caballeros Católicos de sus localidades respectivas. Cuatro años más tarde el número aumentó uno más. Otros tres crearon Uniones en sus lugares de residencia, tres fundaron escuelas obreras, y uno fue miembro del Directorio Nacional.

Esta colaboración se ha mantenido siempre y en 1954 varios agrupados se pusieron de acuerdo con los Caballeros Católicos para realizar con ellos labor apostólica por medio de conferencias de formación y divulgación católica.

El año 1936, durante el cual no se abrió la Universidad, señala el apogeo de la actividad intelectual de la Agrupación. En él nacen varias organizaciones, y se trabaja con renovado empeño.

Basta ver como estaban distribuidos los días de la semana en aquel año para hacerse una idea del clima que reinaba allí:

Domingo: 8:30 AM Misa; 10:00 AM Reunión Postulantes (2o. y 4o. domingo), Reunión Aspirantes (1o. y 3o. domingo); 10:00 AM Círculo Periodístico; 11:00 AM Academia Literaria.

Lunes: 6:00 PM Clases Bio-Química; 6:00 PM Reunión Seminario Investigaciones Históricas; 6:00 PM Clases Obreras Barrio Cueva del Humo; 8:30 PM Clases Obreras Barrio Las Yaguas; 9:00 PM Clases Teoría General del Estado.

Martes: 6:00 PM Clases Alemán; 9:00 PM Circulo de Estudios Sociales.

Miércoles: 6:00 PM Clases Bio-Química; 9:00 PM Clases Obreras Barrio Cueva del Humo; 8:30 PM Clases Obreras Barrio Las Yaguas; 9:00 PM Círculo Médico; 9:00 PM Clases Derecho Romano.

Jueves: 6:00 PM Clases Alemán; 6:00 PM Clases Obreras Barrio Cueva del Humo; 8:30 PM Clases Obreras Barrio Las Yaguas.

Viernes: 6:00 PM Clases Bio-Química; 6:00 PM Clases Obreras Barrio Cueva del Humo; 8:30 PM Clases Obreras Barrio de las Yaguas; 9:00 PM Círculo Jurídico; 9:00 PM Clases de Historia de la Filosofía.

Sábado: 3:00 PM Prácticas de Bio-Química en el Laboratorio de Belén; 5:00 PM Clases de Alemán; 5:00 PM Clases de Composición Literaria; 6:00 PM Guardia; 6:30 PM Reunión Maestros Escuelas Obreras (1er. sábado); Reunión Cultura Religiosa (2o. sábado); Reunión de Secretarios (3er. sábado).

Pero no es sólo el número de actividades lo que imprime su sello particular a este período que dura hasta 1938, sino la calidad de los conferencistas y la profundidad de las materias. Mientras Ataulfo Fernández Llano hacía familiar las figuras de Maritain, Kelsen y Henri Bergson, Lázaro se adentraba en los más intrincados problemas filosóficos, y Guy Pérez Cisneros disertaba sobre Arte Moderno. A las elecciones de Bio-Química del P. Galán asistían catedráticos en calidad de alumnos. El P. Laburu trataba sobre la Psicofisiología del Carácter, y sobre las Teorías de Freud; y el P. Rubinos explicaba admirables lecciones de Literatura Preceptiva. Al mismo tiempo pronuncian conferencias José Ignacio Lasaga, Ángel Fernández Varela y Mariano Pérez Durán, quienes a pesar de su juventud ya habían adquirido una madurez que los eleva a la altura de los maestros.

Sin exageración alguna se puede asegurar que ninguna otra asociación desarrollaba en aquella época en Cuba semejante programa de actividades culturales.

A fines de 1935, una señora, que quiso conservar el incógnito, había regalado al P. Rey \$100 para comprar una estatua de la Virgen que sustituyese la copia de la Inmaculada de Murillo que estaba sobre el altar de la Capilla. El P. Rey, quien le tenía verdadero horror a las imágenes de yeso policromado que pueblan nuestras iglesias, quiso

que fuese una talla en madera hecha por un artista cubano, y a ese fin encargó a varios agrupados encontrar la persona apropiada. Uno de ellos aconsejado por Luis Soto, Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de La Habana, sugirió al escultor Carlos Era, a quien fue encargada la obra.

La idea del P. Rey, que no captó el escultor, fue hacer una "Sedes Sapientiae", advocación de la Virgen muy de acuerdo con el espíritu de la Agrupación. Para hacerlo hubiera podido haberse inspirado Era en el estilo románico o en el bizantino, pues habría convenido mejor el hieratismo de cualquiera de esos dos estilos, más adecuados para expresar una abstracción, que no el naturalista que le dio, tan apartado de la idea original que jamás se volvió a hablar de la "Sedes Sapientiae" en relación con la imagen.

Antes de ser traída a la Agrupación, la escultura se exhibió en el XVIII Salón de Bellas Artes alcanzando el tercer premio de ese año.

Por fin el domingo 10 de mayo, día de las Madres, se bendijo la estatua, celebrándose después una solemne sesión de la Academia Literaria dedicada a la Virgen.

Desde entonces los agrupados han depositado a sus pies triunfos, fracasos, penas, alegrías, proyectos y temores, y en la silenciosa penumbra de la capilla ante ella abren sus corazones y vuelcan sus más íntimas confidencias ungiéndola con una pátina de amor y agradecimiento que la ha convertido en "la Virgen de la Agrupación". Y es en su presencia donde se rinde todos los sábados a la Reina de los Cielos el homenaje de la Guardia de Honor, implorando a la Madre de Dios, canal por donde fluye a raudales el torrente de las gracias, su ayuda para llevar a buen puerto las empresas acometidas.

Nueve días después de su entronización en la capilla, se celebró aquí el primer bautizo de un hijo de agrupado, el de José M. Mariñas.

En el mes de junio de ese año la Agrupación inició un movimiento de carácter nacional que encaja muy bien dentro de sus fines, la confección de la "*Guía Moral del Cine*", que debido a las circunstancias, sólo muchos años más tarde llegaría a dar resultados prácticos, y ya entonces fuera de su dirección aunque sí con su eficaz colaboración.

El origen de esto fue la entrega hecha al Arzobispo por el P. Rey de un documento firmado por 90 agrupados en el que estos, obedeciendo las indicaciones del Santo Padre, se comprometieron a no asistir a la exhibición de aquellas películas que hubiesen sido clasificadas por las autoridades eclesiásticas como ofensivas al dogma o a la moral. En vista de ello, Monseñor Luis, que en cumplimiento de la Encíclica "*Vigilanti Cura*" proyectaba crear en la diócesis de La Habana y Pinar del Río la oficina recomendada por el Sumo Pontífice para la dirección moral del cine, se resolvió a fundarla, y nombrar director de la misma al P. Rey.

En sus principios la oficina se limitaba a publicar y difundir todos los meses una hoja llamada "*Guía Moral del Cine*" reproduciendo la clasificación hecha por la Jerarquía de los Estados Unidos sin ninguna participación activa en la censura de las películas. Esta subordinación fue la causa de su fracaso en esa primera etapa, pues la irregularidad con que llegaba la lista de las películas ya censuradas inutilizó la labor que se hacía, siendo por ello, al fin abandonada, hasta que años más tarde resucitó, esta vez en manos de la Federación, sobre bases enteramente distintas.

También en octubre de 1936 comenzó la Agrupación otra campaña llamada a ir adquiriendo cada día mayor resonancia, la de los matrimonios celebrados cristianamente con misa de velaciones. Antes de esa fecha eran rarísimos, por no decir ningunos, los que así se hacían; ordinariamente se efectuaban después de las nueve de la noche con todas las características de un acto puramente social, siendo motivo en algunas ocasiones de verdaderos escándalos en las iglesias. Para comenzar, el P. Rey empezó por fomentarlos entre los

agrupados, y con ese fin se confeccionó una mantilla que llevaba prendido en el centro un escudo de la Agrupación hecho en fieltro, que después se regalaba a los novios. Poco a poco la costumbre se fue difundiendo fuera de la Agrupación y ya son muchísimos los matrimonios que se celebran en esa forma.

En esto también es preciso reconocerle a la Agrupación el impulso inicial, y atribuirle la parte que le corresponde del mérito de haber destruido una mala costumbre que estuvo profundamente arraigada en nuestra sociedad.

1937 se distingue por el número de cursillos explicados por agrupados en otras instituciones. Además de los que se dieron a los Caballeros Católicos, en abril se inauguró el Círculo de Estudios del Colegio Champagnat de los Hermanos Maristas de la Víbora, donde bajo la dirección de Fernando Azcárate se expusieron los puntos más importantes de la sociología cristiana. En la Hermandad de Trabajadores Católicos Lasaga, Rasco y Surís explicaron cursos sobre Proselitismo, Oratoria y Literatura; y en las Escuelas Gratuitas Salesianas se desarrolló un ciclo de conferencias sobre higiene a cargo de Armando Ruiz Leiro, Juan Simón y Frank Barrera.

A fines del año los propietarios de la casa la pidieron a la Agrupación que se vio obligada a buscar otro local. No fue tan fácil como la primera vez encontrar un edificio adecuado en las inmediaciones de la Universidad, la situación era otra, los alquileres habían subido y el número de agrupados llegaba ya a ciento cincuenta y cuatro. Lo mejor que salió fue la casa número 305 de la calle 25 entre L y M en el Vedado, donde se mudó la Agrupación el 4 de diciembre.

A los ocho días de estar allí tomó posesión de la presidencia Fernando Azcárate, pudiendo aprovechar la Agrupación de su entereza de carácter, cultura, espiritualidad, rectitud de criterio y atractivo personal, pues el 29 de marzo embarcó hacia España para ingresar en el noviciado de la Compañía de Jesús, sustituyéndolo Carlos Martínez Arango en el cargo que dejaba vacante.

Era la casa de la calle 25 pequeña y mal ajustada a las necesidades de entonces, causando esto el que todas las actividades se dificultarían, al extremo de llegar a tener que suprimirse algunas.

La estrechez era tal, y sobre ella están llenos de bromas los "*Esto Vir*", de la época, que para los grandes actos era preciso pedir locales prestados; así la consagración de los nuevos agrupados, que para agravar los males llegaron en 1938 a ciento noventa y seis, se hizo en la Capilla Doméstica de los Padres en el Colegio de Belén, y la fiesta de Cristo Rey se redujo a una misa en la que el Presidente leyó una consagración general de la Agrupación.

Consecuencia de eso fue un año sin relieve, período de transición en el que, si bien es verdad que no puede hablarse de decadencia, también es preciso reconocer que no es comparable a los anteriores.

La Agrupación de entonces es como un muchacho que ha crecido demasiado rápidamente y no cabe en sus ropas que le impiden moverse con libertad, pero cuya salud es cada vez más sana. El índice de esto lo dan las comuniones que en 1936 fueron dos mil seiscientas; en 1937, cuatro mil ochocientas; y en 1938 ascendieron a diez mil cuatrocientas.

Secuela de la incomodidad que dificultaba el trabajo, y también del retorno a la normalidad en las actividades universitarias, cosa esta última que absorbió la mayor parte del tiempo de los agrupados, fue el que no continuase la orientación cada vez más decidida hacia la conversión de la Agrupación en un centro de alta cultura.

De no haberse presentado estos factores hasta dos o tres años más tarde, es posible que su carácter fuese hoy enteramente distinto del que tiene.

En todo caso, aquella etapa de intenso cultivo intelectual sirvió para formar el grupo que, a lo largo de los años, ha sido la espina dorsal de la institución y los mentores que han transmitido su espíritu a las generaciones sucesivas.

Otra consecuencia de la estrechez de la casa fue el que el P. Rey comenzara a hacer rápidas sugerencias para conseguir dinero y comprar un terreno donde edificar la sede definitiva de la Agrupación, pudiendo anunciar en la misa del 11 de septiembre de 1938 la adquisición de un solar en San Miguel entre Mazón y Basarrate, muy cerca de la casa que se había dejado el año anterior.

La Agrupación que comenzara siete años antes en los salones de la Anunciata, cobrando una cuota mensual de veinte centavos a los pocos agrupados que podían pagarla, era ya dueña de un pedazo de tierra, y con ayuda de la Divina Providencia se disponía a levantar en él su local social.

VII

LA GRADUACIÓN Y EL MATRIMONIO

El año 1938 es de suma importancia para la Agrupación que confrontó en él, y supo resolver, dos de los más graves problemas que suelen presentarse en la vida de agrupado como tal, y son por lo tanto los mayores obstáculos internos que pueden surgir en el camino hacia el logro de los fines propios de la Institución.

El primero paradójicamente es la graduación, el otro el matrimonio.

1938 es el año de los primeros agrupados graduados, y si no es de sus primeros matrimonios, que ya se habían celebrado algunos pocos en la Agrupación, sí en el que estos comenzaron a hacerse frecuentes.

Hasta ese momento, a pesar de que se contaba con algunos agrupados graduados y casados, y de que desde que el P. Rey ideó el plan original tenía reservada la acción externa a los profesionales, la Agrupación era de hecho una institución de estudiantes solteros alrededor de cuya formación y necesidades estaba ordenada toda su vida. Pero al graduarse ese año siete de sus miembros, grupo que es el primero en llegar al fin de la carrera dentro de ella, ésta, que esperaba ansiosa el momento, tuvo la rarísima virtud de darse cuenta en el acto de la trascendencia que para el futuro tenía aquel acontecimiento, e inmediatamente comenzó a organizarse con las nuevas perspectivas que se les presentaban.

Como reconocimiento de la importancia del momento hubo un homenaje a los nuevos doctores, fue creado el Círculo de Graduados, se organizó en grupo a los matrimonios, y comenzaron las tandas de Ejercicios Espirituales para solo agrupados profesionales.

“Hemos llegado”, escribe Riego en “*Esto Vir*”, “al trayecto difícil del camino y nos disponemos a emprenderlo con plena visión de nuestra responsabilidad”. Y Carlos Martínez Arango comenta:

“La Agrupación va llegando a su mayoría de edad...porque va adquiriendo los elementos necesarios para rendir la labor que tanto hemos meditado y con la que tanto hemos soñado. Porque ve acercarse el tiempo en que podamos llevar a la realidad de la vida las ideas que hemos ido trasplantando de las páginas del Evangelio a las fibras de nuestro corazón”.

A nadie se ocultaba que si la Agrupación se propone la perfección individual de sus miembros, esta debe tener, de acuerdo con los ideales de la Institución, una proyección social; y que los estudiantes, por su edad y preparación incompleta, no son los que normalmente pueda ejercer esa función de jefatura que en la vida queda reservada a los profesionales.

Era por lo tanto evidente a todos que el período estudiantil es de formación espiritual, intelectual y apostólica, tocando a los graduados la tarea de ejercer su influencia en el ambiente nacional.

También estaban todos persuadidos de que si la Agrupación se limitase a los estudiantes, o diese atención preferente a ellos, quedaría imperfecta, no saldría de su etapa inicial, y que por lo tanto eran los graduados su parte más importante, la permanente, con la que había que contar para toda obra trascendental y con verdaderos alientos sociales, la que tal vez necesite más atención, y la que en definitiva debe darle el tono.

Miles son los testimonios del momento que prueban esta convicción general. “*Esto Vir*” afirma que para llegar a esta etapa “la Agrupación ha venido preparándose largamente”, y en otra parte dice que “dio la Agrupación en el último día del próximo pasado mes de julio uno de los más sólidos pasos de avance de su historia”.

“Fue la consagración de algunos agrupados que concluyeron sus estudios en el curso que acaba de terminar y la organización de la Sección de Graduados de la Agrupación”.

Más terminantes aún son las palabras del P. Rey: “Dios nuestro señor, que tan visiblemente ha protegido a nuestra Agrupación, en tantas cosas difíciles, no nos ha denegado su ayuda para la que es la más vital de todas, el fin mismo de la Agrupación, nuestra naciente sección de Profesionales”.

“Los Profesionales son entre nosotros”, escribe el 1ro. de enero de 1951, “la meta que nos hemos trazado”.

“Que esta carta, estimados Profesionales, marque en nuestra historia la era agrupacional de los Profesionales”.

“Profesional sin espíritu de sacrificio para nuestras obras, y aún más, incumplidores de nuestras prescripciones reglamentarias, sería el mayor fracaso de nuestra Agrupación, el mayor desencanto para los que hemos soñado tanto con ella, y para tantos otros que nos quieren, nos protegen y tienen sus esperanzas en nuestra obra, para el futuro de la Iglesia y de la Patria, la mayor de las decepciones”.

“En la Agrupación miramos a nuestros Profesionales como la meta de nuestros esfuerzos, como deseado fruto de nuestra labor, y como el modelo que hemos de poner delante de los que empiezan”.

De acuerdo con el plano del Fundador, los profesionales tenían la máxima importancia. Siempre hizo cuanto estuvo en su poder para orientarlos hacia los fines propios de la Agrupación, pero después de

la depuración de 1942 redobló sus esfuerzos por retener a los seleccionados y perfeccionar su formación.

Cuando en 1948 parecía que de un momento a otro iba a materializarse en forma organizada la acción de los agrupados profesionales, la preocupación del P. Rey llegó a proyectar la fabricación de un local especialmente adecuado para ellos, en el que pudieran tener sus reuniones, sala de lectura, etc. Con este fin pensaba modificar, en el lugar donde hoy estaba la Residencia, sobre la galería que corre a lo largo de Mazón hasta la esquina de San Miguel, un salón con puertas a la terraza que hubiera estado sobre la galería de San Miguel hasta la parte más antigua de la casa. El costo habría ascendido de cinco a seis mil pesos, y hubiese sido el regalo que se le hacía con motivo de sus bodas de plata sacerdotales, pero cuando ya se estaba realizando las gestiones para conseguir el dinero, algunas personas entendieron que no era oportuno pedirlo en ese momento, y el P. Rey desistió.

Perfectamente compenetrado con los ideales del P. Rey, el P. Llorente participó siempre de iguales puntos de vista sobre los agrupados, por eso, consciente de que la Agrupación no podía alcanzar el fin que se propone si no es a través de la acción de sus profesionales, y deseando acelerar ese momento, comenzó a preocuparse por este problema tan pronto como fue designado Director, insistiendo en el Consejo sobre la convivencia de que ellos la conviertan en el centro cultural católico de Cuba, por medio de conferencias y colaboraciones en periódicos y revistas, preferentemente sobre temas de actualidad, educación, moral, ciencias, etc., de modo que puedan interesar, y así influir en el pensamiento cubano.

En eso el P. Llorente, como antes el P. Rey, a más de mantener la orientación que tuvo la Agrupación desde sus inicios, se adhiere totalmente al pensamiento del Papa, quien dirigiéndose a los profesionales congregantes marianos los había exhortado diciendo: "Vosotros, a quienes la Divina Providencia ha concedido y concede el participar ampliamente de tan elevada formación intelectual, tenéis

el deber de allanarle el camino hacia muchos corazones y el de hacer que cese aquel pernicioso divorcio; el de restablecer los contactos, reanudar los ligámenes y garantizar la compenetración mutua de los mundos del saber; alta ciencia universitaria y luz revelada por Cristo”.

Ya había dicho el P. Rey comentando el pasaje de la “*Quadragesimo Anno*” en que Pio XII hacía resaltar la necesidad de escoger dentro de cada clase los que habían de convertir a sus iguales, que “los primeros e inmediatos apóstoles de los estudiantes, han de ser estudiantes; y los apóstoles del mundo de la ciencia y profesional, han de ser profesionales y científicos”.

Quedaba así trazado el plan a seguir y se le daba a la Agrupación su carácter y fisonomía, por eso en ella, donde se entiende como dijo Ángel Fernández Varela en la Asamblea Apostólica de 1943, que “un agrupado profesional es el fruto de madurez de un agrupado estudiante” se prefiere que sus miembros, excepto en cuanto atañe al apostolado propio de los años universitarios, no empiecen a trabajar oficialmente hasta que ya estén completamente formados y listos para cometer con posibilidades de éxito empresas de más envergadura.

De aquí también que en la Agrupación los profesionales no deban trabajar solamente en función de los estudiantes. Es justo y conveniente que cooperen con el Director en la formación de los más jóvenes, sobre todo aquellos que sienten la vocación de hacerlo, y siempre deben existir lazos de amistad y trato frecuente entre unos y otros; pero lo propio de los profesionales es emprender la obra de apostolado para que fueron formados, que es en definitiva, y no la formación en sí, el fin de la Agrupación.

La atención del agrupado profesional debe estar concentrada en primer término en tratar de alcanzar en su profesión el más alto rango a que sus fuerzas le permitan llegar, porque con ello realiza a plenitud su vocación, cumpliendo así con la voluntad de Dios que lo

destinó para esa posición y le impuso la obligación de alcanzarla; y además, porque solamente los que están a la cabeza de sus respectivas profesiones pueden influir en el ambiente que los rodea con lo cual también cumplen con la voluntad de Dios que les dio la orden de dirigir a sus semejantes por los caminos que los conducen a la salvación eterna.

A este deber se refería el P. Rey cuando escribía: "El apostolado primordial de los agrupados es ser buenos profesionales" por ser en definitiva los mejores de cada clase los instrumentos que se propone valerse la Agrupación para el cumplimiento de sus fines.

Después de esto el agrupado profesional está obligado a interesarse activamente en algún apostolado propio de su condición, que emane de la Agrupación y sea la manera en que ésta ejerza su influencia a través de él en el medio exterior.

Teóricamente al menos, en la Agrupación deben sobrepasar en mucho el número de profesionales al de estudiantes. Esto, y el fin para el que fue creada, actuable solo por los primeros, hace que sean ellos los que deban darle carácter, y que ella realmente sea una Agrupación de profesionales en la que los estudiantes se forman y preparan. Es pues imprescindible no olvidar jamás que el período estudiantil es transitorio, y que si la Agrupación quiere construir algo firme y duradero no puede edificar sobre una base fluida y de corta duración, ni que tampoco pueda circunscribir su objeto a la mera atención de los más jóvenes convirtiéndose en una prolongación del colegio católico, en algo así como una enseñanza superior religiosa y moral, que una vez que concede el título del perfecto padre de familia deja al graduado, al igual que hace la Universidad en las materias académicas, que "ejerza" por su cuenta en la vida.

El agrupado profesional no es, ni puede ser en modo alguno, como aquel hombre "de poco sujeto" de la anotación 18 del Libro de los Ejercicios Espirituales, a quien después de la primera semana se le manda a casa "dándole algunos exámenes de conciencia y orden de

confesar más a menudo que solía, para se conservar en lo que ha ganado". El día que eso sucediese, la Agrupación habría fracasado estrepitosamente.

A poco que se asome un extraño a su espíritu no le queda otro recurso que reconocer que el apostolado profesional es su centro dinámico y su única manera de expresarse.

Prueba evidente de esto es que una vez terminada la formación del agrupado, éste necesita imperiosamente la obra para la cual se le ha estado preparando durante años, sucediéndole si no se la presenta que se frustra y termina por alejarse. Y es que la formación llega a un punto en que no puede continuar, a menos que el hombre se dedique a la acción inmediatamente o se haga contemplativo. Si continuará sin que suceda ninguna de estas dos cosas, el sujeto se convertiría en un monstruo, y la Agrupación está muy lejos de desear crearlos, proponiéndose por el contrario formar hombres perfectamente equilibrados y armónicos. De aquí que, dada la naturaleza de la Agrupación, al agrupado graduado que ha asimilado su espíritu no puede presentársele otra alternativa que la acción o el alejamiento. De aquí también la necesidad en que está la Agrupación de organizar su acción externa para satisfacer esa necesidad del agrupado profesional y encuadrarlo en ella tan pronto como sale de las aulas universitarias.

Por eso la obra que se ofrezca al agrupado profesional, que se supone es el modelo ideal del intelectual católico, debe ser adecuada a la formación que recibió y a la altura de los ideales que se le inculcaron; en otras palabras: un apostolado intelectual, que sea la proyección hacia el exterior de su vida espiritual, único tipo de acción que le conviene.

El P. Rey daba por sentado que el agrupado profesional, por el mero hecho de serlo, es un hombre completamente formado científica y religiosamente, y por lo tanto compenetrado con la idea de que está en el puesto que Dios quiere que ocupe, de modo que al ejercer su

profesión, espiritualizada por motivos sobrenaturales y llevado a cabo con una consciente sumisión a la Voluntad Divina, no haga más que trabajar en pro de la propia santificación en la forma peculiar en que el plan de Dios le estaba reservada desde toda la eternidad. Pues, no sólo el perfecto sacerdote y el monje perfecto llegar a la santidad, sino en el Cielo hay muchas almas que la alcanzaron a título de perfectos abogados, perfectos médicos, perfectos periodistas, perfectos arquitectos, perfectos políticos, o perfectos banqueros, porque la infinita perfección de Dios abarca un número infinito de arquetipos, a los cuales no hay más que adherirse para lograr la santidad.

Esto que es una verdad aplicable a todos los hombres, lo es más aún a los profesionales por ser el grupo selecto que hoy en día dirige los destinos de la humanidad, y en grado mayor todavía al agrupado profesional para el que va unida la obligación que dedicarse con empeño su carrera, la de ejercer algún apostolado intelectual, ya que no se puede ser profesional católico, más agrupado, y permanecer en el ejercicio de la profesión dedicado solamente a la propia santificación, pues en abandonar partes de los deberes inherentes a su estado, no solo se corre el riesgo de no alcanzarla, sino aún el de poner en gravísimo peligro la misma salvación.

Para quien desee la perfección y no se sienta llamado a la acción, están las órdenes contemplativas tan necesarias a la economía espiritual de la Iglesia, pero al profesional católico que quiera permanecer en el mundo no le queda otro recurso que lanzarse al apostolado intelectual. Si no ¿cuál es el significado de la parábola de los talentos? ¿no encierra algo más que una exhortación al ejercicio estricto de una virtud recogida sobre sí misma? ¿que quiso decir Jesucristo cuando hablo de la luz del mundo, que no se pone bajo el celémín, sino sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa? ¿es que no es bastante claro el mandamiento, para los que pueden hacerlo, de ir y enseñar a todas las gentes?

La respuesta a estas preguntas, tan ligadas en los agrupados a las que en Ejercicios al terminar la meditación de los tres pecados se hacen así mismos frente a “Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz”, es la excelencia de la vida de la Agrupación; y no por no haberse comenzado a actuar plenamente ha dejado de ser un solo instante el eje de su pensamiento.

La Agrupación, como cada agrupado, necesitó también de un período de formación antes de pasar a la fase dinámica, período que no concluyó a la par que el de los primeros graduados a quienes tocó el deber de sacrificar la energía acumulada y emplearla en cooperar con el Director en la consolidación de la fisonomía particular de la Institución, aunque no sin renunciar por completo a las obras que les eran propias, que si bien no han podido ser todas las que la Agrupación emprenderá al momento oportuno, no por eso dejan de arrojar un saldo favorable en los últimos veinticinco años.

El famoso artículo “La Agrupación estática y la Agrupación dinámica” publicado en “*Esto Vir*” el 31 de enero de 1943, que tanto eco ha tenido en la Institución, cuyo autor permaneció incógnito por expreso deseo del P. Rey, quien quiso de esta manera prestarle más autoridad a lo que decía, dándole importancia de que pudiera haber sido él mismo quien lo escribiera, enfoca con visión certera este problema: “Un día, tal vez no lejano la Agrupación saldrá de su vida crisálida, de cuerpo en gestación”.

“Ese día nuestra vida será dinámica, no estática, pero ese día ha de ser el conveniente, el apropiado. Si queremos nacer prematuramente a la vida de la actuación pública sin un período suficientemente largo de formación previa, nos exponemos a pasar de crisálida a cadáver”.

“La Agrupación es una asociación seglar fundida en el molde de San Ignacio, y como aquel en Manresa hoy vive en período estático, base de otro dinámico qué será el que la caracterice y distinga”.

“En esa Agrupación de mañana, dinámica, proyectada al exterior, no tendrán cabida más que los mejores”.

“Agrupación activa, emprendedora, lanzada abiertamente a la conquista de la Patria para Dios”.

“Agrupado de la Agrupación estática, en formación, no tomes a ésta como lugar definitivo de tu camino en la vida. Estás en Manresa trabajando intensamente, con todas tus potencias, con toda tu alma, y con todo tu corazón para llegar a algo”.

“No pienses que durará siempre este estado actual amable y tranquilo donde no pasa nada: prepárate para el futuro: ¡hazte hombre!”

“¡Y pobre de la Agrupación si tal no sucediera! Seríamos eternamente novicios de un sacerdocio no alcanzado, embriones de una gestación perpetua, clásicos montes que ni siquiera han parido al mísero ratón”.

Por eso Ángel Fernández Varela escribe: “La A.C.U. no es, la A.C.U. está siendo”. Y en la Asamblea Apostólica de 1943 se dice claramente que la Agrupación es “preparación para lo que va a ser”, se anuncia que “tendremos un fin más sublime”, pues “pechos jóvenes no se contentan con esto”, y “mentes inteligentes los guían a ser dirigentes”; pero se advierte que es preciso esperar por que “el apostolado desde la cátedra, desde el escaño del Congreso, el más íntimo entre médico y paciente, el más difícil entre jefe y obrero; exigen una preparación metódica, lenta y entusiasta”.

El período de formación de la Agrupación ha sido largo. Diversos motivos, ajenos a la institución los más, frenaron en varias ocasiones su impulso hacia el exterior, produciendo esto en algunos el temor de que tantas dificultades terminaran por vencer la agresividad de los agrupados, quienes hallando a la Agrupación ya muy desarrollada, y en su seno un número suficiente de actividades de

menor cuantía, pudiera conformarse con ella y renunciar a salir de los muros de su casa frustrando así los designios de Dios.

Contra esa posibilidad fue dirigida la famosa plática del P. Román Galán sobre la cristalización, en la que usando el símil de la culminación de ese proceso químico, advertía a los agrupados del peligro que representaba para ellos el tomar la actitud del Señor después de la creación y al contemplar la obra encontrarla buena y descansar.

La Agrupación decía él, debía permanecer perpetuamente en estado soluble, en constante evolución, sin cristalizar jamás para no perder nunca su capacidad de reaccionar, por eso es preciso no conformarse, no mirar al pasado sino al porvenir, luchando cada día con mayores medios en el intento de alcanzar un ideal de perfección y de proyección social, pese a quien pesara sin desmayar ni desalentarse nunca.

Pero ese temor hoy no parece fundado si se toma el vigoroso latir del pulso de la Agrupación, cada vez mejor preparada y más impaciente por bajar a la arena. En distintas ocasiones se han hecho ensayos que muestran hasta donde podrá llegar, y son varias las obras propias del fin que persigue que ya funcionan con éxito notable. Por otra parte, su naturaleza misma hará que un día, el adecuado, rompa los diques y salte sobre todos los obstáculos para cumplir la misión que le está encomendada. Ese día no ha de tardar. "Es la hora de actuar" ha dicho el Papa, y su voz que siempre has sido bendecida no las desoírás la Agrupación por primera vez.

Entonces la acción de la Agrupación, manifestada a través del apostolado intelectual de sus profesionales, podrá aparecer al exterior como la obra espontánea y aislada de cada cual, o como un movimiento colectivo y premeditado, según lo aconsejen las circunstancias; pero en cualquiera de los dos casos deberá obedecer a un plan interior concebido como un todo orgánico, cuidadosamente estudiado y rigurosamente obedecido.

No importa que en ese momento suene o no el nombre de la Agrupación, lo esencial no es hacer su propaganda, sino que ella sea el instrumento apto y dócil de la Divina Voluntad para influir en el pueblo de Cuba y dirigirlo hacia Dios.

Es por eso de fundamental importancia la permanencia en la Agrupación de sus profesionales. Sin ellos ésta no podría hacer absolutamente nada.

En eso está la esencia del problema que se presentó a la Agrupación en 1938, cuando el número exiguo de los primeros graduados no le permitía todavía iniciar la acción, y el P. Rey veía claramente que sin acción era difícilísimo retenerlos allí. Para tratar de darle una solución se ideó encomendarles ocupaciones y trabajos, que sin ser la acción definitiva fuese lo que más se asemejase a ella, pero a pesar de esto se ha perdido un buen número de graduados precisamente por no haber encontrado en el momento psicológico la obra para la cual fueron formados.

Cuando el número de graduados aumentó, el problema tomó las características de círculo vicioso: sin actividades propias perdían el interés y se alejaban, sin número suficiente de profesionales no era posible comenzar la actividad.

Hoy, en que los profesionales de la Agrupación son muy numerosos, y se registra el fenómeno entre sus estudiantes de un entusiasmo paralelo al que hubo en los años dorados de 1934 a 38, y al de 1941, la solución parece estar más próxima que nunca, y consiste en acelerar la marcha paulatina de los acontecimientos que desde hace años están impulsando gradualmente los agrupados a la acción, y hacer irrupción en el campo, para lo que ya se está suficientemente preparado en formación y número.

El segundo problema de 1938, más grave que el primero y de más difícil solución, es el del matrimonio de los agrupados.

En octubre de 1947 escribe el P. Rey sobre este tema en "*Esto Vir*":
"Una constante experiencia nos viene aleccionando, desde hace años, que la hora del matrimonio es decisiva en las filas de la A.C.U."

"Dichoso el congregante que cae al lado de una mujer católica, de firmes convicciones, de piedad sólida y comprensiva de nuestro espíritu".

"Sin más, salvo rarísimas excepciones, y esas temporales, podemos asegurar que, como católico y agrupado, se ha salvado para el resto de su vida. Por el contrario, desgraciado del que cae al lado de la frívola y egoísta, incapaz de entender la paz y bienestar que puede llevar a un hogar un congregante modelo. El correr de los meses (no hace falta esperar al de los años) pondrá bien pronto de manifiesto para el mejor de los agrupados, que en las conquistas del mal, desde Eva hasta hoy, las esposas son omnipotentes; aunque después, como la del Paraíso, hallan de celebrar con lágrimas su omnipotencia".

En el citado artículo "La Agrupación estática y la Agrupación dinámica" donde también se estudia a fondo este problema, se dan las razones por las que las esposas pueden constituir un obstáculo infranqueable en el camino de la perseverancia en la Agrupación, o mermar la eficacia de la acción en ella: "La esposa del agrupado ha de ser escogida por éste con miras a su futura vida de actividad, de sacrificios, hasta de riesgos si es posible. Una esposa estática buena compañera para los días apacibles y tranquilos en que todo se desliza suavemente, sin asperezas, sin aristas, sin vicisitudes de dificultades, pero sin sentido de la realidad futura, se convierte, digámoslo claramente, en rémora, en carga, en lastre".

"Ella será el freno que se le opone a la actividad apostólico-dinámica de un agrupado, cuando éste quiera ponerse a tono con el proceso evolutivo que la Agrupación ha de seguir necesaria y fatalmente".

“La esposa del agrupado al ser escogida como la compañera de un apóstol en potencia: que sirva para los días fáciles y los difíciles, para la abundancia y la escasez; para el reposo y para la actividad”.

“La mujer que se une a un agrupado, sin aquilatar la trascendencia de la labor futura del hombre a quien se ata de por vida, no merece ser esposa de agrupado, pues no siempre habrá de ser este un buen padre de familia, aburguesado y tranquilo. La Agrupación forma sus hijos no sólo para que críen hijos para el Cielo. La esposa ha de estar en consonancia con lo que la Agrupación espera de su esposo”.

“La esposa del agrupado a de ser mujer con capacidad de gracia tal, que sea capaz de recibir todo la que Dios le envíe en virtud de su estado y condición. Para ello hace falta catolicismo profundo en la mujer, piedad sólida, visión clara de sumisión como compañera de un apóstol”.

“Mujer que no sabe sufrir cuando su esposo novicio-agrupado, va a un Círculo de Estudios, o asiste a una tanda de Ejercicios Espirituales, o que de alguna otra manera dificulta la formación de su compañero, no es esposa de agrupado. Es lo que dijimos, carga, lastre, rémora”.

“Por eso decimos: la esposa del agrupado, si es hallada en período estático, ha de serlo con la mente puesta en la época dinámica”.

La raíz del mal está en que las posibles esposas de agrupados, salvo rarísimas excepciones, no tiene el espíritu de la Agrupación, ni tienen ni pueden tener su formación espiritual, ni sus enfoques sobre la vida apostólica, ni su sentido del sacrificio.

Sin la selección rigurosa de la Agrupación, y sin formación intensa, no es posible pedirles que compartan desde el primer día ideales que sólo han podido ser asimilados a lo largo de varios años de trabajo; por eso, siendo absolutamente cierto cuanto se ha escrito sobre el obstáculo que una esposa incomprensiva puede ser para la vida apostólica de un agrupado, también lo es, que dado el altísimo

nivel espiritual a que debe llegar el agrupado ideal, difícilmente podrán encontrar una esposa capaz de armonizar con él su estilo de vida desde el principio de su matrimonio.

La solución de este problema gravísimo consiste en encontrar los medios que faciliten a las esposas de los agrupados el ir adquiriendo la dosis de espíritu agrupacional suficiente para comprender las actitudes y las actividades apostólicas de sus maridos, y llegar a cooperar con ellos en la ejecución de los fines de la Agrupación.

En este sentido se han hecho varios ensayos, no todos afortunados.

La totalidad de los agrupados, no importa las diferencias que puedan existir entre ellos, de edad, clase social o posición económica, tiene un denominador común: la Universidad. Sobre él ha trabajado durante muchos años la acción unificadora de la formación espiritual e intelectual de la Agrupación, creando en todos ideales comunes y puntos de vista idénticos sobre los problemas más fundamentales y sobre las obligaciones que este enfoque quería en cada uno de ellos individual y colectivamente.

Esa unidad se traduce en una caridad amplísima que convierte el trato entre agrupados en una verdadera convivencia familiar.

Nada de esto tienen sus esposas. Cada una de ellas sigue perteneciendo a su clase, su educación, su círculo; y el milagro de fusión que se produce entre los maridos no ocurre entre ellas, y no es lógico tampoco esperar que suceda de primera intención.

No hay duda de que para facilitar la asimilación del espíritu de la Agrupación es necesario que las esposas participen en alguna forma de su vida, y se reúnan entre sí, pero precisamente aquí es donde comienzan las verdaderas dificultades prácticas.

En un primer momento, cuando eran contados los agrupados casados, comenzaron a reunirse periódicamente todos los matrimonios de la Agrupación, pero desgraciadamente, tan pronto

como el número fue creciendo, las diferencias entre las señoras hicieron fracasar el ensayo. Años más tarde se ha comenzado a tratar de nuevo formando pequeños grupos afines, surgidos en ocasión de las reuniones que se celebraban a diario en casa de Arnaldo Aponte durante una enfermedad de éste, y que son análogos a los Equipos de Nuestra Señora que han tenido tanto éxito en Francia, introducidos en Cuba poco tiempo después, por la Acción Católica.

Cada uno de estos grupos está formado por unos seis matrimonios unidos ya de antiguo por relaciones de amistad, que se dan cita cada semana en la casa de uno de ellos para leer algún libro de formación religiosa y comentarlo después libremente. Cuando ya se han recorrido las casas de todos, se tiene una reunión en la Agrupación con el Padre Director, quien aclaran las dudas que hayan podido surgir en las semanas anteriores, amplía los puntos que lo necesiten, o trata de otros temas de interés general. De este modo se van estrechando los lazos de amistad entre los miembros del grupo, y las esposas se van sintiendo cada vez más unidas a la Agrupación, convirtiéndose a la larga en sus más eficaces auxiliares.

Parece que este es el camino hacia la verdadera solución, aunque todavía está lejos de haberse resuelto por completo el problema debido al desnivel entre el número de grupos, 10 en total, y el de los matrimonios de la Agrupación.

El fomentarlos entre los recién casados, mucho más fácil que el crearlos entre los antiguos, pudiera hacer que un día la totalidad de los matrimonios agrupados, o al menos su gran mayoría, perteneciera a ellos, y con eso se habría obviado la dificultad.

Además de esto, y de las fiestas como la de la Sagrada Familia, las conferencias y las Asambleas Apostólicas en que se invita a las esposas, y que sin duda las acercan a la Agrupación, se puede ir encontrando distintos tipos de actividades no obligatorias que les interese y vayan logrando vincularlas a ella.

En todo caso el aspirante sabe que un día ha de confrontar este problema, y que para hacerlo es preciso que vayan preparándose, pudiendo muy bien ser su novia el objeto de su primer apostolado exterior, con lo que no haría más que cumplir la promesa que hará al pasar a congregante y que dice: "Que entenderé siempre, como entiende la Iglesia, que el estado de Congregante es para toda la vida; y que esto, si me caso, se lo explicaré antes del matrimonio a mi futura esposa; para que en ningún caso pueda después haber dificultades que estorben el cumplimiento razonable de mis deberes de Congregante".

Para acabar de una vez para siempre estos puntos, el P. Rey envió la circular de 1ro. de enero de 1942, donde de manera precisa y terminante decía que a los agrupados que creían, si es que alguno podía creerlo, que al graduarse y casarse sus deberes se mitigaban quedando reducidos a dar el nombre, pagar la cuota y hacer acto de presencia en las fiestas oficiales una o dos veces al año; que si esto sucediera la Agrupación se vería obligada a separarlos por el bien general y el éxito de la Institución "por la que ellos en otro tiempo se sacrificaron".

VIII

1939 — 1952

El 2 de febrero de 1939 el Arzobispo de La Habana, monseñor Manuel Ruiz, auxiliado por dos sacerdotes agrupados, uno jesuita el P. Chisholm, y otro del clero secular, el P. Boza Masvidal, bendijo en el salón de la Anunciata, donde había nacido la Agrupación, la primera piedra de su edificio social.

Al principio apenas se contaba con lo suficiente para fabricar la planta baja, pero la Misericordia Divina se valió de la magnanimidad de personas amigas, y pronto se reunió todo lo necesario para levantar los tres pisos.

Los donativos fueron tantos y tan generosos que el P. Rey dijo en la inauguración que la casa era, más que nada, el monumento de la simpatía habanera a la Agrupación.

Mientras progresaba la fábrica el número de agrupados creció hasta hacer imposible la vida en la casa de la calle 25; al extremo de que fue necesario mudarse al nuevo edificio sin esperar a que estuviese terminado, y el día 8 de agosto la Agrupación se instaló como pudo en los dos primeros pisos, únicos que ya estaban habitables, dejando la inauguración oficial para cuando el resto estuviese acabado.

El domingo 27 de ese mes se dio la primera misa en la nueva capilla, regalada por Segundo y Jorge Casteleiro, quienes, "además del donativo, han hecho derroche de interés, tiempo, carreras,

solicitudes y cariños para que la 'Habitación del Jefe' responda al pensamiento de la A.C.U."

A su vez el salón biblioteca fue regalo de la Sra. Rosalía Fernández Quevedo Vda. de Bidegaray, quien ya había donado la colección de libros de derecho de su esposo.

El estado de la biblioteca al ser trasladado al nuevo edificio era desastroso. Completamente desorganizada por haber estado amontonada en un rincón durante todo el tiempo que duró la estancia en la casa de la calle 25, fue necesario ordenarla otra vez, clasificándola y haciendo tarjeteros que facilitaran la búsqueda de los textos. Un año entero tomó esa labor que realizó el bibliotecario Agustín Jover, quien en agosto de 1940 rindió un extenso informe sobre el trabajo realizado.

Por fin el día 14 de diciembre de 1939 a las 9 de la noche se inauguró oficialmente el edificio social de la Agrupación Católica Universitaria, presidiendo el acto el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Giorgio Caruana.

La fiesta estuvo dedicada al tema: "Influencia de la Eucaristía en la marcha de la Iglesia" desarrollado por Francisco Ferrán, Alfonso Matas, y Ángel Fernández Varela, concurriendo un gran público de agrupados, familiares, protectores y amigos de la Agrupación.

Tras la gran alegría de la inauguración vino para los agrupados su primer gran dolor, la muerte del P. Román Galán, ocurrida en junio de 1940. Fue sin duda una pérdida irreparable la de aquel Sacerdote lleno de ciencia y de espíritu apostólico, sabio investigador, hombre cultísimo, inteligente, ingenioso, simpático, verdadero maestro y verdadero amigo, que murió demasiado joven en un momento en que la ayuda que hubiera podido prestar a los agrupados hubiera sido inapreciable.

El 7 de octubre de ese año la Agrupación se constituyó en Asociación a los efectos legales; y en diciembre 15 se acordó

nombrar a San Ignacio de Loyola su Segundo Patrono en lugar de San Pedro Canisio; terminando el año con la toma de posesión el día 21, del nuevo Presidente Ángel Fernández Varela.

Era este todavía estudiante, a punto de terminar la carrera, pero como en 1941 acordara el Consejo que, en lo sucesivo, fuese siempre un profesional el Presidente de la Agrupación, y Fernández Varela acababa entonces de graduarse, fue elegido de nuevo para el período 1941-1942.

Un acontecimiento, ocurrido entonces, de enorme trascendencia para el futuro del catolicismo cubano que contribuyó notablemente a su expansión, y por el que había suspirado durante años la Agrupación, fue precisamente una de las causas principales de que se frenara bruscamente su impulso hacia el exterior, demorándose la ejecución de sus proyectos apostólicos, cuando ya parecía que había llegado el momento de iniciarlos, así como también fue el motivo de que muchos agrupados que pudieron haber sido paladines de la causa católica se frustraran al no encontrar en el momento preciso la posibilidad de dedicarse a la obra para la que habían sido preparados, terminando por alejarse de la Agrupación y perder su espíritu de militancia al sentirse condenados a la inacción.

En enero de 1941, en el Congreso Eucarístico de Camagüey, la Jerarquía Eclesiástica Cubana anunció su decisión de organizar la Acción Católica de Cuba.

El P. Rey, que siempre estuvo interesado en la Acción Católica y que seguía atentamente su marcha en el extranjero, hablaba de ella constantemente a los agrupados, y desde la fundación de la Agrupación le dedicaba al menos una plática en cada tanda de Ejercicios.

Ya en 1933 estuvo estudiando el proyecto de crear una "Asociación del Estudiantado Católico Cubano" con el fin de que sirviera de base a la Jerarquía para la fundación oficial de la Acción Católica el día

que esta creyera conveniente hacerlo. Y fue precisamente con ese objeto, y obedeciendo las indicaciones del Arzobispo de la Habana, Monseñor Ruiz, que se unió con la asociación de hombres más numerosa y extendida de la República: la Asociación de Caballeros Católicos de Cuba, entendiéndose de acuerdo con las palabras del Prelado, que esa era la Asociación que con el andar del tiempo llegaría a constituirse en Rama A de la Acción Católica Nacional.

Antes de que ésta se creara oficialmente, la Agrupación actuó desde el día de su fundación persuadida de que estaba haciendo acción católica y preparando el terreno para su organización futura. Así lo expresa Juan Suárez el 25 de febrero de 1933 al Secretario de las Juventudes Católicas Uruguayas: "Hace poco más de dos años que hemos empezado nuestra Acción Católica dentro del terreno exclusivamente universitario, por estimar que si antes no formábamos los hombres aptos para que tal organización diese los frutos debidos, jamás una empresa de tanta magnitud respondería en un todo a los dictados de la verdadera Acción Católica".

Semejante convicción la confirmó y alentó repetidas veces Monseñor Ruiz, una de ellas por escrito el 5 de enero de 1938 en carta dirigida al Presidente de la Agrupación: "Me siento feliz por contar entre mis auxiliares con hombres tan decididos, que por amor de Dios y al prójimo con tanto empeño se dan a trabajos de verdadera Acción Católica".

Para mayor abultamiento, Pío XII había escrito al P. Daniel Lord en 1940, que el "espíritu de solidaridad fraternal en la gloriosa misión redentora de la Iglesia Universal servirá mejor que ninguna otra cosa para coordinar, con nuestro inmediato Predecesor de santa memoria tan ardiente deseaba y proyectaba, los esfuerzos de las diversas asociaciones autónomas entregadas al trabajo apostólico y consagrarla, por decirlo así, su cordial colaboración, en el llevar adelante la causa de Jesucristo".

El 4 de septiembre de ese mismo año, precisando aún más los conceptos en su alocución a la Acción Católica Italiana, había expresado que las Congregaciones Marianas, al igual que las organizaciones de la Acción Católica, formaban parte de la oficial Cooperación en el Apostolado Jerárquico de la Iglesia sin perder por ello, nada de su espíritu propio ni de su interna organizaciones, coordinándose en perfecta armonía con las otras unidades de la Acción Católica.

Es natural por lo tanto que el anuncio hecho por la Jerarquía en el Congreso Eucarístico de 1941 llenara de júbilo al P. Rey y a los agrupados, quienes vieron en él la realización de una aspiración anhelada durante diez años y para la cual se habían estado preparando intensamente durante todo ese tiempo. Desde luego que a pesar de haber muerto Monseñor Ruiz a principios de 1940, la Agrupación creyó que eso pudiera influir para nada en el asunto, y dio por descontado que sería invicta a participar no sólo en la Acción Católica Cubana, si no también en su organización, especialmente en cuanto tocaba a universitarios y profesionales, no existiendo en ella dudas de ninguna clase respecto a su posición dadas las normas del Romano Pontífice y las palabras del difunto Arzobispo.

Estas esperanzas parecieron ser confirmadas en un primer momento cuando se nombró organizador del Secretariado Nacional, y Secretario de la Junta Nacional a José Ignacio Lasaga. Pero las cosas no pasaron de allí, pues al comenzar a tomar cuerpo nuestra Acción Católica, se inspiró en la de España donde es abundantísimo el clero secular, y al que adoptó su criterio de rígida centralización en las juntas parroquiales, sin tener en cuenta que en nuestro país en ese momento era muy escaso el clero, y que al aceptar íntegramente el ideal español, inadecuado a nuestras circunstancias, se excluía la poderosa ayuda que pudiera venir de las Congregaciones Marianas, y por lo tanto de la Agrupación.

No obstante las normas pontificas, la Acción Católica Cubana no quiso reconocer que las Congregaciones Marianas eran también

Acción Católica, y pretendió que todos los congregantes se inscribieran individualmente en sus filas, siendo ella la que decidiera sobre la labor que debían desempeñar.

El P. Rey, que siempre vio con mucha claridad cuáles eran los fines esenciales de las Congregaciones Marianas, y que repetidas veces dijo que prefería que desapareciese la Agrupación a que esta dejara de perseguirlos, defendió su posición contra viento y marea, con toda firmeza y valentía, viniendo años más tarde la Constitución Apostólica "*Bis Saeculari Die*" a darle toda la razón, y a confirmar que la Agrupación Católica Universitaria es una Congregación Mariana llevada a sus últimas consecuencias.

Durante 1942 y 1943 la Agrupación hizo constantes esfuerzos para acercarse a la Acción Católica, siendo índice de sus intenciones el párrafo que se agregó a las Reglas para el Consejo Directivo, que dice: "El Secretario de Relaciones pondrá mucho cuidado en todas nuestras relaciones con la Acción Católica tratando de que sean los más cordiales posibles".

Eso dio por resultado la invitación hecha por la Junta de Acción Católica de Cuba a la Agrupación para que esta nombrara dos delegados para intentar la estructuración de una Junta Parroquial, que una vez formada celebró una de sus conferencias en el salón de actos de la Agrupación, disertando en esta oportunidad Frank Barrera sobre "Los reflejos condicionados y su influjo en el carácter y costumbre de los hombres"; y la creación hecha en 1943 por profesionales agrupados y miembros de la Federación de la Juventud Católica de los grupos de Acción Católica de Varadero y Victoria de las Tunas.

A fines de ese año se pensó en la Agrupación que su actitud hubiera logrado limar las diferencias que existieran y disipar todas las suspicacias que pudieran haber al poner bien de manifiesto que lejos de intentar dirigir o en alguna forma imprimirle su sello a la Acción Católica, sólo deseaba cooperar con ella para contribuir así al

propósito común de la conquista del reino de Dios, y obedecer las indicaciones del Papa que deseaba que Congregaciones Marianas y Acción Católica trabajaran de acuerdo.

En este supuesto se escribió el 7 de noviembre de 1943 a Monseñor Valentín Zubizarreta, Arzobispo de Santiago de Cuba, y Presidente de la Junta de Obispos, una solicitud de unión a la Acción Católica que pusiera fin al inútil aislamiento a que quedaba condenada la Agrupación Católica y a la absurda división que eso creaba dentro del campo católico tan necesitado en Cuba de una unión compacta para hacer frente a los enemigos que de todas partes acechan a la Iglesia.

Desgraciadamente la carta en que se hacía la solicitud no obtuvo ni un simple acuse de recibo.

Como antes Monseñor Ruiz, su sucesor en el trono arzobispal de La Habana, Mons. Manuel Arteaga, reconoció en la Asamblea Apostólica de 1943 que la Agrupación "siempre había sido y había hecho Acción Católica". Pero no obstante esta declaración terminante de la Jerarquía la situación se mantuvo en el mismo estado anterior.

En septiembre de 1944 se estimó conveniente determinar con toda claridad la posición de la Agrupación, y lo hizo el P. Gustavo Amigó en un artículo publicado en "*Esto Vir*" titulado "Agrupación Católica Universitaria y Acción Católica". "Nosotros — decía en uno de los párrafos — también, y desde hace ya varios años, en los inicios de nuestra obra, hemos sentido en nuestra entraña la fuerza ineludible de la voz augusta del Vicario de Cristo, y hemos tratado de buscar nuestro modesto sitio en ese movimiento universal de catolicismo militante, tan especialmente acusado a nosotros, ya que nuestra característica, como Congregación Mariana Universitaria, es la ambición de forma cristianos y apóstoles por la ciencia, y con ella queremos ganar las batallas por el Reinado de Jesucristo que es su Iglesia".

“Providencialmente el mismo Pio XI y su sucesor Pio XII nos han marcado ya y bien claro el camino. De acuerdo con el Evangelio donde el Maestro nos enseña que “en la casa de mi Padre hay muchas moradas”, la Acción Católica no viene a absorber ni a centralizar, sino a alentar y a coordinar”.

“Tenemos por consiguiente, el mando supremo de perseverar en nuestras filas sin deshacer los cuadros. Pero sí nos incumbe un nuevo y grave deber: el de coordinarnos con la Acción Católica Oficial, entrando a adherirnos colectivamente en sus organismos autorizados: ese paso ya lo ha dado nuestra Agrupación, de modo franco y decidido, como también hemos sido generosos en suministrar algunos de nuestros miembros para las labores que desde allí se nos han demandado”.

“... queremos renovar este propósito de colaboración cordial, para ayudar sinceramente, desde nuestras propias unidades de combate, a la gran lucha universal por el reinado efectivo del común Jefe y Maestro, bajo las direcciones de la Jerarquía puesta por Dios en su Iglesia”.

En 1945 el P. Rey, ansioso por terminar aquella situación inconcebible, pidió a dos personas, a cada una en ocasión distinta, la última en día 25 de diciembre, que hicieran gestiones cerca de algunas altas autoridades de la Acción Católica a fin de que se aceptara la solicitud de la Agrupación. Las gestiones fueron hechas, pero sin resultado alguno.

El año siguiente, el Papa confirmó plenamente la posición de la Agrupación en ocasión de la visita “ad limita” del Obispo de Macau, a quien dijo que: “Algunos pueden creer que la nueva organización de Acción Católica vendría a desplazar las Congregaciones. De ningún modo: la voluntad de la Santa Iglesia es que las Congregaciones se multipliquen y desenvuelvan por todas partes, fieles a su espíritu y modo de ser propio”.

Y el 20 de agosto de ese mismo año escribe al P. Estanislao Olundain, SJ, Director de la Confederación de las Congregaciones Marianas de España, precisando de tal manera la posición de estas, junto a la Acción Católica que parecía estar resolviendo el conflicto cubano: "Es para Nos de especial satisfacción ver vuestra diligencia y cordial colaboración con la Acción Católica, llevada a cabo debidamente por medio de la adhesión colectiva de las Congregaciones Marianas y de la Federación misma, sin que sea necesaria la adhesión individual de los congregantes".

"De esta manera se obtiene aquella colaboración que según el pensamiento tantas veces manifestado por nuestro predecesor y recordado por Nos, nunca debe ser absorción y destrucción, sino coordinación de fuerzas, que trabajan por un mismo ideal sublime, cual es la causa santa de Jesucristo y su Iglesia.

"Llenos, pues, sus corazones de un santo entusiasmo, todos deben continuar como hasta ahora, promoviendo con el mayor empeño la vida espiritual y las obras de celo; que éstas son como ya otras veces lo hemos dicho, los elementos esenciales de auténtica Congregación Mariana... La Iglesia cuenta con vosotros y en vosotros tiene plena confianza".

Un principio de colaboración, aunque sin aceptar a la Agrupación como Acción Católica, se presentó en la Universidad donde las cuatro organizaciones católicas que allí existían, dos de Acción Católica y dos Congregaciones Marianas, formaron en el mes de noviembre un Comité Central integrado por sus presidentes respectivos y dos sacerdotes conciliarlos para coordinarse entre sí y marchar a una en todo lo que pudiera atener de común un apostolado universitario católico.

"*Esto Vir*" consigna la noticia con júbilo: "Anotamos con verdadera complacencia el hecho de esta fraternidad de asociaciones tantas veces recomendada por el Sumo Pontífice, y con El creemos que es ese el modo de que conociéndonos y tratándonos nos amemos

sinceramente, y amándonos, reduzcamos, por el único modo cristiano, a unidad la pulida de matices, que según la misma mente pontificia, tanto contribuye a aumentar, embellecer y dar firmeza al verdadero y amplio apostolado de la Iglesia”.

Alentado por ese hecho en la Asamblea Apostólica del año Ángel Fernández Varela ofreció la Agrupación al Obispo de la Habana allí presente, ya Cardenal desde 1945: “Dispón como de cosa tuya. Escoge a los mejores. Conmigo se han sentado esta noche para compartir nuestra gozosa fiesta, la ciencia, el saber, la prudencia, el don de hombres, las artes y las letras, Profesores y médicos, letrados e ingenieros, esperan de tus labios generosos lo que es regalo en el oído. Diles que la Iglesia cuenta con ellos. Invítalos a esforzarse en hacerse los mejores”.

Por fin, a principios de diciembre, cuando la Acción Católica hubo redactado un reglamento providencial de Asociaciones Adherentes, según el cual podía controlarlas por completo, envió el proyecto a la Agrupación, invitándola a unirse bajo las normas del mismo.

El 5 de ese mes el Presidente de la Agrupación contestó pidiendo adhesión y haciendo notar que: “Aprovechamos esta ocasión para hacerle algunas sugerencias sobre el mismo reglamento; ya que expresamente nos lo pide en su carta”.

“Nos parece que, si las Juntas de Acción Católica son las que ordenan las actividades de apostolado de las Asociaciones adherentes (Art. VIII), y en esas juntas no tiene participación ningún miembro de ella, más que cuando sea invitado por la Junta, y entonces con voto meramente consultivo (Art. IX), aún cuando emplee la palabra pontificia coordinación, lo que realmente dispone es su subordinación. Ahora bien, el Pontífice jamás exhorta a la obediencia a las Juntas de Acción Católica, sino a la coordinación, dentro de un espíritu cristiano de mutua caridad y benevolencia”.

“Claro está que la Congregaciones Marianas no pueden tener dificultad alguna con el Reglamento, si entendemos, como debe entenderse, que los Artículos VIII y IX, no pueden ser restrictivos del V que dice así: “Las Asociaciones adherentes conversan su fisonomía y autonomía propia, bajo la dirección y responsabilidad de sus órganos directores, en cuanto concierne a la consecución de sus fines particulares, señalados en sus reglamentos”; toda vez que las Congregaciones Marianas al igual que la Acción Católica, tienen, no sólo entre sus fines particulares, sino esenciales, señalados por el Romano Pontífice, toda clase de apostolado externo. Y en él queremos marchar a una con los otros grupos de Acción Católica coordinándonos perfectamente con ellos”.

La carta no agradó a la Acción Católica, que tampoco esta vez contestó sobre la solicitada adhesión.

Es este campo el primer acontecimiento del año 1947, fue la Pastoral colectiva del Episcopado Holandés, encabezada por el Cardenal Juan de Johng, fechada el 18 de abril, que como tantos otros documentos que pudieran citarse contribuyó a afianzar en el pensamiento de la Agrupación la seguridad de estar en posición correcta: “Grandes cambios se han introducido en el terreno de apostolado seglar”, dice la Pastoral, “en efecto de la Acción Católica, que ha venido a regular y dirigir sobre nueva vías la organización del apostolado laico”.

“Además, en el curso de los últimos años han surgido nuevas organizaciones juveniles, que ha inscrito en su programa la formación religiosa de la juventud”.

“Todos estos cambios han hecho nacer en muchos espíritus cierta duda acerca de la actualidad de las congregaciones marianas”.

“Por esta razón declaramos que la aprobación y reconocimiento dado por Nos en 1915 sigue conservando, aún hoy día, su pleno valor”.

Pero el hecho importantísimo de verdadera transcendencia que ocurrió ese año fue la proclamación hecha el 27 de septiembre por

Pio XII de la Constitución Apostólica "*Bis Saeculari Die*" regulando clara, precisa y terminantemente, las relaciones entre las Congregaciones Marianas y la Acción Católica.

En este documento fundamental, en el que al hablar de la Congregación ideal pinta de tal modo el retrato de la Agrupación Católica Universitaria que parece que se hubiera inspirado en ella, se declara de una vez para siempre que de "pleno iure", con pleno derecho, las Congregaciones Marianas son verdadera y legítima Acción Católica.

"Las Congregaciones Marianas", dice el Santo Padre en la Constitución Apostólica que examinamos, "consideradas en sus reglas, en su fin y en sus trabajos, poseen todas las notas que caracterizan a la Acción Católica, puesto que ésta, como ya proclamó Nuestro Predecesor de feliz memoria Pio XI, no es otra cosa que "el apostolado de los fieles que consagran su actividad a la Iglesia y de algún modo la ayudan a cumplir su oficio pastoral". En consecuencia, define solemnemente que "Las Congregaciones Marianas pueden ser llamadas con pleno derecho Acción Católica bajo la inspiración y protección de Nuestra Señora", no oponiéndose a ello ni su organización, ni sus notas peculiares "las cuales son más bien y serán, como lo han sido hasta ahora, la tutela y garantía de su espléndida formación católica".

Luego de haber resuelto la cuestión, Pio XII establece la manera de llevarlo a la práctica y en ella confirma lo mantenido por la Agrupación: Para prestar esa verdadera y plena cooperación en el apostolado jerárquico, en manera alguna se ha de variar o modificar las normas propias de las Congregaciones relativas la modo de realizar dicha cooperación".

"Finalmente las Congregaciones Marianas se han de considerar como de la misma categoría que las demás asociaciones de carácter apostólico, ya sea que formen con ellas una federación, ya sea que se adhieran colectivamente a un núcleo primario de Acción Católica.

Por lo demás si bien es verdad que los congregantes deben prestar su colaboración y apoyo, bajo la autoridad y aprobación de los Sagrados Pastores, a cualquier otra asociación, no es necesario que cada uno de los congregantes individualmente den sus nombres a organizaciones distintas”.

Todo esto había sido ya dicho por el Papa Pio XII y por sus predecesores, motivo por el cual la Agrupación siempre fiel a la voz del Pontífice, no había cesado en su actitud, pero en lo que ella nunca pudo soñar, y que es precisamente la novedad de la “*Bis Saeculari*”, es en que el Santo Padre declarara que Él es el Jefe de las Congregaciones Marianas que funcionan bajo la dirección de la Compañía de Jesús, las que en consecuencia son Jerárquicas porque: “se encuentran... en virtud de un privilegio, bajo nuestra autoridad inmediata, delegada por Nos en el General de la Compañía de Jesús”.

Pocos días antes de proclamarse la “*Bis Saeculari*”, en el telegrama que Monseñor Giovanni Battista Montini, Substituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, envió en nombre del Papa al Congreso de Congregaciones Marianas de Italia, celebrado del 10 al 12 de septiembre, anunciaba ya el espíritu de la Constitución Apostólica al decir que: “al lado de la Acción Católica colaboración (de las Congregaciones Marianas) autonomía, pero estrechamente fraterna”.

Pero como si la “*Bis Saeculari*” no hubiera bastado, Pio XII vuelve al tema de la autonomía en el radio-mensaje del 7 de diciembre al Congreso de Congregaciones Marianas de Barcelona: “Es necesario prevenir el error (error lo llama el Papa que aquí se expresa con más rigor que de costumbre) que algunos, impulsados de buen celo, pueden tener de querer uniformar las actividades en pro de las almas y someterlas todas a una forma común, con miopía de concepción, del todo ajena a las tradiciones y al suave espíritu de la Iglesia, (es preciso no olvidar que es Pio XII quien habla) heredera de la doctrina de San Pablo “Unos tienen un don, y otros, otro; pero todos el mismo espíritu (1Cor 12,4)”.

La repercusión en el mundo de la "*Bis Saeculari*" fue inmensa, y entre los países que primero respondieron a la voz del Papa obedeciendo decididamente sus indicaciones, estuvo Alemania; donde Monseñor Walker, Director Nacional de la Federación de Juventud de Acción Católica Alemana, declaró a fines de diciembre: "Todavía hay quienes, desconocedores de esta verdadera unidad, quieren confundirla con aquella artificial uniformidad de una organización única".

"Sea pues esta la conclusión: Nosotros proclamamos la "Unidad", que nos hace fuertes; aquella unidad que pedía Jesucristo en la última cena: "Ut unum sin": Pero con esa unidad queremos también respetar la santa libertad, y de esa manera salvaguardar las formas y caracteres propios de cada asociación, como los Obispos y el mismo Sumo Pontífice tantas veces nos han inculcado".

En principio el asunto estaba resuelto en Cuba, pero no en la práctica en que las cosas seguían como antes.

Por fin, en los comienzos del 1949 la Acción Católica redactó un proyecto de decreto regulando el papel de las Congregaciones Marianas en cuanto a su cooperación con ella. El proyecto disgustó profundamente al P. Rey, quien logró que se modificara, pero tampoco esta segunda forma lo satisfizo por apartarse todavía del espíritu de la "*Bis Saeculari*". Por último, se logró una tercera redacción que estuvo muy lejos de contentarlo, pero el Viceprovincial, P. Calvo, le aconsejó que mejor era dejar las cosas así y no seguir insistiendo.

En ese Decreto que se firmó el 13 de mayo de 1949 se declaran las Congregaciones Marianas, asociaciones unidas a la Acción Católica Cubana, sin alterar la constitución ni las normas propias de las mismas, y se dispone que: "Para prestar esa verdadera y plena cooperación al Apostolado Jerárquico, seguirán las direcciones de la Junta Nacional de la Acción Católica Cubana, conforme a la disposición de la Jerarquía que coordinara las actividades de dichas

asociaciones en orden a la buena ordenación del apostolado interno”, y además para el ejercicio de las actividades de apostolado que exijan la “colaboración y apoyo” de todas las fuerzas católicas.

El Presidente o Delegado de la Conferencia Nacional de las Congregaciones Marianas de Cuba formará parte de la Junta Nacional de Acción Católica Cubana, y aquélla estará también representada en las Juntas Diocesanas y Parroquiales. Además, las Congregaciones Marianas ayudarán económicamente mediante el pago de una cuota anual colectiva establecida por la Junta Nacional, en proporción al número de sus miembros.

En realidad, la segunda parte del Decreto, la dispositiva, no sólo margina las Congregaciones Marianas, a quienes no deja más que lo que no queda más remedio que conceder: el título de Acción Católica, sino que subordina a ésta cualquier posibilidad de acción exterior de aquéllas.

En la práctica, las discusiones en torno a las distintas redacciones del Decreto, dio por resultado que la Acción Católica ignore en sus actividades a la Agrupación, y deje a ésta actuar por su parte como juzgue mejor, con lo que se disiparon por el momento todas las esperanzas de unidad en la acción.

La diferencia de criterios en cuanto a esta cuestión no fue privativa de Cuba, tanto, que preocupada la Compañía de Jesús por la situación que creaba en muchos países la Acción Católica al pretender absorber en su dirección y actividades a las Congregaciones Marianas, lo que en la prácticas las anulaba, convocó una Conferencia de Promotores de Congregaciones que se celebró en Roma del 15 al 22 de abril de 1950, asistiendo 72 representantes de las distintas provincias jesuíticas, entre ellos el P. Rey.

La Conferencia se abrió con una carta de Su Santidad el General de la Compañía, en la que Pio XII aclara aquellos pasajes de la “*Bis*

Saeculari” que habían sido objeto de discusión por parte de algunos católicos de distintas nacionalidades, y es el más bello elogio que puede hacerse (en la *Bis Saeculari*), dice el Papa, “declaramos que estas cualidades de ninguna manera impiden que las Congregaciones Marianas puedan llamarse con pleno derecho Acción Católica bajo la inspiración y protección de Nuestra Señora; antes al contrario, ellas le confieren una visible importancia en el conjunto de las organizaciones de acción católica, más aún, las hace utilísimas y casi de todo necesarias. Porque las Congregaciones Marianas, como se desprende de su historia y de su índole poseen una peculiar aptitud para fomentar estas bellísimas notas: en primer lugar, la nota de santidad, de la que puede llamarse verdadera y sólida santidad, la más apropiada al estado de congregante; luego la nota de cristiana formación, por la que cada uno de los congregantes se convierte en ejemplo de sus iguales, en la vida familiar y social; por último la nota de plena y perfecta obediencia y respeto a Cristo y a su Iglesia bajo el auspicio y guía de la Bienaventurada Virgen María”.

En los últimos años la situación ha mejorado algo, lo que hace concebir la esperanza de que un día se llegue a mutua comprensión, y que la colaboración entre ambas organizaciones sea total. Ya en 1951 agrupados y federados brindaron juntos una serie de conferencias sobre la castidad que despertó un enorme interés en La Habana y en el interior de la República; y en 1954, aprovechando las recomendaciones hechas por el Papa en su discurso de apertura del Primer Congreso de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas, en el que exhorta a trabajar en pro de la mayor Gloria de Dios por medio de una mayor selección, una mayor unión con la Jerarquía, y una mayor cooperación con las demás asociaciones apostólicas, la Agrupación inició una política de acercamiento, cuyas primeras manifestaciones fueron la intervención de Julio Morales Gómez, y Angel del Cerro en el homenaje que se ofreció a José Ignacio Lasaga por haber sido elegido Presidente de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas, y el banquete en honor de los residentes del Hogar Católico Universitario que fue presidido por

el Hermano Victoriano, el P. Zabala O.F.M. y los PP. Llorente y Barbeito.

Volviendo a 1941, en ese momento, la Agrupación se sentía firme y segura de sí misma. Durante los nueve años de su vida no había dejado de avanzar un solo día y al hacer un recuento de sus conquistas, llena de optimismo contemplaba los amplios horizontes que se abrían ante sus ojos.

En ese estado de ánimo oyó la Agrupación el ciclo de seis conferencias que, a partir del 10 de marzo, pronunció en ella el P. Foyaca sobre la cuestión social, en las que propuso difundir en nuestra patria el pensamiento que la Iglesia había expuesto en las Encíclicas Papales sobre esta materia.

Los agrupados habían llegado a un punto en que necesitaban de la acción, y sin vacilar aceptaron la invitación que se les hacía, iniciando un movimiento perfectamente en consonancia con los fines de la Agrupación, que se llamó "Democracia Social Cristiana", y ha sido uno de los experimentos más interesantes que se han intentado en ella.

Para comenzar, por iniciativa de un agrupado que facilitó parte del dinero necesario, se editaron en forma de libro las conferencias del P. Foyaca.

Inmediatamente se creó el Círculo de Estudios Sociales que desde su fundación entró en febril actividad recopilando datos bibliográficos, preparando trabajos, y ensayando a sus futuros oradores.

Por fin el 6 de octubre de 1941 comenzó la campaña para la que se había estado preparando aquel grupo de jóvenes profesionales, escogiéndose como lugar de partida la Capilla de las Yaguas, donde en tres noches consecutivas se disertó sobre cada uno de los doce puntos del programa. "Puntos", dice Francisco Pérez Vich, uno de los más entusiastas paladines de la Democracia Social Cristiana,

“capaces de arrastrar con ímpetu avasallador, a un pueblo entero, sediento de justicia social”.

Después de este primer éxito siguieron conferencias en la Anunciata para obreros católicos y muchos de las escuelas nocturnas, y luego, ya más experimentados, en Jaruco, Guanajay, Santa Cruz del Norte y Jovellanos.

Poco a poco se le fueron sumando miembros de otras instituciones católicas de Cuba, los de Colón, la Anunciata y la Federación de la Juventud Católica. Por su parte la Agrupación se volcó por completo en esta campaña, no sólo hablando en los mítines, sino también llevando todo el trabajo de organización y secretaría.

El 22 de noviembre de 1942 el número de miembros era tal que se pudo celebrar la primera asamblea del movimiento en el Teatro Auditorium, la organizó el Dr. Abel Teurbe Tolón, Jefe de la Democracia Social Cristiana en su proyección nacional, y fue patrocinada por todas las asociaciones católicas, y presidida por los Arzobispos de la Habana y Santiago de Cuba, y el Obispo de Camagüey, asistiendo a ella in inmenso público representativo de todas las clases sociales.

La “Democracia Social Cristiana”, iniciada y llevada en sus primeros pasos por sólo agrupados que le dieron pronto carácter nacional, es la prueba más evidente de las posibilidades ilimitadas que tiene la Agrupación, y la muestra de lo que podrá hacer el día en que orgánica y coordinadamente emprendan sus miembros la conquista de Cuba para Cristo.

En abril de 1941 otro hecho notable confirma que la Agrupación había alcanzado el suficiente desarrollo para comenzar a trabajar en el exterior: José Ignacio Lasaga obtiene la plaza de profesor adscrito de la Cátedra de Lógica y Teoría del Conocimiento en la Universidad de La Habana, siendo el primer agrupado que enseñó en nuestro máximo centro docente. Con los años el número de

Agrupados Catedráticos ha aumentado a ocho en la Universidad de La Habana, diez y seis en la de Santo Tomás de Villanueva, dos en Santiago de Cuba, uno en la de Puerto Rico, y uno en la de Williams College en Massachussets, EE.UU. de A.; más cuatro en los Institutos de Segunda Enseñanza, veintiuno profesores en colegios privados y un director de uno de éstos.

Al fundarse la Agrupación, debido a la situación política de la época, la Universidad de La Habana desempeñaba un papel muy importante en los destinos de Cuba.

Por esa razón, y por el valor enorme que en la formación de las clases dirigentes tienen las cátedras, el P. Rey indicó la conquista de la Universidad como primer objetivo en la persecución de los fines que había señalado a la Agrupación, creyendo que era desde allí de donde mejor se podía dirigir el pensamiento cubano. Esto se lo inculcó durante muchos años a los agrupados, quienes fueron formados especialmente para lograrlo, a lo que se debe que en la Agrupación siempre haya habido fuerte inclinación hacia el magisterio, y se le considere entre sus tareas apostólicas más características.

Dadas las circunstancias del momento, el P. Rey no era partidario de la creación de universidades católicas por considerar que constituían una carga económica demasiado pesada. Opinaba entonces que lo más conveniente era fundar agrupaciones católicas cerca de cada universidad para que aquellas le fueran infiltrando a éstas su espíritu, al mismo tiempo que sus miembros trataran de ir ocupando mayor número posible de cátedras hasta acabar por convertir las universidades del Estado en universidades católicas.

Sobre esto le escribe a Manuel Artime: "Creo que más que crear universidades católicas, difíciles de mantener económicamente, y llenas de problemas en cuanto a la cantidad de clero que ellas solas necesitan; es conquistar la Universidad del Estado por medio de la conquista de cátedras por católicos; el día que todos los catedráticos

de la Universidad del Estado sean católicos, tendremos una universidad católica pagada por el Estado”.

Con el transcurso del tiempo los acontecimientos fueron evolucionando de manera que restaron importancia a la Universidad como elemento decisivo en los destinos cubanos, esto y la lentitud con que vacan las cátedras, hizo rectificar al P. Rey su orientación respecto el objetivo principal que debía perseguir la Agrupación, sin abandonar por eso el ideal universitario que tanto se presta a un magnífico apostolado por la influencia que puede ejercer sobre los criterios del país.

Paralelamente a la preparación para ejecutar estos propósitos profesoraes e íntima y naturalmente relacionado con ellos, la Agrupación ha estado siempre muy interesada en todo cuanto toca a la educación en Cuba por ser ésta una de las bases principales donde debe asentarse la catolización de nuestro pueblo.

Respondiendo a una invitación de los Caballeros de Colón, a principios de 1939, la Agrupación fue representada en el radio-mitín “Pro-Patria y Reafirmación Nacional” por Manuel Luis del Riego, quien desarrolló el tema, “El Catolicismo y su acción educadora en Cuba”. En el año siguiente también participó en los mítines de igual denominación en La Habana, Camagüey y Matanzas, donde hablaron Ángel Fernández Varela y José Ignacio Lasaga. También ese año organizó una campaña de telegramas a la Constituyente para impedir que se implantara el laicismo en las escuelas privadas.

En 1941 estuvo a cargo del orden, que fue perfecto, en el mitín celebrado el 25 de mayo en el Teatro Nacional “Por la Patria y la Escuela”, en el que habló Ángel Fernández Varela, y al que asistió un público sin precedentes que llenó todo el teatro, los portales del Centro Gallego, y el Parque Central. Este hecho probó que la mayoría del pueblo cubano es medularmente católico, y que no necesita más que dirección y organización para mostrar sus

sentimientos a inclinar con su peso la balanza en el sentido más favorable a la Iglesia.

No contenta con aquella demostración de fuerzas, la Agrupación, obedeciendo las indicaciones del Sumo Pontífice que había confiado especialmente a las congregaciones Marianas la lucha contra el ateísmo propagado por el comunismo, y que el P. Rey, siempre atento a su voz, encargara a su fundación el julio de 1936, continuó su campaña contra la tendencia comunista en la Constituyente. A ese fin se pidió a la C.I.D.E.C. y a Pax Romana cuantos datos pudieran conseguirse sobre la escuela privada en los respectivos países de los miembros de los Congresos que ambas organizaciones iban a celebrar en Bogotá.

“En lo nacional: escribe a los agrupados ausentes Raúl Piñeiro, Secretario de la Agrupación, los católicos están empeñados en una formidable campaña contra el comunismo, más directamente si cabe, ya que han nombrado presidente de la comisión de enseñanza al Jefe de ese partido y ello supone una amenaza a las escuelas religiosas”.

“En estos últimos meses — dice Ángel Fernández Varela en una carta al Secretario de la C.I.D.E.C. — una activa campaña anticomunista, provocada por el auge oficial que ha alcanzado esta doctrina, especialmente en la reglamentación de la enseñanza, nos retiene forzosamente, por ser los miembros de la Agrupación los que fundamentalmente están sosteniendo esta campaña”.

Conjurado el peligro, los agrupados se encargaron de la Federación de Colegios Católicos. En esta labor se distinguió notablemente Marino Pérez Durán, elegido varias veces Presidente de la Federación. Además, como ya se ha visto en otra parte, fue, ayudado por otros agrupados, el eficaz organizador de varios congresos nacionales e internacionales que sobre la materia se han celebrado en Cuba, y ha representado también varias veces a nuestro país en eventos del mismo género en el extranjero.

No obstante haber siempre encarecido la Agrupación el apostolado del magisterio como uno de los más fructíferos y propios de su misión, la labor de sus profesores estaba atomizada por falta de coordinación de planes, haciéndose sentir la necesidad de ensayar iniciativas de conjunto.

Con ese fin, el 2 de junio de 1951 se reunieron cuarenta de sus profesores, para estudiar en el Primer Congreso de Profesores de la Agrupación Católica Universitaria los problemas capitales de la enseñanza Primaria, Secundaria y Universitaria, tanto en las instituciones públicas como privadas, adoptándose acuerdos que promete dar óptimos resultados.

Regresando de nuevo al año 1941, en el mes de mayo se ofrecieron tres conferencias para los protectores de la Agrupación. La primera, a cargo de José Ignacio Lasaga tenía como tema "El problema capital en la Psicología de los animales", la segunda, pronunciada por Félix Chediak, Abogado de Oficio de la Audiencia de La Habana, trató sobre "La tesis marxista de la interpretación de la historia"; y en la tercer, Ángel Fernández Varela, Presidente de la Agrupación, disertó sobre "El problema de la enseñanza y sus derechos".

Todavía 1941 está destinado a contemplar otros esfuerzos de la Agrupación hacia el exterior. Como si no fuesen bastante las actividades en que estaba empeñada intentó invadir un nuevo sector, uno de los más importantes y necesarios para el logro de sus fines: la prensa.

Si la Agrupación se propone influir en la opinión pública, educar al pueblo, y llevar la sociedad cubana a Cristo, pocos medios encontrará más a propósito para conseguirlo que el periodismo. En efecto, desde su fundación el P. Rey tuvo presente la importancia de la prensa en las obras de apostolado y se preocupó siempre de que los agrupados se preparan para poder un día usarla como vehículo de sus ideas, pero al abandonar la docencia universitaria como

objetivo principal de la institución, concentró sus esfuerzos en orientar por ese camino las principales actividades de su obra.

A partir de la fundación de "*Esto Vir*" en junio de 1931, se contempló la idea de moldear a algunos agrupados para el periodismo católico, y en esa publicación se ejercitaron los que después han pasado a formar parte de las redacciones de nuestros grandes periódicos. No solo éstos, que escribían regularmente, sino muchos otros agrupados han llenado sus columnas tanto con artículos de formación, como de comentarios a la actualidad, animados de espíritu de combate, ejemplo, aquél de noviembre de 1946, en que Juan Antonio Rubio Padilla hizo tan valiente y brillante defensa del Cardenal Arteaga, contestado a los organismos revolucionarios que lo atacaron por su Circular publicada con motivo de la inauguración del curso en la Universidad de Santo Tomás de Villanueva.

En 1934, en uno de los momentos más difíciles de nuestra vida republicana José Ignacio Lasaga fundó un periódico, llamado "*Futuro*", redactado para el ambiente estudiantil donde estaba el vórtice de la tormenta, que significó en esa época la señal de vida del estudiantado católico, y que desapareció al restablecerse la normalidad universitaria.

1935 vio aparecer en la Agrupación una revista dedicada a los colegios, titulada "*Amanecer*", y otra, que se proponía ser el órgano de prensa de los barrios de indigentes que se llamó "*Sin Trabajo*", editada gracias a los esfuerzos del Círculo Periodístico que dirigía el P. Rubinos.

"*Sin Trabajo*" se vendió no sólo en los barrios a los cuales estaba destinada, sino que, convertidos apostólicamente sus redactores en verdaderos vendedores de periódicos, también lo fue en los ómnibus, a la salida de los teatros, y en el interior de la República, llegando el número de abril a doce mil ejemplares. Paradójicamente, "*Sin Trabajo*" terminó debido a las excesivas ocupaciones de sus redactores.

Tras la desaparición de esta revista la Academia literaria editó en 1941 una hoja, de corta vida, que se tituló "*Pa'lante*". Ese mismo año se hizo el primer intento de envergadura en el campo periodístico: la revista "*Siempre*" que quiso llegar a ser el gran semanario católico de Cuba. El P. Rey tomó gran empeño en el proyecto y le dedicó largas horas a su estudio y discusión, aconsejando que al principio, para explorar el terreno, saliese con solo cuatro planas, pero sus redactores demasiado entusiastas no se conformaron con menos de dieciséis.

El primer número apareció el 16 de septiembre y fue recibido con calor por parte de un público bastante numeroso.

Sin interrupción se publicó todas las semanas durante cuatro meses, hasta que uno de nuestros principales periódicos propuso fundir las dos empresas y sacar una magnífica revista de mayor circulación y apoyo económico.

Los redactores de "*Siempre*" se ilusionaron con el proyecto, que nunca se realizó y pasaron a la redacción del periódico todos excepto Ángel Fernández Varela, quien completamente solo escribió el texto de los últimos números. Ese trabajo agotador, y la falta de dinero, determinaron al P. Rey a aconsejarle desistir del empeño.

De nuevo en enero de 1944, esta vez con mayores alientos aún, y también con mejor éxito, emprendió la Agrupación el apostolado de la prensa con "*Lumen*". Quiso ésta ser una revista católica de carácter científico y circulación internacional, el más alto exponente de la Agrupación y de la Iglesia en Cuba. Duró hasta 1951, y desapareció debido a las dificultades con que se tropezaba para conseguir el material de elevadísimo nivel que se deseaba, lo que hacía imprescindible el haber contado con un cuerpo de investigadores exclusivamente dedicados a producir para ella.

Antes de desaparecer "*Lumen*" se desdobló en otra publicación de carácter especializado: "*Lumen Médico*".

Aunque aparentemente "*Lumen*" fue en el campo de la prensa la manifestación más propia de la Agrupación, no constituyó sin embargo el instrumento más apto para alcanzar sus fines por apuntar demasiado alto y tener por ello necesariamente un número muy restringido de lectores. Si "*Siempre*" hubiese podido seguir el camino que emprendió, evolucionando, cuando los medios económicos se lo hubieran permitido, hacia un nivel más elevado, pero nunca tanto como el de "*Lumen*", hubiera sido uno de los medios ideales para emprender la conquista de los objetivos de la Agrupación, pues nada más conveniente para influir y dirigir el pensamiento del país que una revista seria, bien escrita, fácil de leer y accesible a todos, donde se den los criterios católicos sobre las cosas de mayor actualidad, sea arte, literatura, ciencia, economía, problemas sociales, política internacional o interna.

En 1948 vio la luz una publicación quincenal con cuatro páginas titulada "*Acción Cubana*" que, aunque dirigida por agrupados no era un órgano de la Agrupación, colaborando en él también Federados y Caballeros Católicos. Su carácter era político y estaba en íntima relación con la organización del mismo nombre que más adelante se verá.

La última gran esperanza del P. Rey en el terreno de la prensa fue la compra del periódico "*El Mundo*", puesto en venta en seiscientos cincuenta mil pesos, y para la cual se logró disponer de cuatrocientos mil, pero cuando ya parecía que era fácil encontrar el resto y que la operación se iba a cerrar de un momento a otro, algunos de los agrupados interesados en ella, se alarmaron y prefirieron desistir, no quedando otro remedio al P. Rey que renunciar a un sueño que llevado a la realidad hubiera podido ser una arma poderosísima en la defensa de la Iglesia, y el instrumento más apto que pudiera imaginarse para llevar a cabo los propósitos de la Agrupación.

En 1953 comenzó a salir el "*Esto Vir*", con carácter festivo; y a fines de 1955, exponente del entusiasmo e impaciencia de las últimas

jornadas de estudiantes, aparecieron el "*Esto Virito*" de los aspirantes, y "*El Debate*", "fruto maduro de estudios, de pulsar posibilidades, de templar inquietudes y ansias de trabajo" que pretende "nuclear alrededor de estas cuatro páginas lo mejor y más selecto de la juventud cubana en su esfuerzo sincero por orientar los pasos de la Patria" porque "vivimos persuadidos de que la influencia de las doctrinas materialistas, llámese liberalismo o comunismo han asfixiado el destino grande que para este país concibieron los libertadores; que se impone la vuelta a una concepción espiritual y trascendente de la vida", para lo que es indispensable "un catolicismo consciente de su elevada y exclusiva misión espiritual, pero un catolicismo de combate, con proyecciones sociales, aguerrido, siempre dispuesto a luchas por la causa de Dios que es también la causa del pueblo". "*El Debate* será eso: un puesto de comando, una trinchera de vanguardia del Catolicismo nacional", "al margen y por encima de todo partidatismo político".

Cuando se vuelve la vista, y se contempla el panorama que ofreció la actividad de la Agrupación en el año 1941, con sus campañas en favor de la "Democracia Social Cristiana", "Pro Patria y Reafirmación Nacional", "Por la Patria y por la Escuela", y la publicación de la revista "*Siempre*", asombra la pujanza que había logrado en solo diez años de fundada.

Las halagüeñas perspectivas de aquel año, que tan bellas esperanzas hacía concebir, determinó al P. Rey a desembarazarse del peso puesto que representaban los agrupados incumplidores incapaces por tanto de convenir a la nueva etapa que parecía iniciarse.

Antes de hacerlo les envié, el 1ro. de enero de 1942, una circular avisándoles "que entiendan claro que de continuar así, no pueden permanecer en la Agrupación, aunque méritos anteriores nos hagan sumamente dolorosa su separación", y termina haciendo votos porque no "lleguen días tristes, en que nos veamos obligado a llorar la desaparición de nuestro lado de algunos por quienes tantas veces

nos hemos interesado y a quienes tantas veces hemos abrazado fraternalmente en este hogar agrupacional”.

La Agrupación, que todavía no sospechaba que los acontecimientos la obligarían a contener su impaciencia unos años más, empezaba a derramarse hacia el exterior confrontando al hacerlo la necesidad de reforzar disciplina, y para ello comenzaba por eliminar los agrupados que por un motivo u otro habían perdido su espíritu y no estaban dispuestos a entregarse a la acción apostólica que ella exige. Por tal razón en ese año y los sucesivos las bajas son muy numerosas, y se hacen más estrictos sus reglamentos, a propósito de lo cual escribe el P. Rey que “Lejos de renunciar o mitigar con estas modificaciones los principios en que se basa nuestra institución, tratamos por el contrario, con ellas, de reafirmarlas y perfeccionarlas cada vez más”.

Como el Director necesitaba ayuda para fomentar y organizar las labores que parecían avicinarse, en el mes de agosto fue designado para esa tarea el P. Gustavo Amigó, SJ, quien gracias a su vasta cultura, entusiasmo y profundo conocimiento del medio ambiente le prestó la más eficaz colaboración.

En perfecta correspondencia con el desarrollo espiritual de la Agrupación y sus ansias de acción exterior, comienza a mediados de diciembre de ese mismo año 1942 su asombrosa expansión material, que ya no se detendrá hasta alcanzar en fechas posteriores proporciones que nadie pudo soñar en sus principios. El primer paso fuera de la primitiva casa fue la compra del solar situado entre ella y el de la esquina de San Miguel y Mazón.

Inmediatamente el P. Rey organizó un grupo de señoras encargadas de recolectar el dinero suficiente para comprar el otro solar contiguo y a fines de año ya la Agrupación era dueña de él y proyectaba construir una residencia de estudiantes.

El duodécimo aniversario de la fundación fue celebrado el 4 de marzo de 1943 con un concierto de la banda de la Marina dirigido

por el Capitán Armando Romeu, autor de la música del himno de la Agrupación, cuya letra es de José Ignacio Lasaga, oído por primera vez en esa ocasión, en la que flameó, también por primera vez, su bandera en la forma actual.

Todo parecía confirmar la confianza que tenía el P. Rey en un próximo inicio de la etapa dinámica de su obra, y a ello contribuyó el número de agrupados que continuaba creciendo sin cesar, al extremo de hacer imposible seguir celebrando la misa del domingo en la capilla del primer piso, y obligar a construir un altar al fondo del Salón de Actos, separado de éste por una cortina que al descorrerse lo convirtiera en otra capilla con mucha mayor capacidad que la primitiva. Este segundo altar fue consagrado el 10 de junio por el Obispo de Camagüey, Monseñor Enrique Pérez Serante, a quien ayudaron en la ceremonia los PP. Hernández, Rey y Amigó.

Adelantándose la fecha, que ordinariamente era en diciembre, ese año tomó posesión de la presidencia Sergio Álvarez Mena el día 29 de septiembre.

En octubre se celebró la primera Asamblea Apostólica de la Agrupación, presidida en esa ocasión por el Arzobispo de La Habana, Monseñor Manuel Arteaga. Fue un formidable resumen de todas sus actividades, "un inventario de nuestra actuación exterior en la difusión de la Verdad y del Bien que N.S. Jesucristo derrama por su Iglesia", como dijo en su discurso el P. Amigó, resultando esta primera Asamblea en una de las más interesantes que se han celebrado.

En 1945, el P. Rey, con esa seguridad que le daba la posesión absoluta de la moral y el dogma católico, y aquella entereza de carácter que le hacía rechazar las repugnancias ñoñas y los temores injustificados, y le permitía actuar libremente en el sentido de la mayor conveniencia para la causa de Dios, decidió, que ya que los masones celebraban la Cena Marciana, no había ninguna razón para dejarles a ellos la exclusiva, y a partir del 28 de enero los médicos

de la Agrupación adoptaron ese acto aprovechando la oportunidad para iniciar a continuación los Congresos Médicos.

Marino Pérez Durán tomó posesión de la presidencia el septiembre de ese año. En noviembre el Consejo acordó crear una obra que se llamó Agrupación Católica Pre-Universitaria con muchachos de los Institutos. Esas Pre-Universitaria cuyo fin es ir preparando en el espíritu de la Agrupación a los posibles futuros agrupados, funciona todavía en varios Colegios privados y en algunos Institutos del interior, habiendo dado hasta hoy excelente resultados.

En la Asamblea Apostólica de 1945 se otorgaron los primeros títulos de "Maestros en la Agrupación", nueva jerarquía dentro de ésta, en la que se da la plenitud de la condición de agrupado siendo los primeros en recibir ese honor Ataulfo Fernández Llano y José Ignacio Lasaga.

En el discurso que Marino Pérez Durán pronunciará en la Asamblea del año siguiente explicará en qué consiste esa rango: "significa haber sido congregante cabal por diez años consecutivos sin desmayos ni vacilaciones; tener una formación católica sobresaliente, completada con la recepción de todos los cursillos oficiales dentro de nuestro recinto; haber cooperado en la formación de los agrupados más jóvenes, encabezando círculos de estudio o jornadas de trabajo apostólico; vivir como un ejemplo edificante de intensidad católica, de apostolado perenne, de criterios y actitudes siempre mesurados y rectos, es ser cristiano modelo entre cristianos que quieren ser modelos, y hombre de Cristo entre hombres que buscan a Cristo y quieren estar con El".

En el "*Esto Vir*" de ese año se observa mayor madurez, hay más médula en sus artículos de fondo que denuncian una creciente inquietud cada vez más orientada hacia la política. Todavía es un movimiento en germen, pero se nota en él tanta vitalidad que hace pensar en un rápido desarrollo.

Desde 1931 la Agrupación, consiente de sus propósitos, comenzó a asomarse al campo de la política, primero estudiando a fondo las doctrinas socialistas y comunistas para conocer las ideologías, las tácticas y los peligros del campo contrario, y luego, dando de cuando en cuando, normas generales que iluminaran los criterios y fueron formando las conciencias en este terreno.

Gran auxiliar del P. Rey en esta labor fue Aulfo Fernández Llano, quien, desde el Círculo de Estudios, o en cursillos y conferencias contribuyó no poco a la formación política de los agrupados.

Entendía el P. Rey que ésta era esencial para hombres destinados a dirigir al país, y por eso desde el primer día, a la par que se dedicó a moldearlos espiritual y culturalmente, se entregó a la tarea de prepararlos para una posible actuación pública. Esa es la razón por la que, de acuerdo con lo que los Pontífices indicaban a los católicos, condenaba, muy especialmente en los agrupados, la abstención total en las actividades políticas, y mantenía que la religión no puede desentenderse de un asunto tan grave del que depended el bienestar temporal y eterno de los hombres. Enseñaba que los católicos están obligados a interesarse en ella y a procurar por todos los medios el bien común, afirmando que cuando la religión se abstiene de intervenir en política, a la larga ésta acaba atacándola, y entonces a la víctima no le queda otro recurso que o ir al martirio, o tomar las armas; para concluir que si los católicos no se adelantan a los acontecimientos, acabarán siendo arrastrados por ellos, sucediéndoles invariablemente cuando no quieren contaminarse tratando con otros que consideren de inferior nivel moral, que al fin y a la postre es el enemigo quien se adueña del campo.

“Quizás”, escribe Valentín Arenas Jr. en el “*Esto Vir*” de julio de 1947, “si cayéramos en la cuenta de la importancia de la política en la vida de una nación, si pensáramos que la actividad política se mete en todo, interviene en todo, lo fiscaliza todo, quizás entonces comprenderíamos nuestro error (al no intervenir en ella).

“...nadie duda que las fuerzas políticas están jugando un papel transcendental en la vida de todos los pueblos, la política es la que manda, es la cabeza, y todos los demás se limitan a obedecer. Nosotros necesitamos también una fuerza política sana tan progresista como la que más, pero basada en principios católicos y cubanos. No es un capricho, no es un gusto, es una necesidad, es poseer un arma efectiva de que ahora carecemos y que nuestros enemigos la tienen”.

“...hay que empezar por no tenerle miedo a la política. Es necesario quitar ese velo, esa cortina de humo que nos hace ver malo todo lo que gira alrededor de esa mágica palabra que unos no pueden ver y otros no quisieran dejar de ver”.

En resumen, éste era el criterio del P. Rey al respecto, quien quería formar dentro de la Agrupación un núcleo de hombres activos, de vida sobrenatural intensa, específicamente, preparados para convertirse en directores capaces un día de conducir la masa.

Este propósito se intensifica con el fin de la Agrupación, y es que los apostolados más propios de ella, los más adecuados para llegar a la meta que se ha señalado: el influir sobre el pensamiento cubano para devolverlo a Dios, son: el sacerdocio; el magisterio, con todas las actividades científicas, aunque éstas no se ejerzan necesariamente desde la cátedra; la prensa; y la política.

En esta concepción del P. Rey, como en todas las suyas, no había nada abstracto ni teórico. Que aspiraba a conseguir un objetivo práctico y concreto por medio de la futura intervención de los agrupados en la política del país, lo prueba el que repitiera tantas veces, que el espacio vacío que queda en el patio junto al busto de Martí, estaba reservado para el busto del primer agrupado que ocupara la Presidencia de la República.

El P. Rey entendía la obligación de los católicos de interesarse en la política, no necesariamente como el deber de crear un partido, sino

como una forma de propagar, mantener y defender los ideales del Catolicismo, siendo preciso para esto no rehusar ningún medio lícito al alcance de la mano: prensa, radio, cine, televisión; ni tampoco tener escrúpulos en hacer política activa dentro de los partidos existentes que no se opusieran a los principios mantenidos por la Iglesia, con el fin de alcanzar por medios de ellos posiciones públicas que les permitieran desde allí defender los intereses fundamentales de su religión y conquistar plena libertad de acción para propiciar la salvación de las almas.

“Es un grave error dejar los asuntos públicos en manos de personas no católicas”, había dicho Pio XII, y la Agrupación haciéndose eco de su voz trataba de inculcar esa idea en la mente de sus miembros ilustrándolos sobre las ilimitadas posibilidades que en el campo apostólico tiene la actividad política cuando se ejerce con fines estrictamente sobrenaturales, así como acerca de las ventajas, también sin límites, que desde el punto de vista meramente temporal tiene ese enfoque para la nación.

Durante todo este período, “*Esto Vir*”, en el ejercicio de su misión formativa, orientó constantemente los criterios de los agrupados mostrándole la posición justa que deben adoptar frente al problema. Ejemplo destacado de ello fue el artículo titulado: “Lo que opina el Papa” en el que, tomándolo de las Encíclicas, se exponía el pensamiento de los Pontífices sobre la materia, recalcando la obligación que tienen los católicos “por ley de la caridad social de procurar con todas sus fuerzas que toda la vida de la República esté regulada por principios cristianos”, y aclarando la distinción entre la actuación de la Acción Católica como tal y sus miembros individualmente considerados, en el sentido de que la primera tiene que abstenerse de la política y los segundos deben hacerla.

Producto de esta doctrina fue, en 1946, el primer paso dado por la Agrupación en el terreno político, y también su primer éxito, que fue realmente clamoroso.

En la tanda de Ejercicios Espirituales que dio el P. Rey empezando el 21 de febrero de ese año, al finalizar la segunda semana, en la plática después de la meditación de los tres Binarios, aconsejó terminantemente que: "el que tenga vocación de político que la siga".

El consejo lo obedeció Ángel Fernández Varela a quien desde el año 1938 el P. Rey alentaba para que emprendiera ese camino y ahora se postulaba como candidato para Representante por la provincia de La Habana, y alcanzar en las elecciones una victoria sin precedentes poniéndose a la cabeza de los cándidos de su partido con más de 17,500 votos.

La idea prendió como la pólvora, y en 1947 la Agrupación entera hervía con la nueva orientación.

En mayo Marino Pérez Durán renunció la Presidencia para aspirar al cargo de Representante en las próximas elecciones, sometiéndose con esto a las normas trazadas por la Jerarquía Eclesiástica de nuestro país que disponen que: "los Presidentes de Acción Católica no deben participar en política activa". Lo sustituyó durante el resto del período presidencial Carlos Martínez Arango, quien a propósito de la renuncia escribió en el "*Esto Vir*" del mes de junio: "Marino como Angel, nació con vocación y aptitudes de político, y ahora se propone poner esa vocación y esas aptitudes a los pies del Maestro, para que El las utilice como convenga mejor. Quiere ser otro pionero de esa nueva casta de políticos que tan apremiantemente necesita nuestra Patria: el católico político. Es decir, el que ve en la política lo secundario, lo accidental, un simple medio que pone en sus manos la Providencia para desarrollar su apostolado católico, como en los de otros ha puesto el Derecho, la Medicina o el Sacerdocio".

Al mismo tiempo que Marino Pérez Durán, se postulaba Melchor Gastón por la provincia de Matanzas.

Aquel año todo giraba en la Agrupación alrededor de la política, en la que veía el P. Rey un arma poderosísima en la lucha por la conquista del reino de Cristo. En el Primer Congreso de Letras de la Agrupación, Lasaga presentó un trabajo sobre los principios morales que rigen la política, estudiando luego las relaciones que existen entre ésta y la Acción Católica; y en el Segundo Congreso de Ingeniería de la Agrupación se distribuyó entre sus miembros el estudio e información de la Ley Agraria que tenía en proyecto la Cámara de Representantes, y de la que se ocupaba Angel Fernández Varela como Secretario de la Comisión designada para presentar la ponencia de dicha ley, rindiendo los ingenieros, en colaboración con los miembros del Círculo Jurídico, los correspondientes informes técnicos.

Por último, señalando la actividad principal de ese año, la Asamblea Apostólica de 1947 tuvo como tema: "La política como apostolado", estudiándola también en sus relaciones con la Acción Católica a la luz de las Encíclicas".

En esa ocasión, el Nuncio, que presidía la Asamblea, dijo que: "En la Agrupación reina el ambiente con que sueña el Papa".

De esa época es "Acción Cubana", el movimiento político más interesante que ha surgido en nuestra Institución".

Se inició fuera de ella, pero formado por agrupados, proponiéndose al principio aprovechar las oportunidades que se le presentase en cualquier partido político, para luego fundar el suyo propio. En este primer período se le agregaron al núcleo primitivo muchas personas no agrupadas e inclusive unas cien mujeres.

Al fracasar el proyecto de la compra del periódico "El Mundo", el P. Rey decidió, no pudiendo encaminar la acción apostólica de la Agrupación en el campo de la prensa, dar un mayor impulso a la política y orientar hacia ella los principales esfuerzos de la Agrupación. Con ese objeto creó con los agrupados pertenecientes a

“Acción Cubana” un Circulo dirigido personalmente por él, en el que se enfocaba la política como apostolado y se estudiaba todo cuanto en alguna manera contribuyera a formar al político teórica y prácticamente, constituyendo el eje de la motivación de sus miembros la respuesta dada por ellos a la pregunta de San Ignacio en los Ejercicios Espirituales: “¿Qué hago yo por Cristo?”, a la que contestaban, “Hago política”.

Al enterarse la Jerarquía de la existencia de “Acción Cubana” le advirtió que en Cuba ya había varios partidos políticos en alguno de los cuales podían militar los de su grupo sin necesidad de crear uno católico.

En igual sentido le habló a Juan Antonio Rubio Padilla cuando en la revista “*Bohemia*” apareció un artículo firmado por él donde repetía los conceptos expresados en una conferencia que pronunciara en la “Universidad del Aire” abogando por la creación de un partido Democrático Cristiano que al igual que los que en Europa estaban resolviendo los problemas de Alemania e Italia, solucionaran los de Cuba.

Coincidiendo con estas cosas, algunos agrupados, alarmados ante el temor de posibles complicaciones para la Agrupación, forzaron al P. Rey a prohibir reuniones de “Acción Cubana” dentro del recinto de aquella. Desde entonces continuaron éstas fuera de la Agrupación, pero ya el P. Rey no asistía más que cuando se trataban asuntos de la mayor importancia, aunque se mantuvo constantemente al tanto del movimiento, y desde luego le concedió toda su aprobación y aliento.

Las cosas así, se resolvió invitar a formar parte de “Acción Cubana” a algunos católicos no-agrupados, pero éstos pusieron por condición el no militar en ninguno de los partidos existentes que consideraban maculados, insistiendo a todo trance en formar un partido católico, a lo que no accedieron los agrupados por oponerse a ello la Jerarquía,

determinando esto que los elementos de fuera de la Agrupación se retirasen.

“Acción Cubana” vivió hasta 1952, teniendo en sus últimos años una actuación muy influyente que hacía concebir grandes esperanzas para el futuro.

Paralelo a ella surgió en la Agrupación un movimiento netamente estudiantil, que aunque independiente, mantenía estrechos contactos con aquella organización.

Ya en 1934 al abrirse la Universidad por primera vez después de fundada la Agrupación, ésta comenzó a tratar de influir dentro del recinto académico.

El trabajo realizado entonces en la Universidad en contra del comunismo y a favor de la sana doctrina y el orden, fue en extremo eficaz, aunque oculto, debiéndose en gran parte al esfuerzo de algunos agrupados muchos de los triunfos obtenidos en aquellos tiempos por las derechas universitarias.

En 1948 se hizo ya el primer ensayo de acción colectiva con motivo de la Constituyente Estudiantil Universitaria que había de reglamentar y organizar el funcionamiento de las organizaciones estudiantiles.

La Agrupación y la Federación Católica Universitaria se unieron para trabajar de acuerdo en el empeño de tratar de sanear el ambiente y aunque el éxito fue pequeño se puso de manifiesto la importancia de la unión, y lo mucho que se podría lograr con una acción organizada y disciplinada.

Con estos antecedentes, varios agrupados, inspirados en los principios de “Acción Cubana”, organizaron el movimiento universitario llamado “Pro Dignidad Estudiantil”. Pronto se les unieron miembros de otras organizaciones católicas, y también

estudiantes que no pertenecían a ninguna pero que participaban de los ideales mantenidos por ellos.

“Las condiciones personales, limpia ejecutoria y crédito moral de los P.D.E. unido a un programa constructivo” lograron un rápido auge que puso por primera vez a la grey estudiantil ante una disyuntiva doctrinaria presentada en planos reales y objetivos.

El movimiento fue duramente atacado, no sólo por los del partido universitario contrario, que esto era de esperarse, sino también por la prensa que a pesar de que durante años no había cesado de lamentar el estado en que se encontraba nuestro primero centro docente, ahora que se pretendía sanearlo calificaba el movimiento que quería hacerlo de falangista, reaccionario, divisionista, católico, etc., diciendo las mismas cosas, que como una consigna aprendida de memoria, se repite hasta el aburrimiento en todas partes del mundo cada vez que el catolicismo intenta salir de la sacristía, y que es lo primero que los católicos tienen que aprender a despreciar si quieren algún día hacer valer sus derechos.

El ambiente universitario fue haciéndose cada vez más tenso hasta que el día 10 de diciembre de 1946, en que debían celebrarse las elecciones universitarias, estalló en una verdadera batalla campal entre estudiantes donde hubo muchísimos heridos. El choque fue tal que en él perecieron ambas tendencias, y de allí surgió un período de normalidad académica, lo que en definitiva fue un triunfo para Pro Dignidad Estudiantil.

El hecho de haber sido los jefes del movimiento todos del último curso de las respectivas carreras, hizo que el año siguiente faltara quien lo organizara y dirigiera, terminando prácticamente su historia en la jornada épica de aquellas elecciones fallidas.

En 1946 la Agrupación repitió la experiencia de 1932, pero ya con toda calma y sin ninguna ansiedad.

El 20 de marzo el P. Rey embarcó hacia España para asistir al Congreso de Pax Romana de donde regresó el 15 de agosto. Durante su ausencia "La Agrupación", dice Benigno Villadóniga en su artículo "Ausencia y Presencia", "se ha regido por sí sola; ha desenvuelto sus actividades normalmente; ha tomado decisiones, en ciertos casos de extrema importancia, ha admitido y rechazado miembros, ha creado, vivido y fructificado, y en todos y cada uno de esos actos, de ese vivir, de ese fructificar, como por un curioso sortilegio se ha notado la presencia del P. Rey, como si miles de kilómetros no le separasen de nosotros; como si en cada ocasión su voz se alzase para orientar, para discutir, para guiar".

La Agrupación hacía su ensayo para momentos muy dolorosos, y ahora, como después, mostraba que había fraguado en una sola pieza dentro de los moldes de su formación.

En octubre de ese año recibió con entusiasmo la aparición de la Universidad de Santo Tomás de Villanueva. No sólo fueron dos agrupados: Jorge Casteleiro y Marino Perez Duràn, quienes dieron calor y alentaron la obra antes de fundarse, sino que su nacimiento venía a ser un triunfo en la lucha que la Agrupación había sostenido tan tenazmente en pro de la libertad de la enseñanza, haciendo estas circunstancias que fuese acogida como cosa propia.

El 22 de ese mes de octubre se celebró la Asamblea Apostólica del año en la que se impuso al Cardenal Arteaga, con quien siempre la Agrupación ha tenido las más delicadas deferencias, la medalla de Congregante de Honor, siendo el primero que recibió esta distinción.

En sustitución del Hermano Jacinto Iglesias llegó en 1947 el Hermano Esteban Aguado que tan grande ayuda ha sido, primero para el P. Rey, y después para el P. Llorente. Desde el primer momento el Hermano Aguado se compenetró íntimamente con la Agrupación, y fue desde ese día un agrupado más, y también uno de los más queridos.

El 21 de octubre tomó posesión de la Presidencia Armando Ruiz Leiro, inaugurando los períodos presidenciales de tres años, y el 30 de noviembre el Consejo ratificó la Constitución, en Camagüey, de la primera sección de la Agrupación Católica Universitaria, presidida por Rafael Santa María.

El acontecimiento principal del 1948 fue la bendición de la primera piedra de la Casa de Ejercicios de San Ignacio de Loyola en el Calvario. Ya desde 1944 el P. Rey había comenzado a acariciar el proyecto de fundar una Casa de Ejercicios. En relación con esto escribió el 23 de marzo de ese año al P. Pedro Lazaria, fundador de las Esclavas de Cristo Rey, monjas dedicadas a dirigir esta clase de instituciones, preguntándole si entraría en sus proyectos el tener una en La Habana y qué condiciones exigiría para ello, pidiéndole además los planos de una casa tal cual ellas las conciben.

Más adelante, en 1947, el P. Rey pensó fabricar en la Agrupación un ala destinada a que en ella hicieran los Ejercicios Espirituales los agrupados; y por fin ahora se resolvió a fomentar un patronato que presidió con acierto Jorge Casteleiro, y que a la postre logró levantar el edificio junto al Noviciado de la Compañía en el Calvario. Esta casa de Ejercicios, que muy pronto se convirtió en uno de los más poderosos factores en el proceso de la recatolización del pueblo de Cuba, está entre los más bellos frutos de la Agrupación a quien se debe no solo la idea de fundarla y la decidida ayuda que prestó al patronato, sino también una buena proporción del número de hombres que anualmente pasan por allí gracias a la propaganda que ella hace. En la actualidad esta Casa de Ejercicios está dirigida por un agrupado: El P. René León.

Antes de terminar 1948, a iniciativa de Virgilio Acosta, y con el decidido apoyo del P. Baldor, entonces Rector de Belén, se iniciaron en la Agrupación las Conferencias Vocacionales, que con tanto éxito han venido ofreciéndose todos los años a futuros estudiantes universitarios provenientes de colegios religiosos, laicos, e institutos oficiales, para darles un poco de luz sobre la elección de carreras. En

ellas se estudian las aptitudes necesarias, la influencia del medio ambiente, las posibilidades de éxito económico en nuestro país, etc., y se visitan, como complemento ilustrativo, el Gabinete de Aplicación de Test de la Escuela Dispensario San Lorenzo, el Hospital Calixto García, la Productora de Superfosfatos, el Tribunal Supremo, la Audiencia de La Habana, algún Bufete de Abogados, una oficina de Arquitectos, un edificio en construcción, una destilería, etc.

Los temas de las Conferencias son: Elección de Carreras; Ciencias; Letras; La mujer ante el problema de la elección de carrera; Ingeniería; Farmacia; Optometría; Dietista; Derecho; Medicina y Cirugía Dental; Filosofía y Letras; Arquitectura y Ciencias Comerciales.

Además se hacen aplicaciones de Test de interés, y de Alport y Vernon de Proyección ocupacional e inteligencia, y cuestionarios personales seguidos de entrevistas con orientadores profesionales.

En ésta un de las actividades propias de la Agrupación, destinada por su fundador a iluminar y dirigir, que comienza con ella a preocuparse de la formación y correcta orientación de los futuros intelectuales cubanos.

Estas conferencias se dan, al estilo de la Agrupación, en Sagua, Camagüey y Santiago de Cuba. En 1955 el Comité Universitario CESU las imitó en la Universidad de La Habana, y la Federación en 1956.

En 1949 se construyó la ampliación del edificio de la Agrupación con las habitaciones de la Residencia.

El año '50 comienza con el dolor producido por la muerte de Ataulfo Fernández Llano, uno de los hombres que más contribuyeron a forjar el espíritu de la Agrupación. Su cultura, la rectitud de sus criterios, la entereza de su carácter, y el amor sin límites que tenía por la Agrupación, hicieron de él un verdadero maestro de la juventud que

pasaba por ella, y uno de los más valiosos auxiliares que haya tenido el P. Rey.

El 10 de abril se ausentó de nuevo el P. Rey esta vez para ir a Roma al Congreso de Promotores de las Congregaciones Marianas, de donde regresó el 9 de junio.

Durante ese período el Hermano Aguado quedó encargado de resolver las cuestiones de índole ordinaria, y Carlos Martínez Arango y Alvaro León los asuntos de mayor importancia.

En julio se inauguró el nuevo altar y los arreglos hechos en la Capilla del segundo piso, regalos de Jorge Casteleiro, quien en octubre tomó posesión de la Presidencia.

Su gran generosidad, y extraordinaria capacidad de organización caracterizaron este período presidencial, destinado a superar con éxito la más grave crisis de la historia de la Agrupación.

En agosto de 1951 el P. Pedro Prada, SJ, fue designado Subdirector de la Agrupación donde comenzó a trabajar con gran empeño, pero desgraciadamente por motivos de salud no pudo estar en ella más que hasta el mes de diciembre.

Ese año, el Domingo In Albis, a las tres de la tarde, la Agrupación ganó corporativamente el Jubileo del Año Santo en las iglesias señaladas por el Cardenal Arteaga; y en el mes de octubre celebró su Asamblea Apostólica sobre: "Problemas del Obrero en Cuba".

La cuestión social, que siempre interesó al P. Rey, le preocupaba cada vez más, siendo quizás ésta una de las causas que lo inclinó en sus últimos tiempos a darle una preferente atención a la política, a la que pretendía impregnar con la doctrina social de la Iglesia, aspirando a que fuese esa actividad, aceptada sobrenaturalmente como un apostolado por los agrupados, la manera en que su institución se manifestase al exterior e influyese en el medio ambiente.

En semejante estado de ánimo es natural la impresión que le causó el P. Lombardi cuando éste pasó por La Habana en el mes de diciembre y el entusiasmo que despertaron en él sus teorías, que consideraba inspiradas directamente por el Santo Padre.

Consecuencia de esa visita fue que el P. Rey con Juan Antonio Rubio Padilla, Ángel Fernández Varela, Ignacio Warner y Manuel Artime partieran para Bogotá donde el P. Lombardi había citado representantes de los países septentrionales de Hispanoamérica con el fin de coordinar ideas y planes para llevar a la práctica lo que él llamaba "Cruzada del Amor".

El Dr. Rubén Darío Rumbaut, que también asistió a la reunión en representación de la Acción Católica Cubana describe al P. Rey allí "ágil, alerta, incansable, sorprendente joven, charlando con nosotros en los rincones sobre el 'Mundo Nuevo'".

Su encuentro con el P. Lombardi fue un fuerte impacto que reanimó en él todas las energías, las esperanzas, y la frescura de los años mozos, pero el hervor de aquel entusiasmo, y la exaltación que le produjo el escuchar los planes amplísimos, que él mejor que ningún otro de los presentes podía comprender y sentir, causó en su espíritu tan lógicamente estructurado y donde había tanta honradez, una profunda conmoción que lo llevó a revisar la obra realizada hasta ese momento en la Agrupación, y a concluir que era preciso darle una mayor orientación social.

"Ha llegado la hora", solía repetir en esos días, "de la lucha social de la Iglesia, y hay que empezar por dar conciencia social a nuestros católicos".

Preocupadísimo con estas ideas regresó a la Habana el 7 de enero, y en seguida comenzó a estudiar nuevos planes de acción que nunca terminó y que jamás llegó a revelar a nadie.

Su obsesión se manifiesta en las palabras que pronunció, comentando la reunión de Bogotá, en la última sesión del Círculo

Ascético a que asistió en el período que va de su regreso a su muerte, en la meditación dada por él en el retiro de enero, sobre "Los apostolados fecundos" del P. Ayala; y en su última plática dominical en que habló de "una sociedad que hace gala de su materialismo egoísta y que, fustigada por un liberalismo explotador, pisotea la justicia social, llevando a la miseria a millones de seres infelices". Por estos pequeños relámpagos se puede adivinar la tempestad que agitaba su alma, pero desgraciadamente siempre se ignorarán cuáles fueron los proyectos que concibió para llevar la nueva orientación a la práctica.

Como si la entrevista de Bogotá no hubiera causado en él suficiente angustia, a su llegada a La Habana le esperaban una serie de problemas, todos graves y algunos muy complejos, que tocaron en lo más íntimo su afectividad y le causaron hondas preocupaciones y serios temores sobre el porvenir de algunas de sus ilusiones más acariciadas; turbando con su presencia el calma que necesitaba para valorar serenamente los resultados positivos obtenidos hasta entonces por su obra al tratar de encausarla en el derrotero señalado por el P. Lombardi.

Fueron estas contrariedades y disgustos la corona de espinas que remató la historia de abnegación y sacrificio constante de su vida.

Debido a esos sinsabores sus últimos días son como su Oración del Huerto, en que el Señor lo probó antes de darle la Gloria, privándolo de todo consuelo y haciéndole saborear el gusto amargo de la fragilidad, la impotencia y la inconsistencia de las cosas humanas. Aquel hombre fabuloso, capaz de sacudir con sus fuerzas titánicas a toda una nación y convertirse en el máximo determinante de su restauración al catolicismo, cuya poderosa influencia dividió en dos épocas la historia religiosa de Cuba, cuando en su profunda humildad se preguntaba si habría hecho lo que era necesario hacer, no encontraba, por la desolación que atravesaba, respuesta a aquella duda que lo exalta, y que al abrazarle el alma lo preparaba para la visión que tanto ansiara durante toda su vida.

De no haber muerto, el resplandor irrefutable de la realidad hubiera disipado aquella impresión producida por la reunión de Bogotá, pero el Señor lo llamó sin darle tiempo a que calmara su angustia y aligerara el agobio de su espíritu en esta vida.

El diario de la Agrupación cuenta la historia de aquel día tristísimo.

“El día 12 (de febrero de 1952) por la mañana el P. Rey dijo la misa y desayunó como de costumbre; a las 11:30 el H. Aguado le llamó para ir a Reina a almorzar, a lo cual le respondió que pensaba quedarse en la Agrupación ese día, lo cual era frecuente en él”.

“De vuelta el H. Aguado, acompañado del H. Ibáñez y del P. Mariano Ruiz, porque venia hablar con el P. Rey, preguntó por el Padre, a lo que se le respondió que el P. Rey no contestaba en ninguno de los cuartos que solía habitar. Al H. Aguado no le llamó tampoco la atención todo vez que el Padre tenía la costumbre de no contestar cuando estaba atareado con algún asunto de importancia”.

“Pasado media hora, un empleado vio la luz en el baño y ya entraron sospechas de que algo había pasado al P. Rey. Avisado el H. Aguado éste entró por la ventana, encontrando al P. Rey muerto en la bañera. Se calcula por la hora en que el Padre entró a bañarse que murió a las 11:50 minutos aproximadamente, encontrándole muerto dos horas y medias después”.

“Inmediatamente el Dr. Juan Ascanio y otros agrupados que se encontraban en la Agrupación, lo sacaron y amortajaron inicialmente. El H. Aguado fue a buscar al Dr. Armando Ruiz Leiro y al P. Teodoro Bercedo, Superior de Reina. Se avisó inmediatamente a los agrupados, hallándose una gran parte momentos después junto al cadáver”.

“Se le amortajó con los ornamentos sacerdotales color morado. Se colocó el cadáver en el Salón de los Actos, donde miles de personas visiblemente emocionadas, acudieron a ver por última vez a su querido Padre”.

“A la una de la madrugada del 13, el P. Ruiz, Rector del Colegio de Belén dijo la primera misa en el salón, abarrotado de agrupados. A las 5 AM celebró el P. Amigó, a las 6 AM Monseñor Belarmino García Feito, a las 7 AM el P. Enrique Oslé, a las 8:30 el P. Superior de Reina, a la que asistió la comunidad del Calvario y varios centenares de personas”.

“Durante el día un continuo gentío acudió a la Agrupación; las altas autoridades eclesíásticas, representaciones de las órdenes religiosas, Acción Católica, etc.”

El golpe fue tan rudo y tan inesperado que la Agrupación tuvo un momento de desconcierto en que se preguntaba desalentada si aquello no sería el fin de la obra, y si con el P. Rey no habrían muerto también todos los sueños y todas las esperanzas.

Pero su poderosa personalidad se había identificado tan completamente con ella, que al hacerla a su imagen y semejanza le había dado aquella voluntad indoblegable que lo caracterizaba, su disciplina de corte militar, su elevadísima espiritualidad, y la vitalidad asombrosa que le hacía multiplicarse para atender mil cosas a la vez, y que ahora permitirían a la Agrupación seguir marchando sin vacilaciones.

El 12 de junio de 1932 el P. Rey había escrito desde Puerto Rico a la Agrupación lo que leído el día de su muerte parecía un testamento: “Sigo paladeando lo sabroso de aquella promesa, que me hicieron algunos de VV. al despedirme, a saber: que la Agrupación sabría dar muestras en esta ocasión del espíritu profundamente católico que la anima, y que en consecuencia, ni en la puntualidad y número de los asistentes a la misa de los domingos, ni en las comuniones, ni en la incipiente Guardia de Honor Sabatina de la que yo tanto espero para la Agrupación; ni en nada que signifique vida católica de los agrupados, ha de mostrarse mi ausencia, más aun, hay entre vosotros quien espera, y yo el primero, que todo ello ha de ir en progresivo aumento. Lo contrario significaría que el sembrador y el

cultivador de la Agrupación es malo, pues la semilla no descansa desde que se le echa en la tierra”.

“Si os viera perseverar y crecer en mi ausencia no sería para mí pequeña recompensa de lo poquito que he planeado y trabajado entre vosotros”.

Y el día 15 de ese mismo mes, también desde Puerto Rico, escribía con frases que todos los agrupados, presentes y futuros, deben conservar en lo más íntimo de sus corazones, lo que hoy parece su despedida de la Agrupación y su mensaje constante desde la Gloria eterna donde está intercediendo incesantemente por ella:

“Yo no os olvido nunca, ni como Agrupación ni como tales individuos. Os encomiendo al Señor todos los días”.

“Crescite et multiplica mini et replete terran et subjicite eam”

El mismo día de la muerte del P Rey el Presidente Casteleiro convocó un Consejo Extraordinario que se reunió a las 9:30 PM en el que informó haber hecho todas las gestiones necesarias en relación con el entierro, que sería a las 5 PM del día siguiente 13 de febrero.

También se acordó que como el Viceprovincial, P. Calvo, despediría el duelo en nombre de la Compañía de Jesús, lo hiciera José Ignacio Lasaga en el de la Agrupación.

Desde ese momento el Consejo asumió el gobierno sustituyendo colectivamente a la persona del Directorio en todas las resoluciones que atañían a éste.

El 14 de febrero a las 9:30 PM volvió a reunirse el Consejo Extraordinario, asistiendo a él todos los ex-presidentes y Juan Antonio Rubio Padilla. En esa ocasión Casteleiro expuso que el P. Viceprovincial les había encomendado deliberar sobre la persona que debía sustituir al P.

Rey para proponerle el nombre escogido, ya que la designación le tocaba hacerla a él.

A continuación, se habló de las cualidades que debía tener el seleccionado para ocupar el cargo de Director: formación excelente, saber dar bien los Ejercicios, gran piedad, una salud de hierro para soportar el peso de la Agrupación, y desde luego admiración por el fundador para que continuara su obra tal cual él la había planeado.

El asunto se discutió ampliamente hasta que a la una de la madrugada se suspendió la sesión previo acuerdo de asesorarse con los Padres que dirigían la Compañía.

El viernes 15, también a las 9:30 PM se reunió el Consejo Directivo con solo sus miembros, sin ninguna de las personas invitadas a los Consejos Extraordinarios.

“Agobiado por la muerte repentina del P. Rey, Director de la Agrupación, pero con la responsabilidad de llevar adelante su obra, el Consejo acordó a propuesta de Carlos Martínez Arango: Reunirse todos los jueves a las 9:30 mientras no se designe el nuevo Director.

Que cada Consejero revise sus obligaciones propias, que vienen admirablemente señaladas en el Opúsculo que sobre el Consejo Directivo hubo de escribir el P. Rey, para que las cumplan todas y las pongan en práctica, poniéndose en contacto cada Consejero con el miembro del Consejo Directivo de los Estudiantes que le corresponde de acuerdo con el cargo que ocupa, y asesoren a estos últimos en aquellos deberes inherentes a sus cargos”.

También se trató de la necesidad de mantener el ritmo normal en todas las actividades agrupacionales, y en tal sentido se encargó al Presidente para que visitara al P. Bercedo con el objeto de que celebrara la Guardia el próximo sábado así como la misa del domingo y pedirle al propio tiempo otro Padre para que fuera a oír las confesiones.

Además, se acordó que, después de la misa, Carlos Martínez Arango hablase a los agrupados sobre la supervivencia de la Agrupación a la muerte del P. Rey, llevando al ánimo de todos la labor que en esos momentos realizaba el Consejo Directivo encaminada a sostenerla, y exhortándolos a no desalentarse en esos momentos críticos.

“Tenemos”, dijo Martínez Arango en esa ocasión, “que mantener en marcha todas las actividades de la Agrupación, tal como las concebía el P. Rey”.

“Tenemos que cumplir nuestros deberes agrupacionales, cada cual el suyo, con el esmero de quien rinde así un homenaje personal a quien tanto debemos, y que desde el Cielo está complaciéndose en ver el esfuerzo de cada uno de nosotros, al cumplir cada uno de esos deberes”.

Hasta ahora el P. Rey y la Agrupación siendo dos eran para nosotros una misma cosa, de ahora en adelante, aunque se asombre nuestro entendimiento y se rebele nuestro corazón, tenemos que irnos acostumbrando a disociar el P. Rey de la Agrupación. A la persona, de su obra”.

“De su obra, planeada por él para que lo sobreviviera”.

De su obra, concebida por él demasiado grande para que durara solamente lo que la vida de un hombre”.

“Por tanto en su condición de Director de la A.C.U., el P. Rey tiene que ser sustituible”.

“Es la dura realidad que esta vida mortal caduca. Pero a nosotros, agrupados, no nos puede quedar duda alguna en el entendimiento, de que Aquel que en su divina e inescrutable Providencia nos lo quitó, nos dará igualmente quien lo remplace”.

“Quien, como él, nos sirva de puente, de eslabón que nos una a quien el P. Rey consideró siempre el verdadero Director de la A.C.U.

A Jesucristo, Nuestro Señor, y a su Santísima Madre, María Inmaculada, nuestra Patrona”.

El mismo domingo 17 a las 10:30 de la mañana se celebró el tercer Consejo Extraordinario, y en él Casteleiro informó sobre las conversaciones sostenidas con algunos Padres de la Compañía. Discutido el asunto, se acordó sugerir al P. Amando Llorente, SJ, y se designó una comisión integrada por Casteleiro, Martínez Arango y Lasaga para redactar una carta dirigida al P. Calvo, comunicándole la opinión que había solicitado del Consejo.

El día siguiente el Consejo Extraordinario, reunido por cuarta vez, aprobó el texto de la carta; y esa noche se continuó en el Círculo de Profesionales el ciclo de conferencias que estaba dando Marino Pérez Durán sobre “La Revolución Francesa y sus consecuencias”, restableciéndose con eso la marcha habitual de la Agrupación.

Por fin el domingo 24 a las 9 PM el Viceprovincial anunció al Presidente que había sido nombrado Director el P. Llorente, quien llegó a la Agrupación el día después, y se reunió esa noche, por primera vez, con el Consejo Directivo para tratar diversos asuntos del momento.

Como en todas las cosas de la Agrupación, la acción de la Divina Providencia es clarísima en la designación del P. Llorente, mostrándose por medio de la serie de circunstancias que fueron a lo largo de los años, eliminando a todos los otros posibles candidatos, mientras lo acercaban a él a una meta que jamás sospechara alcanzar.

Su especialización en Oxford en dirección de organizaciones juveniles, y su designación fortuita para la dirección de la Casa de Ejercicios del Calvario que lo puso en íntimo contacto con los agrupados, a muchos de los cuales dirigía antes de la muerte del P. Rey, no son más que etapas en el camino de la Providencia que ya

antes había dado el paso más importante al ponerlo en contacto con el Fundador.

Dice el P. Ayala en su libro "Formación de Selectos", tan leído por el P. Rey, que "siempre se necesita en los continuadores de las obras del espíritu de solidaridad con los que le antecedieron", y ese espíritu lo fue adquiriendo el P. Llorente sin darse cuenta de ello hasta alcanzar el punto en que, como dice la Circular dirigida por el Consejo a los agrupados el 29 de febrero de 1952, "su compenetración íntima con la labor del P. Rey, a quien lo ligaba una afinidad de sentimientos y proyectos, halle que el nuevo Director de la A.C.U. llegue a ella con un mayor conocimiento de las ideas e iniciativas que bullían en el gran corazón de nuestro llorado fundador".

La amistad del P. Llorente con el P. Rey comenzó cuando aquél era Maestrillo en Belén, en ocasión de una tanda de Ejercicios que dio el último para la comunidad del Colegio. Impresionado el P. Llorente por la personalidad del P. Rey fue a hablar con él después de una de las meditaciones, y en esa conversación, que fue muy larga, el Director de la Agrupación le insistió en que después de ordenado viniera a trabajar en Cuba, y terminando los Ejercicios lo invitó varias veces a ponerse en contacto con los agrupados.

Años más tarde el P. Llorente regresó a La Habana destinado a ocupar el cargo de Prefecto del Colegio de Belén, pero una serie de circunstancias hicieron que en su lugar le fuese encomendada la dirección de la Casa de Ejercicios del Calvario donde reanudó y estrechó las relaciones con el P. Rey.

Cada vez que éste daba Ejercicios a los agrupados, hacía que el P. Llorente lo sustituyera en algunas meditaciones, y solían por las noches hablar largo sobre la Agrupación, durando en cierta ocasión hasta las cinco de la mañana una entrevista en la que el P. Rey le confió todos los proyectos.

A medida que pasaba el tiempo fue aumentando su afecto, y concediéndole mayor atención al Director de la Casa de Ejercicios. No solo parecía empeñado en ir formando a su sucesor, sino que quiso estrechar los vínculos entre éste y la Agrupación, así, no contento con que lo sustituyese en algunas meditaciones, le encargó en 1951 dirigir una tanda de Ejercicios Espirituales para agrupados antiguos, y cuando el P. Llorente hizo sus últimos votos el 2 de febrero de 1952, el P. Rey, contra lo acostumbrado en la Compañía de Jesús, se empeñó en hablar en la ceremonia, a la que asistió con muchos agrupados; y antes de comenzar la misa pronunció una plática llena de emoción, que fue como la entrega de poderes al que veinticuatro días después debía ser el nuevo Director de la Agrupación Católica Universitaria.

Gracias a esta amistad, a la identidad de ideales, a muchas afinidades de carácter, al afecto paternal del P. Rey, y a la admiración que siempre ha sentido por el P. Llorente, la sucesión se realizó sin sacudidas ni cambios bruscos, y la Agrupación pudo seguir su camino sin desviarse un ápice de la dirección trazada desde su fundación.

IX

1952 — 1956

El domingo 2 de marzo el P. Llorente fue presentado a la Agrupación como su nuevo Director. “En la barca de la A.C.U.” dijo en el discurso que pronunció en esa ocasión, “atacada por fuera como todas las obras de Cristo y agitada por dentro por los temores del presente y la desconfianza sobre el futuro, muerto el timonel experimentado que la guió desde su nacimiento por mil arrecifes y escollos sin chocar nunca en ninguno, nadie se atrevería a saltar y hacerse cargo del timón, si olvidase que en ella está Cristo, a veces callado, a veces dormido, pero siempre esperando a oír nuestra voz de súplica impotente para responder a la tempestad “Calla, enmudece”.

“Vencido el temor natural de mi insuficiencia como la de Pedro sobre las aguas y cogido del brazo de Jesucristo que camina por las olas del Tiberia des lo mismo que por las rocas inconvencibles del Tabor yo os digo — queridos agrupados — que estoy aquí lleno de optimismo”.

“Optimismo que se basa sobre tres columnas principales”.

“La primera firme como la palabra de Dios: Estoy aquí porque Dios lo ha querido así”.

... “Para todo jesuita hay un Nínive y un Tarsis. Un Tarsis que es meterse donde uno quiere, y se va al fracaso seguro. Y un Nínive que es donde Dios quiere: siempre se va al éxito, siempre, porque allí está Dios”.

... “Lo segundo son ustedes mismos. Columnas labradas por la mano artista del P. Rey de Castro. De granito, porque él sabía escoger la piedra. No escogió arena, cogió piedra dura. Cogió mármol porque sabía que solo de él se pueden hacer estaturas que duren mucho tiempo: la eternidad. Esas columnas son donde se apoyan las esperanzas mías: ustedes mismos”.

... “Y el tercer argumento es que el P. Rey de Castro sigue entre nosotros. No digo que sigue entre nosotros porque está en el Cielo, que todos lo sabemos, y que desde allí es el Director nato de la Agrupación Católica Universitaria. Digo que está entre nosotros porque está en la cabeza de cada uno de ustedes, y porque cuando se trate de hacer algo importante, el juicio del Padre Rey de Castro guiará esa orientación, y se preguntará: el P. Rey de Castro aquí, ¿qué pensaría de esto?”

... “Con esas esperanzas... ¿quién no se siente alegre, quién no se siente optimista, quién no se siente que la Agrupación Católica Universitaria tiene que seguir...? Y tiene que seguir triunfante, porque las bases sobre las que se apoya son eternas, como las de la misma Iglesia”.

“Por eso en este, mi primer saludo, una cosa quiero decirles: me han confundido con la designación del Director de la Agrupación Católica Universitaria. Me han confundido ustedes, porque todo al que he estrechado la mano y abrazado hasta ahora, ha tenido una frase para responder a mi saludo: Padre; incondicional a sus órdenes... incondicional a sus órdenes... Esto dice mucho. Por eso yo tengo que confesar a todos ustedes: Agrupados, incondicional a sus órdenes... incondicional, porque desde este momento es la voluntad de Dios, que mis oraciones sean solo para ustedes; que mi sacerdocio sea solo para ustedes; que mis pensamientos sean solo para ustedes; que mi trabajo, mi salud, mi vida, sea solo para ustedes. ¡Quién tuviera la dicha de poderla entregar toda en esta trinchera de la Agrupación Católica Universitaria — como hizo el Padre Rey de Castro — en esta avanzada del ejército de Cristo Rey!”

Inmediatamente el P. Llorente, con esa energía tan suya, que parece inagotable, comenzó a actuar logrando al poco tiempo crear nuevas actividades en la Agrupación.

Para tener la oportunidad de conocer a los más jóvenes y poder iniciar inmediatamente su formación organizó una serie de excursiones con ellos que tuvo por resultado una rápida compenetración.

En abril comenzó las obras de reforma de la entrada, salón de juntas, cuarto del Subdirector, baños, etc., que terminaron en el mes de septiembre.

En agosto, siguiendo ese impulso hacia el exterior que es incontrolable en la Agrupación, atentó la fundación de uno de los organismos más aptos, entre los muchos nacidos de ella, para lograr los fines específicos que se propone: el Instituto Católico de Psiquiatría. Comenzó éste a existir como tal cuando varios agrupados profesionales que cultivaban la Psiquiatría y ciencias afines, decidieron darle forma concreta a la mutua cooperación científica que venía existiendo "de facto" entre ellos desde varios años antes.

Está constituido, hasta el presente, por miembros de la Agrupación, cuyo espíritu lo engendró y cuya savia lo vivifica, y es, y aspira a seguir siéndolo, un fruto genuino de ella.

El Instituto ha realizado valiosísimos estudios e investigaciones, que parcialmente ha dado a conocer en diversas publicaciones y Congresos, y que aproximadamente, cuando se juzgue suficiente el número de casos estudiados, será recogido en un volumen llamado a despertar gran interés en el campo científico. En él se estudiará la técnica Psicoterápica que vienen empleando los miembros del Instituto, y que está centrada dentro del marco del dogma y la moral católica de acuerdo con el artículo primero del Reglamento Sumario del Instituto de la Psiquiatría, dentro de las normas católicas, la

superación profesional de sus miembros y el mejoramiento de la asistencia psiquiátrica en Cuba”.

Lo rige una Junta de Gobierno, que tiene a su cargo la admisión de nuevos miembros, la cual se hace por invitación.

Empeño decidido suyo, alrededor del cual gira toda la organización, es que sus miembros mantengan el más alto nivel posible en el doble aspecto católico-científico. Fruto de ese propósito, entre los trabajos publicados se distinguen el producido en colaboración por Carlos Martínez Arango y José Ignacio Lasaga sobre Psicoterapia basada en el T.A.T. (Test de Apercepción Temática) que abre amplios horizontes no sólo en cuanto a la refutación de conceptos freudianos, insostenibles dentro de la moral cristiana, sino también, en su misma proyección constructiva de índole apostólica propiamente dicha; y que en un cierto modo complementa otro anterior, también de Martínez Arango y Lasaga, publicado en el Journal de Psychology, que obtuvo cálidos elogios de los grandes maestros de la Psiquiatría americana.

Además es preciso destacar entre las labores realizadas en el Instituto, como uno de los más notables por su novedad y enorme transcendencia, el cursillo de nociones de Psiquiatría para Directores Espirituales que obtuvo gran éxito, y es de esperar se repita periódicamente por la ayuda que en el campo de la dirección espiritual pueden prestar estos conocimientos, sin contar que ciertas nociones de Psiquiatría son indispensable al director espiritual si éste quiere contribuir a la estrecha colaboración del psiquiatra con el sacerdote y el psicólogo clínico que es la característica más destacada de este movimiento.

Las posibilidades que se presentan al Instituto Católico de Psiquiatría son incalculables, y a pesar de la natural resistencia que siempre encuentra toda nueva orientación que pretende romper los moldes establecidos, comienza a sentirse su influjo aún fuera de los medios dedicados a la Psiquiatría, prueba de ello es el que ya muchos de

sus principios han sido incorporados a la vida de algunas instituciones, como ciertas órdenes religiosas establecidas en Cuba que han adoptado el examen psiquiátrico para la admisión de los candidatos a ingresar en ellas.

Lleno de entusiasmo adoptó el P. Llorente para la Agrupación la organización y propaganda del Via Crucis que se celebra con éxito creciente todos los años en el Calvario el día de Viernes Santo; e introdujo el solemnizar la apertura de curso en la Universidad con la misa del Espíritu Santo en la que los Maestros en la Agrupación y los agrupados catedráticos universitarios, revestidos con la toda y el birrete, juran, según la fórmula del Silabus, defender las doctrinas de la Iglesia Católica contra los errores modernos.

El 3 de noviembre inauguró el nuevo salón de juntas y el retrato del P. Rey pintado por Cossio, regalos de Jorge Casteleiro, develándose en ese acto una tarja conmemorativa de la muerte del Fundador donde ocurrió, incluido ahora por las reformas del edificio dentro del salón de juntas. A continuación, se celebró la Asamblea Apostólica del año que presidió el Cardenal Arteaga, y consistió en la lectura de un importantísimo trabajo titulado "El Protestantismo en Cuba", donde se estudió de manera exhaustiva las doctrinas, desarrollo, métodos de propaganda, etc., de cada una de las sectas protestantes en nuestro país, y es la mejor fuente de información que existe en él sobre la materia.

Y como si todo aquello no fuese suficiente, al finalizar el año 1952, el 3 de diciembre, el P. Llorente anunció la compra de la casa colindante con la Agrupación, situada en Mazón entre San Rafael y San Miguel.

En el mes de septiembre de ese año había sido nombrado el P. Francisco Barbeito, SJ, para el cargo de Subdirector de la Agrupación.

Los agrupados que ya lo conocían de antiguo, que sabían su gran cariño por la Agrupación a la que había estado siempre dispuesto a ayudar, ya fuera sustituyendo al P. Rey durante sus ausencias celebrando en muchas ocasiones la misa dominical mientras predicaba el Director, o enviándole lo más selecto de los bachilleres de Belén, y que tenían los mejores recuerdos de su amistad franca y leal, y de sus consejos claros, precisos, decididos; acogieron la noticia con la mayor alegría. Desde entonces, con el P. Llorente y el H. Aguado, forma la trilogía llamada cariñosamente por los agrupados "los curas", y a quienes nadie regatea el afecto, el respeto y el agradecimiento que por tantos conceptos se merecen.

El primer aniversario de la muerte del P. Rey se conmemoró el 14 de febrero de 1953 colocando junto al barrio de las Yaguas la primera piedra del Colegio Dispensario Padre Rey de Castro, que gracias a los esfuerzos y la generosidad de Ramón Barcia pudo ser inaugurado el 8 de febrero siguiente, como monumento erigido por la Agrupación a la memoria del fundador.

En mayo se compró la casa de la esquina de Mazón y San Rafael con el regalo de la mitad de precio hecho por un agrupado, y en diciembre, después de reformarla, se inauguró como residencia. También se compró otra casa el mes de agosto, en Mazón entre San Miguel y San Rafael, que fue demolida quedando así en propiedad de la Agrupación todo el frente de la manzana que da a la calle de Mazón.

Aunque en el año anterior había comenzado a funcionar el Bureau de Información y Propaganda (B.I.P.), no empezó a publicar sus folletos hasta mayo de 1953. Es esta una obra que corresponde por los medios que emplea, y por el objetivo que persigue, a los fines que la Agrupación se propone como más propios de su naturaleza. En ella ha depositado el P. Llorente grandes esperanzas y no escatima esfuerzos por que tenga de día en día mayor actividad, y las empresas que acometa sean cada vez de más grande envergadura.

Se creó destinada a recopilar tópicos de interés para el catolicismo, dar conferencias sobre temas polémicos, y publicar folletos de divulgación de la doctrina católica, y se divide en tres ramas principales: una de Estadísticas destinada a reunir datos sobre las distintas actividades que en alguna forma pueden interesar a la defensa y propagación del Catolicismo, como con el protestantismo, masonería, comunismo, etc., aspirando a formar el mejor secretariado de Cuba en todos esos temas, y a que sea la Agrupación la fuente donde vengán a beber cuantos en nuestro país quieran datos sobre ellos.

Otra rama de Conferencias formada por "teams" de oradores convenientemente formados para tratar sobre religión, sociología, filosofía, etc.

Y por último la que se dedica a Publicaciones, cuyo objeto es preparar folletos bien presentados, amenos, claros y sólidos, donde se aborden temas fundamentales desde el punto de vista del dogma, la moral y la apologética.

En 1953 el P. Llorente y Re e de la Huerta, Presidente del B.I.P., fueron a los Estados Unidos a estudiar en "Queen's Work" en St. Louis, Missouri, la organización que tienen los padres jesuitas en esa institución destinada a la publicación de folletos de propaganda católica para adaptarla a las necesidades locales.

Ya en ese año el B.I.P. tenía 5,000 suscriptores y publicó 89,000 folletos, que en 1954 aumentaron a 145,000, y en 1955 a 400,000, habiéndose enviado 50,000 a Puerto Rico, Santo Domingo, Colombia, Venezuela, Bolivia, Panamá y Nicaragua. Los temas principales tratados hasta ahora han sido la castidad, el matrimonio, la veracidad de los Evangelios, catolicismo y protestantismo, la cuestión social, la teoría de la evolución, la misa, etc. Y los trabajos más importantes de recopilación son: el estudio hecho en 1952 sobre el protestantismo en Cuba, la encuesta realizada en 1953 acerca de las ideas religiosas del pueblo cubano, inspirada en el

sondeo que hizo la revista norteamericana "*The Catholic Digest*", y en el verificado en Francia por el Instituto Francés de Opinión Pública. Para ello se repartieron más de 60 entrevistadores por todo el territorio nacional, teniendo cada uno el encargo de interrogar a un cierto número de personas de una determinada edad, raza, sexo y condición económico-social en el pueblo o pueblos que le habían sido encomendados. De este modo se obtuvo un total de 4,000 entrevistas, que podían ser consideradas una "muestra representativa" del pensamiento religioso del total de la población cubana. Las preguntas del cuestionario abarcaban desde la creencia en la existencia de Dios, hasta las opiniones del sujeto sobre la masonería y el divorcio. Una pregunta adicional trataba de precisar qué cosas "encontraba mal" el individuo en la Iglesia Católica. El resultado se dio a conocer en la Asamblea Apostólica que se celebró en enero de 1954 haciéndola coincidir con otro evento importantísimo que ocurría en esos momentos en La Habana: el V Congreso Interamericano de Educación Católica. La encuesta, un brillante trabajo de psicología-social, hecho por primera vez en un país hispanoamericano, despertó gran interés entre los visitantes extranjeros.

El último trabajo de este género realizado hasta ahora fue el hecho en 1955 sobre las opiniones religiosas de los estudiantes de la Universidad de La Habana.

Huerta lo presentó al Congreso de Pax Romana celebrado en Inglaterra donde mereció calurosos elogios, y fue el tema de la Asamblea Apostólica de 1956.

El 11 de enero de 1954 tomó posesión de la presidencia Manuel Maza, uno de los agrupados más representativo del ideal de formación de la Agrupación: equilibrado, sereno, sencillo, culto, energético, activo, lleno de celo apostólico, con un concepto estricto del deber y una devoción sin límites por la institución que preside.

Ese año se ausentó el P. Llorente para asistir al Primer Consejo Mundial de la Federación de las Congregaciones Marianas, celebrado en Roma. En él "se pudo constatar el crédito que en el extranjero posee nuestra A.C.U., en la cual el Congreso, por así decirlo tuvo siempre fijos sus ojos internacionales".

Jamás había tenido la Agrupación un reconocimiento semejante. No solo se le propuso allí como modelo a todas las demás Congregaciones Marianas del mundo, sino que también un agrupado, José Ignacio Lasaga, fue elegido para presidir la Federación Mundial durante cinco años.

La semilla de mostaza era ya un árbol frondoso al que cada día crecían nuevas ramas, el B.I.P. con sus publicaciones y encuestas; el Instituto Católico de Psiquiatría; la nueva actividad del Colegio-Dispensario Padre Rey de Castro; los grupos de Matrimonios, cada vez más prósperos; el Colegio de La Lisa; la compra de las casas de la Calle San Rafael No. 1168, 1124 y 1174, que complementaron por el fondo el perímetro de la Agrupación; el regalo hecho por la familia Gastón del terreno de la Coronela para construir otra casa de Ejercicios; la erección en el patio de la gruta con la estatua de la Inmaculada destinada a conmemorar el Año Santo Mariano; todo daba testimonio de una especial protección de Dios, y confirmaba, más que la esperanza, la certeza, en los gloriosos destinos que tiene reservada la Divina Providencia a la Agrupación Católica Universitaria.

Con ese impulso comenzó el año 1955. El 3 de febrero se celebró la Asamblea Apostólica que siguiendo una tradición constante de amor y fidelidad al Sumo Pontífice se dedicó a Pio XII con motivo del sexagésimo aniversario de su consagración a la Virgen como congregante mariano.

En junio el Nuncio de Su Santidad bendijo la primera piedra de la Casa de Ejercicios, destinada a conmemorar las bodas de plata de la Agrupación, habiéndose escogido para hacerlo esa construcción ya

que ningún otro monumento puede expresar mejor su espíritu forjado en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola; y para vincular el nombre del Papa mariano a la fecha que iba a celebrarse se quiso dar a la Casa el nombre de Pio XII para hacer con ello patente la característica devoción y filiar sumisión de la Agrupación al Santo Padre.

Ocho meses después estaba terminado el edificio, uno de los mejores del mundo en su género, construido por el agrupado arquitecto Jorge Echarte, debiéndose en gran parte el que la obra llegara a feliz término al admirable esfuerzo de Ramón Barcia, el más eficaz colaborador que tuvo el P. Llorente en ese empeño.

El 31 de julio, día de San Ignacio, a pesar de no haber terminado el bachillerato, fue consagrado congregante en una ceremonia especial Jorge Suárez Gastón, por haber participado de las actividades y del espíritu de la Agrupación, y estar próximo a ingresar en el Noviciado de la Compañía de Jesús, siendo con su hermana Lourdes los primeros hijos de agrupado con vocación religiosa.

Ese año la Agrupación participó en la exposición convocada por el Comité de Asociaciones Juveniles de la U.N.E.S.C.O. que se celebró en el Palacio de Bellas Artes, montando allí uno de los departamentos más interesantes donde exhibió publicaciones, gráficos y fotografías explicando las actividades de la Institución. También en 1955 surgieron nuevas formas de apostolado cada vez mejor orientados hacia los fines propios de la Agrupación: En cooperación con la "Rosa Mística", congregación mariana universitaria femenina fundada por el P. Rey, comenzó un programa dominical titulado "El hombre y Dios", con el que invadió el campo de la televisión por considerarlo uno de los vehículos más a propósito para la propaganda de los criterios católicos en la época actual; y se inició en la cinematografía filmando una película de contenido apostólico titulada "El Matrimonio".

Una nueva organización nacida ese año, está llamada a ejercer gran influjo en el pensamiento universitario, el Centro de Estudios Médicos, con profesores agrupados. Se propone dar clases de todas las asignaturas importantes de Ingeniería, Arquitectura y Ciencias Comerciales, y más tarde curso de ampliación de carreras.

Comenzó a funcionar el 28 de agosto, cuenta con 50 alumnos, y en este curso inicial ha explicado las asignaturas de primer año y algunas de las de segundo de las referidas carreras, proyectando ir dando las demás en los cursos sucesivos hasta completar los planes de estudio de cada una.

El nuevo impulso que a la Agrupación ha dado el P. Llorente se muestra en el florecimiento de todas sus actividades. La residencia cuenta con sesenta y cuatro estudiantes del interior, y en el año 1955 presentaron su solicitud de ingreso noventa y dos aspirantes, grupo excelente, tan lleno de iniciativas, inquietudes y ambiciones que ha sido necesario crear una Junta Directiva para resolver sus asuntos.

Entre ellos y los profesionales se mueven otros agrupados dignos de toda atención por su energía, seriedad, espiritualidad, y la impaciencia que los consume por entregarse a la acción, los estudiantes de los últimos cursos de las respectivas carreras.

Hacía muchos años que la Agrupación no contemplaba un espectáculo semejante. De estos grupos pueden ir saliendo profesionales jóvenes que, encabezados por los más viejos, de mayor experiencia, viertan de una vez la Agrupación hacia el exterior. En ese sentido el año 1956 puede ser decisivo para su historia. En él se nota el entusiasmo de la Edad de Oro, de aquellos días febriles entre 1934 y '38, y la agresividad de 1941, cuando la Agrupación intentó emprender la conquista de Cuba para Cristo.

El espíritu de hoy es el mismo de esos tiempos, pero los medios son superiores y la formación más acabada.

Lo único que la Agrupación necesita es coordinar sus obras, darle una constitución orgánica, elaborar un plan, y presentar batalla. En su ambiente se palpa ese deseo, que puede precipitar en cualquier momento, y que es presagio del triunfo que la Divina Providencia le tiene reservado.

Y los primeros veinticinco años de historia de la Agrupación Católica Universitaria se terminan el domingo 4 de marzo, aniversario de su fundación, con la inauguración de la Casa de Ejercicios Pio XII.

¿Qué puede decir un agrupado al llegar a este punto?

Entonar, como lo hizo el P. Llorente en la Guardia del sábado anterior, el Magnificat, y después guardar silencio.

Allí están las Casas de Ejercicios, las de la Agrupación, las Escuelas, los Dispensarios, las Academias, las publicaciones, los Círculos, los barrios de indigentes, las luchas, los sueños, los sacrificios, los triunfos y los fracasos, elevándose como una sinfonía majestuosa hasta el Trono de Dios para decirle: gracias, gracias, gracias. Ellos son los únicos con voz para hablar en ese día. Nosotros tenemos que callar, deshecha la palabra en el silencio atronador de Su infinito Amor que nos llamó a la Agrupación y permitió que en ella celebráramos la fecha.

En 1946 el tono de "*Esto Vir*" cambió por completo denunciando la transformación operada en la Agrupación que hacía esfuerzos por iniciarse en la etapa definitiva de la dinámica. De allí a 1952 toda su vida es bullir y removerse como agitada por dolores de parto. Es el período en que tiene un Ministro de Gobierno, dos Subsecretarios, un Representante de la Cámara, tres periodistas de nota; en que los agrupados inician un nuevo derrotero en la aplicación de la Psiquiatría, en que uno se pone a la cabeza de los estudios atómicos en Cuba, y otro logra de la Santa Sede el nombramiento del primer Cardenal cubano; en que "Acción Cubana" tiene una intervención decisiva en uno de los acontecimientos políticos más importantes de

la época; en que las cosas parecían estar dispuestas en tal forma que ya se vislumbraba la plena realización del ideal de la Agrupación: influir en el pensamiento cubano y dirigirlo hacia Cristo.

Sin que hubiese comenzado a actuar aun oficialmente, ya ejercía una influencia apreciable en el medio que lo rodeaba. Los Ejercicios Espirituales, introducidos y propagados por ella, habían transformado la faz de nuestro catolicismo, y la prédica que fluía incesante de la palabra y el ejemplo de los Agrupados sacerdotes, catedráticos, periodistas, políticos, profesionales y hombres de negocio, impregnaba gran parte de la conciencia del país.

Directa o indirectamente, en mayor o menor grado, su influencia llegó del Consejo de Ministros a la consulta del médico, de la Cámara de Representantes a la Universidad, del púlpito a la prensa, de la congregación al mitin, del hogar a la escuela, su esfuerzo corrió junto al de la Acción Católica y el resultado de ambos fue que lentamente, sin que se supiera por qué, comenzaron a cambiar los criterios, se introdujeron nuevos temas de conversación, se dio otra vez alternativa a viejas cuestiones relegadas de antiguo; el respeto humano desapareció, los hombres empezaron a llenar las iglesias, a proclamarse católicos, a pasar sobre todos los fetiches y los ídolos; el sacerdote salió de la sacristía, entra en las casas y apareció en el radio y la televisión; se multiplicaron las asociaciones religiosas, y el catolicismo cubano aprendió a alzar su voz y defender con energía los principios de su fe.

Si este es el resultado de la acción aislada e individual de agrupados a quienes impulsa irresistiblemente hacia el apostolado de formación específica que recibieron ¿dónde llegará la Agrupación el día en que se proponga unir todas sus fuerzas dispersas para emprender la conquista del fin para el que fue creada”.

El instrumento está terminado, todo está listo, no falta más que empezar a actuar orgánica, coordinada y disciplinadamente.

Ya se cerró para la Agrupación el período de su formación en el que la acción externa quedaba al arbitrio de los agrupados, al fin le ha llegado el momento de la actividad, ahora la iniciativa tiene que partir de ella, el plan trazarlo ella, las órdenes darlas ella, y es deber de todos sus miembros identificarse con esta idea y contribuir en la medida de sus fuerzas a convertirla en una realidad.

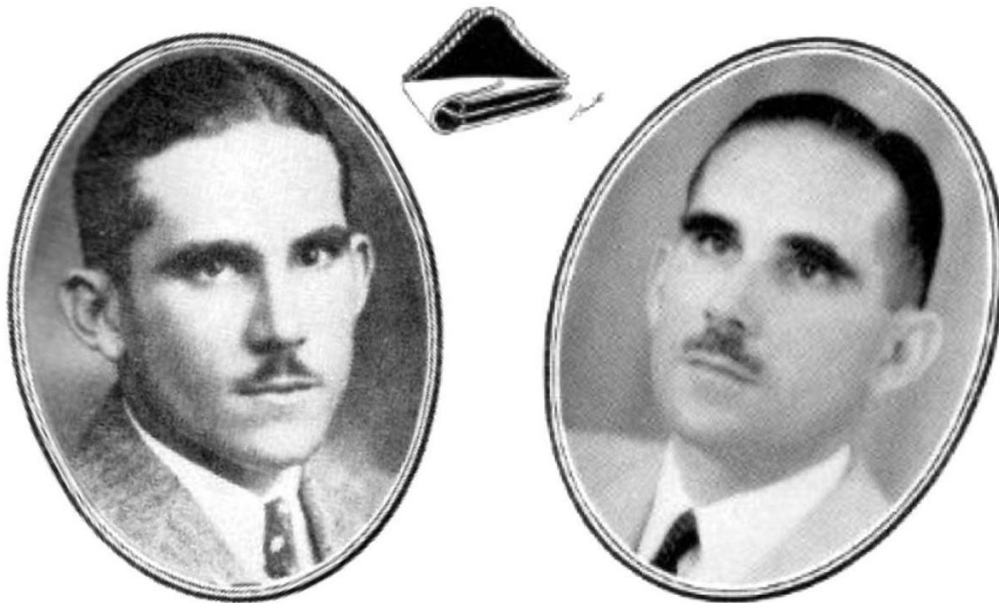
La primera parte de la parábola es ya historia, y a juzgar por las providencias extraordinarias con que Dios ha ayudado en todo momento a la Agrupación, la segunda es profecía. La semilla de mostaza ya germinó, se hizo hortaliza y creció hasta convertirse en árbol robusto; pero aún no han venido a anidar en sus ramas las aves del cielo; el pueblo cubano todavía no ha aprendido a buscar en ella la luz que guíe, la palabra que enseñe, la fuerza que proteja. Es esa la tarea que incumbe a la Agrupación en la etapa que se inicia.

Verdad que en su primer período ha vencido numerosas batallas, pero le falta mucho por hacer en Cuba. La Agrupación estática cumplió ya su cometido, y el Año Jubilar, que viene a dividir dos épocas, quiere señalar el nacimiento de la Agrupación Dinámica, la verdadera, la destinada por Dios a ocupar el puesto de jefatura espiritual desde donde pueda devolverle el pensamiento y el corazón de nuestro pueblo.

La Habana, 1956

SOBRE EL AUTOR

MIGUEL FIGUEROA Y MIRANDA¹



Miguel Figueroa y Miranda nació en Matanzas, Cuba, el 26 de marzo de 1907. Hijo de Miguel Figueroa y Hernández y de María Teresa Miranda y Córdova, pertenecía a una familia de renombre en la sociedad cubana. Su abuelo paterno, Miguel Figueroa y García fue un político notable durante la segunda mitad del siglo XIX cubano. Abogado de profesión, ayudó a fundar el Partido Liberal (Autonomista) en 1878 y en varias ocasiones logró, con el apoyo popular, la representación de Cuba como diputado antes las cortes españolas. Partidario del abolicionismo, Figueroa y García tuvo una significativa participación en el debate legislativo que trajo como consecuencia el fin del sistema esclavista en Cuba. Un hijo suyo, Francisco Figueroa y Hernández, fue miembro del Ejército Libertador cubano durante la guerra de independencia de Cuba que se inició en

1895 y murió durante el conflicto cuando sólo tenía diez y siete años. Por parte de madre también tenía linaje que lo vinculaba a la independencia cubana. Un tío suyo, Luis Rodolfo Miranda, fue Coronel en aquella gesta. Mientras tanto, su padre, igualmente abogado, se inclinó por la carrera judicial y fue juez en el Tribunal Supremo de la República. En esa tradición familiar, Miguel Figueroa y Miranda, vivió sus primeros años rodeado de un ambiente propicio para apreciar las virtudes del servicio público.

Educado en el Colegio de La Salle, estudió la carrera de derecho en la Universidad de La Habana donde también cursó estudios dirigidos hacia el doctorado en Filosofía y Letras ya que sentía un afecto especial por las humanidades y el mundo de las letras se evidenció en 1935 cuando su largo ensayo, *El sentido barroco de la obra de Lopez de Vega* obtuvo el primer premio de España en La Habana para conmemorar el tricentenario de la obra del célebre poeta y dramaturgo español. No obstante, su verdadera pasión profesional la encontró en la diplomacia, carrera que comenzó en 1937, año de su matrimonio, cuando fue nombrado al cargo de Secretario de Tercera Clase en la Embajada de Cuba en Roma, Italia. Luego de varios ascensos y de ser designado Encargado de Negocios de Cuba ante la Santa Sede, Miguel Figueroa y Miranda tuvo que trasladarse junto a su familia (ya habían nacido sus dos primeros hijos, Miguel y Mara Teresa) a los predios internos de la Ciudad del Vaticano ya que Cuba e Italia habían roto relaciones diplomáticas por causa de la entrada de Cuba en la Segunda Guerra Mundial. El año era 1944 cuando Roma fue liberada por los ejércitos aliados. Al año siguiente regresó a Cuba y se reintegró al trabajo en el Ministerio de Estado. De los múltiples cargos que ocuparía en los próximos años se destacan su designación como Encargado de Negocios de Cuba en la República Dominicana, puesto que ocupó por dos años, 1947 y 1948, y que constituyó un período de grandes y peligrosas tensiones en las relaciones entre los dos países caribeños; la responsabilidad del Departamento de Asuntos Políticos de Europa del Ministerio de Estado; así como la dirección, con rango de Embajador de la Academia Diplomática "Gonzalo de Quesada", posición que ocupaba

cuando fue despedido por el gobierno revolucionario en octubre de 1960.

Ya en el exilio, y después de infructuosas gestiones por encontrar trabajo en organismos internacionales que como la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Unión Panamericana podrían requerir de sus destrezas profesionales como diplomático, Miguel Figueroa y Miranda logró una posición de maestro asistente en el Citrus Grove Middle School de Miami. Este trabajo, sin embargo, no le duraría por mucho tiempo ya que hacia 1965 los fondos con que se financiaba el programa comenzaron a disminuir drásticamente y se anunciaban amplios despidos entre los maestros asistentes cubanos. Antes esa situación, y tomando en consideración que su hijo mayor se encontraba establecido en Puerto Rico, Figueroa y Miranda se trasladó a la isla caribeña para iniciar una vez más la búsqueda de un trabajo. Al poco tiempo de comenzar en esos trajines tuvo la oportunidad de volver al mundo académico ya que el Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, lo reclutó para llenar una vacante como profesor en ese Departamento de Humanidades en Río Piedras. Se jubiló en 1975. No obstante, el retiro no significó el fin de su actividad intelectual. Era un lector asiduo que devoraba todos los libros que le caían en sus manos, aun aquellos que le aburrían. Lo hacía por disciplina. Además, durante parte de este período aprovechó el tiempo para redactar sus memorias sobre la estancia en Roma y el Vaticano al comienzo de su carrera diplomática. Cuando murió, el 8 de septiembre de 1993, estaba leyendo una extensa biografía del Papa (ahora San) Pablo VI. La dejó en la página 384.

¹Tomado de "*El Exilio en Inverno — Miguel Figueroa y Miranda, Diario del Destierro*", de Miguel Figueroa de Cárdenas, Ediciones

Callejón (2008), con permiso. Continúa en la contraportada.
([regresar](#)).